



AVISO LEGAL

REVISTA

Título: *Cuadernos Americanos*, mayo-junio de 1962 núm: 3 vol: CXXII

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx>
En caso de un uso distinto contactar a: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

3

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1025
Apartado Postal 905
Teléfono 23-24-08

DIRECTOR-GERENTE
JESÚS SILVA HERZOG

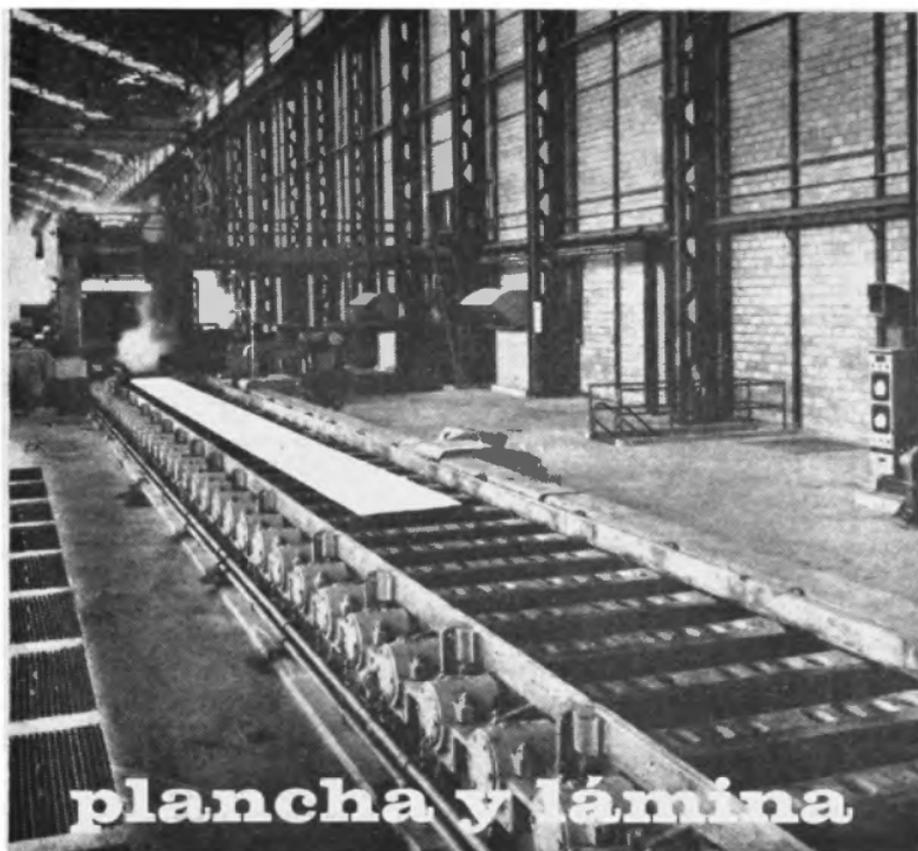
EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

AÑO XXI

3

MAYO - JUNIO
1962

ÍNDICE
Pág. 3



plancha y lámina

- Con acero de la más alta calidad.
- Fabricada con los equipos más modernos de la América Latina.
- Con la técnica más avanzada.
- Con el personal más especializado.
- Con la garantía de nuestra seriedad y prestigio.
- En las especificaciones requeridas para cada uso.

Plancha desde 5 mm. en adelante - Lámina en caliente del No. 3 al No. 15 - Lámina en frío del No. 10 al No. 31
EN TODOS LOS ANCHOS Y LARGOS USUALES



CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S.A.

BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA



UNA GIGANTESCA BIOGRAFIA DE LA HUMANIDAD

● TITULOS PUBLICADOS ●

La BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, más que una Historia Universal al uso, es una gigantesca biografía; la primera y única biografía de la Humanidad escrita hasta la fecha.

Un núcleo de sabios, impresionante por el número y por su jerarquía en los más diversos ramos del conocimiento, han aportado su ciencia para la realización de este obra. En ella, la claridad de exposición y la singular maestría de sus autores, hacen que al lector asalte o una maravillosa proyección en la que se hace visible la estupenda aventura humana, desde la aparición del hombre sobre la Tierra, hasta nuestros días.

El largo camino recorrido aparece íntegro ante los ojos del lector en una visión que deslumbró por su monumentalidad, que apasiona por su dramatismo y que asombra por la fabulosa capacidad de creación del Hombre.

La Tierra antes de la Historia-El Lenguaje-La Tierra y la Revolución Humana-Las Razas y la Historia-De los Chinos a los Imperios-Los Hititas-La Civilización Egea-La Formación del pueblo Griego-El Genio Griego en la Religión-El Arte en Grecia-El Pens. Griego y los Oríg. del Esp. Científico-La Ciudad Griega-El Imp. Macedonio y la Heleniz. del Oriente-La Italia Prim. y los Comienzos del Imp. Romano-Las Inst. Polít. Romanas-La Roma Imp. y el Urbanismo en la Antigüedad.-Roma y la Organiz. del Derecho-La Economía Antigua-Los Celtas y la Expans. Céltica hasta la Época de la Tene-Los Celtas desde la Época de la Tene y la Civiliz. Céltica-El Mundo Romano-Los Germanos-El Irán Antiguo (Elam y Persia) y la Civiliz. Iraní-La Civiliz. Chín-El Pensamiento Chín-La India Antigua y su Civiliz.-Israel desde los Oríg. hasta mediados del Siglo VIII (a. de C.).-De los Prof. a Jesús. Los Prof. de Israel y los Principios del Judaísmo-De los Prof. a Jesús. El Mundo Judío hacia los tiempos de Jesús-El Fin del mundo antiguo y los comienzos de la Edad Media-Vida y Muerte de Bizancio-Las Inst. del Imperio Bizantino.-La Civiliz. Bizantino-Constantinopolis y el Imp. Carolingio-La Sociedad Feudal (I)-La Sociedad Feudal (II)-Mahoma-La Cristiandad y el concepto de Cruzada-El arte de la Edad Media y la Civiliz. Francesa-La Monarquía Feudal en Francia y en Inglaterra-Orig. de la Economía Occidental-Los Municipios Franceses-La Filosofía en la Edad Media-La Form. del Ideal Moderno en el Arte de Occidente-El Problema de la Incredulidad en el Siglo XVI-Louis XIV y Europa-Las Ciencias de la Vida en los Siglos XVII y XVIII-La Europa Francesa en el Siglo de las Luces-La Era Romántica. El Romanticismo en la Lit. Europea-La Era Romántica. Las Artes Plásticas-La Era Romántica. El Romanticismo en la Música Europea-La Revolución Agrícola-La Europa del Siglo XIX y la Idea de la Nacionalidad-La Ciencia Oriental antes de los Griegos-La Juventud de la Ciencia Griega.

ENVIE
HOY MISMO
ESTE CUPON

EDITORIAL GONZALEZ PORTO Apto. 140-91 México, D. F.

Siervos remitiré el folleto descriptivo de la BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA. dándome a conocer sus condiciones de pago

Nombre _____
 Domicilio _____
 Localidad _____
 Estado _____

GRANDES FACILIDADES DE PAGO

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

TEL: 12-55-88 13-26-30 • AV INDEPENDENCIA 10 • MEXICO, D. F.

**LOS
TITULOS FINANCIEROS
SERIE "C" DE NACIONAL FINANCIERA**

**CONTRIBUYEN A FINANCIAR
INVERSIONES INDUSTRIALES
NECESARIAS**



**PAGAN INTERESES DEL 10% ANUAL, EN PAGOS TRIMESTRALES
FACILMENTE NEGOCIABLES Y DE AMPLIO MERCADO
EN LA VENTA EN LAS BOLSAS DE VALORES, EN LOS BANCOS Y EN**

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

VENUSTIANO CARRANZA No. 25, MEXICO S. D. F. CABLE: NAFIN

Institución Nacional de Crédito con 25 años de experiencia en la emisión y manejo de valores.



Si usted dispone de RON BATEY, lo demás es lo de menos, porque BATEY es el RON PERFECTO!

Súmelo a otros ingredientes en su "coctel" favorito; agréguele solamente agua natural o soda, o su refresco predilecto... ¡no importa! Usted, de todas maneras, obtiene una bebida excelente, porque lo demás es lo de menos... ¡lo que importa es RON BATEY!

Vea y escuche "La Hora Batey con Paco Malgesto" todos los lunes a las 21.30 horas por XEW-TV Canal 2

v

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA

FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•

CAPITAL Y RESERVAS: \$393.444.953.57

•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL

•

VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO I, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).

BANCO NACIONAL DE CREDITO EJIDAL, S. A. DE C. V.

Uruguay Núm. 56

México 1, D. F.

• Se fundó en 1936. Funciona de acuerdo con la Ley de Crédito Agrícola del 30 de diciembre de 1955. Forma parte del Sistema Nacional de Crédito Agrícola y tiene las características de Empresa Descentralizada de Participación estatal.

• Fomenta la producción agrícola ejidal concediendo el crédito y la asesoría técnica necesarias para elevar el nivel de vida del ejidatario.



CONSEJO DE ADMINISTRACION. **Presidente:** Sr. Ing. Julián Rodríguez Adame. **Vicepresidente:** Sr. Prof. Roberto Barrios. **Consejeros Propietarios:** Sres. Lic. Jesús Rodríguez y Rodríguez, Ing. Enrique Castro García, Lic. Ricardo J. Zevada, Lic. Roberto Amorós, Lic. Ernesto Fernández Hurtado, Mariano López Mateos y Lic. José Sáenz Arroyo. **Consejeros Suplentes:** Sres. Ing. Jesús Patiño Navarrete, Manuel García Santibáñez, Lic. Fernando Rosenbluth, Ing. Ernesto Reza Rivera, Ing. Emilio Gutiérrez Roldán y Prof. Enrique Beltrán. **Secretario:** Sr. Lic. Rodolfo García Bravo y Olivera. **Comisarios Propietarios:** Sres. Lic. Rafael Urrutia Millán y Lic. Enrique Landa Berriozábal. **Comisarios Suplentes:** Sres. Lic. Mario Salas Villagómez y Lic. Eduardo Claisse.

Director Gerente:

Lic. Emigdio Martínez Adame.

Sub-Gerentes:

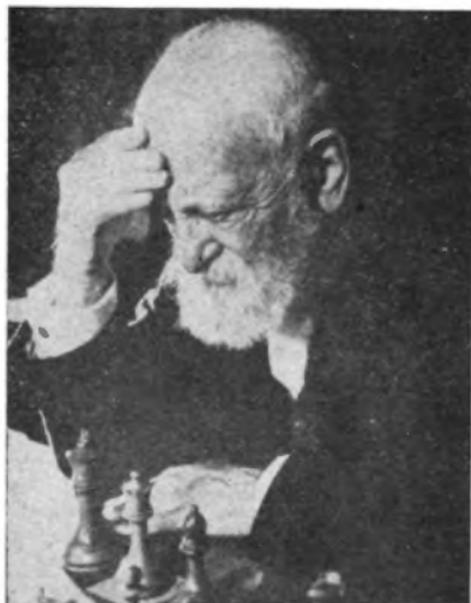
Ing. Fernando Romero Quintana

Ing. Franco Ledesma Ramírez

AL INVERTIR

tome el camino

F. I. R. M. E.



Invierta pensando en su futuro

Desde hoy usted debe procurarse una vida tranquila para su vejez; y no con el valor actual del dinero sino con el que pueda tener el dinero en el futuro.

Coloque su dinero en FIRME y participe en las ganancias de importantes empresas mexicanas.

Solicite informes a:
**FONDO DE INVERSIONES RENTABLES
MEXICANAS, S. A.**

Venustiano Carranza 54, México, D. F. Tel. 10-43-53

¡SIEMPRE TENDRA UD. AUTOMOVIL!

SI,

PREVISOR Y

MODERNO

ADQUIERE UNA POLIZA

EN



INSTITUCION MEXICANA DE SEGUROS

M. E. SCHULTZ N° 140

México A. D. F.

C E R V E Z A

MALTA, ARROZ, LUPULO Y AGUA



Por sus ingredientes la cerveza es una bebida sana, pura y de bajo contenido alcohólico.

La industria cervecera mexicana, elabora esta bebida con los más modernos procedimientos y ajustándose a la más estricta higiene.

Selecciona cuidadosamente las materias primas, ejerce un control científico minucioso y puede afirmar, con orgullo, que la cerveza mexicana es la mejor del mundo.

Además es una bebida muy económica; digna de estar en todos los hogares de México . . . ¡y qué agradable!



**ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA**

MEXICO, D. F.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS

Ya está a la venta el tercer volumen de la colección de folletos para la historia de la Revolución Mexicana, dirigida por Jesús Silva Herzog.

LA CUESTION DE LA TIERRA

(1913 - 1914)

Los folletos son de: José Covarrubias, Roberto Gayol, Telesforo García, Cesáreo L. González, Zeferino Domínguez, Paulino Martínez, Manuel Bonilla, José L. Cossío, Antonio Sarabia, M. Mendoza López Schwertfeger, Pastor Rouaix y José I. Novelo.

PRECIOS:

	Pesos	Dólares
Volumen	\$20.00	2.00
Suscripción por cuatro números	70.00	7.00



Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 23-34-68

Documentos para
**LA HISTORIA DEL MEXICO
 COLONIAL**

publicados por

FRANCE V. SCHOLES

y

ELEANOR B. ADAMS

Vol. IV

INFORMACION SOBRE LOS TRIBUTOS QUE LOS INDIOS
 PAGABAN A MOCTEZUMA

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican;
 239 pp., rústica, \$200.00

Vol. V

SOBRE EL MODO DE TRIBUTAR LOS INDIOS DE NUEVA
 ESPAÑA A SU MAJESTAD, 1561-1564

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican;
 141 pp., rústica, \$130.00

Vol. VI

MODERACION DE DOCTRINAS DE LA REAL CORONA
 ADMINISTRADAS POR LAS ORDENES
 MENDICANTES, 1623

Edición de 25 ejemplares fuera de comercio y 200 numerados,
 impresos en papel Corsican; 80 pp., rústica, \$100.00.

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
 APARTADO POSTAL 8886

TELEFONOS: 12-12-85 y 22-20-85
 MEXICO 1. D. F.

HUMANISMO

Revista de Orientación Democrática

Inscrita como correspondencia de segunda clase en la
Administración de Correos de La Habana

Director: JUAN JUARBE Y JUARBE.
Administrador: TIRSO CLEMENTE DIAZ.

COLABORADORES

Pedro de Alba.—Laura de Albizu Campos.—Fernando Alegría.—
Anita Arroyo.—Arturo Briceño.—Miguel Bueno.—Alfonso Cas-
so.—Tirso Clemente Díaz.—John A. Crow.—Carlos A. D'Ascoli.—
Fernando Díez de Medina.—Elías Entralgo.—Rómulo Gallegos.
—Ernesto Guevara.—Isaac Canon.—Luis García Carrillo.—Pablo
González Casanova.—Nicolás Guillén.—Andrés Henestrosa.—Ar-
mando J. Hernández.—Andrés Iduarte.—José A. Iturriaga.—Silvio
Julio.—José Domingo Lavín.—Juan Liscano.—Volga Marcos.—Fe-
lipe Martínez Arango.—Mario Monteforte Toledo.—Harvey O'Con-
nor.—Armando Orfila.—Raúl Osegueda.—Alfredo L. Palacios.—
Octavio Paz.—Carlos Pellicer.—Luis I. Rodríguez.—Francisco Ro-
mero.—Vicente Sáenz.—Mauricio de la Selva.—Jesús Silva Her-
zog.—Rogelio Sinán.—J. M. Sizo Martínez.—Edelberto Torres.—
Marco Antonio Villamar.—Leopoldo Zea.



REDACCION: AVE. 23 No. 3007, ALTOS, MARIANAO,
LA HABANA, CUBA.

Toda correspondencia a:
APARTADO 6664
LA HABANA, CUBA

Suscripción anual en Cuba \$5.00
Precio del ejemplar en Cuba 1.00

EDITORIAL CVLTVRA
TALLERES GRAFICOS, S. A.



GUATEMALA No. 96. TELS: 22-46-41 y 22-08-32
MEXICO, D. F.



ECONOMIA

Tratado de teoría económica, F. ZAMORA (5a. ed. corregida. 802 pp. Emp.) - Teoría económica y regiones subdesarrolladas, G. MYRDAL (2a. ed. 189 pp.) - Guía de Keynes, A. H. HANSEN (2a. ed. 208 pp.)

COLECCION POPULAR

El agua envenenada, F. BENITEZ (No. 27. 182 pp.) Para comprender el teatro actual, E. A. WRIGHT (No. 28. 254 pp.) - La investigación del espacio, R. L. F. BOYD (No. 29. 174 pp.) Introducción a la poesía, C. FERNANDEZ MORENO (No. 30. 144 pp.) - La profesión de Don Quijote, M. VAN DOREN (No. 31. 112 pp.)

LETRAS MEXICANAS

Confabulario total (1941-1961), JUAN JOSE ARREOLA (Prosodia - Bestiario - Confabulario - La hora de todos - Varia invención) Volumen especial, empastado, 284 pp.

ANTROPOLOGIA

Las antiguas culturas del Perú, J. ALDEN MASON (Empastado. 318 pp. 55 láminas, 14 figuras, 3 mapas, cuadro y 25 viñetas de motivos peruanos).

Entre las obras recientemente publicadas por:

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Av. Universidad 975

México 12, D. F.

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXI

VOL. CXXII

3

MAYO - JUNIO

1 9 6 2

MÉXICO, D. F., 1º DE MAYO DE 1962

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Fernando BENÍTEZ
Rubén BONIFAZ NUÑO
Pedro BOSCH-GIMPERA
Alfonso CASO
León FELIPE
José GAOS
Pablo GONZÁLEZ CASANOVA
Manuel MARTÍNEZ BÁEZ
José MIRANDA
Arnaldo ORFILA REYNAL
Jesús REYES HEROLES
Javier RONDERO
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG
Ramón XIRAU
Agustín YÁÑEZ

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 3

Mayo-Junio de 1962

Vol. CXXII

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

	Págs.
ARTURO USLAR-PIETRI. La imagen del hombre en el arte contemporáneo	7
ROBERT G. MEAD JR. Hacia una mejor comprensión intercultural en las Américas	21
JULIO ÁLVAREZ DEL VAYO. La fuerza de la Unión Soviética tal como se revela en un viaje por el interior del país	40
<i>Un testimonio honrado sobre la revolución cubana</i> , por MANUEL PEDRO GONZÁLEZ	50

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

FRANCISCO LARROYO. Filosofía <i>sub specie americanae</i>	59
ALFREDO GALLETI. Una etapa del liberalismo positivista en Argentina	70
VÍCTOR FLORES OLEA. La crisis del stalinismo	80
<i>De Descartes a Feijóo: la idea del proyectil cósmico</i> , por ARTURO ARDAO.	109

PRESENCIA DEL PASADO

SEGUNDO SERRANO PONCELA. Aldonza la andaluza lozana en Roma	117
RICARDO RODRÍGUEZ MOLAS. Condición social de los últimos descendientes de los esclavos rioplatenses (1852-1900)	133

	<i>Págs.</i>
SOL FERRER GUARDIA. Las concepciones político-sociales de F. Ferrer Guardia	171
AGUSTÍN YÁÑEZ. A cien años de la victoria sobre la intervención francesa en México.	182
Dos cartas proféticas del Gral. Juan Prim, Conde de Reus	201

DIMENSIÓN IMAGINARIA

GIUSEPPE VALENTINI. Corrido color azafrán	213
GUILLERMO DE TORRE. Góngora entre dos centenarios: 1927-1961.	216
GUILLERMO ARA. Lo mítico y lo místico en Güiraldes	241
CRUZ COSTA. Evolución de la intelectualidad brasileña en la primera fase del siglo XX	255
CARMEN IGLESIAS. El "devenir" y la acción en la obra de Pío Baroja	263

Nuestro Tiempo

LA IMAGEN DEL HOMBRE EN EL ARTE CONTEMPORÁNEO

Por Arturo USLAR-PIETRI

HAY cierto exceso de especialidad y de tecnicismo en mucho de lo que se habla y se escribe sobre arte en nuestros días. De aquí nacen no pocas confusiones y oscuridades, creadas por los críticos, los profesores y los filósofos de la historia del arte. Haría falta acercarse al fenómeno artístico con una mente más abierta y desprevenida, para tratar de comprenderlo desde un punto de vista más humano. Yo, por mi parte, no puedo hacerlo, sino como lo que soy que, seguramente, no es más que eso que, con justificado desdén se suele llamar un *dilettante*, un hombre de otras preocupaciones que, desde su ubicación en el mundo, contempla, entre otros fenómenos, el fenómeno del arte, y por lo tanto le dirige ciertas preguntas y toma ante él una actitud que no es precisamente la del artista creador, ni la del especialista en historia de las bellas artes, ni muchísimo menos la del filósofo que quiere penetrar en los difíciles vericuetos de la estética.

Por eso, de lo que vamos a hablar aquí es de una cosa que está al alcance de todos nosotros, aun de los más legos, es de: La imagen del hombre en el arte contemporáneo.

La Historia del Arte es un poco como un álbum, como un gran libro de estampas en el que podemos ver, sucesivamente, las distintas imágenes que el hombre se forjó de sí mismo.

El hombre ha estado rodeado de una circunstancia que llamaremos mundo. Ante esa circunstancia, ha asumido siempre una posición, ha sentido que hay una relación entre él y esa circunstancia que lo rodea. Esa relación no ha sido igual en todas las épocas de la historia. La sensación del hombre ante el mundo ha cambiado, y ha cambiado profundamente en muchas épocas, y esa relación se ha expresado en muchas formas, especialmente en todas las formas de creación. La expresa, por descontado, la literatura; la expresa de un modo abstracto la filosofía, y la expresa de un modo inmediato y directo el arte.

Bastaría, aun ignorando cualquiera otra fuente de información, que a nosotros nos pusieran frente a una estatua griega o ante

los frisos del Partenón para que, por una especie de deducción, acaso menos dificultosa que aquella que solían hacer los paleontólogos cuando por un pedazo de hueso excavado reconstruían todo un ser antediluviano, para que, por esa mera imagen plástica, pudiéramos darnos cuenta de lo que eran los griegos. Es decir, ¿qué pensaban los griegos de ellos mismos? ¿Qué sentían ellos que era el hombre? ¿Qué idea tenían ellos de la posición del hombre en el mundo? ¿Para qué estaba el hombre allí? Eso lo contiene la imagen plástica que los griegos nos han dejado, por ejemplo, en los frisos del Partenón. En los frisos del Partenón vemos, en primer lugar, un pueblo juvenil, gente joven que vive al aire libre, en una actitud conquistadora y afirmativa. Están a caballo, están guerreando, pero en una guerra alegre. La guerra griega es alegre, es una guerra deportiva de gente joven, afirmativa y audaz. Es una especie de hazaña física. No es la imagen que los hombres más tarde hemos llegado a tener de la guerra. Igualmente es una gente que parece un poco exenta de eso que nosotros llamaríamos preocupaciones morales. Están como en un eterno presente. Mira uno aquella cabalgata y le parece que aquellas gentes no se preocupan mucho de lo que pasó ayer, ni de lo que va a pasar mañana, sino que están en un pleno presente. Además, dan otra impresión muy clara, la de estar muy orgullosos de ser griegos, digo mal, de ser ¡hombres! Tienen una satisfacción evidente en ser lo que son y estar haciendo lo que están haciendo. De modo que nos bastaría esto para que nosotros, con la mera contemplación, si hubiera desaparecido toda la literatura griega y todo el testimonio histórico de la época de Pericles, llegáramos a poder reconstruir lo que era la concepción del mundo de los griegos, por medio de la imagen del hombre que el arte griego nos ha legado. Afortunadamente, sabemos más sobre los griegos que el mero testimonio plástico, y podemos comprobar una equivalencia evidente y clara entre lo que los griegos pensaron filosóficamente, entre lo que crearon poéticamente y lo que expresaron plásticamente. Ese mismo ímpetu de afirmación y de entusiasmo, de pleno goce y disfrute del vigor, del presente, que está en los frisos, que está en las estatuas, está igualmente, por ejemplo, en el famoso fragmento de la *Antígona* de Sófocles, que todos conocemos, en el que se hace aquel estupendo elogio del hombre, que dice: "Muchas son las maravillas del mundo, pero ninguna es superior al hombre".

Uno se pone a pensar que esa especie de afirmación gozosa de la condición humana difícilmente la podría repetir un hombre de nuestro tiempo y, tal vez, difícilmente la hubiera dicho un hombre de la Edad Media. Esto lo podemos seguir observando viendo cómo cambia la imagen a través de las épocas. Porque, por ejem-

plo, si nosotros pasamos de la antigüedad tal como la conocemos de los griegos, y vamos al Arte Bizantino, y entramos, por ejemplo, en San Vitale, en Ravena, encontramos allí presente una humanidad distinta, o una imagen del hombre enteramente diferente. En primer lugar, ya no hay hombres desnudos, sino vestidos y muy vestidos, rígida y severamente vestidos. Es decir, ha entrado allí una nueva idea, la idea de la dignidad, del escalafón social, la idea de la majestad. Ya el hombre no es solamente un ser desnudo y gozoso en medio de la naturaleza, sino que es una personalidad en función de una estructura social. Es un basileus, un obispo, un gran funcionario palatino, es una emperatriz. Además, no aparecen en una actitud de vida ordinaria. La vida ordinaria carecía de importancia, o de interés para ellos, incluso podría parecer indigna. Están en una actitud hierática, en una "pose" majestuosa. Los pliegues del traje son exactamente los que debe tener y no más. La actitud es la que conviene para crear esa impresión casi inhumana de una dignidad extraordinaria. De modo que también esta imagen nos refleja lo que pensaban los hombres de Bizancio, los contemporáneos de Justiniano, del hombre y de su posición en el mundo. Ya había una distancia muy grande de esto a la imagen de los griegos.

Si pasamos de allí a la alta Edad Media, vamos a encontrar en el Gótico, por ejemplo, otra imagen del hombre. El pueblo de las estatuas en los portales de las catedrales góticas es la expresión de otra concepción del mundo. Esa concepción ya no tiene que ver con la de los bizantinos, ya no es ni siquiera la dignidad ordinaria de la situación dentro de una sociedad jerarquizada y hieratizada, sino la preocupación del más allá, y lo que está expresado allí es sencillamente la concepción filosófica básica del cristianismo, que es la del "Valle de Lágrimas". Es decir, esto es un valle de lágrimas y estamos aquí de tránsito, y lo que importa, como decía Jorge Manrique, es ganar la otra vida, la vida duradera. El hombre está viviendo prácticamente en dos planos: en un plano humano, que es de por sí pecaminoso y despreciable, y en otro sobrenatural, en el cual él está tratando de ser más que hombre. Y por eso esas figuras tienen una estructura, una actitud, una conducta podríamos decir, que refleja una condición espiritual distinta del hombre y del mundo.

Después vendría el Renacimiento. Bastaría que nosotros viéramos en el comienzo del Renacimiento, por ejemplo, un fresco de Masaccio. Es indudable que si uno ve el fresco del "Pago del Tributo", en Florencia, encuentra que allí hay unos hombres aparentemente simples; ya no queda en ellos ninguna de esa dignidad sacerdotal o de vestimenta, que podría haber en los bizantinos o en

la época gótica, sino que son gentes aparentemente ordinarias y comunes, vestidas con trajes de pescadores, que están entregados a una tarea igualmente ordinaria; están allí unos sacando un pez del agua, están otros disputando con un cobrador de impuestos, pero, sin embargo, hay una actitud, una intención en las figuras por las que parecen estar diciendo que el hombre, a pesar de esa situación externa tan ordinaria, es el asiento natural e indeclinable de una grandeza innata que lo habita, de una majestad que le es propia, es decir, la condición humana en sí es una alta dignidad. De modo que ese concepto de la majestad de la condición humana, de la importancia central del ser humano, que no es ya la de los griegos, porque ya en ésta hay una serie de preocupaciones de otra índole, preocupaciones sobrenaturales que los griegos no tenían, viene a conformar una actitud distinta de las que hemos encontrado en los bizantinos o en los hombres del gótico, y en ella se refleja igualmente una concepción del mundo por medio de la imagen que el hombre se hacía de sí mismo.

El hombre que podía verse como los personajes de los frescos de Masaccio, tenía una idea afirmativa de su posición. Una idea que coincide mucho con la de los griegos, pero en otra forma. Es un hombre al que ya le empieza a preocupar algo que no preocupaba al hombre antiguo. Ya no le preocupa solamente la salvación del alma, como al de la Edad Media, sino que le preocupa otra cosa: la fama. Empieza la época de la fama. Al hombre del Renacimiento le preocupa el renombre, lo que van a decir de él, lo que la posteridad va a decir de él, y le importa aparecer embellecido, majestuoso, solemne y grande ante los ojos de los contemporáneos y de la posteridad. Va a vivir pues, en un mundo de triunfo, de engrandecimiento, de exaltación, que es en el fondo el mundo del Renacimiento. Y si uno lee la poesía y la obra de pensamiento de los literatos de ese tiempo, encuentra que esa es exactamente la visión del hombre que ellos tenían, la visión que da, por ejemplo, Baltasar de Castiglione en *El Cortesano*. Es un deseo de perfección humana, de gloria, de exaltación, de engrandecimiento, de refinamiento, de lujo. Todo lo que pueda adornar y embellecer al hombre y a su vida, afirmarlo y engrandecerlo a los ojos de sus semejantes, es el tema del hombre del Renacimiento.

Así podríamos seguir hojeando este álbum de estampas, viendo las distintas imágenes del hombre en los distintos tiempos. Tendríamos la imagen de Botticelli, que también es una hermosa imagen del Renacimiento. Si desapareciera, por ejemplo, todo testimonio de lo que fue la España del siglo XVI, toda la literatura española y toda la historia, y no nos quedara sino el "Entierro del Conde de Orgaz", sería suficiente para que nosotros supiéramos qué pen-

saban los españoles de la época de Felipe II de ellos mismos y del hombre, cómo se concebían ellos frente al mundo y frente a la condición humana, con solamente mirar aquella ringlera de cabezas en estado de éxtasis, con los ojos vueltos hacia una visión que no es de la tierra, vestidos de negro, borrados los cuerpos, donde solamente hay rostros y manos, y encima de ellos una visión sobrenatural de la Trinidad, y en el centro de ellos el gran tema de la muerte. Allí está, de una manera perfecta y compendiada, todo cuanto necesitamos nosotros saber para darnos cuenta de cuál era la imagen del hombre que tenían los españoles de fines del siglo XVI, y que crearon y transmitieron, en la forma más directa que podían, que era la forma plástica, en esa gran obra central y fundamental del Greco.

Si saltáramos por encima de unos siglos y cayéramos en nuestro tiempo, bastaría también, para algún futuro sobreviviente de la tragedia atómica, si es que ha de ocurrir, encontrar en alguna ruina el "Guernica" de Picasso. Al contemplarla, también se formaría inmediatamente una idea de lo que hemos sentido y pensado los hombres de nuestro tiempo de la condición humana, y de la situación del hombre en el mundo. Porque esta imagen del mundo no se parece a ninguna otra. Para empezar, no hay allí ningún hombre completo. El hombre está destruido, despedazado, descuartizado, reducido a fragmentos, desarticulado, distorsionado, convertido en un objeto de horror para sí mismo y de horror frente al medio, rodeado de una situación enemiga, agónico en medio de dos bestias: una bestia lamentable y dolorosa, una especie de caballo de pica mal herido, moribundo, risible, tragicómico, y una gran bestia totémica; el gran toro hispánico, que está en el ángulo del cuadro, no sabemos si anunciando la destrucción o la fuerza posible de un renacimiento.

Con esto quería decir a ustedes, que cada tiempo ha tenido su concepción del hombre, y esa concepción del hombre, se ha reflejado de un modo evidente y muy clara en el Arte. Dicho esto, nos preguntaríamos ahora: ¿Cual es la imagen del hombre que da el arte contemporáneo? Si no tuviéramos ningún otro dato sobre lo que el hombre actual piensa de sí mismo, sino exclusivamente el testimonio de la creación artística de los últimos treinta, cuarenta, cincuenta o sesenta años, ¿qué conclusión sacaríamos? Así como podemos sacar una conclusión de los frisos del Partenón, como podemos incluso pensar, adivinar lo que podían pensar los egipcios de sí mismos, mirando las ruinas de Karnak, ¿qué conclusión sacaríamos de esta contemplación?

Hay una serie de rasgos que podemos revisar y que son coincidentes, que nos permiten delinear lo que pudiéramos llamar las

grandes coordenadas, los temas centrales de esa imagen del hombre. El arte contemporáneo, por descontado, es mucho más anárquico, mucho menos unitario que el de ninguna otra época. Nunca ha habido una variedad más grande de expresión artística en toda la historia humana que la que tenemos hoy en día. Hoy coexisten las formas más diversas de expresión artística y las búsquedas más opuestas, aunque en el fondo complementarias. Sin embargo, entre todas ellas hay ciertos aspectos básicos, ciertos supuestos establecidos, que *mutatis mutandis*, uno encuentra en todas las expresiones artísticas actuales. Uno encuentra, para empezar, en esas imágenes, que el hombre actual ha sufrido el impacto de terribles acontecimientos. Es el hombre de las guerras mundiales, que ha sobrevivido a lo que alguien ha llamado el "Universo Concentradorio". La época en que millones de seres se han hacinado en campos de concentración, en que aparentemente toda consideración y toda piedad humana han desaparecido. En la que hemos contemplado las formas de destrucción más atroces, más cínicas. En la que el ser humano ha regresado a las formas más repugnantes de autodestrucción y de autonegación. Es también un tiempo, en el que paralelamente con este cambio externo del mundo, ha ocurrido un cambio interior, un cambio ideológico, un cambio del conocimiento, un cambio dentro de la mente del hombre igualmente importante. El arte contemporáneo es el arte que ha pasado a través de Freud, a través de Einstein, a través de Marx, a través del existencialismo. Es decir: un arte que ha sobrevivido a grandes cataclismos ideológicos y a grandes crisis.

En todas las épocas anteriores del arte, podríamos encontrar un denominador común, que es este: ha habido siempre una idea dominante, una concepción del hombre y del mundo dominante, y frente a ella ha habido exclusivamente dos posiciones: la de los que la aceptan, la proclaman, la mantienen y la realizan, la de los que se le oponen. Pero cuando uno se opone a una idea, lo que está afirmando es la existencia de esa idea. Y entre la afirmación y oposición, en todo momento de unidad ideológica, hay una complementación evidente, son como dos caras de una misma medalla, como las dos mitades de una circunferencia, la una presupone la otra y las dos se integran. En cambio en el mundo actual, no existe una idea central, no existe una concepción básica del mundo dominante, como pudo existir en la Edad Media, en el Renacimiento, en el tiempo de los griegos o en Bizancio, sino que existe una actitud de perplejidad, de búsqueda, de duda, de vacilación, de tanteo, en la que cada hombre está reducido a la condición casi de un aventurero, que por su propia cuenta busca su camino. Esto, por lo tanto, rompe un poco lo que pudiéramos llamar la estructura

dentro de la cual, este proceso se ha verificado en los tiempos anteriores. Es evidente, por ejemplo, que hoy no podemos tener una idea de la responsabilidad o de la culpabilidad semejante a la que tenía un hombre del siglo XVI. Por encima de nosotros ha pasado Freud y no ha pasado impunemente.

Tampoco tenemos nosotros una concepción de la causalidad, de la causa y el efecto, o de la estructura del universo o de nuestra posición dentro de ese universo, o del destino de lo orgánico dentro del inmenso mundo enemigo de lo inorgánico, que es todo el universo en contraste con el pedacito de vida orgánica de la tierra, después de que por sobre nosotros ha pasado la física de Einstein, la física probabilística y todos los grandes cataclismos ideológicos de nuestro tiempo, y cuando el hombre ha terminado, curiosamente, por encontrar en un rincón de un gabinete de física un nuevo diablo, un diablo mucho más inhumano y mucho menos inteligente que el diablo que encontraban los hombres de la Edad Media, que el Mefistófeles con que dialogaba el doctor Fausto, que los físicos modernos llaman la Entropía, y que se ejercita en todo el mundo de la causalidad física, en destruir la relación de causa-efecto, y hacer que las cosas no ocurran como lógicamente debían ocurrir.

De modo que estamos en un mundo en el que todo ha sufrido esas transformaciones en las que el hombre se siente perdido, abandonado, solitario, sin rumbo, en una actitud de autocrítica, de búsqueda, de tanteo, en una época verdaderamente agónica en este sentido. Esta situación se ha reflejado en el arte contemporáneo, en lo más valioso del arte contemporáneo, es decir: el arte contemporáneo es la ilustración de esta situación. Y viéndolo así lo podemos entender mejor, aun cuando los artistas no se den cuenta de esto. Los hombres pertenecemos a nuestro tiempo, por el mero hecho biológico de existir pertenecemos a él, estamos anclados e integrados en él y por más esfuerzo que hagamos en contra, somos de él y actuamos como gentes de nuestro tiempo aun cuando actuemos contra nuestro tiempo.

Esto significa, que puede no ser lúcido o consciente el artista en la ejecución de su obra, puede no darse cuenta de qué es lo que está detrás de él y lo mueve, como perfectamente podría ocurrir que el escultor medieval que hacía la estatua de San Dionisio en la puerta de una iglesia, no estuviera consciente de toda la implicación ideológica del mundo que le rodeaba, pero lo expresaba evidentemente, porque no podía expresar otra cosa que la vivencia de lo que llamaría Américo Castro la "morada vital" dentro de la que estaba. Eso mismo puede ocurrir en nuestros días, puede que muchos de los artistas no lo sepan, pero lo que están expresando es esa si-

tuación de angustia, de vacilación, de duda y de extravío del hombre actual.

Esa crisis y esa manifestación empieza en las artes plásticas occidentales contemporáneas, a raíz de lo que se ha llamado el postimpresionismo. Con el postimpresionismo surgen el *fauvismo*, el expresionismo, que son en su conjunto formas en las que el artista renuncia a los datos inmediatos del mundo y en su obra crea una especie de afirmación propia. Es decir, una extravasación de su ser interno en la creación de objetos que él ya no toma del mundo, sino que le devuelve al mundo. Pero esos objetos que él crea, no son gratuitos, esas figuras, esos juegos de masas y de colores, esas deformaciones, obedecen a una concepción de su situación frente al mundo y a una interpretación plástica de lo que el mundo significa para él. Eso lo vemos perfectamente en los expresionistas. Las figuras que éstos pintan, ya no son las hermosas imágenes del Renacimiento, son unas figuras caricaturales, repugnantes a ratos, violentamente plantadas ante nosotros, distorsionadas, deformadas, alteradas, en las cuales el artista está afirmando algo, algo contra alguien, algo contra una tradición, contra un mundo que él no acepta y contra una humanidad, cuya única expresión para él es la fabricación de ese monigote, de ese instrumento que no es de irrisión, sino de afirmación, y que es su modo de expresarse.

Junto con el expresionismo hay otra raíz de esta visión contemporánea del hombre, que es el cubismo. El cubismo procede a una desintegración de la figura humana, a una descomposición del hombre o de sus elementos. Ya no estamos viendo a la gente de frente o de perfil, ya no estamos preocupados en reproducir una situación real, sino que se va a crear una figura nueva, en la cual va a haber más de dos ojos, o va a verse simultáneamente el frente y la espalda, o los dos lados de la cara, cuando se está de perfil, y en la cual va a haber una reducción de la figura humana a elementos básicos, que al mismo tiempo no pretenden poder ser reconstruidos. Es un poco como cuando un niño rompe un juguete, lo desintegra en partes, y después no lo puede armar. Las figuras contrahechas del cubismo no son rearmables, no lo son porque ha sufrido una deformación el elemento de la realidad que lo ha hecho otra cosa, y esa deformación no consiste simplemente en desarmar una máquina para rearmarla, sino que hay una especie de voluntad de destrucción implícita y evidente, una voluntad de destruir la figura, una voluntad de hacer ver que el hombre ha vivido sobre una falsa imagen de sí mismo, sobre una embellecida imagen de sí mismo, y que esa imagen no corresponde ya a su posición en el mundo, por lo tanto hay que destruirla y crear esa cosa que parecerá monstruosa, pero que en sí tiene un valor estético y es la ex-

presión de un desacomodo, de un desasosiego, de una protesta, de una rebelión, de una concepción de la posición del hombre ante el mundo.

También hay otra raíz importante, que es la del surrealismo. El surrealismo trató de incorporar el mundo del absurdo, de lo onírico, de los sueños, de los encuentros fortuitos entre realidades que juntas producen una nueva realidad, una sobrerealidad. Todos podemos recordar el burro muerto sobre el piano de la película de Buñuel, los relojes derretidos de Dalí, las jirafas con cuellos de gavetas, aquellos seres desproporcionados y un poco vistos en sueños o en pesadillas de que está poblada casi toda esta pintura de Tanguy, de Dalí, de Ernst. Estas tendencias básicas son las que van a alimentar todo el movimiento del arte de los últimos veinte o treinta años. En este arte, cuyas diversas manifestaciones no podemos reducir a una sola tendencia, por la inmensa libertad de creación que ha tenido cada artista, podemos en cambio señalar algunos rasgos comunes.

Tenemos, en primer lugar, lo que pudiéramos llamar su irracionalidad. Todo el arte contemporáneo es irracional en el sentido de que repudia la razón. Es decir, no le importa que las cosas carezcan de eso que se llamaba el sentido, que las cosas tengan sentido. En esto se manifiesta una de las posiciones básicas del hombre actual. El hombre actual se ha rebelado contra la razón. Una de las características del pensamiento de nuestro tiempo es la rebelión contra la razón. El hombre pretendía ser un ser de razón, confiaba en que el mundo podía ser explicado por la razón. Aún más, esperaba que el mundo podía ser organizado por una operación de la razón, hasta que llegó de pronto a sospechar que la razón no era sino como una pequeña verruga, una pequeña verruga cultivada, para decirlo en términos de Rimbaud, en un ser monstruoso, en una especie de inmenso *iceberg* sumergido, del que salía fuera ese pedacito razonable, pero que debajo escondía toda esa cosa absurda, nocturna, peligrosa y desasosigante que era en realidad la condición humana. Por lo tanto, el arte se hace irracional, expresa la voluntad de ir contra la razón, contra lo que es razonable, contra lo que es lógico, contra lo que es explicable, comprensible y analizable. No importa no tener sentido.

Uno de los temas más socorridos, más insistentes del arte contemporáneo es el de la figura humana. Nunca ha tenido tanta importancia la figura humana, tan abrumador predominio como en el arte contemporáneo. La mayor parte de la pintura y de la escultura de los últimos veinte años tiene por tema al hombre. Son alusiones directas a la figura humana, en las que el paisaje ha desaparecido. La figura humana que encontramos en toda la pintura

y la escultura contemporáneas, tiene unos rasgos muy curiosos. En primer lugar, es una figura transformada, no es un retrato del hombre, no es una semblanza física, no corresponde a la manera tradicional, que nos viene del Renacimiento, de ver al hombre. Es una transformación. El ser humano se nos presenta como un desconocido, como un ser que de primer golpe no reconocemos como un hombre. En el fondo de todo esto está la idea de que el hombre no se conocía a sí mismo y cuando se empieza a contemplar en su realidad, tiene la impresión de estar frente a un desconocido, frente a un ser del que poco sabía hasta ese momento.

Esa transformación se logra a base de la distorsión y la presindencia de los rasgos anatómicos. Pierden su importancia las proporciones reales del cuerpo. No importa el tamaño de los brazos, de las piernas, de la cabeza en relación al cuerpo, ni el número de ojos, ni la posición de la boca, ni de las manos. Se va a distorsionar esa figura porque se está revelando un ser monstruoso, desconocido, nuevo. Ese ser transformado, distorsionado, es al mismo tiempo, en muchos casos, un ser desintegrado. Desintegrado o reducido a formas elementales; o bien se le quitan cosas; o bien se le desarman partes; o bien se le reduce a un elemento únicamente.

También aparecen otros rasgos que podemos señalar de paso. Surge una concepción ingenua, pueril o absurda de la situación humana. Generalmente las gentes están pintadas en situaciones inexplicables, en actitudes en las que no se ve suficientemente claro lo que están haciendo allí, o lo que significa lo que están haciendo, lo que son o lo que hacen, como si el ser humano no supiera lo que está haciendo, ni porqué está aquí. También son seres en soledad. Generalmente son figuras solitarias, aun cuando llegan a formar grupos, son grupos de solitarios. No hay un diálogo, no existe el *Concerto Campestre* de la pintura moderna, no existe la fiesta veneciana. Son seres en soledad y por lo tanto son seres in-comunicados. Da la impresión de que no existe comunicación ni entre ellos mismos, ni entre ellos y nosotros. Están en un puro acto de presencia del cual no sale palabra, ni diálogo. Por lo tanto hay como una voluntad decidida de quitarle significación. Precisamente las gentes ingenuas, cuando se ponen frente a la pintura moderna, hacen generalmente una pregunta muy reveladora, dicen: ¿Qué signifira esto? ¿Qué es esto? ¿Qué representa esto? Esa pregunta, ¿qué significa esto?, es precisamente la revelación básica de que el arte moderno tiene el propósito de no significar en el sentido tradicional en que el arte significaba. El arte significaba porque era un juego de símbolos como el lenguaje. Si yo de pronto en este momento, en lugar de seguir hablando en español más o menos correcto, empiezo a hacer ruidos con la lengua, los que

me oyen dejarían de entenderme y carecería de significación lo que estoy diciendo. Sin embargo, yo seguiría probablemente, haciendo el mismo esfuerzo fisiológico, hasta posiblemente mayor, pero se rompería la comunicación y lo que estoy diciendo perdería significación. Este es un acto voluntario del arte moderno, de perder significación. Es decir, no quiere significar nada de lo que la gente le pregunta a un cuadro, no es el retrato de la señora Pérez, no es el paisaje que se encuentra a mano derecha entrando al valle, no es la casa de mi amigo, ni es el retrato de la hermosa señora. Es tan sólo creación gratuita de un objeto nuevo, cuya significación es prácticamente impenetrable. Con lo cual se afirma la falta o la dificultad de comunicación que caracteriza al hombre contemporáneo. En esto hay también un propósito de reducción del hombre a la insignificancia y al absurdo. Bastaría recordar a un escultor muy significativo de nuestro tiempo: Armitage. Armitage hace unas figuras humanas que son como unas grandes chinches, unas sabandijas, unas cucarachas peculiares, cuyo organismo está compuesto de unas extremidades muy delgadas, de una cabeza achatada casi sin expresión ninguna y de un cuerpo que es como el de un coleóptero, de un insecto de caparazón duro y medio esférico. ¿Por qué hace esto Armitage? ¿Es que Armitage no ve a los hombres? ¿Es que él no siente ningún deseo de retratar a las gentes como las gentes nos hemos visto tradicionalmente? No, es que sencillamente a él le interesa eso: le interesa crear esa sabandija, esa chinche humana, esa cucaracha humana, porque con eso está afirmando la falta de significación del hombre y eso coincide exactamente, letra por letra, con una visión humana que surge en otra manifestación de la literatura. Las *Metamorfosis* de Kafka comienzan por el hecho que el personaje central amanece una mañana siendo una cucaracha, es decir, amanece siendo un ser no humano. Cuando decimos un ser no humano, estamos diciendo algo mucho más complejo, estamos diciendo un ser que no se parece a lo que el hombre ha creído que el hombre es. El hombre puede creer que es una cucaracha, y eso lo afirman las *Metamorfosis* de Kafka, y lo afirma la *humanidad* de Armitage. Podemos ver otro caso en el escultor y pintor Giacometti. Las figuras de Giacometti son alargadas, casi monolineales, como de seres que no tienen otra dimensión, casi, que la longitud. Extraordinariamente delgados, altos y frágiles, por lo tanto extraordinariamente solitarios. No hay figura del ser humano más solitaria que la de Giacometti. El se complace en pintar esos hombres que parecen unas estacas, solos, incommunicables, sin significación, perdidos en una especie de mundo hostil o enemigo, aislados en sí mismos.

También podríamos nombrar a un pintor muy significativo dentro de esta tendencia, que es Dubuffet. Dubuffet también ha realizado una desintegración, una reducción del hombre a elementos pueriles. Se parece mucho su pintura a la de los niños. Son figuras circulares, distorsionadas, planas. Sin embargo, él se propone algo con este testimonio. Hay unas declaraciones suyas muy interesantes en las que dice que no sabe exactamente lo que se propone en su arte, porque lo que hace es expresar lo que siente y su reacción de ser humano frente al mundo, pero que siempre le ha parecido encontrar una mezcla de extrañeza en las cosas más familiares. Es el problema de la identidad, de que no somos lo que creemos que somos, que los demás no son lo que creemos que son, que estamos constantemente descubriendo seres monstruosos en lo que nos rodea, y él lo dice con una cita de Conrad: "...ha descubierto en lo que lo rodea una mezcla de familiaridad y terror". A mí me parece excelente esta aproximación de las dos palabras, porque es un poco toda la posición del arte contemporáneo ante el hombre. Es una deformación, una recreación, una búsqueda del hombre con una mezcla de familiaridad y terror. Es decir, lo más próximo que podemos tener, pero tratándolo con el terror con lo que podemos tratar lo desconocido, a lo que potencialmente está lleno de lo más desconocido. En realidad esos hombres son los habitantes de un mundo deshumanizado. Deshumanizado en el sentido de lo que nosotros llamábamos humano, que el hombre llamó humano hasta ayer, y por lo tanto, lo que pudiéramos llamar con toda propiedad, un mundo deshabitado. El poblador de un mundo deshabitado.

Sin embargo, aquí no se detiene el arte contemporáneo. Muy brevemente hay que tratar de otro aspecto. Es aquel en que toda alusión directa a la figura humana desaparece, y que es el arte abstracto o el no figurativo en todas sus formas: geométrico, lírico, tachista, informalista, toda esa pintura en la cual ya la figura humana se eliminó, y toda otra referencia inmediata a la realidad. Ya el artista no se quiere ocupar del hombre, no le interesa la imagen humana, le interesa la creación de un objeto, añadir un objeto más a la creación, añadir una cosa más a las cosas, añadir una cosa más al gran desorden de las cosas, al gran absurdo de las cosas, al gran azar de las cosas, guiado exclusivamente por su intuición. Entonces se pone a crear esos objetos que son manchas de color, que son materia, que son añadidos de sustancias o de despojos que recoge del botín del universo, y que no tienen otro valor que el valor de su existencia, de su consistencia. Sin embargo, a pesar de no estar representado el hombre en ese arte, tampoco está ausente. Este arte no figurativo lo podríamos llamar: "el arte de las huellas

del hombre", es decir, son las cosas tocadas por el hombre, las huellas del hombre que dejó de ser o que se fue. Así como las gentes que pasan por las calles pintan los *graffitti* en las paredes para dejar un testimonio, así como labran las cortezas de los árboles, el hombre que ya no quiere verse la cara, que ya está de ida, que ya no tiene ningún interés en retratarse, graba esas cortezas de árboles, o escribe esos *graffitti* o recoge esas piedras que tiñe o pule, en las cuales queda el testimonio de su paso. Es en realidad la etapa fina de una evolución que nos lleva a un arte de la ausencia del hombre. Todo el arte no figurativo, todo el arte abstracto, es el arte de la ausencia del hombre. Del hombre que se va y deja un testimonio en las cosas, del hombre que se contenta con tocar las cosas, con alterarlas, con torcerlas, con deformarlas. En realidad podríamos así decir: que la etapa final de este arte es aquella en la que el hombre se ha vuelto un agente de erosión. Así como el viento o el agua moldean y cambian el aspecto de la naturaleza, el hombre se ha vuelto también, en la creación artística, un agente de erosión. Con arena, con trapos, con nudos, con el azar de unos calores puestos, crea un objeto en el cual queda el testimonio de que un ser humano pasó por allí. En la última guerra mundial surgió una frase a la vez trágica y jocosa, que usaban los soldados americanos. En todas las paredes escribían: "Kilroy Was Here". Era el nombre de nadie para decir, un ser humano con un uniforme y con un arma, temiendo a la muerte y a desaparecer, pasó por aquí, Kilroy estuvo aquí. Todo el arte abstracto es un poco eso. Es un letrero que dice: Kilroy estuvo aquí, el hombre estuvo aquí y signó este muro y lo dejó allí. No tenía interés en hacer otra cosa.

Aquí tendríamos que plantearnos un problema que voy a eludir por ahora y es cómo, por una evolución continua, hemos pasado de una gran seguridad en el arte, a una gran inseguridad, de saber exactamente lo que era arte, a estar en la gran duda de lo que no es arte. Ningún hombre honesto de nuestro tiempo, medianamente culto, se atreve a afirmar que una cosa no sea arte. En cambio un contemporáneo de Lorenzo el Magnífico, con una seguridad pasmosa podía en un instante, decidir si una cosa era arte o no era arte.

Esa pérdida de las fronteras que ha ocurrido en la concepción del arte contemporáneo, tiene que ver también con la pérdida de lo humano, porque también esa frontera estaba trazada de acuerdo con una especie de patrón humano que había creado el Renacimiento.

Ahora llegados, en esta ojeada de la imagen del hombre en el arte contemporáneo, a este punto en que termina por desaparecer y por no ser ya imagen del hombre, sino imagen del paso del

hombre, testimonio fugaz de su tránsito sobre las cosas, ¿a dónde vamos a ir? ¿Qué va a pasar? Nunca ha habido en ninguna época de la historia, un interés más abierto, febril y batallador por las artes. Nunca ha habido más artistas, nunca la preocupación artística se ha extendido a mayor número de gentes que en nuestro tiempo, y nunca tampoco, por tanto, ha habido tanta búsqueda ni tanta libertad, ni tanta contradicción, ni tanta angustia, ni tanta inseguridad en la creación artística. Pero es evidente que no vamos a quedarnos allí, el hombre, afortunadamente, nunca se ha quedado allí, nunca se ha quedado en un punto, el hombre es el gran viajero, el gran trashumante, el gran cambiador, el que necesita estar constantemente ensayando, buscando y moviéndose, por lo tanto no se va a quedar allí. Pero si no se va a quedar allí, ¿a dónde va a ir? Este es un tema complejo, una pregunta muy difícil de responder, pero es indudable que, de toda esta búsqueda y de toda esta angustia, si el hombre no se va a destruir, no se va a autodestruir finalmente, y existe desgraciadamente la posibilidad de que lo haga, si va a seguir siendo un ser humano, a continuar sintiendo la necesidad de crear; y va a seguir estando confrontado con un mundo y una circunstancia; y va a proyectarse en ese mundo y en esa circunstancia, es justo pensar que el arte va a tener que regresar al hombre, volver al hombre. ¿Cómo va a volver al hombre? No lo sé, no lo sabe nadie. A lo mejor lo sabe algún artista desconocido que en esta hora, en algún sitio, vuelve a encontrar ese camino. Sería la vuelta a lo que podríamos llamar fundamentalmente, *contar el cuento del hombre*, que es la gran misión del arte desde siempre. Al ser humano nada le ha interesado más que el hombre. Todo lo demás nos interesa en función de lo humano. Nuestro interés primordial es el hombre, y es esa nuestra característica; por lo tanto, forzosamente, si no desaparecemos, si no nos autodestruimos, tendremos que regresar a reconstruir una imagen del hombre y a volver a contar el cuento del hombre. Ese cuento ha empezado muchas veces, ha recommenzado en distintas épocas. Un día del "cuattrocento" en una población de Italia, mágicamente, misteriosamente, como lo es toda la creación artística, lo recommenzó a contar Giotto. Sería inútil que alguien quisiera ahora volver a repetir a Giotto, pero es posible que haya de nacer el Giotto de nuestro tiempo, el hombre que va a encontrar mágicamente la manera de volver a contar, como si nunca nadie lo hubiera contado antes, la maravillosa, la inagotable, la fecunda, la hermosa, la trágica leyenda y cuento del hombre, que es, después de todo, la misión del arte y también la misión del hombre.

HACIA UNA MEJOR COMPRENSIÓN INTERCULTURAL EN LAS AMÉRICAS*

Por Robert G. MEAD, Jr.

Introducción

ESPERO que todos los que estamos reunidos aquí esta noche con-
vengamos en que en una época de crisis y alboroto la difícil
tarea que deben cumplir nuestros ciudadanos ilustrados, tanto en
la vida comercial y profesional como en el gobierno, es la de man-
tener un interés inteligente y firme en cada zona mundial acosada por
problemas. Porque debemos recordar que todos estos problemas están
ligados entre sí: descuidarse de una región para concentrar la aten-
ción sobre otra es una locura, pues tal conducta indica que la per-
sona no se da cuenta de que hoy vivimos en un mundo donde los
problemas de *un* país son, en grado menor o mayor, los problemas
de *todos* los países. Es obvio que nuestro país está obligado a par-
ticipar en los problemas del mundo con el mismo entusiasmo y
vigor que nuestros publicistas nos instan a gozar de nuestra gran
riqueza nacional o de las muchas comodidades que nos brinda
nuestro alto nivel de vida.

Esta noche podría yo haber dado un giro puramente literario
a mi charla, dedicando esta hora a un gran escritor iberoamericano
como Alfonso Reyes o Jorge Luis Borges, o a alguna obra clásica
como el *Facundo* de Sarmiento. En vez de hacer esto, he prefe-
rido el tema importante —pero casi olvidado— de la comprensión
intercultural en las Américas, porque es oportuno, necesita que
se le preste atención con toda urgencia, y es un campo donde
se vislumbran cambios significativos. He dividido mi charla en va-
rias secciones, a la primera de las cuales he puesto el título de
"Imágenes al norte y al sur de la frontera".

* Texto de una conferencia pronunciada ante el Instituto de Maestros
de Español de la Universidad de Nuevo México en Albuquerque, el 13
de marzo de 1962. La misma conferencia, en versión inglesa, fue pronun-
ciada en la Universidad de California en Santa Bárbara, el 16 de marzo de
1962, durante la Semana de Civilización Hispánica.

Imágenes al norte y al sur de la frontera

DESGRACIADAMENTE, las relaciones entre los individuos y las naciones se basan con la misma frecuencia en estereotipos falsos y prejuicios tradicionales, como en una comprensión verdadera y en la dulce razón. En una palabra, cuando los americanos, seamos del norte o del sur, pensamos unos en otros, tendemos a hacerlo en series y configuraciones de imágenes que unas veces son claras, bien enfocadas, y fieles en cuanto al color, y en otras ocasiones, vagas, peligrosamente deformadas, y bien falsas. La verdadera comprensión entre dos culturas es el proceso penosísimo de aprender a distinguir estas imágenes una de otra, de saber diferenciar entre la fingida y la legítima. El verdadero entendimiento intercultural es cuestión de comprender el punto de vista de otro individuo y el propio, es ver a ambos nítidamente en una perspectiva mutua —y a veces recíproca. Todos sabemos cuán difícil es lograr tal entendimiento, aun dentro de los confines de una familia; no es menos difícil lograrlo cuando se trata de naciones y no de individuos.

Consideremos ahora más en detalle algunas de las que yo, hablando con cierta soltura semántica, he dado en llamar "imágenes al norte y al sur de la frontera".

Primero —Latinoamérica no existe en verdad. Quiero decir que la imagen muy vaga evocada por esta palabra en la mente de los norteamericanos no se refiere a nada más que casi ocho millones de millas cuadradas de territorio, veintitantas naciones o posesiones, y una población de 200 millones que crece explosivamente y que llegará a contar de 500 ó 600 millones dentro de 38 años. En realidad, las diferencias entre estas gentes y naciones muchas veces significan más que sus semejanzas comunes. Casi cualquier generalización que hagamos a propósito de "Latinoamérica" se nulifica en el momento de concebirse —con la única excepción, quizá, de la que acabo de enunciar.

Entre las otras imágenes falsas de Latinoamérica que abundan en nuestro país se cuentan las siguientes: los latinoamericanos todos hablan español, viven en un clima tropical, llevan sombrero y ropa parecida al pijama norteamericano, evitan el trabajo siempre que puedan, duermen la siesta en toda oportunidad que se presente (cuando no se dedican a hacer el amor o a bailar el *chacha-chá*); viven ordinariamente de platillos picantes, tales como el *chili con carne*, enchiladas y tamales; arman una "revolución" cada dos o tres meses y, en general, rinden servicios y forman un fondo pintoresco para los hoteles y sitios arqueológicos que tanto encantan a los turistas norteamericanos.

En cambio, la gente de los países latinoamericanos, aun la gente educada, concibe imágenes bastante extrañas de los Estados Unidos: cree que la mayoría de nosotros somos esclavos dominados por nuestro alto nivel de vida; que nos controlan nuestros grandes comercios e intereses financieros, y que somos materialistas empedernidos sin ninguna comprensión de lo estético o lo refinado en la vida: el arte, la música, la filosofía, la literatura. Todos vivimos en casas lujosas, gozamos de cuanta comodidad moderna que se haya inventado, y cuando viajamos por otro país lo juzgamos, según la excelencia de sus instalaciones sanitarias, la disponibilidad de alimentos suficientemente antisépticos (e insípidos, podría agregarse) para el delicado aparato digestivo norteamericano, y la exactitud de sus horarios de transportes. Nuestra vida familiar está centrada en y dominada por los niños, y la mayoría de nuestras decisiones importantes las hacen las mujeres. Los deportes significan más que la educación. Y según lo que parece, los turistas norteamericanos nacen con chile en la boca, una cámara fotográfica en la mano, pesos en los bolsillos, y anteojos oscuros en las narices.

Sé bien, muy bien, que para nosotros, para los que estamos reunidos aquí esta noche, estas imágenes nos parecen divertidas y hasta ridículas —que no nos engañan en lo más mínimo. Sin duda, muchos de ustedes piensan que me estoy portando de un modo excesivamente chistoso o risible. Pero, ¿podemos estar tan seguros que estas imágenes no engañan a las masas tanto de los Estados Unidos como de la América Latina? ¿Podemos estar seguros que, en ambos lados de la frontera, el cine, la radio y la televisión, las revistas y los periódicos populares, los libros cómicos, los libros de tamaño bolsillo muy baratos y de poco valor —podemos estar seguros que todos no perpetúan muchos de estos estereotipos o clichés dañinos y que aun los clavan más hondo en las mentes de los habitantes de todo el Hemisferio?

Por ejemplo, no hace ni seis meses que en mi propia universidad les pedí a los alumnos de mi clase de principiantes (de español, desde luego) que apuntaran en sus cuadernos los primeros tres o cuatro conceptos o imágenes que se les ocurriera al pronunciar yo la palabra-estímulo "México". Al tabular las respuestas, encontré que las más frecuentes eran *fiesta, siesta, calor, desierto, ignorancia*.

Pero lo que sí podemos asegurar es que los comunistas, tanto los de Latinoamérica como los de Rusia, harán todo lo posible para mantener vivas a estas imágenes engañosas —y lo mismo harán otros grupos latinoamericanos que nos critican. Y conviene recordar que éstos son mucho más numerosos que aquéllos.

Provechoso es notar lo que pasa muchas veces en una reunión de "intelectuales" norteamericanos cuando, de un modo u otro, un tema cultural o literario latinoamericano es introducido en la conversación. Los que han estado hablando con ánimo, digamos del budismo Zen, de la última novela sudafricana, o de André Malraux como político, guardarán un momento de silencio cortés, avergonzados o divertidos, hasta que alguien disminuya la tensión, rompiendo el mutismo con las palabras: "Pues, como decíamos. . ." Es como si la referencia a Latinoamérica nunca hubiera penetrado la conciencia colectiva del grupo. Esta observación no sería verdadera, claro está, si se menciona a Fidel Castro, pero Castro no es precisamente una figura literaria o cultural que digamos. Pero si en lugar de Castro se cita a Domingo Faustino Sarmiento, José Martí, José Enrique Rodó, o al aprismo o al modernismo por ejemplo, fácil es imaginarse el resultado. . .

No olvidemos nunca la tendencia, casi podría decirse el tropismo, de nuestros ciudadanos cultos de orientarse sobre todo hacia la civilización europea, de reverenciar toda manifestación cultural que se relaciona con Francia o Inglaterra, por ejemplo, pero de ignorar los interesantes conceptos del filósofo argentino Francisco Romero o las contribuciones del nicaragüense Rubén Darío al renacimiento de la poesía en el siglo XX.

José Martí, patriota querido y el mayor escritor de Cuba (que pasó casi quince años en Nueva York) en 1891 escribió, refiriéndose a los Estados Unidos, "El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América. . ."

¿Qué previsión, qué intuición, impulsó a Martí a escribir las palabras que cito? ¿Encierran sus palabras menos verdad hoy que cuando las escribió? Espero que sí, pero no estoy seguro, sobre todo cuando en 1960 me encuentro con un escritor argentino que hace eco del sentimiento del gran cubano, bien sea en unas circunstancias diferentes y más peligrosas:

Nosotros los escritores (latinoamericanos) que no somos comunistas nos preguntamos, con mucho candor, desde luego, por qué los Estados Unidos, el otro polo del eje sobre el cual gira el mundo, ¡Dios sabe con qué velocidad!, no demuestra un interés igual o semejante al de Rusia en los escritores y pensadores de nuestra parte del hemisferio y en su obra literaria, que tiene tanto significado. ¿Por qué es que los Estados Unidos no ayuda a estos hombres a viajar en Norteamérica, y por qué no traduce, publica, y distribuye los grandes libros latinoamericanos dentro de sus propias fronteras?

Rusia asigna una gran importancia a los escritores, y más a los autores extranjeros que a los rusos. . . ¿No cree los Estados Unidos

que nosotros los latinoamericanos merecemos el lugar importante en que Rusia nos coloca? (Citado por Horacio Esteban Ratti en "Índice Literario" de *El Universal*, Caracas, 8 de sept. de 1960).

Y aquí, en este punto, para evitar discusiones inútiles, permítaseme decir que la ignorancia en las Américas no es unilateral, sino mutua. Nuestros vecinos del sur necesitan conocernos y comprendernos mejor, claro está, y también necesitan comprenderse entre sí. Pero este triste hecho en nada disminuye la responsabilidad norteamericana de aumentar nuestro conocimiento y nuestra comprensión de las naciones latinoamericanas. Después de todo, nosotros —y no ellas— poseemos el dinero, las escuelas y universidades, los libros y periódicos, la radio y la televisión; todos los instrumentos necesarios para facilitar un acercamiento siempre mayor a la meta de una mejor comprensión interamericana. Lo único que nos hace falta, quizá, es la voluntad.

*Lo que nuestros ciudadanos cultos sí
saben de la América Latina*

TAL es el título de la segunda parte de mi charla. Se refiere a un grupo que, desgraciadamente, no es muy numeroso. Pero, por pequeño que sea, tal grupo sí existe, y yo creo, quizá con optimismo, que sus filas crecen. En resumen, ¿qué saben nuestros ciudadanos cuando están "bien informados" acerca de la América Latina? La mayor parte de lo que sigue, opino yo:

Vasta área proteica formada por más de veinte Estados y territorios caracterizados, en algunos casos, por semejanzas notables, y en otros, por diferencias radicales, la América Latina es una de las regiones más interesantes y enigmáticas del mundo contemporáneo. Es una región donde, en general, la naturaleza y el hombre se han unido para ocasionar problemas más graves y numerosos para los centro y sudamericanos que para los norteamericanos más afortunados; es un magno laboratorio de sistemas políticos que exhibe variaciones considerables en el desarrollo social, económico, e intelectual, de los países constituyentes. Más que una descripción de la realidad, las palabras *América Latina* señalan un esfuerzo de nuestra mente por abarcar este complejo conglomerado que suponemos ser el fruto nacido de las semillas de las culturas española y portuguesa sembradas en las tierras del Nuevo Mundo. Pero solemos olvidar que del tronco colonial ha brotado con los siglos una selva densa y grande compuesta por muchos árboles de variada índole. Como el viajero que divisa un bosque o una ciudad a los lejos,

para encontrar luego, al acercarse, que sus contornos se desvanecen, tendemos a formar una visión de Latinoamérica que al analizarse resulta ser pura fantasía o, cuando menos, espejismo. Y, dadas las circunstancias, nada debe sorprendernos que sea así.

Nuestro ciudadano bien informado sabe que las barreras a la comprensión mutua en las Américas son muchas y variadas, que existen no sólo entre los países angloparlantes y los que hablan español o portugués, sino también entre estos últimos países, y que son internas además de externas dichas barreras. Nuestros medios populares de comunicaciones en el Hemisferio (radio, televisión, periódicos, revistas, libros, aun los sistemas de educación) no alcanzan sus metas como debieran; el intenso espíritu nacionalista con frecuencia da origen a sentimientos de rivalidad o intensifica los intereses egoístas y los prejuicios ya vigentes; y no olvidemos el alto grado de analfabetismo que se encuentra en algunas naciones; todos estos factores no crean condiciones favorables al desarrollo literario o artístico, ni al mejor entendimiento intercultural, ni a posturas de simpatía y comprensión de los problemas de un país en otro.

Este mismo ciudadano bien informado sabe que tradicionalmente la sociedad latinoamericana ostenta una jerarquización marcada, que está dominada por una pequeña oligarquía, y que ésta se dedica a explotar las masas ignorantes de mestizos e indios explotados también por empresarios extranjeros. Y si de veras sabe mucho de Latinoamérica, el ciudadano se dará cuenta del auge en los últimos años del "sector medio" (el cual no debe confundirse con la típica clase burguesa europea ni con la *middle class* norteamericana). Este sector medio, que desdeña las masas y tampoco quiere a la oligarquía, tiende a ser nacionalista y a venerar una imagen idealizada de la patria. También proporciona muchos de los líderes que luchan por cambios sociales y económicos en la América Latina. Pero a pesar de la erupción de pensamiento liberal y radical en las últimas décadas, la básica estructura social y económica todavía no ha cambiado mucho en la mayoría de los pueblos porque, hasta la fecha, los intereses creados (la oligarquía formada de nacionales y extranjeros, los militares, la Iglesia, y el régimen que ocupa el poder) no han mostrado deseos de ceder mucho de su riqueza, poder y privilegios, ni gran interés en educar y democratizar a las masas. Nuestra Alianza para el Progreso no avanzará hasta que esta oligarquía, voluntaria u obligatoriamente, se una a los proyectos de educar con eficacia a estas masas y mejorar sus condiciones de vida en lugar de interesarse principalmente, como acostumbra, en planes para aumentar la riqueza de los pocos. Pero nuestro ciudadano informado sabe que estos grupos ricos y privile-

giados no cambiarán de un día a otro, y que esto significa que la Alianza para el Progreso tendrá un camino difícil en verdad. También significa que habrá un alto grado de inestabilidad política, social y económica en estos países y que, por lo tanto, una revolución podrá estallar en cualquier momento.

He aquí, en resumen, lo que sabe un norteamericano bien informado sobre Latinoamérica. ¿Por qué lo sabe? Sencillamente porque la mayoría de los libros que tratan de la América Latina, impresos en los Estados Unidos, y aquellos que se escriben en Latinoamérica y son traducidos al inglés (un grupo mucho más pequeño, desde luego), versan sobre los temas que he enumerado. Y los mismos temas son recalcados en los pocos periódicos que dedican más que un espacio mínimo a la América Latina, y en nuestra radio y televisión, y no lo olvidemos, en nuestras escuelas.

Pero no se hacen amistades sinceras ni se forman vecinos buenos, en el sentido hondo y más verdadero de estas palabras, mediante un intercambio económico siempre creciente, ni tampoco por relaciones políticas siempre armoniosas, ni por un turismo que es mayor cada año. Nuestras fuentes de información sobre Latinoamérica nos suministran muchos datos acerca de los aspectos materiales, pero casi ninguno acerca de los aspectos espirituales de la vida allá o, como lo expresa una nueva palabra (sugerida por D. Américo Castro), nada acerca de la *vivencia* latinoamericana. Mas, ¿cómo podremos ser, nosotros los norteamericanos, amigos verdaderos de los americanos del sur sin alguna comunicación espiritual, sin simpatía y comprensión mutuas? ¿Cómo es posible que trasciendan con éxito el nivel de la vida puramente material programas o movimientos tan bien intencionados como el Panamericanismo, la Política del Buen Vecino, y la Alianza para el Progreso? ¿Cómo pueden alzarse ellos por encima del estómago y los libros de contabilidad para llegar al corazón y a la mente, a menos que se incluya en estos movimientos el factor vital, proteico y humanizante del entendimiento intercultural entre las Américas? No ha de entenderse este entendimiento como una meta de plazo corto, desde luego, sino como un ideal constante y permanente.

*Lo que la literatura hispanoamericana
nos puede enseñar*

PASO ahora a la próxima sección de mi charla. De todos los campos o divisiones de la cultura latinoamericana uno de los que se conocen menos en nuestro país—aun entre los ciudadanos bien cultos—es su literatura. Sin embargo, esta ignorancia tampoco

debe sorprendernos porque, hasta los años muy últimos, casi nada en inglés se había publicado sobre la materia. Pero es el hecho que la literatura tiene un valor inestimable, casi único, para ayudarnos a comprender los intereses, las luchas, y las aspiraciones del pueblo latinoamericano. Por esta literatura podemos penetrar en la mente y el corazón de este pueblo, vislumbrar sus sueños, compartir sus emociones, darnos cuenta de sus prejuicios, etc.—en una palabra, podemos sumergirnos en su cultura, su vivencia.

¿Qué son unas de las imágenes, las ideas y nociones, las polémicas y los problemas que uno encuentra en la literatura de los países latinoamericanos, y qué nos enseñan acerca de su cultura, empleando el vocablo en un sentido muy amplio?

Podríamos comenzar con el tema de la Conquista. Reflejos de la Conquista se encuentran en todos los géneros literarios; poesía épica, crónica, narrativa, etc. Para algunos escritores es una aventura gloriosa, mágica, la realización de los hechos contados antes en la épica y narrativa peninsulares; para otros autores es una polémica moral y teológica entre la Iglesia y el conquistador en la que se discute si el indio es un ser humano, si tiene alma, y si vale la pena salvarlo; también se concibe la Conquista como la traición de la patria por unos nacionales (o indios) a instancias del extranjero (o español); y para otros todavía es incomparablemente la hazaña más valerosa que registra la historia.

Otra noción importante que nos comunica la literatura de Latinoamérica es el establecimiento durante la época colonial de una rígida jerarquía social, adaptada del feudalismo español y llevada a América. En este fenómeno se encuentran las raíces de muchos de los problemas que han vejado al Nuevo Mundo iberoamericano y que, en no pocos casos, siguen molestándolo.

Los escritos de los primeros tres siglos nos demuestran que muy pronto se desarrolló el cisma entre los peninsulares (o españoles nacidos en España) y los criollos (españoles nacidos en América) debido al monopolio de poder, riqueza y privilegios que ejercieron aquéllos. Huelga decir que este cisma era una de las causas fundamentales del movimiento independentista contra la Madre Patria que estalló en el siglo XIX.

Las obras literarias latinoamericanas producidas en los últimos cuatro o cinco siglos son un índice clarísimo de los cambios de orientación intelectual y de las influencias ideológicas que se registran en estos países. Primero, y por largo tiempo, domina España; luego Francia (y en grado menor Inglaterra y Estados Unidos) en el siglo XIX; y en el siglo actual, una época universalista y cosmopolita, los autores latinoamericanos conocen las literaturas del mundo entero: Estados Unidos, Europa, Rusia y Asia. Debe recalcarce,

además, la influencia de la Ilustración francesa del siglo XVIII, con su racionalismo, su enciclopedismo, y su igualitarismo político, porque estas doctrinas (junto con la influencia de la revolución norteamericana contra Inglaterra) han tenido resonancias variadas y duraderas en las corrientes de ideas en la América Latina. Desgraciadamente, esta influencia francesa-norteamericana se ha manifestado más en la palabra impresa que en la acción directa.

Muchos poetas y prosistas demuestran una actitud de rechazo, de resistencia, a España, la Madre Patria, porque la conciben como una nación atrasada, fanática en religión, y cerrada sobre sí misma. Este rechazo de la herencia peninsular se nota mucho en los escritores románticos, pero perdura también durante el siglo XIX, y se encuentra aún en no pocos autores actuales. Interesante sería saber cuánto de la resistencia latinoamericana al régimen antiliberal de Franco se debe a este rechazo ya tradicional. . .

Por las obras de los autores de la América Latina, comenzando con el Romanticismo, aprendemos el hondo anhelo, el ardiente deseo que tenían de crear una literatura *nacional* en sus países y notamos su preferencia por los temas tomados de la naturaleza americana. Y hay otro símbolo de orgullo nacionalista en la figura del gaucho de la literatura argentina, el cual, como síntesis de los elementos mejores (y algunos de los peores) que constituyen *lo criollo*, se encuentra en todos los géneros literarios de la nación rioplatense desde hace siglo y medio. ¿Quién duda que este temprano nacionalismo literario, que en casi todos los países tuvo su carga política, no es el precursor en parte, a lo menos, de las corrientes más amplias del nacionalismo latinoamericano de hoy?

Otro elemento importantísimo de la vida en Latinoamérica es el indio. Su imagen, tal como se refleja en los cronistas, cuentistas y novelistas, cambia mucho. Los escritores de la Colonia, fuera de los cronistas o polemistas como Fray Bartolomé de las Casas, no le hacen mucho caso; los románticos lo denigran o lo idealizan; los realistas y naturalistas lo describen con bastante exactitud, pero desde afuera; y los escritores contemporáneos lo ven con simpatía y compasión, muchas veces como víctima de la explotación hecha por la oligarquía nacional y extranjera.

El indio ha sido, además, una fuente principal de lo que Luis Alberto Sánchez ha llamado la *socioliteratura*, o sean los escritos de toda clase que tratan de los problemas que afectan la sociedad latinoamericana: la incorporación o asimilación de las masas indígenas a la vida social, económica y política de la nación; el problema del latifundio; los abusos políticos, el caudillismo militar, etc. Esta socioliteratura se manifiesta en la obra de un gran número de autores y pensadores que incluye en sus filas a idealistas utópicos,

rudos individualistas (*rugged individualists*), anarquistas filosóficos, y marxistas que unas veces sí y otras no siguen la pauta doctrinaria. La novela y el cuento que desarrollan estos temas se cultivan todavía en nuestros días, y no dan indicio alguno de estar moribundos.

Los problemas fundamentales que originan en la convivencia de varias razas y pueblos están bien transmitidos por la literatura latinoamericana. Los ensayistas que meditan sobre el racismo plantean preguntas tales como esta: ¿Se explica nuestra "inferioridad" (resultado de la comparación entre la América Latina y los Estados Unidos o Europa) por los "defectos hereditarios" del conquistador, del indio, del mestizo o cholo, y del negro? Ha habido pensadores que han llegado a una respuesta afirmativa y otros, más numerosos y convincentes, que han contestado a la pregunta con un ¡No! sonante. Escritores de diversos géneros se apresuran a dar como ejemplos felices del entrecruzamiento de razas los casos de México y Brasil. Y todavía otros autores tratan de explicar la supuesta inferioridad latinoamericana no por una teoría racista, sino como resultado de factores geográficos, agrícolas o climáticos.

Los cambios que ha sufrido la imagen latinoamericana de los Estados Unidos —y éstos han sido muchos— constituyen un importante barómetro del estado de las relaciones interamericanas. Innecesario decir que dichos cambios se pueden estudiar muy bien en la literatura de la América Latina, pues en ella se encuentran casos abundantes. Primero, se refleja la admiración por los nuevos Estados norteamericanos después de nuestra revolución y durante los tempranos años de vida nacional; luego el desengaño a raíz de la declaración unilateral de la Doctrina Monroe (interpretada como un documento nacido de los intereses egoístas de los Estados Unidos); más tarde la desilusión creciente nacida del número cada vez mayor de los casos de intervención militar o política norteamericana en los países latinoamericanos; y luego un empeoramiento todavía mayor de nuestra imagen durante la guerra contra España y como consecuencia de la filosofía arielista de José Enrique Rodó, interpretada por muchos (erróneamente, creo yo) como un ataque a ultranza contra todo lo norteamericano. En el siglo XX los escritores de Latinoamérica nos han visto corrientemente como codiciosos imperialistas económicos, unidos a las clases dirigentes en la explotación de las masas pobres e ignorantes; en días más recientes el apoyo norteamericano a las dictaduras a pesar de nuestro amparo "oficial" de la democracia y los gobiernos populares, y los alborotos en nuestro Sur por motivo de la discriminación racial, han conservado nuestra imagen en Latinoamérica en un estado bastante deslustrado. Y conviene recordar que la imagen de los Estados Unidos en la literatura hispanoamericana tiene un papel importante en el

proceso de moldear la mente y determinar las actitudes del número siempre mayor de latinoamericanos que saben leer y escribir, sobre todo en el caso del "sector medio", cuya importancia crece todos los días. Con relación a esta misma imagen norteamericana en los países latinoamericanos es instructivo fijarse en lo que es una tierra desconocida para casi todos los habitantes de los Estados Unidos (y para muchos latinoamericanos, también), o sea la literatura puertorriqueña. Nadie se admirará al saber que en la novela y el teatro contemporáneos, por ejemplo, se vislumbra una hostilidad nacida de los efectos de los Estados Unidos sobre la vida boricua.

La novela de la Revolución Mexicana de 1910, la primera verdadera revolución social de este siglo, ha dado origen a todo un ciclo de novelas y cuentos, y los cambios de tema, actitud, y filosofía que se encuentran en esta acumulación de casi medio siglo de narrativa revolucionaria sirven de clave valiosa y casi única para comprender la vida y el carácter mexicanos de este siglo. Podría decirse sin gran exageración que muchos aspectos del México de hoy (inclusive su estructura gubernamental y socioeconómica) se derivan del complejo fenómeno designado por esa frase todavía popularísima, *la Revolución Mexicana*.

A partir de 1900 muchos escritores de Latinoamérica se han vuelto introspectivos, y entre los mejores ensayistas de hoy se buscan respuestas a preguntas tales como: ¿Qué son y dónde se encuentran las raíces verdaderas de nuestra cultura? ¿Estamos destinados eternamente a estar enajenados, a ser imitadores ineptos de la cultura europea y norteamericana? ¿Cómo podemos desarrollar con éxito una manera de vivir auténtica para nuestros pueblos, una manera que responda a *nuestros* problemas, una manera capaz de adoptar y adaptar lo mejor de Europa y Estados Unidos y, a la vez, ser fiel a los mejores elementos de nuestra propia herencia? Estas son las preguntas que plantean y cuyas respuestas tratan de encontrar los mejores pensadores de Latinoamérica. Y actúan con fervor y emociones intensas, con anhelos y esperanzas incipientes, y muchas veces con un sentimiento de inseguridad y algo que se aproxima al masoquismo. Estos ensayistas son los profetas del porvenir latinoamericano, hombres que son bastante valientes para dedicarse a un análisis despiadado y penoso del presente y del pasado, porque se dan cuenta que es su destino contribuir con su labor a un futuro mejor, cuyo amanecer no verán jamás.

Se pueden discernir en la literatura latinoamericana de hoy corrientes que crecen y se intensifican; entre ellas están el cosmopolitismo y el universalismo. Pero el nacionalismo dista mucho de estar muerto, y no pocas veces recurren a él, con fines egoístas, los extremistas de izquierda y derecha, y aun los escritores más sesudos

que deberían portarse mejor. En general, los opositores del cosmopolitismo y del universalismo se encubren bajo el ancho capote del nacionalismo que tanto admite a los patriotas honrados como a los pícaros y bribones, por no decir perversos y malvados.

Para terminar esta breve consideración de lo mucho que nos enseña la literatura latinoamericana, quisiera arriesgarme a proponer una generalización. No pocos observadores han notado en dicha literatura, a partir de la Segunda Guerra Mundial, indicios de dinamismo, cambio, crecimiento, fermento, y descontento. Y esto parece ser verdad sobre todo entre los escritores del sector medio que tienen desde veintitantos hasta cuarenta y tantos años. No es coincidencia fortuita, creo yo, que exista una situación paralela en la política del Continente latinoamericano. La intranquilidad y una tendencia hacia las soluciones políticas rápidas y radicales existían mucho antes que llegara Fidel Castro al poder; su aparición sólo ha contribuido a enfocar la atención de los Estados Unidos en unos síntomas que ahora se intensifican, pero que antes pasaban desapercibidos por la mayoría de nuestros ciudadanos. Para el que no comprenda fácilmente a qué síntomas me refiero, le recomiendo la lectura, por ejemplo, de la novela *La región más transparente*, del mexicano Carlos Fuentes, o los libros del sociólogo norteamericano Oscar Lewis, *Five Families* y *The Children of Sánchez*.

*Algunos aspectos de nuestra diplomacia
cultural en Latinoamérica*

EN el número de *Hispania* correspondiente a septiembre de 1958 escribí en un artículo editorial que los Estados Unidos habían dejado de recalcar el componente de la comprensión intercultural en la historia de sus relaciones con las otras naciones del Hemisferio, y que la política de nuestro gobierno se había limitado casi exclusivamente a los asuntos económicos y políticos. Esta observación no es nueva, pero sí subraya una situación pertinaz, cuyas consecuencias se hacen cada vez más molestas a nuestro país y a las demás naciones americanas. En los últimos dos o tres años la "Guerra Fría" ha llegado al Nuevo Mundo y los rusos han comenzado a desafiarnos en nuestro propio terreno. Todo norteamericano medianamente informado se da cuenta de los aspectos políticos y económicos de este desafío, pero dudo que nuestros ciudadanos ilustrados comprendan igualmente bien el aspecto ideológico del reto ruso. La rivalidad económica y política se prestan mucho más a la publicidad por la radio, la televisión y los periódicos, que la lucha menos tangible por importantísima en el reino de las ideas.

Lo que significa esta rivalidad ideológica, sin embargo, la pude comprender yo hace poco más de un año en la ciudad de México. A mediados de diciembre de 1960 dos conocidos periodistas norteamericanos (Roscoe Drummond y William S. White) publicaron informes en sus periódicos neoyorquinos, artículos reproducidos en la prensa mexicana, en los cuales describieron el éxito de la campaña soviética de propaganda en México y se lamentaron de los pocos y débiles esfuerzos norteamericanos para contrarrestar a los rusos. Los diarios mexicanos comentaron estos informes, y aun en un artículo de fondo publicado en *Excelsior*, periódico conservador y defensor de la política norteamericana, se llegó a afirmar, con obvia irritación, lo siguiente:

Es de lamentarse que México se convierta en un campo de batalla de la lucha entre los EE. UU. y la U.R.S.S., pero admitida la existencia de tal situación—la que, además, compartimos con la mayor parte del resto del mundo—es más deplorable aún que salga ganando la mala causa del comunismo.

En resumen, estos informes afirmaban que en todos los medios de comunicaciones en México: libros, panfletos, periódicos, ferias de libros, y exposiciones industriales, radio y televisión, intercambio de profesores y estudiantes, giras de músicos y otros artistas, etc., los rusos nos ganaban, y que nos habían puesto a la defensiva. Drummond también señaló el hecho de que en la capital mexicana había más de veinte librerías (sin contar las de otras ciudades) que distribuían millares y millares de libros baratos, sobre una infinidad de temas, que de un modo u otro tendían a ser favorables a la causa soviética. La mayor parte de estos libros se imprimieron en México, y su aparición sólo se explica mediante subvenciones rusas a los editores e imprentas mexicanos.

Mis experiencias personales durante mi estancia en México tienden a confirmar, en general, lo que escriben White y Drummond. En las conversaciones que tuve con unos veinticinco intelectuales mexicanos: escritores, críticos, periodistas, editores, hombres y mujeres de generaciones y orientación política distintas (inclusive el Director Nacional de Relaciones Culturales), y en las entrevistas de prensa y radio que me hicieron, sin duda el tema que más veces surgía, directa o indirectamente, podría expresarse así: "¿Qué van a hacer los Estados Unidos acerca de este reto cultural de los rusos, y cuándo van a empezar?"

¿Por qué no hemos podido hacer frente al desafío cultural soviético en la América Latina? Drummond y White citan varias causas. Escasean fondos para costear los programas y actividades

culturales y falta personal adecuado para desarrollar estos programas en nuestras embajadas y centros de información. En México, por ejemplo, el presupuesto de la U. S. Information Agency es tan minúsculo que puede ofrecer sólo dos programas culturales por año.

De nuevo, mi experiencia en México tiende a corroborar las afirmaciones de los periodistas norteamericanos. Los intelectuales con quienes conversé creían que, en general, nuestro programa de enseñar el inglés, a cargo de la USIA, había tenido éxito notable, y nos agradecían la Biblioteca Benjamín Franklin, establecida por los Estados Unidos hace algunos años. Pero, en cambio, ninguno de ellos recordaba el nombre del agregado cultural (Cultural Affairs Officer) norteamericano, y sabían poco o nada de sus actividades. Muchos de ellos, sin embargo, no tardaron en decirme que los agregados culturales de otras naciones (Francia, Inglaterra, Italia, etc.) patrocinaban numerosos programas. Varios me contaron el éxito que caracterizaba los esfuerzos del muy activo y enérgico agregado cultural polonés durante los nueve cortos meses que llevaba en México. Más tarde pude conocer personalmente a dicho agregado, individuo muy simpático que hablaba el español bastante bien.

Fijémosnos en dos o tres ejemplos más de lo que yo he llamado nuestra "diplomacia cultural" en la América Latina. Un colega mío, el profesor George Schanzer de St. John's University de Nueva York, hace poco escribía sobre la conmemoración de los 150 años de independencia latinoamericana en Rusia, contrastándola con lo que pasaba en los Estados Unidos, y lamentándose porque un hecho tan significativo pasara casi sin advertirse en nuestro país. Como ejemplo de la celebración rusa del gran aniversario de 1810-1960, analiza lo que nos enseña una revista soviética de este gran acontecimiento:

Un número de la revista *Cultura y vida*, publicada en español en Moscú por la Sociedad de Amistad y Relaciones Culturales con la América Latina, basta para dar una idea del alcance de esta conmemoración (vol. IV, nº 8, 1960)...

Cultura y vida relata casos de ceremonias nocturnas en las más grandes ciudades de la inmensa Unión. Ha habido exhibiciones de arte y de libros latinoamericanos traducidos al ruso. Se mencionan programas de música y hasta recitaciones de poesía. El aspecto histórico del aniversario se ha discutido. Se han dedicado algunas de las festividades a los países individuales, la Argentina en mayo, por ejemplo, y es de suponerse que México sería honrado de este modo en septiembre. Además, se han llevado a cabo los cambios reglamenta-

rios de saludos, visitas, y delegaciones de latinoamericanos más o menos conocidos, siendo no pocos de ellos izquierdistas o neutralistas.

De mayor interés para nosotros es la novedad de que desde la Revolución de 1917 se han publicado *más de cinco millones de ejemplares de obras de autores latinoamericanos*. Estas cifras incluyen 108 títulos en ruso y otras lenguas soviéticas, de 43 autores. Si dejan de impresionarnos estos números, conviene recordar que en los años más recientes ha aumentado mucho el promedio de traducciones... [Alas, Nov. 1960].

Un profesor norteamericano de historia, preocupado por la fortuna del Programa Fulbright en Latinoamérica, cita los servicios valiosos y muy apreciados de un becario Fulbright norteamericano que en 1958 ayudó a establecer la primera escuela de biblioteconomía en Córdoba, Argentina:

...su trabajo en Córdoba, como pude comprobar en una visita a esa ciudad el año pasado es recordado con una gratitud inmensa tanto por los estudiantes como por los profesores... La obra del profesor Jackson... es un ejemplo de intercambio cultural de la mejor clase. Su visita, que costó unos miles de dólares nada más, ya ha dado ricas ganancias a la Argentina (en un sentido muy práctico) y a los Estados Unidos (en la forma de una buena voluntad que nos hacía mucha falta).

Pero la historia tiene una continuación desafortunada. El Programa Fulbright en la Argentina depende de la venta en ese país de los productos agrícolas sobrantes de los Estados Unidos, al parecer porque es más fácil ganar la aprobación del Congreso para la exportación de nuestros problemas agrícolas que para programas que contribuyen a mejorar la educación en la América Latina. Cuando la economía argentina tambalea y se necesitan los sobrantes de nuestra agricultura, el Programa goza de fondos suficientes; cuando las cosechas argentinas son buenas, el Programa Fulbright tiene que reducirse. A pesar del trabajo excelente hecho por nuestros becados en la Argentina, el Programa nunca ha sido bastante grande para ayudar a resolver de un modo significativo los críticos problemas educacionales del país. En 1957, por ejemplo, se enviaron sólo tres conferencistas y un investigador; en 1958, cinco conferencistas y tres investigadores; en 1959, seis conferencistas; y en 1960, cinco investigadores... Mientras tanto, la U.R.S.S. aumenta constantemente su programa de becas a los estudiantes argentinos, considerándolo como una inteligente inversión de fondos a largo plazo. A fin de cuentas, es mucho más barato educar a los estudiantes en la Universidad de la

Amistad en Moscú que enviar costosos juguetes militares a los ejércitos y a las marinas de guerra de la América Latina—y los réditos finales son mucho mayores.

El Programa Fulbright por todo el mundo, al parecer, tendrá que cojear bajo el fuego continuo del diputado Rooney, jefe del subcomité del Congreso que vigila el presupuesto del Departamento de Estado. En 1960, por la primera vez en muchos años, el Departamento de Estado y la Oficina Federal del Presupuesto pidieron un aumento en los fondos destinados al Servicio Internacional de Intercambio Educacional, que se encarga de becas e intercambios. Pero el Congreso redujo los fondos, dejando sólo \$25.705,000.00 disponibles, o sea una suma más pequeña de lo que cuesta *un solo proyectil intercontinental* (ICBM), y completamente insuficiente para costear un programa del tamaño y vigor que necesitamos. En esta hora en que tantos jóvenes intelectuales están ocupando puestos de poder por toda la América Latina, tal mezquindad equivale a la ceguera. Deberíamos enviar nuestros investigadores, y conceder becas a los latinoamericanos más aptos, no en números tan insignificantes como los actuales, sino por docenas y centenares [Profesor Sam Shapiro, *Alas*, Nov. 1960].

¿Qué puede hacerse para mejorar el estado de nuestra diplomacia cultural en la América Latina? Ciertas medidas materiales se nos presentan casi inmediatamente, pues están implícitas en los defectos ya notados. Mayores fondos, desde luego. Y, a propósito de esto, es sumamente interesante recordar las cifras que cita el señor Tad Szulc, corresponsal del *New York Times*, al referirse a los gastos anuales de propaganda hechos por tres naciones: los Estados Unidos, \$125.000,000 (para la USIA); Cuba \$200.000,000 (para la propaganda de la América Latina); y la Unión Soviética, 2,000 millones de dólares (para su propaganda mundial). Claro que el dinero en sí no lo cura todo, pero cuando Cuba nos gana a razón de 2 por 1, y los rusos a razón de 8 por 1, es patente que necesitamos fondos suficientes si queremos mejorar la situación. Personal en mayor número y mejor preparado se necesita, sobre todo para las relaciones culturales; también hace mucha falta un programa ampliado de intercambio de personas, y de becas para que los estudiantes y profesionales latinoamericanos puedan viajar y estudiar en nuestro país; necesitamos, además, un programa mucho más grande de traducción, publicación, y distribución (con subsidios financieros) de libros latinoamericanos en los Estados Unidos, y de libros norteamericanos en Latinoamérica.

Una comparación entre nuestros esfuerzos y los de los rusos en el campo editorial, en una escala mundial, se encuentra en el

resumen de un informe reciente de Edward R. Murrow, director de la USIA:

El aspecto más desconsolador del informe es la publicación de libros norteamericanos destinados al extranjero. En 1960 la USIA patrocinó la publicación de 7.5 millones de estos libros en el extranjero y también subvencionó a editores extranjeros en la traducción de libros norteamericanos a unos cincuenta idiomas, con un promedio anual de 6 millones de ejemplares.

Lo que hace que estos esfuerzos, que parecen ser bastante impresionantes, sean insuficientes, es el progreso que han hecho los rusos en publicar libros. En 1960 los libros rusos distribuidos en las naciones no-comunistas alcanzaron la cifra *record* de 40 millones. Los soviéticos añadieron siete idiomas nuevos a su programa de traducciones, todos hablados en el Asia del sur. Además de los 40 millones de libros ya mencionados, todos impresos en Rusia, el Sr. Murrow calcula que otros 80 millones de libros subvencionados por los soviéticos se imprimieron en el extranjero. Se anuncia que en Cuba solamente medio millón de ejemplares de las obras de Mao Tse-Tung, traducidas al Español, fueron impresos y distribuidos [*New York Times*, 8 de oct. 1961].

Los programas acerca de la América Latina en nuestra radio y televisión deberían ser más numerosos y de mejor calidad, y los periódicos norteamericanos deberían publicar más noticias acerca de Latinoamérica. Necesitamos recalcar los acontecimientos positivos y constructivos (la apertura de nuevas escuelas y universidades, por ejemplo, la construcción de casas multifamiliares, de presas y proyectos hidroeléctricos, de redes de caminos, etc.) en lugar de repetir los viejos clisés de crisis y asesinatos políticos o de "revoluciones" que no son más que cuartelazos casi siempre fracasados. Tenemos que mejorar la imagen de Latinoamérica que transmiten muchas de nuestras revistas de mayor difusión, y hacer que desaparezca el aire de superioridad norteamericano que se refleja en dichas revistas. Es útil recordar el artículo publicado en la revista *Harper's* (que circula entre los intelectuales de los Estados Unidos) en agosto de 1961 por D. H. Radler, periodista norteamericano que conoce bastante bien a Centroamérica. El Sr. Radler afirma que por cuatro años estudió la edición latinoamericana de *Time* (¡publicada en *inglés!*) y encontró en ella "un tono pertinaz y presumido de superioridad, una corriente permanente de burla para casi todo lo latinoamericano". Huelga decir que el autor documenta su escrito mediante numerosas citas sacadas de la revista misma.

Y para terminar, hay que subrayar la necesidad de que nuestros medios de comunicación difundan más noticias acerca de acontecimientos culturales latinoamericanos (libros nuevos, artes, música, teatro), así como un mayor número de noticias culturales norteamericanas a las empresas de comunicaciones de Latinoamérica.

Se comprenderá ahora, creo, por qué una mejor comprensión intercultural entre los países de América no es sólo una tarea y un deber de los gobiernos, sino que también tendrá que contar con las contribuciones imprescindibles de la prensa, de las casas editoras, de la radio y la televisión, de las escuelas y universidades, de las organizaciones y clubes sociales y profesionales, y de todos los ciudadanos inteligentes, sensibles y responsables del Nuevo Mundo.

Perspectivas para el porvenir

BUENO es, siempre que se pueda, terminar con una nota optimista. Así lo haré.

Puede afirmarse categóricamente que nunca antes se había hecho tanto en los Estados Unidos para darnos la oportunidad, la posibilidad, de aprender más acerca de la literatura y la cultura latinoamericanas. Sólo en los últimos doce o quince meses se ha logrado más que en los 150 años anteriores para facilitarnos fuentes de referencia, índices, bibliografías, etc., sobre la literatura de Latinoamérica. Y en nuestras "pequeñas" revistas (leídas por los intelectuales) se publican con un ritmo acelerado artículos sobre las letras latinoamericanas; de vez en cuando se editan traducciones de novelas y poesías latinoamericanas en formato bolsillo o a precio mayor, y éstas llegan a reseñarse en la prestigiosa *New York Times Book Review*. En 1960 tres traducciones de novelas mexicanas llegaron a publicarse en nuestro país—un acontecimiento sin precedente. Gracias a una subvención de 225,000 dólares, donada por la Fundación Rockefeller, varias imprentas universitarias norteamericanas en los próximos años editarán traducciones de unas 100 de las mejores obras latinoamericanas en todos los ramos—incluye la excelente historia de la literatura hispanoamericana de Enrique Anderson Imbert. Y la Fundación William Faulkner patrocina actualmente un concurso entre los jóvenes novelistas y cuentistas de la América Latina. Además del premio en efectivo que ofrece, dicha Fundación tratará de interesar a nuestros editores en la traducción de las obras premiadas. El gobierno federal, hace pocos meses, añadió sus esfuerzos a lo que se hace en nuestro país para difundir y ampliar nuestro conocimiento de la cultura latinoamericana. La Oficina de Educación (USOE) ha ofrecido a nuestras universidades

pagar la mitad del costo para establecer institutos de Estudios Latinoamericanos, y ya cinco universidades cooperan con el plan: California en Los Angeles, Columbia, Florida, Texas y Tulane.

Ninguno de estos programas, sin embargo, se asemeja al que mucho me complacería ver establecido. Este sería una Fundación Interamericana, apoyada por todas las naciones del Hemisferio, cuyo propósito sería el de traducir al español, portugués e inglés, ediciones baratas de millones de ejemplares de una lista selecta de las mejores obras de toda clase escritas por autores del Nuevo Mundo. Luego la Fundación se encargaría de difundir muy ampliamente estas ediciones. Son obvias las muchas ventajas que ofrecería semejante empresa, y su costo sería insignificante aun cuando se compara con el presupuesto militar de un país pequeño. Les ruego recordar que construir y lanzar un solo proyectil intercontinental (ICBM) nos cuesta casi 26 millones de dólares.

¿Cuánto tardarán en afectar y mejorar nuestra comprensión de Latinoamérica la existencia y la disponibilidad siempre mayores en los Estados Unidos de los libros latinoamericanos? Pregunta difícil en verdad. Sólo el tiempo la contestará con exactitud, pero como se trata de un proceso educativo en su esencia, con toda probabilidad será de larga duración. Ante todo, un número considerable de nuestros ciudadanos mejor educados tendrán que aprender a olvidar sus imágenes denigrantes, sus prejuicios, y sus clisés con respecto a la América Latina, y acercarse a la lectura de sus mejores escritores con una mente abierta y alerta y un corazón sensible y comprensivo. Esta nueva educación, o reeducación, mejor dicho, no se logrará de un día a otro. Nada es más patente. Pero todos sabemos que en este inquieto y alborotado mundo actual, el tiempo se nos va acelerando y acabando. . . Esperemos, por tanto, que la historia nos conceda la oportunidad de terminar con éxito nuestra reeducación latinoamericana.

LA FUERZA DE LA UNIÓN SOVIÉTICA TAL COMO SE REVELA EN UN VIAJE POR EL INTERIOR DEL PAÍS

Por *Julio ALVAREZ DEL VAYO*

EL hecho fundamental de la presente situación internacional es el cambio en la correlación de las fuerzas mundiales. Sin tener eso en cuenta se entenderá muy poco de lo que está pasando ante nuestros ojos. Ese cambio en lo que en lenguaje diplomático es conocido como la balanza del poder, es el resultado del gran progreso realizado por la Unión Soviética en el dominio de la ciencia, de la técnica y de la producción y que ha tenido su expresión más espectacular en el lanzamiento de los Sputniks y en los vuelos de Gagárin y Titov. Y también de la entrada en escena de China como una gran potencia mundial en ascenso creciente.

En general el Occidente, el bloque de países que forman la alianza atlántica y los otros países que sin formar parte de ella sostienen su política, tiende a negarse a admitir ese cambio en la correlación de las fuerzas mundiales, o a adjudicarle un carácter simplemente provisional. En esa negativa a aceptar dicho cambio como el hecho fundamental de la presente situación internacional, se distingue particularmente la diplomacia norteamericana. Un análisis objetivo de algunas de las declaraciones más importantes del Presidente Kennedy y de sus decisiones sobre política exterior desde que ocupa la Casa Blanca, demuestra que él está convencido de que aumentando los gastos militares y adoptando una "política de firmeza" en contraste con la política "blanda" de la Administración Eisenhower, los Estados Unidos pueden volver el curso de la corriente y con la cooperación de los países de la NATO, de la SEATO y de otras combinaciones militares parecidas, ganar de nuevo la supremacía mundial puesta en peligro por el desarrollo del campo socialista.

Es esa carencia de realismo que caracteriza la política del Occidente lo que conduce a situaciones peligrosas como la de Berlín y la de Vietnam. Cuando se deja de pisar terreno firme en política exterior, se corre el peligro de hacer una política de aventurismo y de zig-zag, que un día puede envolver al mundo en una guerra atómica.

En vista de todas esas consideraciones el autor de este artículo estimaba que era indispensable para un comentador de asuntos internacionales el estudiar por sí mismo sobre el terreno la situación. Ese ha sido el origen de nuestro viaje de cuatro meses a la Unión Soviética y a la República Popular de China.

Voy a dar la visión directa de mis impresiones, dejando al lector sacar por sí mismo las conclusiones que él estime justas.

Esta era mi octava visita a Rusia. La primera en 1922, durante el período del hambre, cuando fui a Ucrania como miembro de la misión humanitaria enviada allí por el famoso explorador noruego Fridjob Nansen. En aquel tiempo sólo uno de los observadores diplomáticos con quien yo hablé en Moscú me dijo que el gobierno de Lenin sobreviviría pese a la gravedad de la situación. Los demás estaban convencidos de que era sólo cuestión de un par de años como máximo para que el régimen bolchevique se hundiera y desapareciese del escenario ruso. Al ver lo que es la Unión Soviética hoy y al recordar aquellas predicciones, uno no puede menos de pensar que por lo que se refiere a Rusia, el Occidente ha incurrido más de una vez en un gran error de juicio.

Con esta breve explicación previa voy a entrar de lleno a reproducir aquí, tales como fueron tomadas, algunas de mis notas de viaje.

La última vez que estuve en Moscú fue en el invierno de 1957. En relación con ese año tres cosas saltan a la vista en 1961 a las veinticuatro horas de descender del "TU-104", el avión ruso que hace el recorrido de París a la capital soviética en tres horas y media. En 1957 el "TU-104" era una sensación; hoy la aviación comercial soviética cuenta con el "TU-114" que puede transportar 220 pasajeros y que ha sido declarado por los ingenieros americanos el avión de reacción más económico y requiriendo una pista menor entre todos los que existen hoy.

En la demostración aérea al día siguiente de nuestra llegada en el aeródromo de Tushino, ante más de medio millón de personas, un helicóptero gigante, el "Kram", se elevaba en el aire con una casa prefabricada. Es un aparato al que se le concede un valor práctico considerable, puesto que el transporte por aire de casas prefabricadas resuelve el problema de levantar rápidamente en cualquier sitio de Rusia, una de esas ciudades nuevas para obreros inmediatamente al lado de las grandes nuevas fábricas que se proyectan.

Las tres cosas diferenciales a que acabamos de referirnos son: la gran cantidad de nuevos pisos construidos; la mejoría en el vestir; el mayor conocimiento de lenguas extranjeras.

Es más que sabido lo que ha constituido en la Unión Soviética el problema de la habitación —una angustiada pesadilla prolongada

durante décadas. Pues bien, hoy enfrente mismo del hotel "Ukraine" se levanta un bloque de pisos para funcionarios y obreros, que se extiende varias calles a lo largo de la amplia avenida.

Lo característico del nuevo Moscú son los grandes espacios. El barrio Oeste-Este, construido desde nuestra última visita, da una sensación de solidez, sin pretensiones arquitectónicas, ni los bajorrelieves de antes, pero tampoco pesado o monótono. Más que de un barrio podría hablarse de una nueva ciudad, ya que alberga 100,000 habitantes. Mucho árbol, tiendas de todo, pero ninguna fábrica, a fin de que la atmósfera se conserve pura y de que el ruido no se haga insoportable. Es el mismo caso de la Avenida Kansomol.

La construcción de casas de pisos en Moscú ha sido alentada sobre la base del trabajo conjunto y bajo el principio de que cada participante en el esfuerzo llegue a ser más tarde el dueño del piso construido. Cooperativas han sido formadas al efecto. En Moscú se requiere un minimum de 25 participantes interesados para recibir la autorización de construir. Naturalmente, dado el antiguo y vehemente deseo de las gentes de resolver el problema de la habitación, no es difícil reunirlos.

Casi ya en la segunda mitad del "septenato" —el gran plan de siete años de desarrollo de la economía nacional de la URSS (1959-1965) que constituye una época de por sí— las inmensas canteras del país rivalizan en aportar el material de construcción necesario; las nuevas fábricas como las instaladas en el Uzbekistan contribuyen a resolver el problema del cemento.

Los espectaculares rascacielos de hace unos años, no gozan más del favor oficial. Se estima actualmente que es un lujo que no paga. Y que el dinero y el esfuerzo que cuestan pueden ser mejor utilizados en la construcción de pisos.

Abundan en los nuevos bloques de apartamentos las antenas de televisión. Hasta hace poco el tener un frigorífico, un baño o una ducha, una máquina de coser, era considerado el lujo mayor a que podía aspirar una familia obrera, o de funcionarios, o de profesionales, que son las que habitan estas nuevas casas. Hoy quieren tener además un televisor. Es uno de los signos de la prosperidad creciente.

Coincidiendo con ello está la segunda cosa diferencial que nos llama la atención apenas llegados a Moscú, la mejoría en el vestir. En el *ball* del Hotel Ukraine un hombre de negocios holandés que lleva años viniendo a Moscú me decía: "Antes uno podía impresionar trayendo a las esposas de los amigos soviéticos como regalo medias de nylon; hoy se fabrican de igual calidad aquí. Pero, incluso una tela de brocado para traje de noche que yo traía para la mujer de uno de mis amigos rusos, comprada en Amsterdam y cuidadosamente elegida, la vi luego en un escaparate de Moscú. Claro, esto

no es todavía la Quinta Avenida de Nueva York, pero la mujer rusa se viste mucho mejor que hace cuatro años.

Las telas y el calzado resultan todavía caros comparado con los precios en el extranjero. Pero, los economistas con quienes hablamos sobre el Plan de los Siete Años, nos aseguraron que antes del final de dicho Plan, la industria de artículos de consumo y de artículos de primera necesidad, se habrá desarrollado de tal modo que se podrá tener un vestido y un par de zapatos a mitad del precio actual.

La tercera cosa diferencial de 1957 a hoy, en el primer golpe de vista dado a Moscú, es el mayor conocimiento de lenguas, sobre todo entre la gente joven. Es la respuesta a la elevación de Moscú a uno de los primeros lugares como centro de reuniones y actividades internacionales. En las semanas siguientes a nuestra llegada tres grandes reuniones internacionales tenían lugar en la capital soviética: el Segundo Festival Mundial del Cinema celebrado en Rusia, que atrajo a estrellas como Gina Lollobrigida, Elizabeth Taylor, Ju Lan (de la China Popular) y en el cual se dio el primer premio a la película japonesa *La isla desnuda*, de Kaneto Shindo, una película admirable; el Congreso Internacional de Bioquímica y el Forum de la Juventud.

"Todo el mundo mira a Moscú", se oía decir a los moscovitas, orgullosos y sobre todo gozando esa situación, porque Rusia es hoy un país en el que se ve a la gente, en la calle, en el metro, evidentemente animada. Esa exclamación de "todo el mundo mira a Moscú" la iba a volver a oír, y todavía con mayor convencimiento, dos meses después, con ocasión del XXII Congreso del Partido Comunista Soviético.

En Moscú tuve oportunidad de informarme detalladamente sobre la marcha del Plan Septenal que, como es conocido, se extiende de 1959 a 1965, y que sirve de orientación sobre las perspectivas y posibilidades del Plan de los Veinte Años, contenido en el Nuevo Programa del Partido Comunista Soviético, que fue aprobado por el XXII Congreso. Antes de partir para la Unión Soviética, yo había reunido todo el material disponible sobre el Plan de los Siete Años. Una vez en Moscú se comprobó y amplió esa documentación que poseía ya, a través de conversaciones con expertos en planificación y con economistas.

No tiene objeto abrumar al lector con cifras y estadísticas. Pero algunas de ellas sí pueden servir para recordar lo que ha sido el progreso de la Unión Soviética en esta última década. La producción industrial de la URSS ha aumentado de 1950 a 1960 en un 80 por ciento. "La producción de la URSS es ya hoy mayor que las de Inglaterra, Francia, Italia y el Japón reunidas" —me dijo uno de los economistas soviéticos de mayor reputación al que conozco personal-

mente desde hace años. Y agregó: "Los occidentales han sido siempre muy escépticos acerca de la autenticidad de nuestras cifras. Ese escepticismo lo pagó bien caro Hitler. La documentación publicada sobre los orígenes de la Segunda Guerra Mundial demuestra que Alemania desconocía la fuerza verdadera de la Unión Soviética: no creían en nuestras estadísticas y por eso cometieron un error fatal de cálculo. Lo mismo puede ocurrirles ahora a los occidentales si toman nuestras cifras como propaganda".

En acero la producción soviética, que había aumentado a 35 millones de toneladas contra 55 millones de toneladas de los Estados Unidos, durante el período 1917-1953, ha aumentado en 27 millones de toneladas de 1953 a 1960, mientras que en ese mismo período de tiempo la producción de acero de los Estados Unidos disminuyó. En 1960 la producción de acero de la Unión Soviética constituía ya el 72.5 por ciento de la producción de los Estados Unidos.

Según las cifras publicadas por el Instituto Central de Estadísticas en la víspera de abrirse el XXII Congreso del Partido Comunista Soviético, la producción durante los primeros nueve meses de 1961 ha sido superior en un 3 por ciento a la producción durante el período equivalente de 1960. Un solo retroceso, el de la producción de carbón.

Por esos mismos días la *Ekonomicheskaja Gazzeta* informaba que la Unión Soviética había alcanzado ya el primer lugar en la producción mundial de algodón.

Pero, esta impresión de gran optimismo, de confianza no sólo en la posibilidad de cumplir abundantemente, no únicamente el Plan de los Siete Años, sino el Plan de los Veinte Años que trascendía de todas las conversaciones que yo había tenido en la Unión Soviética, quise verificarla a través de un extenso viaje por el interior del país.

Navegar por el Volga no es sólo encantador, sino que es una lección de historia rusa y al mismo tiempo una buena oportunidad para informarse directamente de cómo el Plan de los Siete Años está siendo llevado a la práctica en un área de tal importancia económica.

El Volga fue vital en el proceso de formación y consolidación del pueblo ruso. Fue, en efecto, la incorporación de los territorios del Volga a Rusia, después de someterse al Khanato de Astracán, lo que permitió proseguir la colonización y la extensión hacia Siberia, a fines del siglo XVII. En una de sus obras, Lenin escribe que es en el siglo XVII cuando comienza un nuevo período de la historia rusa, período de fusión efectiva de las distintas regiones, territorios y principados en un todo, debido al intercambio entre las regiones y a haberse concentrado gradualmente los pequeños mercados locales en un solo mercado para toda Rusia. En la realización de ese proceso el Volga jugó un papel principal.

El Volga fue a su vez durante mucho tiempo el escenario de algunas de las grandes sublevaciones contra el poder feudal y el despotismo zarista. Si la más famosa de todas, la caudillada por Stepán Razin, comenzó en el Don, encontró entre los pueblos de la cuenca del Volga una acogida entusiasta. Entre los movimientos populares de dos siglos más tarde, los de los años del 30 al 40 del siglo XIX, los campesinos del Volga armados con palos, guadañas y algunas veces con armas de fuego, ofrecen una resistencia magnífica a las fuerzas zaristas enviadas en misiones punitivas. Es el mismo espíritu que inspira a fines de 1942 y comienzos de 1943 la epopeya de Stalingrado (hoy llamado Volgagrado), que constituyó el comienzo del viraje radical en la Segunda Guerra Mundial.

Visité el Canal del Volga y hablando con el jefe del canal y los principales técnicos a su servicio fui informado de que desde 1953 que se construyó, el tráfico ha aumentado en tres veces, y el tonelaje en cinco veces. Ya pasan por el canal barcos de pasajeros de 2,500 toneladas, que hacen el recorrido de Moscú a Rostov. En lo que resta del Plan de los Siete Años el tráfico aumentará mucho más. El objetivo era originalmente duplicarlo para 1965, pero el jefe del canal me dijo que él creía que para entonces será triplicado.

En el Plan de los Veinte Años está previsto un desarrollo excepcional de la energía eléctrica. Fue uno de los temas de mi conversación con los ingenieros de la "Central Hidroeléctrica del Volga", levantada aprovechando las ventajas naturales del gran río. Y viendo lo que es esta Central eléctrica, que va a ser seguida muy pronto en Siberia por otra mucho más poderosa, uno comprende que los soviéticos tengan tal seguridad en que los objetivos extraordinariamente ambiciosos del Plan de los Veinte Años serán cumplidos.

Parte de la energía eléctrica de la Central del Volga se envía a Moscú; parte al Dombas, a la región carbonífera y el resto es dedicado a cubrir las necesidades de la región.

A las dos orillas del Volga se veían fábricas y más fábricas. La fábrica de tractores de Stalingrado producía en el otoño de 1961, 33,500 tractores. El modelo "DT-54" era considerado hasta ahora satisfactoriamente. Pero, a fines de 1961 se pasaba de lleno a la construcción del "DT-75", de 75 caballos, pues el desarrollo de la agricultura en la Unión Soviética requiere cada día tractores de mayor fuerza. Algunas fábricas de Jarkov producirán al fin del Plan de los Siete Años únicamente tractores de 90 caballos.

Todo a lo largo del Volga y lo mismo ocurre en los Urales y en Siberia, la explotación de las tierras vírgenes se lleva adelante a un ritmo acelerado. Le dije a un compañero soviético de viaje: "La estepa rusa se va reduciendo" al ver cómo en ella se construyen

o nuevas empresas agrícolas o nuevas fábricas. "Pero, queda aún mucha estepa", me contestó.

Mientras recorriamos el interior de la URSS se celebraba en Moscú la fiesta de los metalúrgicos. Y terminaba afirmando la voluntad de ponerse a la cabeza de los productores de acero del mundo. Se sentían orgullosos de que antes de alcanzar la primera mitad del Plan de los Siete Años, hubiesen impulsado la producción de acero en cinco millones de toneladas más que las previstas para fines de 1961.

El mismo espíritu de "quemar las etapas", de dejar atrás las previsiones de los planificadores, lo encontré en Baku, la capital del petróleo. Con una certera intuición —en ese punto sí— del futuro que le estaba reservado a la industria petrolera rusa, Hitler "quería tomar Baku intacto". Esa es la explicación de que no fuese destruido y arruinado como muchas otras ciudades soviéticas. La visita a "la nueva fábrica de elaboración de petróleo" y la reconstrucción que se nos hizo, sobre la base de documentales cinematográficos, de lo que había sido la edificación de "La ciudad petrolera sobre el mar", una empresa de una dificultad extraordinaria, dada la violencia de las acometidas del Mar Caspio, me sirvieron de introducción para una larga discusión con algunos de los más importantes expertos soviéticos que trabajan en Baku, sobre el porvenir del petróleo en Rusia.

Contrariamente al pesimismo que de tiempo en tiempo invade, en los países de empresa privada, a los productores de petróleo, temiendo una vez la concurrencia de otros países donde grandes yacimientos han sido descubiertos y preocupados también de que se agoten sus propias posibilidades de continuar produciendo en gran escala, en Baku se sienten absolutamente seguros de que al petróleo ruso le están reservados grandes éxitos en las próximas décadas. Durante los siete últimos años el crecimiento absoluto de la producción de petróleo en la URSS se ha expresado en la cifra de 95 millones de toneladas, una tercera parte más de lo que habían calculado los planificadores a mediados de 1954. La capacidad de exportación de petróleo ruso va a constituir un serio reto dentro de muy pocos años para las grandes compañías petroleras del extranjero. Es un instrumento además muy valioso para extender la ayuda soviética a los países insuficientemente desarrollados. Ya hoy desde Baku no sólo se exporta petróleo, se envían cuadros de técnicos en petróleo a India, Afghanistan, Egipto, Siria y otros países.

En Siberia —camino de China— se puede comprobar cómo la industria pesada beneficia esa área, de una importancia cada día mayor para la economía soviética, dada la abundancia de riquezas naturales y de materias primas. Su utilización ha recibido ya un gran

impulso durante la primera fase del Plan de los Siete Años. Con los Urales y con Siberia cuentan en una gran parte los planificadores soviéticos cuando anticipan para los próximos veinte años un aumento de seis veces la producción industrial en relación con la actual.

Un plan tan ambicioso como el aprobado por el XXII Congreso exige grandes cambios de estructura y un desarrollo continuo de la electrificación. En Siberia se están construyendo ahora estaciones eléctricas que una vez terminadas dejarán atrás a la que nosotros vimos funcionando en la región del Volga. Tendrán que ser construidas aún más si ha de cumplirse, en lo que se refiere a poder eléctrico, el objetivo fijado para todo el país para el final del Plan de los Veinte Años, es decir, para 1980 y que es de dos billones setecientos mil a tres billones de kilowatios hora.

Es bien conocida la importancia que Krushchev da en este momento a la industria ligera y a la producción de los artículos que contribuyen a hacer cada día más agradable la vida diaria del pueblo soviético, igualmente que al desarrollo de la agricultura. Yo visité diversos koljoses y sovjoses en el interior de Rusia. Por todas partes oí de progresos realizados en los diferentes cultivos, en la industria de la leche, que ha dado un gran salto en los últimos tres años, y en la cría de ganado de todas clases.

Juntamente con el avance de la industria y de la agricultura se nota una ascensión constante en el dominio de la ciencia. La alianza de la ciencia y de la técnica puestas ambas al servicio de la producción, es la base principal de la presente prosperidad soviética. Es el elemento con que cuentan sobre todo los planificadores cuando sostienen que el Plan de los Veinte Años no es una utopía y que será cumplido. Hoy ya el número de científicos en la Unión Soviética se cuenta por centenares de miles, pero es que los planes para el desarrollo de la ciencia y de los equipos técnicos de todas clases para los próximos años, que nos fueron explicados a nosotros por científicos eminentes, son verdaderamente impresionantes.

En el interés del conocimiento realista de lo que es hoy la Unión Soviética y de lo que se puede razonablemente pensar que será en el futuro, de no estallar una guerra atómica, me ha parecido importante poner el énfasis sobre este aspecto de mi última visita. Yo asistí al XXII Congreso del Partido Comunista Soviético. Desde entonces la mayoría de las informaciones y de los comentarios que se publican en la prensa extranjera giran alrededor de la destalinización, de las diferencias entre Moscú y Pekín y de otros temas del mismo género. Hay el peligro de que de esa manera sea descuidado el hecho fundamental que dominó el XXII Congreso y que caracteriza la presente situación de la Unión Soviética: la existencia de una nación cada día más fuerte. Y de una nación que, como consecuencia

misma de su presente prosperidad, gracias a la cual el pueblo soviético goza hoy de un bienestar que no conoció antes, de veras anhela la paz. La palabra que yo oí pronunciar más en esta visita fue "paz". Una política exterior inteligente de parte del Occidente debiera captar esta oportunidad de negociación que se ofrece hoy, antes de que las cosas puedan tomar un viraje diferente, ese deseo evidente de Krushchev a fines de 1961, de entenderse con Kennedy por poco que el último haga para facilitar la reanudación del diálogo de Viena.

Después del XXII Congreso los consejeros del Presidente Kennedy y los "demoniólogos" norteamericanos especializados en adivinar y penetrar en las intenciones de la dirección comunista, han procedido a un examen del Programa de los Veinte Años y de las consecuencias posibles de la destalinización. Dicho examen presenta de nuevo las características conocidas de una apreciación por sobresaltos, conforme a la cual un día los norteamericanos se regocijan de las dificultades en que creen se encuentra el adversario, y otro día se muestran inquietos por su fortalecimiento. Así, a las informaciones sobre una crisis de la agricultura soviética, tomando como base las críticas de Krushchev dirigidas a los gobiernos locales en sus frecuentes visitas a las regiones agrícolas, siguió en la prensa de los Estados Unidos (*New York Times*, 23 de enero de 1962), la preocupación ante el informe divulgado por la Agencia Tass sobre "nuevos éxitos en la competencia pacífica con los Estados Unidos". El informe presentaba un 9 por ciento de aumento en la producción industrial de la URSS durante 1961, en contraste con sólo un 1 por ciento de aumento en la producción industrial de los Estados Unidos en el mismo período de tiempo.

Aunque, según el citado informe, los objetivos señalados para 1961 para la agricultura no habían sido alcanzados, y esa es la razón de la censura de Krushchev a las autoridades locales de las regiones por él visitadas en diciembre y enero últimos, la producción del campo en 1961 fue de 138.000.000 de toneladas métricas, únicamente la segunda después de la cosecha récord de 1958. Pero, a lo largo ya del Plan de los Veinte Años el Gobierno soviético está propulsando un poderoso auge de las fuerzas productivas del agro, que debe permitir dar solución a dos problemas fundamentales estrechamente ligados entre sí: lograr la abundancia de productos alimenticios de alta calidad para la población y de materias primas para la industria; y asegurar el tránsito paulatino del agro soviético a las relaciones sociales comunistas y acabar, en lo esencial, con las diferencias entre el campo y la ciudad. El nuevo Programa del Partido prevé que en el curso del desarrollo de la producción de los koljoses y sovjoses y del perfeccionamiento de las relaciones sociales entre

ellos, la agricultura se elevará a una fase nueva y poco a poco las aldeas koljosianas se transformarán en grandes poblaciones de tipo urbano. Los sovjoses deberán convertirse en fábricas mecanizadas y bien organizadas para la producción de grano, algodón, carne, leche, lana, legumbres, fruta y desarrollar por todos los medios la semicultura y la cría de ganado de raza. La agricultura apasiona a Krushchev y él la ve dejando atrás en los próximos diez años a la agricultura de los Estados Unidos.

Por lo que se refiere a las consecuencias de la destalinización, el peligro para el Occidente es exagerar el alcance de las diferencias innegables existentes entre unos países comunistas y otros, intensificadas por el XXII Congreso, pero que nunca podrían conducir a una ruptura. Esas diferencias realzadas por su propia importancia nacional alrededor de Rusia y de China, son principalmente el resultado de un distinto enfocamiento en la manera de llevar adelante la política exterior, pero sin que autoricen objetivamente a establecer una distinción entre una "Unión Soviética pacifista" y una "China beligerante", como se viene haciendo por los occidentales, pues ambas se hallan igualmente interesadas en el mantenimiento de la paz, indispensable para su progreso.

UN TESTIMONIO HONRADO SOBRE LA REVOLUCIÓN CUBANA

COMO la Unión Soviética desde hace muchos años, Fidel Castro y la revolución por él piloteada se han convertido en industria, en fuente de granjería para periodistas y escritores inescrupulosos y mediocres en los Estados Unidos y la América Latina durante los últimos dos años. Son muchos los centenares de ganapanes de la pluma, en español y en inglés, sin dignidad ni ética, que se han prostituido a los intereses reaccionarios y clericales y explotan *pro domo sua* la presente tragedia del pueblo cubano. Produce verdadera náusea contemplar tanta vileza, tanto servilismo, tanto prostituto escribidor rendido ante los poderosos por el miserable mendrugo. La venal prensa comercial, envilecida por el capitalismo cristiano, ha pervertido a la inmensa mayoría de la gente que del periodismo ha hecho un *modus vivendi*, un oficio, casi siempre vitando, porque escriben sin criterio propio, sin honradez y sin altura. Alquilan su alma y su talento como alquilarían sus trastos más inservibles. Prensa y periodistas son de la misma calaña —con rarísimas excepciones en ambos casos. Esta abyección es más despreciable aún en la América hispana que en los Estados Unidos. No es que en Norteamérica no abunden también la prensa mercadeable y el periodista alquilón; pero aun entre los rotativos comerciales los hay independientes y probos, maguer conservadores en demasía. *The New York Times*, *The Christian Science Monitor*, *The Saint Louis Post Dispatch* y varios otros son periódicos serios, insobornables y dignos. Eso sin contar las docenas de revistas hebdomadarias, mensuales, etc., no prostituidas al mercantilismo anunciador ni subordinadas a intereses políticos de ningún matiz. Por lo numerosas, se omiten los títulos aquí. Tales revistas existen en Hispanoamérica también —el más inclito ejemplo es precisamente *Cuadernos Americanos*— pero el número de ellas es muy exiguo.

Esa prensa vendible y mendaz ha encontrado en el drama cubano un filón riquísimo que explotar. La revolución cubana es el hecho de mayor trascendencia continental que en América se ha producido en ciento cincuenta años. Ha sido una especie de terremoto que ha sacudido la cordillera andina desde Alaska hasta la Tierra del Fuego. Ha alarmado a la clase media, a las oligarquías desvergonzadas que en toda América explotan el hambre y la ignorancia de las masas desvalidas; ha empavorecido a la Iglesia católica, la más corrompida y expoliadora de los humildes entre todas las entidades, eterna aliada y sostén principalísimo de la plutocracia americana. La revolución cubana y el fidelismo representan una gravísima conmoción social que amenaza con desquiciar y destruir el tinglado de injusticia que en toda

América ha prevalecido desde la Conquista. El eco profundo que el fidelismo o castrismo ha encontrado entre las masas desposeídas de América ha llenado de pánico a los mercaderes del hambre y la miseria que en América usufructúan el poder y ha aterrado a su aliada, la Iglesia. De ahí que se hayan concitado para combatir a Cuba todas las fuerzas tenebrosas y demoníacas de América —el gran capital, los políticos infectos, la clerigalla embaucadora, la prensa malodora y los alquilonos de la pluma que la escriben. Es la conjura más siniestra y desvergonzada que hasta hoy se ha visto en América. Todo dirigido y financiado por el gran capital imperialista que en el hecho cubano presente una amenaza terrible para sus inversiones en aquel continente.

Algo muy similar ha ocurrido en los Estados Unidos. Son muchos los miles de artículos, editoriales, libros y folletos que en Norteamérica se han escrito para denigrar a Fidel Castro y desacreditar y destruir el intento revolucionario por él dirigido. Exceptuado Krushchev y la Unión Soviética, ningún otro jefe de Estado o país han inspirado en los Estados Unidos tal avalancha de vilipendios durante los últimos dos años como la que Fidel Castro y la revolución cubana han cosechado. Hay ya toda una literatura —en inglés— denostadora en su mayor parte, sobre este tema, tan abundante o más que en lengua española. Pero en medio de esta catarata de vituperios y sandeces, se ha publicado también una larga teoría de artículos, opúsculos y hasta libros serios, meditados y bien informados que no tienen equivalente en lengua española todavía. Puede afirmarse sin riesgo de que nadie pueda desmentir el hecho, que los mejores estudios que sobre la revolución cubana han aparecido fuera de Cuba han sido escritos por norteamericanos. Lo único escrito en el extranjero que por su importancia puede equipararse a estos intentos de interpretación honrada publicados en los Estados Unidos es el libro de Jean Paul Sartre.

Sobre la revolución cubana se han publicado ya en inglés unos doce o quince libros de muy diverso mérito, intención y carácter. Los hay de todos los matices y para todos los gustos. Unos son anecdóticos, superficiales, sin trascendencia exegética ninguna y sin visión profunda del hecho que estudian; pero a la vez tienen una virtud negativa: están escritos sin hiel y sin veneno todavía porque fueron redactados antes de que la revolución se radicalizara y se convirtiera en amenaza. A tal categoría pertenecen los sendos libros de Jules Dubois, *Fidel Castro* y de Ray Brennan, *Castro, Cuba and Justice*, y aun el de la señora Ruby Hart Philips, *The Island of Paradox*. Otros son estudios serios que representan investigaciones detenidas y se apoyan en profusas estadísticas, como el de los profesores Leo Huberman y Paul Sweezy, *Cuba: Anatomy of a revolution*, ya traducido a unas doce lenguas. El defecto capital de este libro consiste en ser demasiado "one-sided", y en ver el problema desde el ángulo marxista, dogmático y en parte subjetivo. Otros como el del profesor C. Wright Mills, *Listen, yankee*, son demasiado polémicos. Este libro se convirtió, de inmediato, en "best seller" y levantó

una verdadera tempestad de protestas y hasta de improperios contra el autor. Algo análogo, pero en escala menor, ha ocurrido con el más reciente de Robert Taber, M. 26. *The biography of a revolution*. Informativo, sereno, bien escrito —y no carente de simpatía— es *90 miles from home*, del novelista Warren Miller.

Pero a medida que el conflicto con los Estados Unidos empeoraba y como secuela de ello se iba radicalizando la revolución, arreciaba el vendaval en la prensa, en el Congreso, en la radio y la TV, y la opinión pública se envenenó hasta la intoxicación contra Cuba. Entonces empezaron a aparecer libros concebidos dentro de un clima "macarthista", furibundamente beligerantes y anticomunistas—algunos escritos por comunistas renegados, los más vociferantes de todos. A tal categoría pertenece *Red star over Cuba*, por Nathaniel Weyl, uno de los muchos superpatriotas y profesionales del anticomunismo que en los Estados Unidos han surgido desde que Joseph McCarthy demostró que el superpatriotismo y el anticomunismo podían convertirse en proficua industria explotable. Menos belicoso, pero muy agresivo también es el titulado *Tragic island*, del egomaniaco Irving Peter Pflaum, en el que se recoge—como en *Red star over Cuba*— gran parte de la insidiosa y frecuentemente mendaz y hasta pornográfica propaganda que contra Fidel Castro realizan en todas partes sus enemigos. El de Pflaum es libro excesivamente personalista y anecdótico, pero bastante bien informado sobre la índole de las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba durante el presente siglo. A veces el lector se sorprende por la honrada franqueza con que el autor denuncia las torpezas y las injusticias cometidas por su país en la Isla. Como ejemplo loable puede verse la última página—pero no es el único caso. Citaré, por último *The devil to pay*, del aventurero Robert L. Moore, Jr., recién aparecido. Es un libro novelesco y embustero, dialogado en casi su totalidad, que el estudioso de la revolución cubana hará bien en no tomar en cuenta. No creo aventurado pronosticar que este tipo de literatura anticomunista y anticastrista proliferará en los Estados Unidos por algún tiempo todavía. Fidel Castro y la revolución cubana continúan siendo hechos sensacionales y por ende explotables y lucrativos para la gente de pluma sin escrúpulos. La peligrosidad del castrismo para el orden establecido acaso se exagera aquí. Pero el odio al comunismo y el temor a que el fidelismo se propague en Hispanoamérica son reales, maguer atizados y explotados hasta el límite por la prensa derechista, por los demagogos sin pudor y por los "superpatriotas". "El patriotismo es el último refugio de los granujas", aseveró el doctor Samuel Johnson hace ya dos centurias. Los cubanos anticastristas aprovecharán la propicia coyuntura para expresar en libros en inglés su frustración y su odio. Acaba de aparecer el primero, *Cuba and Castro*, por Teresa Casuso, fidelista renegada. Son muchos los cubanos del exilio—ayer ciegos, sordos y mudos ante Batista— que ahora entonan himnos a la libertad y la democracia. . .

De mayor calidad interpretativa y analítica que algunos de los libros

mencionados son una serie de más o menos extensos artículos aparecidos en revistas o folletos entre los cuales merecen destacarse los publicados por Morris H. Rubin, Paul A. Baran, Theodore Draper, Samuel Shapiro, Robert Alexander, Herbert L. Matthews, los ya citados profesores Huberman y Sweezy, y varios otros que hasta principios de este año escribieron sobre Cuba en los periódicos y revistas liberales precitados. Los mencionados y el que a continuación comentaré son los libros en inglés que sobre la revolución cubana he podido leer hasta ahora, pero no son los únicos publicados. Mientras no se resuelva el conflicto hoy planteado entre Cuba y los Estados Unidos seguirá proliferando esta nociva epidemia "enlibrada". Por el momento Cuba ofrece una gran oportunidad de lucro a todo quisque sin talento y sin criterio que se gana la vida emborronando cuartillas. La opinión pública norteamericana está caldeada hasta la hiperestesia contra la revolución castrista y no se sacia de leer sandeces sobre el tema. Cuanto más apasionada y violenta sea la panfletería, más éxito tendrá. El americano común ignora en absoluto la índole de las relaciones que durante sesenta años han existido entre los dos países y en su mesianismo desaforado cree honradamente que su país ha sido en todo tiempo un benefactor generoso para Cuba. De ahí su sorpresa y su indignación cuando ve a Fidel Castro y a la prensa cubana toda atacando con virulencia a los Estados Unidos. De la ignorancia del público lector se aprovechan y se benefician muchos columnistas y autores de libros para escribir sobre el apasionante tema cubano sin la necesaria preparación y conocimiento de los antecedentes que condujeron a la presente tragedia.

Uno de los muy contados corresponsales que sobre Cuba han escrito con lucidez y autoridad porque conoce bastante bien la historia de las relaciones entre la Isla y su poderoso vecino, es Herbert L. Matthews, miembro del consejo editorial del *New York Times* desde hace años. Matthews es, quizás, el periodista norteamericano más familiarizado con la vida política del mundo hispano durante el último cuarto de siglo que en la actualidad existe en los Estados Unidos. Desde 1936 se ha consagrado a recorrer los países de habla española, a estudiarlos y a reportar sobre ellos. El año citado fue enviado por el *New York Times* a España para informar sobre la Guerra Civil Española a los lectores del periódico. Tan verídicas, tan acertadas y penetrantes eran sus correspondencias o artículos sobre aquella sangrienta peripecia que al año siguiente le concedieron el Premio Pulitzer de periodismo, uno de los más deseados galardones que en los Estados Unidos existen para un escritor. En años más recientes fue incorporado al consejo editorial del periódico encargado de escribir los artículos de fondo relativos a la América Latina y a España.

Durante los dos primeros meses que Fidel Castro pasó en la Sierra Maestra—desde diciembre del cincuenta y seis hasta febrero del cincuenta y siete—el dictador Batista hizo circular la noticia de que Fidel Castro había muerto. Esta versión acabó por ser aceptada por la inmensa mayoría del pueblo cubano. Sólo un escaso número de conjurados contra el sangriento

déspota que mantenía contacto clandestino con los rebeldes de la Sierra sabía que Batista engañaba al pueblo. Herbert Matthews se propuso dilucidar el enigma y revelar la verdad fuera de Cuba. Hizo un viaje a La Habana, estableció relaciones con la clandestinidad antibatistiana y logró llegar hasta el jefe de ella en la capital, Faustino Pérez, quien le facilitó la oportunidad de una entrevista con Fidel Castro en la Sierra Maestra. Tras una larga serie de peripecias, bastante peligrosas algunas de ellas, la entrevista de tres horas con el poco menos que mítico personaje se celebró el 17 de febrero de 1957 en las altas horas de la madrugada. Después de burlar por segunda vez la vigilancia del ejército batistiano, Matthews regresó a Nueva York, y el domingo 24 de febrero publicó en el *Times* el primero de la serie de tres largos artículos narrando la entrevista. Fidel Castro, a quien la diosa fortuna parece haber tomado bajo su protección y amparo, pudo revelar al mundo no sólo la realidad de su existencia física, sino exponer en la más respetable y respetada tribuna periodística de los Estados Unidos su programa de acción revolucionaria. La sensación producida por la hazaña de Herbert Matthews fue tremenda, y no se limitó al ámbito nacional. El mundo entero supo que en la Sierra Maestra se forjaba el destino de una nueva Cuba. Batista y sus paniaguados y asesinos trataron en balde de neutralizar las revelaciones del *New York Times* proclamándolas falaces, pura ficción, indignos infundios, etc., y poniendo a Matthews como no digan dueñas: embustero, follón, patrañero, fueron los adjetivos más piadosos que le dedicaron. Pero de nada sirvió la impudicia de los batistianos. Nadie dentro ni fuera de Cuba puso ya en tela de juicio la existencia de Fidel Castro, y desde aquel instante empezó a desarrollarse el mito fidelista. Por eso Herbert Matthews y el *New York Times* han sido calificados como los parteros de la revolución cubana. Matthews, por lo menos, merece el calificativo de padrino y valedor de Fidel desde 1957 hasta comienzos del 1961. A partir de enero último se ha distanciado mucho de la causa fidelista debido al rumbo francamente marxista que la revolución ha tomado desde 1961.

A partir de febrero de 1957, Herbert Matthews ha escrito muchos de los artículos más luminosos, más sagaces y mejor informados que sobre el hecho cubano se han publicado en inglés. Desde comienzos del 57 hasta fines del 60, ha dado también muchas conferencias sobre el tema, explicándolo, interpretándolo, y defendiéndolo de torcidas y amañadas exégesis, destacando la torpeza de la prensa tanto como de los políticos norteamericanos frente a la revolución, y señalando la responsabilidad de su propio país en la radicalización del movimiento fidelista.

Después del profesor C. Wright Mills, ningún otro escritor o periodista yanqui ha sido tan atacado, tan malignamente interpretado y hasta difamado en la prensa estadounidense como Herbert Matthews. En esta avalancha de vituperios y calumnias contra él desatada entran por mucho la envidia, el rencor, la vileza de los venales y el oportunismo de los que medran con la guerra fría. No le perdonan —sobre todo sus colegas jóvenes—

que haya sido el primero que tuvo clara visión de lo que en Sierra Maestra se gestaba, y el coraje y la decisión de desafiar a los esbirros de Batista para revelar al mundo la existencia del héroe. No le perdonan su éxito y menos su honradez, su digna y proba independencia, su simpatía por la causa fidelista y la franqueza con que ha revelado la ineptitud y la mendacidad de muchos al enjuiciar el fenómeno cubano. Matthews no se ha dejado intimidar por esta insidiosa campaña contra él dirigida ni ha cejado en su empeño ni abdicado sus puntos de vista. Sus liliputienses enemigos no le perdonan que no cante la palinodia, que no abjure y se retracte. En la caldeada atmósfera de guerra fría que en los Estados Unidos se respira, se tolera la insidia y la maledicencia, la falacia y el oprobio con tal que se amparen en el anticomunismo. Las palabras rojo y comunista han adquirido pavorosa ominosidad. Casi tan temidas aunque de menor peligrosidad son "pink", "pinkish", "fellow traveler" y otras de parecida semántica. Diríase que el norteamericano de hoy ha retrocedido a la intolerancia y al fanatismo de la España de Felipe II en lo que al marxismo respecta.

En este ambiente de histeria anticomunista acaba de aparecer el último libro de Herbert L. Matthews, *The Cuban story* (New York, George Brazillier 1961), en el cual el autor resume sus ideas y su actuación relativas a la revolución. Más que una historia o un análisis detallado de la trascendente crisis cubana, este libro es una interpretación de la misma y una autodefensa, además. Es éste un libro valiente y honrado, en cierto modo egocéntrico por el carácter de autodefensa que tiene, pero leal a los hechos objetivos y consistente con la posición frente a ellos adoptada por el autor desde el principio. Es acaso el más sereno, el más justiciero e imparcial de cuantos hasta el presente se han publicado sobre el tema. Carece del aparato estadístico y de la profusión de datos y números que tienen otros —como el de los profesores Huberman y Sweezy, por ejemplo— pero nos da un panorama sintético y lúcido del acontecer revolucionario y un recuento de su propia actuación frente a él a lo largo de los últimos cuatro años. No es este un libro "herético" como aquí consideran a *Listen, yankee o Anatomy of a revolution*, ni tampoco ultraderechista y beligerante como varios aparecidos este año. Es más bien una interpretación casi ortodoxa, es decir, concebida dentro de un clima tolerante, liberal y progresista, sin apostar al capitalismo ni de la fórmula democrática anglosajona.

Herbert Matthews interpreta el hecho cubano con la suficiente dosis de simpatía y de conocimiento de la historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos para hacerle justicia al fenómeno político-social que enjuicia. Sin esos dos factores o antecedentes se podrán escribir libros anecdóticos y superficiales, libelos furibundos, panfletos virulentos y envenenados, pero no un dictamen equitativo y justiciero. La revolución cubana representa la culminación y secuela de una larga teoría de injusticias, de piratería económica, de crímenes, de explotación y desverguenza —todo ello perpetrado en vitando contubernio entre los cacos del patio y el capitalismo y la diplomacia

imperialistas. Era muy larga la historia de humillaciones, de explotación y de miseria que el pueblo cubano había sufrido y tarde o temprano tenía que desembocar en una crisis como la presente. Tanto los Estados Unidos como los ricos y los politicastro ladrones cubanos cosechan hoy lo que hasta el presente habían sembrado. Como dicen en inglés: "The chickens have come home to roost". Sin conocer y admitir honradamente estos antecedentes, nadie puede interpretar correctamente el odio que en Cuba se ha desatado contra la ladroniza doméstica, contra el capitalismo norteamericano y contra la avaricia y la inhumanidad de los potentados criollos.

Herbert Matthews recapitula y sintetiza en este libro toda su labor exegética de cuatro años como corresponsal y editorialista del *New York Times* y como conferencista en varias ocasiones. A su propio testimonio escrito recurre con frecuencia y las autocitas abundan y enriquecen el libro. El lector puede apreciar cuán exacta, verídica y hasta profética fue su visión del problema desde el primer instante, cuán previsora su interpretación, cuán equilibrado y sagaz su juicio, cuán acertadamente admonitor su empeño de que los Estados Unidos procuraran llegar a un entendimiento cordial con Cuba antes de que los ánimos se inficionaran de animosidad y beligerancia recíprocas. Mas sus premoniciones alertadoras no fueron escuchadas ni tenidas en cuenta. Debido a esta ceguera de Washington y a la campaña inquisidora y detractora desatada en la prensa, la televisión y la radio estadounidenses contra Fidel Castro y su gobierno desde enero de 1959, lo que pudo haber sido una revolución radical necesaria y justa, pero contenida dentro del ámbito democrático, y sin llegar a un total rompimiento con los Estados Unidos, ha desembocado en una tragedia social, en un violento desquiciamiento emocional y económico de sesgo marxista que amenaza con culminar en una hecatombe de sangre si los Estados Unidos, como todo parece indicar, se empeñan en destruir la revolución por la fuerza de las armas.

Matthews ha dejado de escribir artículos firmados sobre el problema cubano en el *New York Times* hace ya tiempo. Desde que en Cuba se acentuó el cariz marxista del gobierno en el curso del presente año y las relaciones con los Estados Unidos se acibararon, el *New York Times* se ha vuelto más agresivo e intolerante contra Cuba. Matthews mismo combate en su libro el viraje de ciento ochenta grados que la política cubana ha sufrido en el presente año. Estima, sin embargo, que en la radicalización paulatina de la revolución cubana le cabe una gran dosis de responsabilidad a los Estados Unidos.

Es casi seguro que este libro de Matthews desagrade a tirios y troyanos, y que tanto los revolucionarios como sus enemigos, los anticastristas, lo condenen y proscriban. Ello significa que el autor ha sido consecuente con la verdad de los hechos que enjuicia y leal a sí mismo. Por eso podría aplicársele el título de la comedia benaventina: "Por ser con todos leal, ser para todos traidor".

Manuel Pedro GONZALEZ.

Aventura del Pensamiento

FILOSOFÍA SUB SPECIE AMERICAE

Por Francisco LARROYO

• **L**A filosofía americana! Nombre y tema, viejos de más de un siglo, tienen su razón de ser. La tuvieron, y aún por algún tiempo serán objeto de viva reflexión. El problema que plantean, además, trajo consigo ya una anfibología de origen. Todavía la conserva. Una de las habituales y variadas acepciones de la filosofía americana, endeble por añadidura, es, con efecto, la que define el título de este artículo.

La filosofía en América

POR filosofía americana entienden los más, la filosofía que se hace o practica en América. ¿Cómo se realiza la filosofía en el Nuevo Mundo? ¿Qué corrientes filosóficas cabe reconocer en el Continente Americano? ¿Quiénes son los significados filósofos americanos? ¿Cuáles las doctrinas que profesan? ¿De qué manera se ha ido desenvolviendo en América el pensamiento filosófico? He aquí formulado un concepto, el primero, de filosofía americana.

Muy amplia es la acepción del término "filosofía americana" a que se alude en las dichas preguntas. Por ello, no es impertinente, para otros, el distinguir entre "filosofía americana" y "filosofía en América". El segundo de estos conceptos, en efecto, parece involucrar dentro de sí al primero. La filosofía americana constituiría sólo los nuevos aportes de América a la filosofía, de parecida manera como se habla de una filosofía alemana, francesa, italiana o inglesa, para indicar las clásicas soluciones que filósofos de Alemania, Francia, Italia o Inglaterra han suministrado a temas filosóficos. ¿No se dice con generalizada anuencia del moderno racionalismo francés? ¿No se reconocen revolucionarias conquistas del empirismo en Inglaterra? ¿No es tema obligado de toda formación filosófica la filosofía griega?

¿Ha contribuido ya la filosofía en América Latina con ideas de tal proporción y alcance que justifiquen el poder hablar, en este sentido, de una filosofía hispanoamericana? En la América sajona, se dice por vía de ejemplo, el caso es diferente. Emerson, Royce, Ja-

mes, Dewey... , son pensadores de rango internacional. Existe ya en el dicho sentido una filosofía norteamericana.

Filosofía en la historia

UN segundo grupo de problemas americanos toca los clásicos temas de la filosofía de la historia. Esta disciplina, como se sabe, tiene ante sí una tarea gigante: la tarea no sólo de definir y explicar los métodos de la investigación histórica (lógica, metodología de la historia), sino también la muy delicada de esclarecer esencia, sentido y valor del devenir histórico. La filosofía de la historia no es la Historia Universal, bien que aquélla practica su meditación sobre ésta. La Historia Universal es una selectiva exposición de hechos de la creciente y compleja vida de la humanidad. La filosofía de la historia, en cambio, indaga lo que significa en su conjunto este universo histórico, este cosmos histórico a la contraluz de la idea de progreso y de valor.

Ahora bien, para escalar cima tan alta, de tan vasta perspectiva, la filosofía de la historia considera uno a uno, períodos, pueblos y personalidades que forman el mundo histórico. La búsqueda de la esencia, sentido y valor peculiares de estas épocas, naciones e individualidades ha de llevarse a cabo, además, conforme a un *método estructural*, que ponga en relación el todo con las partes, el cosmos histórico con las múltiples unidades que vienen a integrar el acontecer humano.

En esta coyuntura, justamente, se articula un decisivo problema de una filosofía americana. ¿Qué es América en su historia, en su valor y proyección de vida, dentro del acontecer de la Historia Universal? ¿Qué es esta realidad geográfica y social llamada América dentro de este cosmos histórico de inagotables posibilidades? El tema es clásico. Ya Hegel formuló en sus *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal* un juicio en el cual, tal vez sin saber de dónde proviene, se han inspirado opiniones de la más variada consistencia teórica. Después de hacer un documentado análisis del Nuevo Mundo escribe Hegel: "Por consiguiente, América es el país del porvenir. En tiempos futuros se mostrará su importancia histórica, acaso en la lucha entre América del Norte y América del Sur. Es un país de nostalgia para todos los que están hastiados del museo histórico de la vieja Europa. Se asegura que Napoleón dijo: *Cette vieille Europe m'ennuie*'. América debe apartarse del suelo en que, hasta hoy, se ha desarrollado la Historia Universal. Lo que hasta ahora acontece aquí no es más que el eco del Viejo Mundo y el reflejo de ajena vida. Mas como país del porvenir, América no

nos interesa; pues el filósofo no hace profecías. En el aspecto de la historia tenemos que habérmolas con lo que ha sido y no sólo será, sino que es y es eterno: la razón. Y ello basta”.

Filosofía sub specie Americae

OTRA serie de problemas pone al descubierto ya actitudes características de los resueltos defensores de una filosofía americanista. Los temas aquí propuestos, son, de cierto, temas de tipo universal, pero que han de plantearse y resolverse desde un ángulo continental, tal vez nacional. La filosofía americana, se dice, debe averiguar qué sea el conocimiento, qué la verdad, qué el espacio y el tiempo; tiene la tarea de poner en claro lo que sea Dios, el bien, la belleza; ha de interrogarse en torno de la cultura, la vida, la muerte. . . Pero: “De estos temas no podría decir lo que son para todo hombre, sino lo que son únicamente para los hombres de América” (L. Zea: *En Torno a una Filosofía americana*).

Dentro de tan inusitada y relativista actitud, algunos pensadores reducen todavía más la perspectiva. Una es la manera de ver estos problemas por hombres de Norteamérica; otra, por hombres de América Latina. Filmer S. C. Northorp (*Los Factores genéricos y diferenciales en la Cultura Americana*), en cambio, supone que los factores genéricos en la cultura del Nuevo Mundo, constituyen los sillares de la posibilidad de una *filosofía panamericana*. En la cultura panamericana y la filosofía que comprende ésta, dice, hay dos clases de factores: genéricos y diferenciales. Si predominan los primeros habrá una sola filosofía; si los segundos, habrá muchas filosofías. Los factores genéricos, a su vez, son de dos tipos: los de origen autóctono (indígena) y los de origen extranjero. “Los orígenes del componente indígena son: a) geográficos, b) etnológicos, c) ideológicos”. Los factores diferenciales, muy ostensibles en toda América, así ibera, como sajona, débense a la múltiple y variada influencia de Europa en el Nuevo Mundo. Por su parte, P. Romanell advierte que actualmente en Hispanoamérica se da como filosofía incipiente y peculiar un existencialismo teísta de sentido trágico, frente a Norteamérica en donde predomina una orientación pragmática de vocación épica; pero este pensador italoamericano confía, saturado de un cálido optimismo, en el encuentro, ya próximo en el tiempo, de Norte y Sudamérica (“Una Visión de las Dos Américas”, en *Filosofía y Letras*, Revista de la Facultad, núm. 38, México, D. F., 1950).

La Filosofía Americanista

ESTA filosofía desde América y por América, esta filosofía *sub specie Americae*, ha sido una sugestiva incitación para hablar de una serie más de problemas. Junto a los temas universales, vistos a la luz de la mente americana, suelen mencionarse determinados temas de índole particular. Motivo y anuncio de esta peculiar problemática es la circunstancia concreta de América. Esta, la circunstancia americana, ofrece, sin duda, caracteres que le diferencian de todas las demás culturas. Geografía y etnografía, religión y arte, costumbres e ideas forman en América, en articulado conjunto, un todo de intransferible individualidad. Aquí, puntualmente, arraiga aquella problemática local y peculiarísima. "Como americanos —dice L. Zea—, tenemos una serie de problemas que sólo se dan en nuestra circunstancia y que por lo tanto sólo nosotros podemos resolver". Hay más: los caminos para abordar estas cuestiones, de hecho, han de ser, asimismo, peculiares. "Hay en nuestros países —dice Agustín Yáñez—, y no sólo en sus letras, una filosofía popular, elaborada con un criterio ingenuo"... "Es la filosofía que anima la obra de un Lizarde, y hasta parte, al menos, de un Sarmiento. Filosofía no elaborada con pretensiones metódico-sistemáticas, debida más bien a una especie de intuición adivinatoria..." (*Jornadas*, el Colegio de México).

¿Cuáles son estos problemas inseparables de la circunstancia americana? La respuesta no es unánime. Algunos confieren el rango de esencial al tema de la historia de América en general, y al de la historia de las ideas en particular; otros hacen caber en la temática, problemas de novedosa ontología y antropología. Así, se sugieren temas de este jaez: la *ontología* de América, *análisis* del ser del hombre americano (o del norte y del subamericano por separado), o bien la *ontografía* del nombre guatemalteco o del boliviano, etc., si se piensa por Estados americanos, o del indígena americano, en el caso de estudiar la circunstancia americana desde un ángulo racial.

Y ¿las soluciones? Por manera explicable, asaz diversas. Para alguno la substancia del hombre sudamericano es la indolencia, otro opina que es la zozobra y la discreción, éste ve en el complejo de inferioridad un estrato ontológico de su ser, aquél advierte que lo propio de su naturaleza es la misma problematicidad...

Emilio Uraga considera que por vez primera, en la historia de las ideas, una filosofía, la filosofía americana, se hace cuestión el problema del hombre concreto. "Nada ha sido tan original, a la vez que originario, como el hecho de que hayamos advenido a la historia de Occidente suscitando el problema de nuestra humanidad, de nuestro ser de hombres. Ni en la más primitiva de las elabora-

ciones filosóficas, la griega, se tocó tal extremo, y el escándalo de plantear simplemente la cuestión, es la medida indiscutible de una genuina invocación filosófica".

El tema ha de verse al trasluz del "inquietante teorema de la occidentalidad del hombre", pues precisa poner en crisis el axioma del hombre europeo como creación substancial. He aquí el postulado inicial de una filosofía americana: "Disputar si el basamento ontológico-substancial es el único que puede acaparar legítimamente el ser del hombre" (cfr. *Conversaciones filosóficas interamericanas*, La Habana, Cuba, 1953, p. 150).

Otra versión americanista de la filosofía ha sido formulada por Luis Villoro, quien comparte una noción criticista: la idea de filosofía a título de reflexión de segundo grado sobre la cultura. Ya la filosofía, dice, que es un producto tardío en el desarrollo de la cultura, se caracteriza mediante estas notas: "1) es reflexión segunda, es decir, vuelta consciente sobre una primera reflexión realizada por las otras actividades culturales; 2) es un poner en crisis las formas culturales ya dadas, preguntándose por los fundamentos últimos que las determinan".

Por tanto, dice, la pretensión de tener ya filosofía americana es adelantarnos a nuestra evolución histórica. Con todo, la tarea del pensador americano debe ser: "1) La colaboración en el desarrollo de las formas culturales características de América Latina, en un sentido que conduzca a la explicitación de sus fundamentos. 2) La reflexión crítica sobre las bases en que descansan nuestros valores espirituales y nuestras actitudes ante la vida".

Para ello, empero, es recomendable el empleo de "todo el instrumental metódico de la filosofía contemporánea", con la mira de descubrir "el principio auténtico de nuestro modo de vivir y de nuestras actitudes históricas". Por esta vía se llegará a un "saber de salvación". Que tal "saber" quepa o no dentro del concepto generalmente admitido de la filosofía, poco importa (cfr. *Conversaciones filosóficas interamericanas*, La Habana, Cuba, 1953, p. 154).

En el Brasil, la orientación americanista toma su ritmo en dos tiempos. Lucha contra el bovarismo filosófico, la aventura extranje-rista que hace espíritus diletantes, desvaídos y dispersos (Nelson Werneck Sodré), destruyendo "el prejuicio europeo, el pero, el más nocivo"; pues hay que dar a la historia de los pueblos americanos el lugar de eminencia. . . "Dejemos de pensar en europeo. Pensemos en americano. . . Nuestro deber es combatir estos desvíos completando con la del pensamiento la obra de la independencia política" (Ronald de Carvalho, *Estudos Brasileiros*. Serie primera, p. 63).

Ya en este légame de problemas americanos, la imaginación se desborda. Como descendiente del Viejo Mundo, pero como hija de

la circunstancia, la filosofía americana, para otros más, ha de contribuir nada menos que a reconstruir espiritualmente a Europa. Esta se halla en crisis, pues ha perdido la fe en las ideas, en la razón, en Dios. Ha menester por ello de nuevos valores. A la naciente filosofía americana le incumbe colaborar en tan honrosa y noble tarea. ¿Cómo? ¿Inventando nuevos valores? ¿Proponiendo nuevas formas de vida?

El giro de esta temática toca ya un extremo. No sólo desde América, sino sólo en América y por americanos es dable crear esta filosofía. Esto es ya una *filosofía americanista*.

El filosofar. Su origen

ESTE concepto de filosofía americana, más audaz que convincente, está necesitado de una crítica, empero, que tenga el vigor de encauzar el problema general por fecundos senderos.

Por ello, es pertinente encararlo desde su base. ¿Cómo se origina el filosofar? Al formular esta pregunta, claro, no se quiere inquirir sobre un hecho pretérito; no se intenta averiguar cuándo y dónde apareció por vez primera la filosofía; acaso renovar el debate, ya anacrónico, inútil en mucha parte, sobre si los pueblos orientales poseyeron o no, pensamiento filosófico. El tema, por así decir, toca otra vertiente; tiene una implicación y una complicación sistemáticas.

La filosofía es un sector de la cultura: una creación humana, como lo es el arte, la moral, el derecho. . . Como modalidad de la cultura, ostenta innegable afinidad con otros dominios de ésta, pero también esenciales diferencias. Participa con la religión, de un anhelo de totalidad; con la ciencia, de una exigencia de saber teórico. En dos direcciones, empero, la filosofía se aparta y, en un aspecto, supera a la ciencia. La filosofía va en pos de un conocimiento radical: es un pensar sin supuestos previos, pues suya es la tarea de descubrir la esencia y sentido de toda hipótesis de trabajo teórico. Las ciencias particulares operan con presupuestos. Así, la física, por ejemplo, admite, como válidos, métodos y procedimientos de investigación. La filosofía, en cambio, se mueve en un ámbito diferente: fija, desde el interior, sus propios modos de pensar, sus objetivos, los supuestos de estos modos de pensar y estos objetivos. Se trata en cierto modo de una torsión del pensamiento sobre sí mismo. Cómo se ha consumado de hecho esta puesta en marcha de la reflexión filosófica, lo exhibe la historia de la filosofía.

El pensar filosófico, en segundo lugar, se diferencia de la ciencia particular en su afán totalizador. El acto filosófico, a decir ver-

dad, es un intento de buscar la radical unidad de la existencia dentro de la patente diversidad de ella. Unidad de la diversidad. "Acaso pueda designarse al filósofo diciendo que es el hombre que posee el órgano apropiado para percibir la totalidad del ser y reaccionar a ella. En general, el hombre está siempre orientado hacia alguna particularidad; puede ser ésta muy pequeña o muy grande, la lucha cotidiana por el pan o un dogma eclesiástico, una aventura amorosa o el descubrimiento de la periodicidad de los elementos químicos; siempre se trata de cosas aisladas que suscitan su interés, su reflexión y su actividad. Pero el filósofo —aunque en muy distinta medida y jamás en absoluto— posee un sentido para la totalidad de las cosas y, si es un espíritu productivo, la capacidad de transformar esa intuición o ese sentimiento de la totalidad en conceptos y enlazar éstos lógicamente. Es claro que no necesita siempre referirse a la totalidad, y acaso no pueda hacerlo en un sentido estricto; pero cualquiera que sea la cuestión especial de lógica o moral, de estética o religión que toque, sólo lo hará como filósofo si vive interiormente esa relación con la totalidad de lo que existe" (Simmel).

El filosofar es, así, una forma de vida, una peculiar actitud humana que requiere, ante todo, vocación, vocación filosófica. La filosofía a manera de producto de la cultura es, como la ciencia, un bien objetivo, mostrenco: un conjunto de proposiciones, un contenido de verdades, bien que un contenido susceptible y deseable de enriquecerse y profundizarse indefinidamente. Junto a esta *filosofía objetiva*, pero fecundándola, está la *filosofía subjetiva*, la filosofía "como una función de la vida humana", al filosofar. En América se han dado inconfundibles tipos históricos de filosofar; en ella se ha ejercitado, se ejercita, cada vez con mayor intensidad, esa forma de vida teórica vuelta hacia un saber fundamental acerca del ser y valor de mundo y vida. Por ello, como acto filosófico, como forma de vida, como función de la existencia, la filosofía en América, en definitiva, al decir de Ferrater Mora, sólo puede entenderse como filosofía americana.

Mas, como de la mano de esta vocación filosófica, así sea fecunda sólo en pocos, la filosofía en América, ofrece otra posibilidad: la de la contribución a la filosofía universal. Cabe, en efecto, hablar de una posibilidad de la *filosofía americana* en la descrita acepción de *filosofía objetiva*, vale decir, a manera de conjunto de filosofemas universalmente reconocidos, en el significado que se adscribe, por ejemplo, a la filosofía griega, al racionalismo francés, al idealismo alemán. . . Presupuesto de tal emergencia reside en que la actitud y la aptitud inquisitivas se conviertan en un *modus* teórico. América, se dice, está en la encrucijada de la "busca de su expresión". En la medida en que los pensadores de América, insertos, como

todos los hombres, en una circunstancia geográfica e histórica, *descubran filosofemas* de alcance objetivo y universal, los dichos filosofemas, como estilo de pensamiento, merecerán el apelativo de americanos, en virtud de haber sido forjados en América por americanos. Sólo interviniendo en el diálogo internacional, la filosofía en Iberoamérica podrá adquirir, también, el rango histórico de filosofía americana.

El circunstancialismo americanista

EN un triple sentido, hasta ahora, se ha concebido la posibilidad de una filosofía americana. Filosofía americana se dice, primero, como función o forma de vida teórica; segundo, a manera de una peculiar realidad histórica, típica, de ejercer la filosofía en América, y, tercero, bien que en inseparable relación con los anteriores, a título de aporte o contribución creadora de Iberoamérica en plano internacional. Ninguna de estas tres acepciones se compadece con las ideologías americanistas sobre el problema. Dos rasgos esenciales, circunstancialistas, alejan de las dichas acepciones a quienes así piensan. Por la una parte, introducen éstos como ingredientes de la filosofía objetiva, un factor etnológico. La filosofía americana, dice Leopoldo Zea, ha de interesarse por los problemas clásicos de la filosofía (Dios, mundo, vida, conocimiento. . .) pero, en virtud de plantearse los hombres de América, las soluciones serán americanas y, por ende, diferentes y peculiares, teñidas de americanidad, por así decirlo. Por la otra, no se trata de la *filosofía in genere*, sino de una *filosofía in specie*, de una filosofía con temática distintiva, preocupada de cosas, asuntos y hombres americanos. Es más: la filosofía americana, para algunos, deberá colaborar en el desarrollo de las formas culturales características de América, que dice Luis Villoro.

El programa de una filosofía americana, así elaborado, incurre a las claras en dos errores, de fácil intelección. Ante todo se hace depender la verdad de los filosofemas de una circunstancia histórico-geográfica. La validez del juicio acerca de la realidad y del valor de mundo y vida es *relativa* a ciertas condiciones facticias, a la manera de ser, concreta y circunstancial, del filosofante. Las condiciones son internas y externas, pero reales. Se trata, pues, de un *relativismo* en toda la fuerza del término. La tesis americanista, en efecto, lleva en derechura al absurdo, como toda actitud que no postula un concepto objetivo de verdad. Si el módulo de la verdad de los filosofemas cambia a tenor del ser real del hombre en cuanto sujeto de una concreta circunstancia geográfico-histórica, ha-

brá tantas y diversas soluciones sobre un mismo problema de conocimiento como hombres en cuanto sujetos de concretas situaciones de lugar y tiempo. Con ello, los americanistas renuncian a los principios lógicos generales, se ven obligados a admitir consecuencias inesperadas, acaso pintorescas. Por el hecho de ser un pensador americano (o de haber nacido o habitado en América) ¿deberá ser diferente la manera de plantear y resolver el tema, por ejemplo, de la esencia y existencia de Dios, a la forma de plantearlo y resolverlo por un europeo o un chino? ¿Prevalecerán, además, las circunstancias histórico-geográficas del pensador por sobre la dirección o escuela filosófica que se profese? Es inaceptable. Un filósofo americano, como hay muchos, orientado en la doctrina del materialismo histórico, de fijo, se apartará en su juicio sobre la religión, mucho más que un filósofo cristiano, igualmente americano, que de un marxista europeo.

Toda doctrina que, en definitiva, intenta fundamentar temas y soluciones de la filosofía en circunstancias facticias sucumbe a un relativismo. Cuanto se ha dicho, hiere en la médula la idea de Filmer S. C. Northorp de fundar una *filosofía panamericana* en factores geográficos, etnológicos e ideológicos. Es, asimismo, inconsecuente, inusitado, arrogante, el declarar que solamente la filosofía americana puede y debe resolver ciertos problemas. ¿Por qué, *verbi gratia*, es postulado inicial sólo de una filosofía americana, como quiere Emilio Uranga, "disputar si el basamento ontológico-substancial es el único que puede acaparar legítimamente el ser del hombre"? Ortega y Gasset, el europeizante, precisamente, ha planteado, mucho antes, en tales términos el tema del hombre, y no sólo: le dio ya una aguda respuesta. Llevando a un extremo este relativismo temático, Luis Villoro cae, de súbito, en una malhadada extravagancia, al reconocer que la filosofía americana apenas es una perspectiva, y que sólo será una realidad cuando filósofos americanos pongan "en crisis las formas culturales ya dadas".

Es curioso: el estímulo reciente y supuesta base de sustentación del americanismo filosófico, con sus pretensiones todas de originalidad, procede de una idea europea, española. En Ortega y Gasset, se cree encontrar la incitación. Ideas de la doctrina del "yo y mi circunstancia" y del "perspectivismo" son patentes en todos los programas americanistas. De la doctrina orteguiana, empero, no pueden derivarse estos relativistas filosofemas. El pregonarlo o interpretarlo así, es una de las incomprendiones de que, en justicia, quejábase el filósofo. Ortega descubre este principio: "vivir es no tener más remedio que razonar ante inexorable circunstancia, desde cierta perspectiva". He aquí un filosofema de carácter ge-

neral, verdadero. Todo hombre en cada caso razona y obra desde cierta situación vital y acerca de un asunto. Mas, cuanto se haga o razone puede ser lo más heterogéneo y distante de la filosofía. Se puede razonar sobre política, sobre religión, sobre vida sexual, sobre etnografía. Lo pensado circunstancialmente, desde cierta perspectiva, puede no ser filosofía. De aquí, justamente, de no distinguir entre el ángulo filosófico del pensamiento y la materia objeto de reflexión; de aquí, de fijo, se genera el otro error de la actitud americanista. No hay duda que el *éthos* del hombre americano se diferencia del *éthos* del hombre europeo; se diferencia ante todo por ofrecer (el americano) más rica, abundante diversidad de caracteres típicos: indios, negros, mestizos, criollos, etc., y dentro de éstos, acusadas diferencias, a su vez, provocadas por circunstancias mil. Decir que la esencia ontológica del iberoamericano es la indolencia, o la discreción, o el complejo de inferioridad, sobre ser falso el aserto, cae éste fuera de la filosofía. ¿Acaso dicho tema no es más propio ya de una reflexión etnográfica, ya de psicología social? Impulsados por un incontenible anhelo de saber, los americanistas rebasan el cauce, amplio y profundo, asintótico, siempre inconcluso, de la filosofía *Mutatio elenchi*.

La doctrina del punto de vista, del perspectivismo, de Ortega, no postula actitud relativista alguna; es una doctrina integralista, coordinadora, atenta, de cierto, a corregir las deformaciones excéntricas, "provincianas" de la realidad. El método de la razón histórica es, para Ortega, como todo principio filosófico, autónomo y pantónomo, de validez general. Los partidarios de una concepción relativista de la filosofía americana han llevado a un extremo algunas ideas de Ortega, han pretendido sacar de ellas consecuencias excesivas: dan la impresión de ser *mutatis mutandis*, respecto de Ortega, lo que fueron las llamadas pequeñas escuelas socráticas, respecto de Sócrates.

Contra un historismo relativista que renuncia a un concepto general de verdad ha dicho Ortega (en *El Tema de nuestro Tiempo*): "Se pretende con ello conquistar una fina imparcialidad ante la muchedumbre de los fenómenos históricos; mas ¿a qué costa? En primer lugar, si no existe la verdad, no puede el relativismo tomarse a sí mismo en serio. En segundo lugar, la fe en la verdad es un hecho radical de la vida humana: si la amputamos queda ésta convertida en algo ilusorio y absurdo. La amputación misma que ejecutamos carecerá de sentido y valor. El relativismo es, a la postre, escepticismo, y el escepticismo, justificado como objeción a toda teoría, es una teoría suicida. . .

"Inspira, sin duda a la tendencia relativista un noble ensayo respetar la admirable volubilidad propia a todo lo vital". Pero

es un ensayo fracasado. Como decía Herbart, sigue diciendo Ortega, "todo buen principiante es un escéptico, pero todo escéptico es sólo un principiante".

Todo auténtico filosofar tiene un punto de partida en una experiencia concreta, es una vivencia *hic et nunc*, en una circunstancia. Mas la filosofía es un recorrido por los meridianos de la existencia. El filósofo trata de contemplar todas las latitudes; aspira a poseer un módulo para juzgar de todas las provincias del cosmos. Lo que constituya el principio de identidad, la estructura de los valores culturales, los estratos ontológicos de la realidad, es algo que ha nacido en mentes concretas, insertas en una circunstancia intransferible e histórica, pero la validez ostenta un carácter de generalidad. La estructura epistemológica de las leyes naturales no depende, no puede depender, en caso alguno, de que este principio venga a ser descubierto por un europeo o por un oriental.

La más honda y clara visión filosófico-histórica de América, será probablemente formulada por un americano, pero la objetividad y exactitud de esta filosófica reflexión tendrá un valor de verdad autónomo y pantónimo.

UNA ETAPA DEL LIBERALISMO POSITIVISTA EN ARGENTINA

Por Alfredo GALLETTI

La época de oro de la oligarquía liberal

EL punto culminante del proceso liberal positivista se dio en la Argentina a través de las presidencias ejercidas por personalidades pertenecientes a lo que se denominara la "oligarquía" y precisamente a través de las administraciones de Julio Argentino Roca (1843-1914). Los dos períodos de seis años cada uno en que le tocara actuar como Presidente de la República indican grandes momentos de grandeza y declinación de un sistema político por él inaugurado y llevado hasta sus últimas consecuencias. Las dos caras de la moneda se dan, asimismo, a través de su larga administración, en la que vemos actuar a la juventud dorada de 1880 y la declinante de 1904. Si bien Roca gobierna efectivamente durante doce años, los transcurridos entre su primera y segunda presidencia quedan incorporados al orden de ideas que sustentara en toda su gestión. La figura, excepcional en ciertos respectos, del general Roca, cubre el panorama político del país durante todos esos años. Militar, comandante general de fronteras, Ministro de Guerra y Marina, conquistador del desierto, este hombre se constituye en acabado exponente del momento histórico en que le tocara vivir y actuar, con todas sus grandezas y, también, con todas sus debilidades.

Constituye, en mucho, la formulación de un plan político, económico y social, llevado adelante por la oligarquía liberal y positivista.

Pocas veces hubo una generación tan brillante, inteligente y con sentido de su momento histórico como la que se ha dado en llamar la *Generación del Ochenta*, que llevara adelante transformaciones de tipo liberal. Ella representa la incorporación de un estilo de vida que se va preconizando, como posibilidad, en el último tercio del siglo pasado y que incorpora, como trasfondo ideológico, las notas del positivismo. El positivismo tiñe peculiarmente buena parte del siglo y nada mejor que esta doctrina para ade-

curarse al momento histórico, porque atravesaban estas tierras americanas (el "orden y progreso" quedó indeleblemente estampado en la bandera brasileña). El siglo XIX principalmente en su último tercio fue, en cierta medida, feliz. El positivismo creyó, sin duda, en las líneas del progreso humano, dadas en notas necesarias. Su desapego por las verdades últimas, su desdén por la metafísica, el cientificismo de que estaba imbuido, le daba el tono de esperanza creadora con que se presenta toda idea nueva y renovadora a las mentes de una generación. Existía la posibilidad de concretas realizaciones dentro de las perspectivas que una nueva y rica realidad ofrecía. No importaba, a las mentes de entonces, la estructura íntima de nuestra nación, la penuria social del hombre argentino, casi fuera de su país. Ese hombre quedaría desarraigado en su propio suelo, ya que las notas positivistas se darían a su costa y en su detrimento.

Los medios abrían, por entonces, anchas posibilidades y existía la promesa de un mejoramiento, pero tal mejoramiento no abarcaba todos los estratos de la sociedad y los vicios de la época se agrandaban. El abuso, la venalidad, el fraude y la injusticia, continuarían siendo armas preferidas de muchos gobiernos. El hombre común continuaría siendo engañado, postergado como en su momento lo fuera Martín Fierro en sus ansias de justicia, juguete de caudillos, inhibido para desarrollar su personalidad política. Maguer las posibles grandezas de los sistemas asentados en el régimen de la oligarquía positivista, es posible que al hombre común esperara, en caso de no doblegarse, la sistemática persecución: otra las fuerzas de frontera, la incorporación a la milicia, la leva, la comparsa para la ficción de elecciones; y más adelante la compra del voto, el fraude desembozado o encubierto y lo que es peor desde el punto de vista ético, el engaño sistematizado y la mentira.

La posibilidad de realizaciones materiales

Por entonces las líneas del progreso, en grandes esquemas, resultan las valederas; orden y progreso son las palabras claves que posibilitarán grandes realizaciones concretas y materiales. El liberalismo positivista del siglo XIX constituye, en líneas coincidentes, un fenómeno mundial de apogeo de la concentración industrial y el ápice del capital bancario. La oligarquía liberal, en comienzos ganadera, hizo mucho por nuestro desarrollo económico. Su peso fue decisivo en los destinos del país, ya que como clase gravitaba poderosamente. Se desarrolló así, a través de un comercio unilateral, una política que al fin tuvo graves consecuencias. Si bien en 1810,

al acaecer la Revolución de Mayo, el libre comercio o la apertura del puerto a los ingleses tuvo sentido revolucionario, el comercio unilateral en vista a una sola producción debería provocar contradicciones de gran peso. Las miras de Inglaterra, desde Mayo y pasando por la política oligárquica de la tiranía rosista, se centran poderosamente en nuestro país. La importación de cueros y carnes saladas da lugar, mediante el advenimiento de nuevos métodos técnicos, al frigorífico y sus industrias derivadas. La vaca será por muchos años la expresión de nuestro país. Y el país, ahora dentro de las estructuras del progreso, continuó conformándose dentro de una definida formación agropecuaria. La oligarquía ganadera ejerce primacía, tiene el poder, detenta la riqueza; es dueña del puerto y aduana de Buenos Aires y con la llegada del frigorífico se acentúan, en rasgos precisos, estas características que adquieren nuevas tonalidades con la cría de ganados finos que reemplazan a los cimarrones.

Tomando nuevas formas, acordes con el desarrollo industrial y agrícola, durante la época que estamos estudiando, se pasa de la edad del cuero a una etapa capitalista, donde la revolución industrial se va haciendo sentir. Y como corolario, la posibilidad de realizaciones concretas y efectivas, que harán progresar materialmente a la nación.

El general Roca pudo ver el amplio panorama que el nuevo estado de cosas en una sociedad en transformación traía para nuestro progreso material, tal como lo entendía el positivismo y las posibilidades que los nuevos estamentos económicos y financieros ofrecían.

Observemos, además, que en las clases cultas penetran las ideas del positivismo y la oligarquía toma como premisa la existencia de leyes naturales y concibe a la sociedad como una consecuencia de tales leyes. La característica de la vida humana es entendida como la necesidad y el hombre otorgará primacía al libre juego de la oferta y de la demanda, que reglará la distribución de los productos. Nada mejor para países aún sin desarrollar que la aplicación consecuente de la teoría, que es tomada por la oligarquía y llevada a sus consecuencias extremas. El país era por entonces un vasto desierto, lleno de posibilidades económicas, casi infinitas, diríamos.

La tierra y los inmigrantes

LA conquista del desierto (o sea la incorporación de enormes cantidades de tierras que detentaban los indios) llevada a cabo por Roca, anexó una enorme cantidad de tierra que podía ser objeto

de explotación agrícola-ganadera. El descubrimiento de tanta tierra indujo, desde el principio, a una política de dilapidación. La inmigración, que desde la Presidencia de Avellaneda se había multiplicado, constituye una necesidad orgánica. Esas praderas inmensas, despobladas, inhabitadas totalmente por la acción de la conquista a sangre y fuego, necesitan de un nuevo elemento humano. El inmigrante (principalmente italiano o español) aparece, así, llenando una función civilizadora, en lugares donde otrora enseñoreaba el indígena. La colonización se deberá, más que nada, a la iniciativa privada, sin organicidad. Se organizarán los medios de transportes para la explotación de los productos agrícola-ganaderos a través de la estancia (ya que el colono detenta pequeñas fracciones de tierra) desarrollándose con intensidad las líneas férreas.

Así, entonces, el país se siente febrilmente llevado por las rutas del progreso material: la agricultura se hace más intensiva, se desarrolla la ganadería en proporciones mayúsculas, se realizan obras de salubridad, canales, ferrocarriles, puertos, se fomenta la inmigración en gran escala, se provee a la radicación e instalación de capitales, se organiza la educación popular.

El general Roca era un hombre atenido a las realidades y comprendió el momento histórico en que le tocara vivir.

La política de Roca

ROCA encaró un tipo de política realista. A nadie mejor que a él corresponde el calificativo de "Zorro" con que lo apodaron sus contemporáneos y con el que pasó a la posteridad. No hubo refinados maquiavelismos en él. Fue, sí, un hombre atenido a los hechos; éstos, menudos o grandes, tenían en él una enorme significación. Tampoco, nada de quijotesco. Era, por excelencia, una política en base al breviario de "zorrerías". Quizás la tonalidad escéptica que impuso a los largos años de su gobierno, impregnara durante mucho tiempo a nuestro panorama político. La política era para él un *orbe personal*, no el "gobierno de la polis" en el sentido clásico, sino la posibilidad de círculos estrechos desde los cuales se dirigía a todos; política a veces limitada, hecha a golpes de las circunstancias, a veces torcida. Rivero Astengo nos dice que la ascensión de Roca al gobierno trajo por consecuencia la formación de un grupo de amigos y partidarios que habiéndolo ayudado a subir "tenían derecho a arrasar con la burocracia existente y a ocupar todos los cargos de la administración pública". Este procedimiento, seguido casi sin excepción por los gobiernos del país, constituye virtualmente la dura ley del vencedor. El régimen presidencialista, tal

como fuera concebido por la Constitución, en un país de fisonomía peculiar como el nuestro, que arrastra tantos vicios de origen, entre sus muchos defectos hace que el más humilde empleado y el más alto funcionario queden sometidos al capricho del Presidente. El régimen de Roca se denominó *Unicato*. ¿Qué otra cosa, sino Unicato, ha sido la historia de la mayoría de nuestras presidencias? El empleo público se transforma, así, en dádiva del vencedor. Es una recompensa para el partidario o para el servil; también para el adversario a quien hay que alejar.

Paz y administración

CUANDO llega Roca al poder es indudable que el país quería paz y tranquilidad. Estaba cansado, agotado luego de tantas luchas estériles, de tantos desasosiegos. Sus predecesores debieron enfrentar escollos casi insalvables: revoluciones armadas, guerras nefastas como la del Paraguay, calamidades sin cuento en momentos en que había que afirmar la unidad nacional. Unidad que se logra a las buenas o a las malas, a golpes de bayonetas y a fuerza de levas e injusticias en perjuicio del hombre del pueblo. No habían pasado, entonces, ni desaparecido totalmente, las causas que provocaran el estado de anarquía por el cual el país atravesara durante años. Roca llegaba bajo los mejores auspicios. Tiempos los suyos, y por algunos años, tranquilos, satisfechos, holgados. Su Programa Político está contenido en el Mensaje al Congreso, formulado el 12 de octubre de 1880:

...el secreto de nuestra prosperidad consiste en la conservación de la paz y el acatamiento absoluto á la Constitución; y no se necesitan seguramente las sobresalientes calidades de los hombres superiores para hacer un gobierno recto, honesto y progresista. Puedo así, sin jactancia y con verdad, decirlos que la divisa de mi gobierno será paz y administración. . .

Era un programa que ofrecía la normalidad a través de estas palabras prometedoras: prosperidad, paz, progreso, rectitud, honestidad. Sus largos gobiernos fueron, por lo general, de paz y progreso. Tuvimos, con Roca, nuestra pequeña *pax romana*. Así lo prometía el *siglo feliz*, con su pueril entusiasmo por la ciencia y su deliberado agnosticismo. Capital extranjero, importaciones, ferrocarriles, industrias, administración: *Paz y administración* fueron las exactas palabras de su política. En el orden de las instituciones y del progreso material, el desarrollo del comercio exterior, el au-

mento extraordinario de la inmigración, las obras públicas, la codificación . . . , y el gran monumento: la ley número 1420, de enseñanza obligatoria, gratuita y laica. Política liberal, audaz para la época, que en ciertos aspectos es frenada por otras fuerzas que siguen después.

Estas reformas conjugaban con el desarrollo de la inmigración y la formación de una nueva estructura de nuestra población. El progreso de la República, lo dijo el mismo Roca, no se detuvo en sus manos.

Juárez Celman

LA política del Unicato alcanza sus tintes más acusados durante el gobierno de Miguel Juárez Celman (1886-1890). A su llegada al poder, las condiciones que habían favorecido el advenimiento de Roca, su antecesor, llegaron a su culminación. El progreso material había alcanzado, por entonces, un desarrollo nunca visto con anterioridad. Por lo demás, el país estaba cobrando, a través del impulso recibido, una nueva fisonomía.

Juárez Celman creyó como nadie en la inmigración. Siguió la política antecedente a ese respecto con la confianza que tuvieron los Estados Unidos después de 1870. Las oportunidades en aumento de transporte, de la minería y de la manufactura atraían cada vez a los inmigrantes a los Estados Unidos, nos dice Kirkland, y así Juárez Celman debió crear y desarrollar al máximo las condiciones necesarias para la promoción de la inmigración en gran escala. La población extranjera ascendió en pocos años, en proporciones tales que por cada cien argentinos nativos existían 34 extranjeros. El Censo de 1914 hará elevar su número al 42.7%, que será tope absoluto. La instalación de industrias en las ciudades, industrias casi todas modestas, pero que en algunos casos cobran importancia, como los talleres metalúrgicos, hace que el país avance en líneas no vistas con anterioridad. Se va formando, asimismo, una difusa conciencia social, a través del elemento extranjero que aportaba nuevas ideas de sus tierras, y de las condiciones que el mismo progreso traía. Se produce una concentración de los elementos de producción y así, al año de la presidencia de Juárez Celman los establecimientos industriales llegaron a duplicarse con referencia a los existentes en 1853, fecha en que arranca nuestra organización nacional. En 1853 existían 849 establecimientos y en 1887, 10.349. El número de obreros ocupados, que era de 1.500, llega a ser 42.391 y la población de la ciudad de Buenos Aires alcanza a 433.375 habitantes, contra los 76.000 que poseía en la fecha antes indicada.

Las cifras transcritas bastan para darnos cuenta de qué manera habrán de modificarse las estructuras antecedentes. Juárez Celman levantará la bandera del progreso y el comercio, las industrias, el crédito, asumirán proporciones nunca vistas. En lo político continuó el Unicato, llevándolo a sus extremas consecuencias. Creyó, en las relaciones entre el Estado y el individuo, en la libertad más amplia, y el Estado, para él, era un simple intermediario, la mayoría de las veces pasivo espectador. Tenía profunda repugnancia por lo que fuera ingerencia estatal y la política de concesiones fue su ideal. Imaginemos, entonces, las graves contradicciones que se producirían de seguido. Por un lado, la plasmación de una sociedad nueva y la satisfacción de sus necesidades; por otro, la incorporación de capital extranjero, comercio, industria, en forma desordenada, sin coherencia. El progreso se torna febril. Los gastos y las rentas no guardan relación entre sí y la deuda pública crece en proporciones alarmantes. Claro está que el pequeño núcleo que gobernara al país de manera más o menos patriarcal, en donde valían los nombres y las inteligencias personales más que las ideas, ya no puede mantener el timón, porque ante sus ojos todo se engrandece. Aparecen por primera vez las formas de tipo capitalista, el progreso incorporado al estilo de vida estático que el país había llevado, y estas novedades de gran peso y significación no son comprendidas fácilmente. La riqueza agropecuaria adquiriría proyecciones fantásticas. La ganadería progresaba en cantidad y calidad. Y el país, dentro de las líneas del progreso en que estaba embalado, seguía, no obstante, conformándose en sus estructuras agropecuarias, casi sin variaciones. Juárez Celman creía solucionar todos o casi todos los problemas con la traída de la inmigración. ¿No es mejor —decía— que estas tierras las explote el enérgico sajón y no que sigan, desde el Génesis, bajo la incuria del tehuelche?" Y apareció, de pronto, la crisis de estructuras más importante. Fue la crisis del noventa, que produce una revolución, aunque vencida, da por tierra con el régimen de Juárez Celman. Allí se observan todas las contradicciones de esta significativa etapa. El afán del progreso llegando a límites insospechados, la fiebre económica conmoviéndolo todo: "cuando se pierde la noción del honor" dirá Julián Martel en su novela *La Bolsa*; cuando se "hunde en el papel moneda, que sin cesar crecía, multiplicándose, a medida que se depreciaba".

Premios y castigos

Los ecos de la revolución industrial que llegan a nuestra tierra, tímidos en principio, se hacen broncos y sonoros más tarde. La Ar-

gentina del "saladero", del "puerto único", de la importación del tasajo, de la edad del cuero, va cediendo ante una Argentina nueva, en la cual se hacen sentir los procesos de tecnificación, y si bien sus clases dirigentes tienden a condicionar los nuevos procesos a las tradicionales estructuras, hondas fisuras y resquebrajamientos se hacen sentir con aguda intensidad.

Seis años después de la última presidencia de Julio A. Roca, en 1910, la Exposición del Centenario tiene especial significado: ella presenta, a la manera de un caleidoscopio, a un nuevo país, entrevisto por los hombres de la Organización Nacional, animados de un afán de progreso ordenado y que cumplía sus sueños mejores. A ese desfile habían concurrido reyes y gobernantes, hombres de significación en el mundo de los negocios y las naciones amigas habían rivalizado en el certamen para presentar los mejores frutos del trabajo material. Era el premio al sostenido esfuerzo de una clase social y al orden de ideas que esa clase sustentara: el liberalismo positivista. A su cabeza, y como correlato de una política definida y en buena medida consecuente consigo misma, algunas instituciones: la Sociedad Rural Argentina, el Club del Progreso, el Círculo de Armas, el Jockey Club, fueron apareciendo como portadores de una clase gobernante que si bien daba la espalda al problema político y veía muy poco al pueblo, había amasado, en la marcha y aprisa, un país que se configuraría dentro de sus líneas.

Pero por otro lado existían fuerzas dinámicas que querían imponer su impronta y que al entrar en choque provocarían fisuras gravísimas, cuyas consecuencias aún subsisten. Así, en primer lugar, la clase media formada en la Argentina a través del aluvión inmigratorio que la propia oligarquía liberal y progresista había atraído, pugnaba por la conquista del poder. Las fuerzas del trabajo, en principio incipientes, harían oír sus reclamos, principalmente en los centros urbanos.

Con ellas se incorporarían nuevas clases; dos lo harían rápidamente, la otra más tarde. Las dos primeras eran la clase media y la pequeño-propietaria rural, en buena medida provenientes de análogos estamentos, pero diferentes en grado; la tercera era la clase trabajadora. Todas tenían una incipiente "conciencia" y si bien no se perfilaban desde el comienzo con rasgos muy precisos, ya que en la Argentina existió un grado de más intensa capilaridad social que en el resto de Suramérica, ellas excedían los grados de círculos, de "entourages" con que se presentaba la clase gobernante e imponían a la política una nueva impronta. Asimismo se iba formando paulatinamente una conciencia nacional, que en algunos casos readquiría los bravíos acentos de la monotonía, aunque también era por momentos escudo interesado de una "élite".

Podemos sostener que el proceso tiene su lógica, no obstante su heterogeneidad, y que el liberalismo positivista (una de cuyas facetas hemos visto someramente) llenó consecuentemente una etapa de nuestra organización. Anotemos como hecho cierto que la línea dio todo lo que tenía que dar; rigurosa en ocasiones, flexible la mayoría de las veces, hizo su menester y cumplió con sus propósitos.

Posteriormente, en su período de declinación, y ante fuerzas de tensión que se le van presentando, opone frentes flexibles dentro de políticas que toman diferentes denominaciones, pero que tienden a sostener a la clase gobernante el mayor tiempo posible en el poder. De tal manera se establece una política tendiente a mantener las estructuras tradicionales, a costa de concesiones, originadas a veces a través de irresistibles presiones y de intensos roces y fricciones. Así se va debilitando, a punto de que en momento dado deberá entregar su más preciada arma política, el conceder la ley de sufragio universal y libre. Desde entonces su disgregación como fuerza coherente se acelera. Para subsistir tenderá al establecimiento de puntos de contacto con otras fuerzas, deberá ir hacia las fuerzas oponentes, debilitándolas "desde dentro", limando sus formaciones para mantener las estructuras tradicionales que como clase le interesaban; es decir, que su tarea tiende a diversificarse, adaptando y adoptando formas muy sutiles para tratar de contrarrestar las nuevas formas que los hechos traen o imponen.

Los años fibiseculares fueron grávidos de acontecimientos que preanunciaban una época plena de inquietudes. Se había saludado al siglo XX con la euforia propia del precedente y el siglo XX dio en seguida la pauta de que el cambio no era meramente cronológico. Por lo demás existía una crisis de estructuras que se haría sentir en seguida en Europa y cuyos ecos llegarían poco después a nuestras tierras. La primera mitad del siglo XX —lo sostiene Hugh Seton-Watson— se caracteriza por una marcada actividad revolucionaria en los pueblos *en retardo* (subdesarrollados, diremos) en tanto la del siglo XIX, en particular, afectaba naciones económica y culturalmente más avanzadas.

Un factor a considerar

HAY, asimismo, un factor fundamental a considerar. Es el hecho nuevo del hombre de la Argentina aluvial que toma contacto, a veces efectivo, a veces epidérmico, crea nuevas formas de vida que hacen a las notas de esencial desarraigo, de inadecuaciones, de desencuentros. Una época crítica, de hondas transformaciones, de

búsquedas anhelosas, de desconcierto; en algunos respectos, de cautelosa esperanza, que se va abriendo paso.

El mundo optimista entrevisto por el liberalismo positivista, de líneas estables y ordenadas, y uno de cuyos principales exponentes fue el general Julio A. Roca, ya no tiene vigencia. Y en el período de honda crisis porque atravesamos, y que todo lo tritura, ese mundo de líneas aparentemente estables queda sin lugar dónde asentarse. Otros reclamos se harán perentorios y aquéllo queda fuera de foco, con sus notas positivas y sus notas negativas ya incorporadas dentro de las líneas de nuestra historia, es decir, de nuestro común destino.

LA CRISIS DEL STALINISMO*

Por Víctor FLORES OLEA

I

SE ha dicho que nuestra generación no vivió el stalinismo como un conflicto de conciencia. En efecto, para nosotros, las batallas espirituales de muchos hombres debatiéndose entre la fidelidad a los *ideales* revolucionarios y la política staliniana, que en más de una ocasión pareció traicionar esos ideales, pertenecen al pasado.

Nuestra perspectiva del mundo es distinta. El "socialismo en un solo país" se ha convertido en un vasto campo socialista que engloba a casi mil millones de seres humanos. En lugar del cerco imperialista contra una URSS a la defensiva, vemos ahora al imperialismo en guardia y, a veces, en franco retroceso. Y en lugar de que el peso de la revolución gravite sobre los hombros de un solo Estado, para nosotros la revolución se multiplica, asume las formas más inesperadas, y se *inventa* aquí y allá sin necesidad de que se le encienda luz roja para que se manifieste. En efecto, las deportaciones en masa, los procesos de Moscú, el pacto germano-soviético, ni siquiera la defensa del primer Estado obrero, constituyen los problemas decisivos para un revolucionario de nuestros días. El mundo socialista, para nosotros, es mucho más transparente, y se defiende solo. El desarrollo económico acelerado, la conquista del espacio, los avances prodigiosos de la técnica y de la ciencia han sustituido, en nuestra imagen, a los procesos criminales, a los campos de trabajo, a una policía represiva actuando al margen de la legalidad revolucionaria y constitucional. Además, estamos convencidos de que el "paso al socialismo" se llevará a cabo por una pluralidad de vías; para nosotros, las posibilidades de la revolución se han diversificado notablemente y ahora, más que nunca, puede ser *creación* en la que cada pueblo dejará la *impronta* de su personalidad, de su estilo, de sus características nacionales. En síntesis: nuestro panorama de la revolución tiene que ver más con

* Dos conferencias, pronunciadas el 12 y el 14 de febrero de 1962, en los Cursos de Invierno de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

el futuro que con las aberraciones del pasado. Nuestras perspectivas son alentadoras y hemos olvidado las desgarraduras de hechos o tres décadas. Y esto que digo es cierto, sobre todo, en los países subdesarrollados. Para nosotros, la revolución es algo *inmediato*, algo que debe ser atendido *aquí y ahora*; su inminencia nos absorbe y exige de nosotros la máxima atención. Frente a estas preocupaciones, todas disparadas hacia el futuro, la historia se diluye, o adquiere un tinte especial, amable, conciliador.

Pero he aquí que de pronto voces indiscretas alteran este panorama sereno y nos sumergen de golpe en el pasado. Esas voces nos recuerdan que es un vano intento construir el futuro habiendo perdido la memoria. Aquella historia que comenzaba a diluirse cobra ahora toda su significación. Y es que esas voces indiscretas no son las de siempre, no son las voces mercenarias de la calumnia y la mentira. Esta vez el golpe viene de arriba, de la cumbre. Los crímenes de Stalin y los errores del "culto de la personalidad" no han sido denunciados por occidente, ni siquiera por la IV Internacional. Esta vez, ha sido el mismo Comité Central del PCUS que, sin preocuparse mucho de susceptibilidades ajenas, habla con una franqueza brutal. Y he aquí que de pronto las deportaciones, las violaciones a la ley, los crímenes, no son invenciones de los "agentes del imperialismo" ni "calumnias reaccionarias", sino que son, escuetamente, la verdad.

¿La verdad? Pero *¿ayer* no era *otra* la verdad? Sí, es cierto, la marcha de la historia y los cambios políticos ponen al hombre en distinta *situación*, frente a las exigencias de la realidad *nuestra* verdad, hoy, puede ser distinta a la de ayer. Pero no es un problema de filosofía de la historia el que nos interesa analizar aquí. El hecho escueto es que Krushchev ha revelado algo que de cierto sucedió en el pasado. Y más aún: sus declaraciones entrañan una condenación, un juicio moral, una *descalificación* expresa de ciertos aspectos del stalinismo. Y esto nos coloca en otro terreno. Naturalmente, habría que estudiar cuidadosamente muchos ángulos del problema. Por ejemplo, ¿dónde terminaba la contrarrevolución y dónde comenzaban los excesos gratuitos? ¿Hasta dónde la necesidad de salvar al socialismo imponía una política de represiones y hasta dónde las represiones fueron dictadas por motivos subjetivos? Volveremos después sobre el asunto. Aquí, por de pronto, nos interesa subrayar que las revelaciones de Krushchev hacen indispensable una revisión profunda de la historia de la URSS, del PCUS, de la era staliniana. Una revisión profunda y franca despojada de las mistificaciones y prejuicios que la han contaminado en el pasado. Si se ha roto la paz de los sepulcros, que no sea en vano. La verdad histórica, o lo más cercano a la verdad, debe bri-

llar. La Federación de Juventudes Comunistas de Italia, en su publicación oficial Nuova Generazione, ha dicho recientemente: "No esperaremos el XXIII Congreso del PCUS para afirmar la necesidad de una revisión crítica de toda la historia soviética, incluida la más reciente, y para reclamar un análisis más justo del papel desempeñado por Trotsky en la Revolución de Octubre". Sí, inclusive el papel de Trotsky y su polémica con Stalin debe ser reconsiderado con toda probidad científica. No olvidemos que se trata de rehacer la historia del primer país socialista y que en ello va, también, el futuro del socialismo. Las declaraciones de Krushchev exigen que se desenrede la madeja hasta el final, sin engaños y bajo una nueva luz.

Muchos se preguntarán: ¿por qué esta generación que no vivió los conflictos del stalinismo pide ahora que se desentierre el pasado? En primer lugar, aunque parezca paradoja, porque nuestra preocupación central y decisiva sigue siendo el futuro; porque nuestra atención está absorbida por las transformaciones que viviremos en un mañana próximo. Y porque hoy, igual que ayer, el socialismo representa para nosotros una forma superior de relaciones humanas. Expliquémonos.

El socialismo, para nuestra generación, no es sólo una forma de *negar* el imperialismo y de *oponernos* a las contradicciones y a la explotación del hombre por el hombre propias del sistema capitalista. En la época del socialismo "en un solo país", la revolución estaba a la defensiva; se conformaba con existir, con no ser destruida. Los revolucionarios del mundo tenían a la mano una tarea concreta: asegurar la existencia del único Estado obrero. La revolución se confundía con la eficacia revolucionaria, con la necesidad de aplastar a la contrarrevolución, interna y externa. Ahora esta perspectiva ha cambiado radicalmente. Para nosotros, el socialismo no se justifica *solamente* por ser *negación* del capitalismo, porque se *opone* a la explotación del hombre por el hombre, porque ha hecho una *crítica* demoledora del irracionalismo burgués y de las mentiras y mistificaciones de la democracia liberal. En otros términos: para nosotros los títulos del socialismo no deben ser y no pueden ser puramente *negativos*. El socialismo es la negación de la vieja sociedad, pero debe ser también un avance objetivo de la historia del hombre. Es decir: el socialismo debe ser también *negación de la negación*, una *afirmación* superior en todo y por todo a la vieja sociedad. *El socialismo debe ser también algo positivo, la perspectiva concreta de una transformación humana hacia una nueva y mejor vida que las anteriores*. El socialismo es el fin de la prehistoria humana, pero debe inaugurar efectivamente la "historia humana", debe dar a luz un mundo en que hayan desapare-

cido, para decirlo con un término filosófico, las *enajenaciones* que, hasta aquí, hemos vivido.

Parece estar fuera de duda la superioridad técnica y económica del socialismo. Pero ahora el socialismo debe demostrar también su superioridad *humana*. Preguntémosnos, ¿en nombre de qué Krushchev denuncia los crímenes de Stalin y critica los errores del "culto de la personalidad"? Sólo hay una respuesta: en nombre del socialismo. Es decir, en nombre de aquellos principios últimos que le dan sentido a la tarea revolucionaria de nuestro tiempo, en nombre de esa superioridad efectiva de la sociedad humana que nos proponemos alcanzar y que el stalinismo hacía imposible y degeneraba y falsificaba aún antes de que se entronizara en la corriente de la historia.

La actual generación exige hoy que se desenrede la madeja no como un acto de sadismo histórico, sino de justicia elemental, como una operación necesaria para hacer salir a flote los elementos de degeneración y falsificación socialista que se desarrollaron en la URSS en la época de Stalin. ¿Con qué objeto? Con el objeto de evitarlos, de impedir que se reproduzcan en el futuro, con el fin de hacerlos imposibles y limpiar el porvenir del socialismo de esas aberraciones. Los hombres de la nueva generación no viven el socialismo como contradicción y desgarradura, sino como una gran responsabilidad moral que debe asegurar la "pureza" de las transformaciones futuras. Si el mundo, un día, ha de ser socialista, debe ser un mundo en que los valores del socialismo florezcan impetuosamente, debe ser un mundo superior en todo y por todo a la vieja sociedad capitalista y burguesa.

La revolución debe emancipar al hombre. Bien, porque estamos convencidos de que la explotación del hombre por el hombre está en el origen de las enajenaciones que vivimos, y porque luchamos porque se cancele esa explotación, somos revolucionarios. Pero tengamos cuidado. La *libertad real* del hombre, el humanismo concreto y positivo del marxismo, no será el resultado *mecánico* y *natural* de la colectivización de los medios de producción, no es algo que espera al hombre *necesariamente* al fin de la jornada en que haya transformado las relaciones económicas. La socialización de los medios de producción es un paso indispensable, como es indispensable terminar con la lucha de clases. Pero, ¿quién nos asegura que en el curso del proceso revolucionario no surgirán otras cadenas, otras enajenaciones, otras trabas insospechadas? El proceso de la revolución debe ser vigilado estrechamente para impedir que se contamine, que se falsifique, que *degenere*. En otras palabras: la emancipación real del hombre sólo puede resultar del *esfuerzo humano* y no mecánicamente de las transformaciones económicas.

El stalinismo, con su fardo de errores y horrores, ilustra lo que digo. Y nos abre los ojos: la libertad debe conquistarse a diario, debe vigilarse y afirmarse cada minuto. El socialismo es una responsabilidad moral, porque nos exige hacer efectiva cotidianamente la superioridad de la nueva sociedad sobre la vieja. Recordemos que la revolución es el punto de partida, pero no el punto de llegada.

A veces me ha sorprendido escuchar a personas cuya convicción revolucionaria está fuera de duda, referirse al *humanismo marxista* como al aspecto puramente "romántico" de la revolución y, por eso mismo, como a algo en lo que no vale la pena insistir demasiado. Los he escuchado hablar, por ejemplo, de la *etapa humanista* de la revolución cubana como algo superado y dejado atrás por la actual *etapa socialista*. Si por humanismo se entiende una simple actitud subjetiva y espiritual, no tengo inconveniente en coincidir con ese punto de vista. En cambio es inadmisibles que se levante una gran muralla entre socialismo y humanismo, entendiéndose por éste el humanismo *concreto y positivo* que postula el marxismo. Comprendo que en ciertos momentos la atención de los revolucionarios esté absorbida por cuestiones inmediatas de organización y eficacia, de táctica y estrategia. Pero lo que no acepto es que se olvide aquello que le da sentido a la revolución, que las ramas nos impiden ver el bosque. En 1957, después del informe secreto de Krushchev en el XX Congreso, un comunista francés afirmaba: "A pesar de todo soy comunista. Porque el comunismo encarna la única esperanza de terminar, en un plazo razonable, con el capitalismo. Porque es el único medio con que contamos para terminar con las crisis y las guerras. Porque es la mejor carta que tienen los países subdesarrollados. Y es el camino más rápido y funcional para mejorar los niveles de vida de toda la población del mundo". De acuerdo. Pero habría que añadir que todo este magnífico proyecto histórico de reivindicaciones *económicas* debe desembocar en la reivindicación fundamental: la del hombre. ¿El socialismo es la mejor carta con que contamos? Sí, pero eso no quiere decir que nos convirtamos en técnicos y profesionales de la revolución *deshumanizados*. Al contrario, *porque somos revolucionarios tenemos la obligación de no separar jamás a la revolución del hombre*.

Las últimas declaraciones de Krushchev abren una perspectiva formidable al proceso futuro de la revolución. En el campo socialista, pero también ahí donde los partidos comunistas luchan en la oposición. Para nadie es un secreto que el stalinismo marcó la vida de casi todas las organizaciones revolucionarias de la tierra; y tampoco es un secreto que el avance mundial de la revolución depende ahora, en buena medida, de la amplitud y profundidad con que se lleve a cabo la *desestalinización*. El centralismo democrático,

la dirección colectiva, la circulación de las ideas, inclusive las divergencias de opinión deben representar aquí y ahora el *espíritu* y la *praxis* de toda organización revolucionaria, lo mismo en el poder que en la oposición. La democracia socialista implica el abandono de aquel maniqueísmo, según el cual toda divergencia era sabotaje y toda oposición espionaje. *La revolución debe gestarse, desde el principio, con todos los rasgos que harán de la sociedad del mañana una sociedad superior. Desde ahora, incluso en la oposición, las organizaciones revolucionarias deben demostrar que el futuro representará un avance neto sobre el pasado. Y no sólo por fidelidad a los principios, sino por razones prácticas, porque es la única forma de aumentar las perspectivas actuales de la revolución. Los partidos comunistas harían un magnífico ejercicio de autocrítica investigando hasta qué punto la estructura stalinista de sus organizaciones ha representado un obstáculo para el avance de la revolución, o hasta donde ha disminuido el peso específico del comunismo en la formación de la opinión pública y en la orientación de la política de cada país.*

Desgraciadamente, las perspectivas de renovación abiertas por el XX y el XXII Congresos han tenido, en general, una pobre resonancia en los partidos comunistas de occidente. Otra vez, éstos parecen conformarse con venir a la zaga y repetir mecánicamente el nuevo lenguaje de los dirigentes soviéticos, sin decidirse a revisar efectivamente métodos y estructuras de sus organizaciones, y sin plantearse seriamente los problemas de una desestalinización real. Hay el peligro de que todo se disuelva en un nuevo verbalismo que deje en pie los viejos procedimientos, que lo que puede ser una profunda transformación se convierta en un motivo más de polémicas y divisiones. Una excepción parece ser la del Partido Comunista italiano. Palmiro Togliatti, inmediatamente después del XX Congreso, planteó el problema de la desestalinización en los términos siguientes: "En tanto que la crítica (de los actuales dirigentes de la URSS), se limita en sustancia a denunciar como causa de todo lo malo los defectos personales de Stalin, se mantiene dentro del cuadro del culto de la personalidad. Antes, todos los aciertos se debían a las cualidades positivas sobrehumanas de un hombre; hoy, todos los errores se atribuyen a los defectos excepcionales y terribles de ese mismo hombre. En un caso como en otro, estamos fuera del criterio de juicio propio del marxismo. Se eluden los verdaderos problemas, que consisten en saber de qué manera y por qué la sociedad soviética se ha alejado de la vía democrática y de la legalidad que se había trazado, e inclusive ha llegado a ciertas formas de degeneración. . ." (Entrevista para *Nuovi Argomenti*, reproducida en *L'Unità*, 17 de Junio de 1956).

Las apreciaciones del dirigente italiano dan en el blanco. La desestalinización no puede consistir *exclusivamente* en la crítica del "culto de la personalidad", ni en cambiar de signo y convertir a un hombre, de suma de todas las excelencias, en culpable universal. La "vuelta a Lenin" no consiste en hacer stalinismo "al revés". Por eso, Togliatti propone que la crítica vaya más allá de Stalin, que se ejerza sobre el "sistema", que no se conforme con bajar del pedestal al hombre, sino que vaya al origen, al pedestal mismo.

Togliatti agrega: "Pensar que una personalidad, aun cuando sea tan importante como Stalin, haya cambiado un régimen social y político, es contradecir los hechos, el marxismo, la realidad, es caer en el idealismo. Significaría atribuir a una persona fuerzas naturales increíbles como la capacidad de cambiar el régimen social, un régimen social en el que millones de trabajadores constituyen la fuerza decisiva". En síntesis: Togliatti propone que se pase de la crítica *subjetiva* del stalinismo a su crítica *objetiva*. Y propone, además, que la desestalinización se convierta en un proceso que modifique en la *práctica* aquellos métodos y sistemas de dirección que originaron el stalinismo. En efecto, las revelaciones de Krushchev no deben quedarse a la mitad del camino, no deben ser confesiones a medias. La historia de la Unión Soviética debe exhumarse en todos sus aspectos.

Se ha dicho muchas veces que el stalinismo fue producto de la *necesidad histórica*, y que cualquier hombre que se hubiese encontrado en el lugar de Stalin habría actuado de la misma manera. Es indudable que el cerco capitalista contra la Unión Soviética y la contrarrevolución interna hacían necesario en la URSS un poder fuerte y centralizado, la construcción acelerada de la industria, la colectivización de la tierra, la vigilancia policíaca; en síntesis, la movilización forzada de los recursos y la defensa a toda costa del nuevo Estado. Frente a este conjunto de exigencias objetivas, seguramente cualquiera otro de los dirigentes bolcheviques, incluido el mismo Lenin, habría respondido con la misma política general que siguió la URSS en la época de Stalin. Pero el problema no radica ahí. La cuestión, más bien, consiste en saber hasta qué punto el stalinismo llevó la política que le imponían los hechos a extremos *innecesarios*. Podríamos decir, en otras palabras, que el "stalinismo" no consiste tanto en el *sentido general* de la historia de la URSS en tiempos de Stalin que, en conjunto, no tenía otra alternativa, sino en el *estilo con que Stalin asumió y ejecutó* esa dirección impuesta por los acontecimientos.

La cuestión no es fácil y tal vez nunca llegue a saberse con exactitud dónde terminaba lo necesario y racional, y dónde principiaba lo innecesario e irracional. Es muy posible que la gestión

de Stalin quede sumergida para siempre en esa ambigüedad fundamental; por otra parte, nada ganaríamos con especular sobre la historia que "pudo haber sido".

Sin embargo, hay ciertos hechos incontestables que ameritan alguna reflexión. Inmediatamente después de la muerte de Stalin, se comprobó en la práctica que era viable "otra" política que la aplicada en los últimos tiempos por el viejo dictador. Muy pronto se manifestaron en el seno del gobierno nuevas tendencias que reclamaban un cambio de procedimientos y una mayor democracia en el partido. Poco a poco, a pesar de la resistencia del aparato de poder staliniano, se abrió camino una nueva concepción de la política y se pasó de las exigencias a los hechos. Beria y su policía represiva fueron liquidados; la "cortina de hierro" comenzó a ceder y la Unión Soviética paulatinamente se abrió al exterior; los campos de trabajo desaparecieron; los dirigentes en desgracia, en lugar de ser asesinados, fueron destituidos o removidos a otras plazas; en suma: poco a poco se restableció la vigencia de la ley y la arbitrariedad cedió sus derechos a la razón y al orden. Sin que se derrumbara la Unión Soviética. Y esto era lo esencial, el mito caía por tierra: *la política de Stalin no era necesaria y la URSS podía continuar tranquilamente por otros caminos*. Las circunstancias objetivas que habían condicionado la estructura del "socialismo en un solo país", ya no existían, habían dejado de tener vigencia. El stalinismo, de pronto, se había convertido en un gran artificio, en una gran mentira; habiendo perdido su función histórica, se sobrevivía a sí mismo y se prolongaba gratuitamente carente de todo contenido y divorciado de la realidad. Stalin, en esos últimos tiempos, había acabado por traicionar una de sus virtudes cardinales: el empirismo, el sentido de la eficacia. El "sistema", ahora, vivía de prestado, en el aire y ya no obedecía a ninguna necesidad insoslayable. La última ola de terror, es evidente, no fue dictada por las circunstancias históricas, sino por la voluntad todopoderosa y arbitraria del hombre Stalin, decidido a representar su papel hasta el fin, sin freno de ninguna especie y sin medida.

Pero este hecho nos conduce directamente a otro problema: ¿los excesos anteriores, generalmente considerados como "necesarios", eran de verdad inevitables? ¿O, por el contrario, fueron dictados también por una instancia de poder sin control, que se movía en el reino de lo subjetivo, de lo arbitrario? Mucho se podría discutir sobre el asunto. En todo caso, nada prueba que las deportaciones en masa, los procesos prefabricados, las confesiones arrancadas por la tortura, las purgas, etc., hayan sido *necesarias* para salvar al Estado soviético. La verdad, más bien, parece lo contrario. La crítica del "culto de la personalidad" de Krushchev parte preci-

samente de ese supuesto: que los crímenes de Stalin fueron innecesarios, que se debieron a la voluntad discrecional de un hombre, y que se hubieran podido conservar los principios fundamentales del centralismo democrático y de la legalidad sin poner en peligro la existencia del Estado soviético. Es más: Krushchev llega a afirmar, con datos en la mano, que las deportaciones y las purgas de los años 30 diezmaron los mejores cuadros del partido y del ejército, y pusieron en peligro la construcción del socialismo en la URSS. No hay razón para no creer a Krushchev: sin los "excesos" de Stalin es muy posible que también hubiera triunfado el socialismo soviético, pero por caminos menos dolorosos y sin tanto inútil sacrificio. El socialismo triunfó pese a los errores y crímenes de Stalin. Hemos dicho que las condiciones históricas de la URSS requerían un poder fuerte y centralizado, y una férrea planificación autoritaria. Y que, en general, la política soviética no tenía otra alternativa. ¿Pero era necesario llevarla *hasta esos extremos*?¹ Esto es justamente lo que negamos. El terror es una necesidad revolucionaria; pero cuando el terror se desboca y golpea a diestra y siniestra sin distinguir al amigo del enemigo, cuando se convierte en un *boomerang* que revierte contra los cuadros de la revolución, su eficacia se convierte en peligro y su capacidad para consolidar el poder en ariete que zapa las bases de ese mismo poder. En ese momento, el terror deja de servir a la revolución y se vuelve contra la revolución. Este es el sentido de las críticas de Krushchev; y no podemos dejar de coincidir con ellas.

Aquí nos encontramos con uno de esos claroscuros que el destino reserva a los acontecimientos decisivos de la historia de la humanidad. Los crímenes de Stalin, por su gratuidad, por su inutilidad manifiesta en muchos casos, son inadmisibles. Como es inadmisibles la secuela de traiciones, de desviaciones de todo tipo y de mistificaciones asfixiantes a que dio lugar el stalinismo. Podríamos preguntarnos también por la justificación "moral" de ese gigantesco plan de construcción económica impuesto autoritariamente: y por el sentido del esfuerzo diario de muchos millones de hombres empeñados en recuperar el tiempo perdido y sentar las bases del futuro socialismo, en un régimen que inevitablemente posponía "para

¹ ANDRÉ GORZ, en *La morale de l'histoire* (pp. 30-31), nos dice: "La dictadura personal, la política del bastión, las violencias, sin duda eran inevitables; pero dentro del cuadro mismo de la necesidad, *había un margen de juego*, de astucia, de excesos, de sacrificios evitables. Un Stalin era necesario, pero no ese Stalin que para comenzar, por prudencia, dejaba acumular gastos inútiles y ocasionaba otros al intentar eliminar los primeros, y que finalmente se encontraba forzado por su brutalidad tardía a cometer otras brutalidades que ahogaban las revueltas propiciadas por los primeros.

mañana" la satisfacción de multitud de exigencias del pueblo soviético. En 1930 Stalin había dicho: "Tenemos cincuenta o cien años de retardo en relación con los países avanzados; debemos alcanzarlos en diez años, o nos destruirán". Stalin tenía razón. Sin la industrialización intensiva de la URSS, sin la colectivización y mecanización del campo, que preparó al antiguo *mujik* para la guerra moderna, y sin la formación de los cuadros técnicos y científicos que le permitieron al ejército rojo resistir la embestida de la Alemania hitleriana, es muy posible que la guerra se hubiera perdido, y el porvenir del socialismo se habría comprometido gravemente. No todos los sacrificios fueron en vano: esta es la grandeza trágica de Stalin. A pesar de la secuela tremenda de horrores y arbitrariedades iba surgiendo, poco a poco, una nación moderna y diversificada que abría para el futuro grandes perspectivas de renovación. Ahora, esas perspectivas están a la vista y es preciso no dejar pasar de largo la oportunidad. Lenin acuñó la frase: "el comunismo es igual a soviets más electrificación". En la época de Stalin, el acento se puso sobre la segunda parte de la fórmula; ahora, ya que es un hecho la "electrificación" soviética, debe insistirse en el contenido democrático de la primera parte.

La ambigüedad fundamental del papel histórico de Stalin se ha reflejado también en la actitud sentimental de los soviéticos. Muchos testimonios coinciden en que aún en la época más dura del stalinismo, el pueblo vivía entre la angustia y la certeza de que todo aquello era necesario para asegurar el triunfo del socialismo. Al estallar la guerra, fue unánime la solidaridad con Stalin. Y a su muerte, según esos mismos testimonios, la tristeza, la confusión y el miedo en el porvenir se apoderaron del pueblo soviético. Para éste, el nombre de Stalin estaba ligado a la patria, a muchos años de vida en común, de esfuerzos y sacrificios. Para los jóvenes, Stalin, encarnaba los más altos valores en que se educaban; para los viejos, era el símbolo de lo que habían hecho a lo largo de su existencia.² Estas reacciones de solidaridad y de íntima liga con el viejo dictador no deben sorprendernos. Stalin, a pesar de sus excesos era el creador de una nueva nación; de un nuevo orden social que había roto para siempre la explotación de unos por otros. Por primera vez en la historia de Rusia, el trabajo del pueblo beneficiaría al mismo pueblo, y no a una reducida clase de privilegiados. Esto es lo que jamás podrán entender los países capitalistas: que a pesar de los esfuerzos que se imponen a los pueblos socialistas esos esfuerzos se conciben por los mismos pueblos como el

² GIUSEPPE BOFFA, *Le grand tournant*. François Maspero, París, 1960.

único camino de salvación; como el único medio de lograr en el futuro una vida a la altura de las exigencias humanas.

En el XX y en el XXII Congreso, Krushchev afirmó que las "confesiones" de muchos supuestos "enemigos del pueblo" se obtenían mediante el sencillo procedimiento de golpear, golpear y golpear. Pero también afirmó que en muchos casos los presuntos culpables sostenían hasta el final su responsabilidad por crímenes que no habían cometido. ¿Cómo explicar esto? ¿Cómo explicar el hecho de que Yakir, viejo militante bolchevique fusilado por Stalin, haya muerto exclamando: ¡Viva el Partido! ¡Viva Stalin!?

Stalin encarnaba la unidad suprema de la Unión Soviética. Dice Sartre: Stalin no representaba tanto la dignidad y la superioridad de la persona como la integración social llevada hasta su límite. Stalin era algo más que un jefe *carismático*: era la representación individualizada del socialismo. *Era el socialismo como presencia, como historia, como diaria construcción de un mundo nuevo.* La mistificación puede parecer monstruosa, pero es comprensible para un pueblo que vive en la certeza de recorrer un camino inédito en la historia de la humanidad y, además, aislado y asediado por las grandes potencias. La solidaridad con el jefe era un mecanismo de legítima defensa, de instinto de conservación llevado al extremo. A través del jefe, de sus actos, de sus decisiones, de sus aciertos, y también a través de sus errores y de sus crímenes, el pueblo soviético *vivía* la construcción del socialismo, *vivía* su propia salvación como algo actual. El futuro, con Stalin, se hacía presente. El mito del jefe-infalible-genial era una profunda necesidad: la de ver actualizadas las esperanzas, la de tener la certidumbre de que no había otra alternativa, la de creer que el camino recorrido era necesario. Por eso, cualquiera que se apartase de la vía trazada por el jefe, por el partido, era "enemigo del pueblo", enemigo de su futuro, enemigo de los esfuerzos que cristalizaban a diario en la gran industria, en la maquinaria, en el trabajo de la tierra. Era una excreción social que era *justo y necesario* eliminar. En un filme soviético reciente, alguien dice: "Cuando se talla la madera, saltan las astillas". En ese mundo cerrado, mistificado, no había lugar para las discrepancias. La simple pregunta por el dogma era traición. Y los "culpables" eran culpables *objetivos*, aun ante sus propios ojos. La conciencia, frente a la historia, no era nada; el honor revolucionario consistía en estar con la historia, con el partido, con el jefe, aunque se estuviese contra los *hechos* y contra las propias convicciones. Yakir no podía creer que la tremenda injusticia que se cometía con su persona fuese obra de Stalin, encarnación del partido y de la historia; todo era producto de una lamentable equivocación y un contrasentido que no invalidaba en nada la tarea

común. Por eso, en el momento de su muerte, lanza vivas en honor de aquellos que lo asesinaban.

Los mitos se explican, pero no se justifican. Para Marx, la historia es la realización visible de los valores humanos; es la misma actividad del hombre que persigue en ella sus fines, y no una fuerza *independiente* que se sirva del hombre ciegamente. Con Stalin, la historia se había mistificado. El partido, en que se encarnaba la historia, y Stalin, en que se encarnaba la voluntad del Partido, literalmente poseían un destino *autónomo* por arriba de la voluntad de los hombres. La dialéctica marxista quedaba así suplantada por una "dialéctica" dogmática, sectaria e idealista. Las "categorías" de este marxismo mistificado —el partido, la dictadura del proletariado, el Estado—, eran el criterio de la verdad y algo análogo a la Idea Hegeliana: principio, fin y sentido de la historia; la solución sin contradicciones de todas las contradicciones de la historia. El marxismo había perdido una de sus dimensiones fundamentales: la crítica de la historia, la crítica de la política, la crítica del Estado. Frases como "el partido nunca se equivoca" o "nosotros siempre lo habíamos dicho", constituyen la mejor expresión de esa moderna teología secularizada que ha renunciado a la razón. Desde el punto de vista político, moral e intelectual el stalinismo es el perfecto maniqueísmo: lo blanco y lo negro, lo bueno y lo malo, lo progresista y lo reaccionario. Los matices quedan excluidos: la duda y el error, como momentos necesarios de la verdad, son automáticamente crímenes contra la historia. Sólo se salvan los rígidos extremos: quien no está con el partido está contra él. ¿Cuántas veces hemos visto el caso de "heterodoxos" acorralados cruelmente hasta ser obligados a renegar de la revolución? ¿Cuántas veces en la URSS se inventó una contrarrevolución para limpiar el camino de enemigos personales? La tesis de Stalin en el sentido de que la lucha de clases se agudiza a medida que avanza el socialismo únicamente se explica como justificación *teórica* de las represiones. El maniqueísmo es la mejor defensa en las situaciones angustiosas; pero también es la máscara de la "pureza" que cubre los oportunismos, las aberraciones, las traiciones a la revolución. Queda, sin embargo, por explicar el hecho de que Stalin estaba convencido de que lo que hacía era en beneficio del Partido, de los trabajadores, de la revolución. El propio Krushchev reconoce que ahí reside la verdadera tragedia. Los crímenes y las mistificaciones tenían su contrapartida positiva. Stalin, que actuaba en nombre de la historia, construía efectivamente la historia del socialismo. La ambigüedad de Stalin llega a lo dramático; pero sólo reconociéndola comprenderemos la verdadera dimensión humana del antiguo Secretario General.

Los límites de este ensayo nos impiden estudiar a fondo el origen, evolución y fundamento del stalinismo. La historia entera de la URSS está "comprometida" en el fenómeno. Sin embargo, debemos decir algo sobre la burocracia, ese asiento *objetivo* del "culto de la personalidad" en que seguramente pensaba Togliatti cuando propone ir "más allá" de la crítica subjetiva del stalinismo.

El peligro de la burocracia parece surgir en el momento mismo en que se hace la revolución. Quiero decir, en el momento en que el nuevo Estado toma en sus manos las riendas de la economía, de la educación, de la administración, de los servicios públicos; el peligro de la burocracia surge porque entre las *nacionalizaciones* y la *desaparición del Estado* hay un largo período en que éste, lejos de debilitarse, se fortalece desmesuradamente y amplía el radio de sus funciones. En ese *inter* la actividad social en su conjunto se convierte en monopolio del Estado. En un monopolio que para poner en marcha las complicadas tareas que le incumben requiere de un numeroso personal: administrativo, técnico, calificado. Así como el partido es la *conciencia* de la revolución, la burocracia es la *actividad* de la revolución. Sin ella no hay *construcción* revolucionaria, no hay *actos concretos* de la revolución. Por eso, a medida que la revolución se convierte en *edificación* socialista aumenta el peso específico de la burocracia, el carácter vital de su función. El partido es el motor y el alma de las transformaciones, la burocracia, menos ambiciosa, es el brazo ejecutor de esas transformaciones.

La burocracia, por definición, es un cuerpo *especializado* que *no delibera*, sino *ejecuta*. La imaginación revolucionaria y su poder creador, cuando llegan a la burocracia, se convierten en su contrario: en escrúpulos, en requisitos técnicos, en minucias, en "papeleo". Aquí, la revolución se topa con un primer escollo: la burocracia, como cuerpo "calificado", es ajeno al ímpetu revolucionario de las masas; las exigencias populares que nutren la revolución se encuentran con un dique: el trámite; las necesidades del pueblo, cuando integran el expediente de un funcionario, dejan de ser *necesidades* humanas para convertirse en *problemas* a resolver. Cuando la revolución *popular* llega a este laberinto burocrático se modifica: ya no es motivo de euforia y de entusiasmo, sino de proyectos, de dudas, de complicadas cuestiones que ameritan una solución adecuada. Producto de la revolución, la burocracia termina por aislarse de la revolución, por ser *autosuficiente*. Si no se encuentra la fórmula adecuada para mantener un circuito de comunicación entre las masas y la burocracia, el abismo puede crecer peligrosamente. A medida que se desarrolla el mal, el pueblo queda al margen de la edificación socialista, y es más lento su desarrollo político; y

viceversa: en tanto es más lento el desarrollo político del pueblo, más agudo es el mal de la burocracia.

Desde los primeros tiempos, Lenin y Trotsky llamaron la atención enérgicamente sobre este fantasma que comenzaba a surgir, y exigieron que se estableciera una estrecha vigilancia popular y del partido sobre el *proceder* burocrático. La única manera de contrarrestar sus efectos perniciosos —pensaban—, consistía en ligarla a la revolución, a las masas; éstas eran las únicas capaces de sacudirla de su modorra y de comunicarle algo de su poder creador y de su iniciativa. La contradicción, sin embargo, no pudo ser resuelta. La necesidad de un poder fuerte y centralizado, como la única manera de responder a los obstáculos de la revolución, producía fatalmente esa excreción social incapaz de marchar al parejo de los acontecimientos; a medida que la revolución se fortalecía, la burocracia se acentuaba y se hacía indispensable, se hacía titular de nuevos derechos. El inmenso parásito que crecía en el seno de la sociedad soviética se desarrollaba sin cortapisas; ahora estaba presente por dondequiera; el aparato del poder soviético había encontrado su *organismo* adecuado, su justificación terrenal: la burocracia. ¿Y Stalin? En su famosa biografía, Isaac Deutscher, en síntesis, nos describe a Stalin como un empirista excepcionalmente dotado para plegarse a las exigencias del medio; calculador, lento, incapaz de adelantarse intelectualmente a los acontecimientos, pero, en cambio, provisto de una rara habilidad para obtener de cada nueva situación el mejor partido posible. Stalin, en lugar de conjurar a tiempo el peligro de la burocracia, se ajustó a sus dictados y se dejó llevar por su corriente. Y no por casualidad. Stalin, por temperamento, era autoritario, acostumbrado a decir la última palabra y a hacerse obedecer sin discusión. Por una de esas raras coincidencias de la historia, el gusto *subjetivo* del hombre por el poder personal, coincidió con el instrumento *objetivo* que le permitía ejercerlo sin limitaciones. La burocracia era el sostén más adecuado de los métodos de gobierno stalinianos; Stalin era el hombre de la burocracia: en lugar de frenarla, la llevó hasta sus últimas consecuencias. Ambos —Stalin y burocracia—, se complementaban mutuamente, se apoyaban uno a otro. Con un Stalin en el poder acostumbrado a imponer su voluntad sin deliberaciones, es decir, aislado de las masas, la burocracia se desarrolló como un verdadero cuerpo "aparte" de la sociedad soviética. Por un lado, estaba ese brazo secular en que reposaba el poder del Estado: planificación, construcción, dirección obrera, lucha política; por el otro, la inmensa masa de ciudadanos soviéticos que sólo tenían una alternativa: obedecer. La revolución se había escindido entre quienes planificaban y quienes

producían, entre los que dirigían y los que consumían. La consecuencia más grave no se hizo esperar: la burocracia comenzó a gozar de privilegios inadmisibles en un Estado Obrero.

Se ha discutido mucho si la burocracia soviética constituye una nueva clase social. Sin pretender analizar a fondo el problema debemos decir que *no*. Por una razón fundamental: *la burocracia no es propietaria de los medios de producción*. Ni el mismo Trotsky se atreve a decir que la burocracia soviética constituye una clase social, en el sentido marxista del término. Más que una clase, la burocracia es una casta, un grupo, un cuerpo especializado con una cierta autonomía social. La burocracia "aprovecha" su situación, goza de privilegios, actúa sin control popular, abre el abanico de los salarios en beneficio propio, hace imposible el ejercicio de la democracia, pero en ningún momento liquida la propiedad colectiva de los medios de producción. Esta es una conquista irreversible del Estado soviético y la mejor garantía de la desaparición final de la lucha de clases.

La burocracia fue el asiento objetivo del stalinismo. Por eso, no puede haber verdadera desestalinización sin *desburocratización*. Sin que se modifiquen los viejos métodos antidemocráticos, sin que se suspendan los privilegios, sin que se restablezca el control necesario del pueblo sobre la burocracia y se reanude el contacto directo, creador, entre las masas y el Estado. Aquí, nos encontraríamos en un terreno distinto de la crítica del "culto de la personalidad". La desestalinización avanzaría de lo *subjetivo* a lo *objetivo*. Una "vuelta a Lenin" auténtica debe consistir en el restablecimiento pleno de la democracia en el partido y en todos los órganos de la administración y del gobierno, en el impulso de la iniciativa del pueblo, en el estímulo del debate y de las discusiones, en la tolerancia de los errores que se produzcan, en la restitución de la plena independencia de juicio y de carácter de los ciudadanos soviéticos y en la reeducación de los cuadros de un partido integrado por millones de hombres y mujeres. E implica también el abandono del maniqueísmo que ha definido en muchas ocasiones el espíritu y la práctica del PCUS y, por reflejo, de los demás partidos comunistas del mundo. La "vuelta a Lenin" es una vuelta a la democracia, a la dialéctica, a las fuerzas racionales y críticas del marxismo, en suma: un esfuerzo concreto por realizar aquí y ahora los principios *humanistas* de la revolución y la superioridad de la sociedad socialista sobre la vieja sociedad capitalista y burguesa.

II

EL stalinismo no se entiende sin algunos hechos fundamentales: el fracaso de la revolución proletaria, entre 1918 y 1925, en los grandes países europeos; el cerco capitalista contra la Unión Soviética; la guerra civil, la industrialización acelerada y la colectivización de la tierra, etc. Pero hemos dicho que tampoco se entiende sin el hecho subjetivo de la personalidad de Stalin, que en lugar de oponerse a la fuerza de las circunstancias se dejó llevar por ellas, y las llevó él mismo, a extremos inadmisibles.

Las dificultades internas y externas de la URSS habían terminado por crear un aparato de poder autoritario y centralizado en manos de Stalin, que se ejerce durante treinta años de las más diversas maneras; la era staliniana está llena de oscilaciones, de altas y bajas, de matices que no podemos seguir aquí. Si quisiéramos definir ese período histórico con una sola expresión, diríamos sin vacilar: fue el tiempo de la *acumulación primitiva* forzada del primer país socialista del mundo. La Unión Soviética se vio obligada a construir en unos cuantos años la infraestructura económica que el capitalismo, en otros países, construyó a lo largo de varios decenios, a veces de un siglo entero. En la época de Stalin, socialismo quiere decir sobre todo movilización de las energías productivas, tensión, sacrificio y, aunque parezca paradójica, olvido de sí mismo. El socialismo seguía representando el sentido último de todo ese gigantesco esfuerzo; pero por lo pronto no podía ofrecer como algo inmediato el "paraíso" sobre la tierra. La *praxis* soviética no podía inaugurar aún el mundo de lo humano. Socialismo, en ese tiempo, es igual a desarrollo económico acelerado; es algo que el pueblo soviético vive *desde* el futuro, una esperanza obligadamente pospuesta para mañana.

Sin embargo, en los últimos años de la vida de Stalin la situación ha cambiado radicalmente; en lo interno y en lo externo. Ahora, el mundo socialista engloba a más de 800 millones de hombres; las dificultades iniciales han desaparecido y en su lugar, al alcance de la mano, surgen perspectivas de un desarrollo económico gigantesco. No es el momento de hacer un balance económico del stalinismo; de todos modos, mencionemos algunas cifras reveladoras. Entre 1928 y 1955, en la Unión Soviética, el número de trabajadores no agrícolas pasó de 10 millones a 48 millones. Y el número de obreros industriales aumentó de 3.9 millones a 17.6 millones, con un ritmo sin precedente en la historia. La producción industrial se multiplicó por ocho. En 1925, la industria soviética se encontraba al nivel de la de los más pequeños países europeos; Francia junto a Rusia, era un gigante; sin hablar de Alemania, In-

glaterra y Estados Unidos, cuyo poderío económico superaba para un bolchevique de la primera época los límites de la imaginación.

En 1940 la situación es otra: la Unión Soviética está casi a la par de la Alemania nazi. Rusia produce 166 millones de toneladas de carbón, Alemania 185. Rusia, 18 millones de toneladas de acero; Alemania 20. Rusia, 48 millones de kilowats-hora; Alemania 55. Rusia transporta en su sistema ferroviario 590 millones de toneladas de mercancía; Alemania sólo 500 millones. En 1951, la producción total de la Unión Soviética se aproxima a la de Inglaterra, Francia y Alemania occidental reunidas; a pesar de que su producción *per cápita* sigue siendo inferior a la de los grandes países capitalistas, la URSS se ha convertido en la segunda potencia mundial. Después de 1955 las perspectivas y las realizaciones no han dejado de aumentar en forma impresionante; sobre todo en los últimos tiempos. No necesito recordar aquí los más recientes éxitos de la técnica y de la ciencia soviéticas; todos los conocemos. Ni necesito decir que incluso los Estados Unidos, con sus cifras astronómicas de producción industrial, constituyen la próxima meta, en unos cuantos años más de trabajo intenso, y de paz. Lo que me interesa subrayar es el tiempo *record* del desarrollo económico soviético, y las profundas transformaciones culturales y sociales que trajo consigo.

En los últimos tiempos del stalinismo, la *acumulación primitiva* ha concluido en lo fundamental. La sociedad soviética es otra: altamente industrializada y diversificada y capaz de proporcionar escuela a muchos millones de hombres y mujeres. Su nivel técnico y científico se equipara al de los países más avanzados de occidente. El peligro de una destrucción por sorpresa es más que problemático. En otras palabras: en 1950 han desaparecido definitivamente los imperativos históricos que condicionaron el surgimiento del stalinismo. Stalin, al final de su vida, ya no tiene *razones*; sus procedimientos no se justifican; su gestión es inútil y contradictoria con el nuevo estado de cosas. En suma: Stalin ha agotado su función histórica. La modernización de la URSS, que contribuyó a crear a veces con una eficacia sangrienta, es incompatible con su forma de gobernar. La nueva nación lo rechaza: ha pasado el tiempo en que podía plegarse incondicionalmente a sus exigencias. La revolución bolchevique, como cualquiera otra revolución, empleó la fuerza para dar a luz un nuevo orden social y económico; una vez afianzado el nuevo orden, la fuerza física se convierte en un peligroso anacronismo que debe ser desterrado, si no se quieren provocar graves alteraciones sociales.

La muerte de Stalin, en marzo de 1953, sacó a flote las contradicciones que se habían desarrollado entre gobernados y gober-

nantes, entre el sistema político y la realidad económica y social. Al desaparecer la propiedad privada y la lucha de clases, se cancelaba la enajenación económica. El reino de la libertad era algo próximo. Pero he aquí que de pronto surgía otro tipo de enajenación: la política. El dominio de una clase sobre otra había sido sustituido por un poder desmesurado y sin control, que se ejercía en nombre del proletariado, pero por arriba del proletariado. Stalin encarnaba a la sociedad soviética y a la revolución: su poder era indiscutible e indiscutido. Pero cuando muere, es evidente que ya no es posible seguir con los mismos procedimientos de gobierno, y que el aparato de poder debe renovarse y ponerse a la altura de los tiempos nuevos. En lugar de justificaciones subjetivas, requería una legitimación objetiva. La mística staliniana contradecía la educación científica que recibían millones de soviéticos; el sistema entero debía reposar ahora sobre bases más racionales, más democráticas.

Hemos visto que inmediatamente después de la muerte de Stalin, se tomaron algunas medidas tendientes a "liberalizar" el régimen y asegurar el restablecimiento de la legalidad constitucional. Muchos desconfiaban; dichas medidas, sin embargo, contenían un elemento inconcebible bajo el stalinismo: el reconocimiento de los errores pasados. Y aunque se considerasen tímidas en sí mismas, anunciaban transformaciones futuras de mayor envergadura; en un proceso que no podía realizarse de la noche a la mañana. El primer paso fue la liquidación de la autocracia staliniana. Isaac Deutscher afirma: "La fase inicial de ese proceso consiste en la abolición de un sistema de gobierno en el que la autoridad y el derecho de decisión dependen de un solo jefe. El funcionamiento de la administración staliniana estaba completamente sometido a ese sistema. El autócrata del Kremlin encontraba su réplica en cada escalón del gobierno y del partido. Un secretario regional del partido, o el jefe de una administración de provincia, no tenían que rendir cuentas de sus decisiones a ningún subalterno, y ejercían un poder tan arbitrario como el de Stalin en persona. . . En tanto la autocracia no se eliminase en la cumbre del gobierno, el poder arbitrario de los escalones inferiores se negaba a aceptar cualquier intento de liberalización". Una vez muerto el jefe, el gobierno personal fue reemplazado por un comité director. En adelante—añade Deutscher—, no es Malenkov quien habla en nombre del gobierno y del partido sino el consejo de ministros o el comité central.³

El régimen ha evolucionado. El principio de la dirección co-

³ ISAAC DEUTSCHER, *La Russie après Staline*, pp. 156-157. París, Ed. du Seuil, 1954.

lectiva implica una práctica desconocida hasta entonces: la discusión. Primero, en las más altas esferas; después, necesariamente, en los distintos niveles de la administración y del partido; y por último, en otras organizaciones: sindicatos, cooperativas agrícolas, soviets, asociaciones culturales, etc. Una vez abiertas las compuertas y restaurado el prestigio de la opinión pública, es imposible volver al claustro anterior. El pueblo, poco a poco, se acostumbra al ejercicio de sus derechos: a contar, a ser oído, a discutir. Hay quien sostiene que ese proceso de regeneración democrática es una mentira, porque se promovió *desde arriba*. Reflexionemos: en un régimen condenado al silencio por decenios, en el que prácticamente desapareció toda oposición organizada, y en el que la opinión disidente carecía de medios de expresión, el movimiento transformador no podía venir *de abajo*; no podía surgir por iniciativa de las masas. Sin que esto signifique que el Estado haya tomado decisiones al margen de la nueva situación de la sociedad soviética, de sus aspiraciones, de sus exigencias. En última instancia, éstas constituyen el verdadero motor de las transformaciones: presionando, señalando rumbos, reivindicando derechos. Entre pueblo y gobierno hay una relación dialéctica: la base necesita nuevos sistemas de gobierno, el sistema se modifica presionado por la base, las transformaciones gubernamentales se reflejan en la base provocando nuevas exigencias, estimulando nuevas aspiraciones, acostumbrando al pueblo a participar cada vez más en la discusión de los negocios públicos.

En 1930, Trotsky sostenía la necesidad de una "revolución política limitada" contra el stalinismo. Trotsky pensaba en una revolución administrativa que destruyese la autocracia staliniana y reorganizase el partido y el régimen de acuerdo con los principios de la democracia leninista. *Nosotros estamos convencidos que esta revolución parcial preconizada por Trotsky comenzó en la Unión Soviética inmediatamente después de la muerte de Stalin*. Con lentitud, con dificultades, con retrocesos, cediendo aquí para avanzar allá, pero hasta ahora sin obstáculos tan grandes como para pensar en el fracaso de la empresa. La historia de la Unión Soviética, en los últimos diez años, está dominada por esa lucha sorda entre quienes quisieran prolongar los viejos métodos, y quienes aspiran a renovarlos. La transformación del sistema, que todavía llevará algún tiempo, sólo será posible si participan en el esfuerzo las mejores reservas democráticas de la sociedad; para hacer frente a las oposiciones, a los peligros, a las desviaciones que se han presentado y que se presentarán en el futuro.

El informe secreto de Krushchev en el XX Congreso, en febrero de 1956, y el XXII Congreso del PCUS, en noviembre de 1961, son los pasos más espectaculares que se han dado en el cami-

no de la desestalinización. Entre uno y otro hay grandes diferencias. Dijimos que en 1956, al hacer la crítica del "culto de la personalidad", Krushchev plantea el problema sobre todo en términos subjetivos. El mal funcionamiento del sistema se atribuye a los errores del hombre, sin reparar en que el despotismo de Stalin era posible porque la organización en conjunto no le imponía ningún límite a su poder. Togliatti tenía razón: la crítica se había quedado a la mitad del camino. Una vez desaparecido el dictador, era necesario transformar el sistema mismo; no sólo para "volver a Lenin", al centralismo *democrático*, sino para hacer imposibles en el futuro las aberraciones del stalinismo.

En el XXII Congreso, Krushchev ha ido más lejos. No por razones personales, sino políticas. Su informe en 1956 fue secreto, y trascendió únicamente a los cuadros del partido; en 1961, en cambio, con sólo encender sus aparatos de televisión, millones de soviéticos pudieron enterarse de los crímenes de Stalin, de las violaciones a la democracia socialista, de la corrupción entronizada en amplias capas de la administración. Es decir, lo que en 1956 se discutió a puerta cerrada, ahora, en 1961, se ventilaba en público sin el peligro de provocar un cataclismo social. El gobierno ya no actuaba a espaldas de la opinión pública; el poder había perdido su *misterio*. El síntoma es claro: la democracia comienza a abrirse paso en el régimen soviético. Krushchev, por otra parte, había actuado como un agitador: apelando a la conciencia colectiva para derrotar al grupo "antipartido", a quienes, como afirmó "vuelven la espalda obstinadamente a la vida. . . , no comprenden los nuevos fenómenos. . . , y siguen prendidos a la cola de los acontecimientos. . ." Ahora, lo que se pone en entredicho es el sistema. Sería largo enumerar los casos que cita el Primer Ministro de la URSS denunciando el oportunismo, la inercia, los vicios, el carácter monolítico y cerrado del partido y del gobierno. Afirma, por ejemplo: "En el pasado, durante el período del culto de la personalidad, adquirieron gran difusión en la dirección del partido, el Estado y la economía, vicios como los métodos de 'orden y mando', la ocultación de los defectos, la irresolución en el trabajo y el miedo a lo nuevo. En tal situación, surgieron no pocos adulones, cantaglorias y mistificadores. . ."

El planteamiento del problema en sus justos términos representa un gran avance. Pero lo importante es que la desestalinización comienza a tomar cuerpo en una serie de medidas prácticas. En primer lugar, la férrea centralización anterior es sustituida, poco a poco, por una descentralización que permitirá a amplias capas de la sociedad discutir activamente —en los sindicatos, en las agrupaciones del partido y en otros organismos—, los problemas de la planificación

y la distribución, de la dirección de las empresas, de la educación, etc.; los órganos de autogestión y los sistemas de control popular se multiplican; los soviets de obreros participan en la dirección de las fábricas; los organismos de planeación económica, hasta ahora concentrados en Moscú, se desplazan a distintas regiones para lograr un contacto más directo, más creador, con las necesidades locales. En otro de los capítulos importantes de la vida productiva soviética: la agricultura, la descentralización contrarresta ya muchas de las viejas costumbres y dificultades burocráticas. Los *koljoses* tienen infinitamente más iniciativa que antes y, entre otras medidas, se les ha convertido en dueños de las llamadas estaciones de maquinarias y tractores, hasta hace poco en manos del Estado.

Estas y otras medidas destinadas a neutralizar el excesivo centralismo tienen un denominador común: estimular la participación del pueblo en la dirección de los asuntos colectivos. Numerosos testimonios afirman que esas transformaciones fueron precedidas de amplios debates en los que intervinieron millones de soviéticos, en la prensa, en la radio, en las organizaciones políticas, sindicales y culturales. En la Unión Soviética ha surgido un nuevo factor de poder que se irá desarrollando en los próximos años: la controversia, el examen público de los problemas. Por lo demás, las reformas al régimen no son gratuitas, sino que se desprenden necesariamente del actual desarrollo de la economía soviética, urgida de una nueva liberación de las fuerzas productivas, frenadas y desperdiciadas por el monolitismo burocrático de la época de Stalin.

A la mayoría de la prensa occidental le gusta mentir, y creer en sus mentiras. Para esta prensa, las últimas polémicas en torno a Stalin —y el hecho de que su cadáver haya sido desplazado del mausoleo de la Plaza Roja, en que reposó durante más de ocho años al lado de Lenin, y de que su nombre haya sido borrado de ciudades y lugares conmemorativos—, no son otra cosa que la manifestación exterior de pugnas internas y palaciegas entre grupos políticos que luchan por empuñar las riendas del poder. En 1956, a juzgar por esta prensa, estaba a punto de realizarse un viejo sueño de occidente: el derrumbe del régimen de los soviets. Ahora los comentarios han sido más cautelosos: la ironía y una secreta preocupación han sustituido a los cantos de victoria. En primer lugar, porque occidente sabe que las pugnas entre los jefes no ponen en peligro el sistema. En segundo lugar, porque la derrota *post-mortem* del viejo dictador demuestra que la Rusia actual es distinta de la Rusia staliniana: la imagen estereotipada de una Unión Soviética dictatorial ha hecho crisis. En tercer lugar, porque la democratización *efectiva* del régimen anulará uno de los argumentos más sólidos de la propaganda occidental: y esa democratización, a la postre, producirá una

mayor cohesión real, no mecánica, en el campo socialista, y ejercerá un poder de atracción multiplicado sobre el tercer mundo y sobre la clase obrera de los países capitalistas.

Claro que ha habido pugnas entre los dirigentes soviéticos. Pero esas pugnas no son simples luchas palaciegas por el poder. El problema es más complicado: *la lucha entre los dirigentes soviéticos ha sido una lucha por sacar adelante políticas diferentes*. Los stalinistas por la supervivencia del pasado; Krushchev y los suyos por una mayor democratización del sistema. Stalin desplazado de la tumba de Lenin no es sino la expresión externa y simbólica del hecho decisivo: la liquidación del *ancien régime*. Aquí, no resisto la tentación de citar las palabras de Trotsky sobre Stalin, escritas en 1940: "Una explicación histórica no es una justificación. También Nerón fue producto de su tiempo, pero una vez que desapareció sus estatuas fueron derrumbadas y su nombre borrado de todas partes. La venganza de la historia es más terrible que la del más poderoso secretario general".⁴ Stalin se *vengó* de muchos enemigos, reales o supuestos; la historia, ahora, se muestra implacable con aquel *vengador*. Los conflictos políticos *actuales* llevan el juicio de los hombres al extremo. Un día, sin embargo, la historia implacable de hoy dejará su lugar a una consideración más objetiva, más completa y justa, del papel que le corresponde a Stalin como constructor, al lado del pueblo soviético, del primer país socialista del mundo.

Permítaseme insistir: *la política de desestalinización no es obra personal de Krushchev*. Con esa política, el Primer Ministro de la URSS no hace sino *expresar* la voluntad del pueblo soviético y convertirse en el vocero de una multitud de exigencias y necesidades insatisfechas en el pasado. Podríamos decir que la democratización del sistema, convertida en política oficial y triunfante, no es la política *de* Krushchev, sino el resultado de una presión mayoritaria de los soviéticos. Durante muchos años, la industria pesada prevaleció sobre la producción de bienes de consumo; ahora que la Unión Soviética cuenta con un poderoso aparato económico de base, el pueblo exige que la construcción del socialismo ponga en primer plano la atención individual. O dicho de otro modo: que el hombre sea el fin último del trabajo colectivo.

Se ha dicho que la política de Krushchev es empirista, y que las medidas de su gobierno sólo tienen por objeto resolver problemas técnicos inmediatos. Es verdad: sería absurdo colocar a Krushchev entre los grandes teóricos del marxismo. Pero esto no significa que su política sea el resultado del empirismo y la improvisación. Si la vemos en perspectiva, debemos admitir que sus reformas

⁴ LEÓN TROTSKY, *Staline*, pp. 526. París, Ed. Grasset, 1948.

obedecen a una concepción política coherente y sistemática. Su "estilo" personal, sus idas y venidas, su diario contacto con las masas, en suma, su papel de "agitador", lo sitúan en el polo opuesto de los métodos stalinianos de gobierno. El gran mérito de Krushchev consiste en haber *secularizado* la vida política soviética, en haber desvanecido viejas mistificaciones, en exhibir el poder político como algo humano y racional. Krushchev nos recuerda algo olvidado en la época de Stalin: que la teoría desligada de la práctica es un cuerpo de proposiciones escolásticas sin vida y sin capacidad para renovarse.

Una diferencia más. Para Stalin, el poder político era una cuestión de vida o muerte; el triunfo del socialismo dependía de la fuerza del Estado soviético, de su solidez; el problema de la extinción del Estado había desaparecido de su horizonte teórico. Stalin, al final de su vida, incluso llegó a sostener que el Estado seguiría existiendo en el comunismo, en tanto no desapareciera el último reducto imperialista. El punto de vista krushcheviano es otro: aún reconociendo la necesidad defensiva que le imponen las presiones externas, el Estado se irá extinguiendo a medida que la sociedad socialista avance hacia el comunismo. Hablar ahora en la URSS de la extinción del Estado resulta utópico y demagógico; sin embargo, después de tantos años de silencio no resulta inútil recordar que la extinción del Estado es un objetivo último del socialismo que no debe perderse de vista. La multiplicación de los órganos de autogestión social que ha propiciado Krushchev, representa un primer paso en ese sentido; provisional, mínimo, pero que apunta inequívocamente a la cancelación de la última de las enajenaciones: la política.

La burocracia representa el mayor enigma para la desestalinización. Hemos dicho que este cuerpo social, durante más de treinta años, gozó de privilegios indiscutibles y en ocasiones utilizó el poder del Estado sin el debido control popular. Esta situación que niega el sentido histórico de la revolución proletaria, debe desaparecer. Stalin, en los primeros años de su gobierno, dejó que el mal se desarrollara como un tumor que alteró profundamente la fisonomía del primer Estado obrero; y más aún: propició su desarrollo, concedió prebendas, se aseguró el servilismo de la administración. Stalin encontró en la *Crítica del programa de Gotha*, de Marx, una idea a la medida de sus deseos. Para Marx, el "igualitarismo" es un resabio de ideología pequeño-burguesa que debe ser excluido del socialismo; en la primera etapa, las desigualdades son inevitables: a cada quien se le retribuye *según su trabajo*. Pero Marx no afirmó, como quería Stalin, que la desigualdad fuese la *esencia* de los primeros tiempos del socialismo; y mucho menos que se auspiciara una nueva

desigualdad. En otras palabras: Marx se refiere a un hecho que no podía desaparecer automáticamente una vez realizada la revolución; la igualdad *real* sólo existirá en el comunismo, en que la abundancia de bienes materiales y espirituales permitirá tener a cada uno *según sus necesidades*. Stalin derivó de las ideas de Marx una conclusión demasiado cómoda para justificar este aspecto desastroso de su política: si la equidad no es posible en los primeros tiempos del socialismo, nada más natural que incrementar los privilegios de la burocracia.

Pero ahora surge la pregunta decisiva: ¿la burocracia estará dispuesta a abandonar las ventajas que aseguraba a su favor el *status* staliniano? La cuestión no es fácil. La burocracia no constituye una verdadera clase social: en la Unión Soviética jamás se ha puesto en tela de juicio la propiedad colectiva de los medios de producción. Es cierto que sin planificación no hay socialismo, y que sin burocracia no hay planificación; de aquí el lugar social preponderante de la burocracia; pero su papel es el de coordinadora y directora, no el de *propietaria*. Por eso, la burocracia no tiene una ideología particular, en el sentido marxista del término, derivada de su especial función productiva. No hay que olvidarlo: a pesar de sus privilegios, la burocracia sostiene la ideología revolucionaria del proletariado, se piensa a sí misma como su representante más calificado y como su vehículo indispensable para la construcción del socialismo. En rigor, la burocracia no depende de sí misma, sino de lo "otro": el proletariado. Y vive a hurtadillas, como de prestado: los privilegios de que goza los ha obtenido de contrabando. La burocracia existe clandestinamente dentro del Estado obrero y sin atreverse a anunciar su nacimiento histórico.

A pesar de sus derechos y ventajas, no puede ser más precaria la situación de la burocracia en el Estado soviético. De hecho, carece de las armas materiales e intelectuales para oponerse a su desaparición, para enfrentarse a un movimiento renovador decidido a cambiar sus métodos y a limitar sus privilegios; si la burocracia no cediera sobre este punto, se vería desplazada, tarde o temprano, del panorama social. La existencia histórica de la burocracia es estrictamente provisional: una vez superadas las razones de su nacimiento, y llegado el tiempo de modificar sus métodos, no tiene más remedio que diluirse, que "autolimitarse", que aceptar su función de "servidora social".

Por otra parte, no olvidemos que el cuerpo de técnicos y especialistas que dirige actualmente la administración del Estado soviético, no tiene nada en común con los integrantes del aparato estatal de los primeros tiempos de Stalin. Aquéllos, en su inmensa mayoría, eran técnicos y profesionistas educados en la época de los

zares. La revolución amenazó con desplazarlos; pero al mismo tiempo, carente de cuadros, les brindó la oportunidad de asimilarse al nuevo orden. Muchos de ellos vieron abierta la posibilidad de asegurar la existencia. La fórmula no era difícil: plegarse a los dictados del jefe que necesitaban y que los necesitaba. En un principio, la revolución tuvo que llevar a cuestras esta herencia del pasado. En cambio, es radicalmente distinto el origen social y la mentalidad de las nuevas generaciones de administradores. Los nuevos cuadros han sido educados dentro de otros ideales, y con una perspectiva distinta de lo que debe ser su función social. Su origen, además, es otro: la inmensa mayoría son hijos de obreros, de campesinos, en suma, de trabajadores que han participado activamente en la construcción del socialismo, y para los que el socialismo constituye la preocupación fundamental. Podemos pensar lógicamente que esta generación de funcionarios estará mejor dispuesta que las anteriores a ceder sus privilegios por el triunfo del nuevo orden. A medida que se integra la comunidad soviética, es más difícil la supervivencia de grupos o castas marginales.

El proceso de desestalinización corre otro grave peligro: que buena parte del esfuerzo transformador naufrague en el verbalismo incapaz de alterar los viejos métodos; que funcionarios y miembros del partido utilicen demagógicamente las nuevas consignas para "hacer carrera", como una forma de oportunismo adecuado a los tiempos actuales. Algunos síntomas no dejan de ser alarmantes: muchos de los que hasta ayer fueron stalinistas intransigentes, hoy son "anti" con la misma intransigencia; su actitud es sospechosa: en uno y otro caso parecen actuar con la misma docilidad, con el mismo servilismo. La democratización de la Unión Soviética, si ha de ser una *realidad* no puede quedarse en la denuncia exterior de los errores pasados manteniendo en la práctica el viejo *status*. La desestalinización debe ser un proceso efectivo, no un stalinismo con signo contrario. Contra este peligro sólo hay una defensa: la participación eficaz del pueblo en el examen, control y discusión de los asuntos públicos.

Cuando hablamos de *democratización* no queremos decir, naturalmente, que el régimen soviético evolucione hacia la democracia "occidental", de tipo liberal-burgués. Entre ésta y la democracia socialista hay un abismo infranqueable. La democracia parlamentaria de occidente supone una multitud de intereses económicos y sociales contradictorios, que aparentemente se cancelan en la unidad superior del Estado; sabemos bien, sin embargo, que en esa unidad formal, mítica, la decisión última, la verdadera soberanía, pertenece a los grandes intereses económicos. La democracia socialista, en cambio, no quiere ser igualdad formal ante la ley; sino

igualdad real, fundada en las mismas oportunidades. La democracia socialista cancela la ruptura burguesa entre la sociedad política y sociedad civil, entre el mundo formal de la ley y el mundo real de los intereses económicos. Una vez liquidado el dominio de una clase sobre otra, el poder del Estado se convierte en poder del pueblo entero; y añadiría: por el pueblo y para el pueblo.

Pero, ¿cómo lograr esa *representación* auténtica de todos los miembros de la comunidad? ¿Cómo hacer para que en el Estado se actualice el interés general? Lenin dio una fórmula: la del centralismo democrático. Cuando, como en la época de Stalin, un núcleo restringido utiliza el poder para dominar a los otros miembros del partido y a las masas, impidiendo toda comunicación entre la base y la cumbre, el centralismo aparece como *imposición* y la democracia como una arbitraria sustitución de voluntades. Por el contrario, el centralismo en sentido leninista, debe aparecer a las masas como la única posibilidad de desplegar al máximo la fuerza y la actividad colectivas; como el mecanismo necesario para que el pueblo actúe en beneficio de todo el pueblo. Democracia proletaria quiere decir circulación de ideas entre masa y dirigentes, contacto ininterrumpido entre la cumbre y la base, entre gobernados y gobernantes. El centralismo democrático supone esencialmente el debate, la crítica, la diaria comunicación entre quienes deciden y quienes cumplen las decisiones. La fidelidad a estos principios es esencial para reconstruir en la Unión Soviética la democracia socialista, y para darle un contenido real a la "vuelta a Lenin" que se ha invocado como divisa de los últimos congresos del partido.

En el aspecto internacional, la política de Krushchev se ha expresado en la teoría y práctica de la "coexistencia pacífica". Analizar con detalle este problema nos llevaría demasiado lejos. En todo caso no debemos olvidar que la "coexistencia pacífica" también está ligada a las condiciones internas de la URSS, al grado actual de su evolución económica. Esta teoría, en síntesis, pretende llevar al plano de la competencia técnica e industrial —a la competencia entre sistemas—, la contradicción fundamental entre socialismo y capitalismo. Desde el punto de vista teórico, pudiera discutirse la "ortodoxia" de esta tesis krushcheviana, cuyas raíces se remontan al pensamiento de Lenin. *Coexistiendo* los soviéticos se proponen conservar las conquistas materiales y morales de cuarenta años de historia, y asegurar para el futuro un desarrollo económico y cultural de tal magnitud, que demuestre a todos la superioridad del socialismo sobre el capitalismo.

Aunque el problema decisivo se plantea para los países subdesarrollados. Dentro de esta perspectiva, las palabras cobran un significado especial. En lo inmediato, nuestra, situación y nuestros

intereses difieren de los del pueblo soviético. Quiero decir, la meta es la misma, los objetivos a corto plazo son distintos. Nuestro lugar actual en el proceso mundial de la revolución es otro. En tanto la Unión Soviética construye el socialismo, para nosotros la revolución es apenas una perspectiva, algo que se sitúa en el futuro. Nuestro problema fundamental es el de romper las cadenas del colonialismo económico y político; y, en el mismo acto, el de transformar en un sentido socialista las estructuras económicas y políticas de nuestros pueblos. Por eso, para nosotros, coexistencia pacífica no significa abstención y compromiso, sino reivindicación de nuestra soberanía y lucha por la libertad. El problema histórico de nuestros pueblos no es el de *coexistir* con el imperialismo, sino el de independizarnos de él. El tema de la coexistencia, para nosotros, surge *después* de la revolución, no *antes*. Aun admitiendo que la Unión Soviética representa la avanzada de la transformación socialista del mundo, nuestra actitud frente a ella debe ser de plena autonomía. En este sentido, los países subdesarrollados no sólo reivindican el derecho de liberarse del imperialismo, sino el de realizar sus transformaciones de acuerdo con sus propias condiciones al margen de un liderazgo automático y universal que pudiera en ocasiones, como en el pasado, *enajenar* nuestra movilidad revolucionaria, ser estéril y contraproducente. Los países subdesarrollados sostienen que sólo hay una vía hacia el socialismo: la nacional.

En efecto, durante décadas la revolución mundial siguió los vaivenes políticos de la URSS. Stalinismo, en términos internacionales, quería decir sujeción absoluta de los partidos comunistas del mundo a las directivas de Moscú. Sería materia de un trabajo especial seguir con detalle las oscilaciones de la política extranjera de Stalin, y analizar sus repercusiones en diferentes países y épocas. La política internacional de Stalin estaba dominada por una obsesión: la defensa del "socialismo en un solo país", y por una desconfianza patológica en la capacidad revolucionaria de otros pueblos; a los ojos de Stalin, la revolución socialista era una *exclusiva* rusa, inalcanzable y utópica, cuando menos en lo inmediato, para los otros pueblos de la tierra.

La rigidez interna del stalinismo había encontrado su manifestación externa: la movilización de las fuerzas revolucionarias del mundo con el fin *exclusivo* de proteger a la Unión Soviética. Al monolitismo interno correspondía un monolitismo externo que frenaba la revolución. El internacionalismo proletario había sido sustituido por un nacionalismo *chauvinista*, estrecho y provinciano, incapaz de comprender lo que pasaba fuera de las fronteras de la URSS. Recordemos como ejemplos extremos las opiniones de Stalin sobre las revoluciones yugoslava y china. En 1948, pocos meses

antes de que los guerrilleros de Mao Tsé-Tung tomaran el poder, Stalin afirmaba todavía que el único partido capaz de gobernar al gran país del extremo oriente era el Kumintang y que, en consecuencia, Mao debería someterse, entregar las armas y licenciar al ejército rojo. La historia no tardó en demostrar la inaudita ceguera de Stalin sobre las condiciones reales de la Revolución China.

Isaac Deutscher nos dice: "Hacia 1930 la diplomacia de Stalin buscaba por medios explícitos e implícitos preservar el *statu quo* internacional y reforzar la posición de Rusia dentro de esa fórmula. La máxima de la política extranjera de la Unión Soviética rezaba: *No queremos un solo metro cuadrado de otros pueblos*"; pero al mismo tiempo —añade Deutscher—, esa divisa parecía ser la consigna de la Internacional Comunista. En otras palabras: no era la Rusia bolchevique la que esperaba la revolución mundial, sino la revolución mundial la que esperaba a que Rusia terminase de construir el socialismo.⁶

El panorama ha variado en nuestros días. La revolución no depende de la voluntad del Kremlin. Es cierto que la amplitud y fortaleza del campo socialista son un factor decisivo de las transformaciones revolucionarias actuales; pero no porque los revolucionarios sean "agentes de Moscú", sino porque el equilibrio de las fuerzas mundiales ha cambiado; el imperialismo, ahora, no tiene las manos libres, como antes, para aplastar impunemente la liberación de los pueblos y sus cambios revolucionarios. En el aspecto internacional la desestalinización debe abarcar cuando menos dos capítulos: 1º) la independencia de las organizaciones revolucionarias respecto a Moscú; por eso hemos afirmado que "la vía nacional al socialismo" no sólo es una posibilidad, sino una necesidad insoslayable para los países subdesarrollados; 2º) el sectarismo tradicional de los partidos comunistas, en que se reconoce la *impronta* staliniana, debe desaparecer y dejar su lugar a formas de organización más abiertas, más flexibles y dialécticas; lo que equivale a decir que los partidos comunistas, si no quieren verse marginalizados y desbordados por la revolución, deben tener un contacto más realista, más auténtico, con la situación general del país en el que operan. El dogmatismo servil de otras ocasiones, hoy, más que nunca, es un freno y un lastre para la revolución.

Hay una tesis muy difundida: que el stalinismo pertenece a la naturaleza del sistema socialista. Nada más falso. El stalinismo fue el producto de una doble coincidencia: la fuerza de la historia y los excesos de un hombre. Una y otros son ajenos a la esencia del

⁶ ISAAC DEUTSCHER, *La Russie après Staline*, pp. 69-70. París, Ed. du Seuil, 1954.

socialismo. El hecho de que existieran en el pasado no significa que se repitan en el futuro. *Aquel* hombre y *aquella* historia están definitivamente enterrados. Hoy, la historia es otra; y nosotros contamos con la trágica experiencia de los errores que se cometen cuando se suspende el vínculo entre el jefe y el pueblo, entre el dirigente y los dirigidos. La penuria radical y el aislamiento de la Unión Soviética de los primeros tiempos pertenecen al pasado. En nuestros días el socialismo es *rico*; rico en perspectivas y en posibilidades. Para cualquier país que se aventure por la ruta, construcción del socialismo quiere decir solidaridad, no hostilidad, como ayer. El acoso imperialista puede combatirse victoriosamente: el caso de Cuba lo prueba. En 1962 el stalinismo no es *indispensable*; por el contrario, todo indica que se ha dejado atrás, que se ha superado definitivamente.

Para los socialistas del mundo la responsabilidad es inmensa. Responsabilidad de demostrar en la práctica que el stalinismo no volverá a aparecer. Antes de poner punto final a este trabajo repito alguna de las ideas iniciales: el socialismo, como forma superior de relaciones humanas, debe construirse todos los días en estrecha vigilancia, evitando las falsificaciones y degeneraciones que niegan su sentido histórico; con la conciencia lúcida de que el mundo *humano* por el que luchamos no surgirá automáticamente de las transformaciones económicas, sino del esfuerzo de nosotros mismos. En la Unión Soviética, en los países subdesarrollados, en los países capitalistas, los hombres de todo el mundo que han sido explotados o que son explotados —la clase *radical* de Marx—, deben demostrar que las posibilidades de creación humana son infinitas. Y que no es imposible para el hombre construir una sociedad más justa, más racional, más a la altura de sus exigencias. El tiempo es propio. No lo dejemos pasar.

DE DESCARTES A FEIJÓO: LA IDEA DEL PROYECTIL CÓSMICO

EL primero en formular el proyecto científico de lanzar un proyectil que fuera capaz de liberarse de la gravedad terrestre, fue Descartes. Los términos y circunstancias en que lo hizo, medio siglo antes de la obra de Newton, constituyen un injustamente olvidado capítulo de la historia de la ciencia.

Allá por 1634 vivía Descartes en Amsterdam, en el oscuro retiro que había buscado para entregarse libremente a la meditación. "¿Hay otro país donde se goce más plenamente la libertad?", escribía a un amigo de París, desde el mismo lugar—sólo treinta metros de distancia—donde trescientos años más tarde Ana Frank iba a sufrir su encierro y escribir su diario. Desde allí se mantenía en contacto con sus amigos, intercambiando noticias y reflexiones científicas y filosóficas.

En el mes de abril, en una carta al sabio Padre Mersenne, que fue por muchos años uno de sus más asiduos y valiosos corresponsales, le dice: "Y por lo que usted me había escrito antes, que conocía personas que me podrían ayudar a hacer las experiencias que yo desease, le diré que he leído últimamente una de las *Recreaciones Matemáticas* que quisiera que algunos curiosos, que pudiesen tener la comodidad, emprendieran hacerla exactamente, con una gran pieza de cañón apuntada bien derecho hacia el Cenit, en medio de alguna llanura. Porque el autor dice que esto ha sido ya experimentado varias veces sin que la bala haya vuelto a tierra; lo que puede parecer muy increíble a muchos, pero yo no lo juzgo imposible, porque creo que es una cosa muy digna de ser examinada".¹

Recreaciones Matemáticas es el título de una obra del jesuita Jean Leurechon, que éste publicó bajo el seudónimo de Van Etten y cuya primera edición es de 1626. Mencionaba, en efecto, la experiencia a que alude Descartes. Pero no como experiencia deliberada, ni menos en la idea de que el proyectil escapase a la gravedad. Esto, ni siquiera como hipótesis pasó por la cabeza del autor. La cuestión que le interesaba era la de si un cañón apuntado hacia el Cenit debía o no tirar con más fuerza que en otra posición. Formulada la pregunta decía:

Los que estiman que la bala de un cañón tirada de esa manera, se licúa, se pierde y se consume en el aire a causa de la violencia del

¹ Carta LIII en la edición de las *Obras de Descartes* por ADAM Y TANNERY, T. I. (París, 1897), p. 287.

golpe y actividad del fuego, responderán fácilmente que sí, y sostendrán que se ha hecho a menudo la experiencia sin que jamás se haya podido saber que la bala haya vuelto a tierra. Pero yo, que encuentro dificultad en creer en esta experiencia, convencido más bien que la bala cae bastante más lejos del lugar donde se ha tirado, respondo que no, porque en tal caso, aunque el fuego tenga un poco más de actividad, la bala tiene mucho más resistencia.²

La mención ocasional en ese pasaje, de la supuesta no caída de la bala, fue lo que retuvo la atención de Descartes, para darle en su espíritu una proyección que no había tenido en el del autor. Desde luego, en el caso concreto, éste estaba en lo cierto al suponer que la bala había caído, y a bastante distancia. Pero el pensamiento de Descartes toma genialmente otro rumbo. La cosa, "que puede parecer muy increíble a muchos", le parece "muy digna de ser examinada". No es en que la bala "se licúa, se pierde y se consume en el aire a causa de la violencia del golpe y actividad del fuego", en lo que está pensando. Piensa, aunque por ahora no lo diga, en la eliminación de la gravedad.

Descartes quiere hacer la experiencia en términos científicos, y acude a Mersenne recordándole el ofrecimiento que por su intermedio le habían hecho algunas personas. Ya dos años atrás, en una carta de mayo de 1632 le había hecho un pedido similar, comenzando así: "Usted me había comunicado que conoce gentes a quienes gustaría trabajar para el avance de las Ciencias, hasta querer aún hacer toda clase de experiencias a su costo. . ."³ Vale la pena retener estas circunstancias de lo que podría llamarse la sociología de la investigación científica en el siglo XVII.

Mersenne hizo hacer en seguida la experiencia y no se observó la caída de la bala. Así se lo comunicó a Descartes. Este esperaba precisamente eso, que la bala no cayese, pero quiere tener completa seguridad científica. Tan apriorista como era en la especulación metafísica, tenía en el terreno científico un extraordinario celo experimental. A cada momento propone experiencias a unos y a otros, programándolas con todas las precauciones y detalles prácticos de que es capaz. En la ocasión, vuelve a escribir a Mersenne el 15 de mayo del mismo año:

Os agradezco la experiencia que habéis hecho hacer con un arcabuz, pero yo no la juzgo suficiente para sacar algo de cierto, a no ser que se la hiciese con una gran pieza de batería que llevase una bala de hierro de 30 ó 40 libras, porque el hierro no se funde tan fácilmente como el plomo, y una bala de este grosor sería fácil de encontrar en caso de que ella cayese. Ahora bien, a fin de hacer esta experiencia bien exacta, sería necesario plantar de tal modo la pieza que ella no pudiese retroceder más que perpendicularmente de arriba

² *Recreaciones Matemáticas*, edición de 1628, París p. 171 de la parte primera, apartado del problema No. 86.

³ Carta XLIII, *lug. cit.*, p. 251.

a abajo, y a este efecto serfa necesario hacer un foso por debajo de ella y tenerla suspendida en el aire entre dos anillos o cfrculos de hierro, por medio de algunos contrapesos bastante pesados. . .⁴

A continuaci3n presentaba Descartes en forma grfica su proyecto de ca3n suspendido sobre un foso y apuntando al cielo. Todos los detalles del artefacto eran cuidadosamente sealados cada uno con una letra, en una figura geomtrica. Esto, concluía, serfa mäs conducente "que tirar simplemente tiros de arcabuz". Tal diseo constituye el primer plan cientfico de una mquina arrojadora de proyectiles enviados por el hombre al espacio csmico con el intento de vencer la atracci3n de la tierra. En otras palabras, constituye en el siglo XVII el primer esbozo, todo lo rudimentario e ingenuo que se quiera, pero con espfritu cientfico al fin de cuentas, de las complicadas instalaciones del siglo XX en el Cucas y La Florida. Hecho a mano el dibujo por Descartes en 1634, fue impreso ya en 1659.⁵

En otra carta a Mersenne, fechada en Leyde en marzo de 1636, Descartes le habla del asunto por tercera vez: "Os agradezco tambi3n la (experiencia) de la bala tirada hacia el Cenit, que no cae, lo que es muy admirable".⁶ Se habrf observado que en las tres ocasiones se ha limitado a admitir la posibilidad del fen3meno y a expresar su admiraci3n, sin proponer ninguna explicaci3n del mismo. Para nada ha hablado de la superaci3n de la gravedad y ni siquiera ha mencionado a ésta. Es lo que harf al fin, rotundamente, en su cuarta y última referencia, en la correspondencia con Mersenne, a la bala de ca3n que no cae.

Se halla en una extensa carta fechada el 13 de julio de 1638, que lleva por tfrtulo: "Examen de la cuesti3n a saber: si un cuerpo pesa mäs o menos estando pr3ximo del centro de la tierra que estando alejado de él". A esa carta pertenece el siguiente fragmento:

Y, en fin, si la experiencia que usted mismo me habfa comunicado haber hecho, y que otros han tambi3n escrito, es verdadera, a saber, que las balas de las piezas de artillerfa tiradas directamente hacia el Cenit no caen, se debe juzgar que la fuerza del golpe, llevändolas muy arriba, las aleja tanto del centro de la tierra que esto las hace perder enteramente su pesantez.⁷

⁴ Carta LIV, *lug. cit.*, pp. 293-94.

⁵ Véase el T. II de la edici3n Clerselier de las Cartas de Descartes, Parfs, 1959, donde aparece con el No. 106 la citada carta LIV de la edici3n Adam y Tannery. Esta última edici3n reproduce el mismo dibujo.

⁶ Carta LXVI, *lugar cit.*, p. 341. Mersenne habfa proseguido personalmente las experiencias, sin que se sintiese tan inclinado como Descartes a creer que la bala no caía. Así se desprende de una carta que dirige a Persec en noviembre de 1636: "Es preciso, necesariamente, que el viento de la regi3n media la lleve muy lejos o que ella se funda o permanezca en el aire; yo creo mäs bien lo primero". (*Ibidem*, p. 580).

⁷ Carta CXXXIX, edici3n citada, T. II (Parfs, 1898), p. 22. El subrayado es nuestro.

Descartes se equivocaba, claro está, al suponer que las balas de cañón tiradas verticalmente hacia el cielo no caían. Pero acertaba en el principio mismo de que un cuerpo alejado debidamente del centro de la tierra llegaría a perder por completo su pesantez hasta el punto de no caer. Forzaba la creencia práctica arrastrado por la confianza en la idea teórica. Sólo faltaba perfeccionar la máquina impulsora yendo del buen cañón del siglo xvii, no menos inocente que el desdenado arcabuz, al cohete de varios pisos del siglo xx. Simple menester técnico, después de todo. El error en el hecho no invalida el acierto en el derecho. Tal acierto es hoy una banalidad. En 1638, cincuenta años antes de la clásica sistematización newtoniana, era una genialidad.

UN siglo después de la primera mención del asunto hecha por Descartes a Mersenne, vuelve a discutírsele, en los mismos términos problemáticos, a uno y otro lado de los Pirineos.

En 1728, en el segundo tomo del histórico *Teatro Crítico Universal* con que luchaba valerosamente por sacar de su marasmo a la cultura española, el Padre Feijóo replanteó la cuestión de esta manera: "Es dudoso si los graves, apartados a una gran distancia de la tierra, volverían a caer a ella". Así titulaba la IX de las "Paradojas Físicas" que constituían el tema de uno de sus discursos. Se miraba todavía el caso como una paradoja, o sea, decía Feijóo, como algo aparentemente "inverosímil o increíble". Y la solución resultaba dudosa. Después de considerar el problema sucesivamente dentro de las ideas de Newton y de Descartes, Feijóo, manteniendo la duda, se inclinaba, sin embargo a creer que, apartados a gran distancia de la tierra, los cuerpos no caerían. "Todo lo cual—agregaba—confirman las experiencias que el Padre Marino Merseno, Doctísimo Mínimo, hizo en París, de disparar una pieza de artillería verticalmente, cuya bala no bajó hasta ahora al suelo".⁸

Pero he aquí que precisamente en ese mismo año, 1728, se hacía en Francia una formal rectificación de la ya lejana experiencia cartesiana de Mersenne. Desde 1701 los jesuitas de Trévoux publicaban unas célebres "Memorias para la Historia de las Ciencias y de las Bellas Artes", conocidas entonces y ahora por las "Memorias de Trévoux". En el siglo xviii fueron muy leídas en España y en América. En su entrega de agosto de 1728, publicaron el extracto de una carta del Padre Fevre sobre la "Experiencia curiosa de un cañón vertical". Se impone la transcripción completa para ver en qué condiciones se ensayaba todavía, al cabo de un siglo, la famosa experiencia sugerida por Descartes:

No sé si los redactores han oído hablar de la experiencia del Cañón apuntado verticalmente, que nosotros hicimos aquí (Estrasburgo)

⁸ *Teatro Crítico Universal*, T. II, p. 285, ed. de 1777.

hace dos años. Fueron las disertaciones del P. Castel y del P. Laval las que nos dieron la idea. M. du Moutier, Capitán en la Real Artillería se encargó de la ejecución y aportó toda la exactitud imaginable. Ella da un desmentido bien seco al P. Mersenne y a M. Petit. Lo que nos sorprendió en esta experiencia no fue ver caer las balas, cosa que esperábamos, sino su prodigiosa declinación. Aunque el cañón estaba completamente a plomo, la primera bala fue a caer a cerca de 300 toesas; y la segunda, porque la carga era más fuerte, a más de 360. Es aparentemente lo que habrá dado ocasión al error del P. Mersenne; no pensó en ir a buscar tan lejos. Pero yo no concibo cómo a podido estar tan sordo o tan extasiado para no oír el silbido que hace al caer. Lo que hay de sorprendente todavía es que las balas no se hayan hundido en tierra más que cerca de 28 pulgadas. A la verdad, ellas no penetran en tierra virgen como en un parapeto de tierra mojada, pero la diferencia es bien considerable. Olvidaba decirnos que después de la descarga se comprobó que la pieza no había variado una línea.⁹

En edición posterior de su *Teatro*, en nota de pie, Feijóo se hizo cargo de la rectificación hecha a Mersenne en Estrasburgo, no sin agregar lúcidamente: "*Pero advierto, que lo dicho no obsta a la verdad de nuestra Paradoja; porque ésta procede en la suposición de que los graves se colocasen en una gran distancia de la tierra. La distancia a que puede apartarse de ella la bala de Artillería, es poquisima, comparada con la magnitud del globo terráqueo*"¹⁰

Toda una polémica suscitó en España la "Paradoja" de Feijóo, verdaderamente audaz todavía para la época y el medio. José Mañer, el enconado adversario del Padre Maestro, ridiculizó cruelmente como "gravísimo disparate", la idea de que "los graves" pudieran no bajar a la tierra. Feijóo le contestó en su *Ilustración Apologética* (a los dos primeros tomos del *Teatro*). Pero le contestó también, con más amplitud y severidad, el P. Martín Sarmiento, gran amigo y colaborador de Feijóo, al par que uno de los hombres más sabios de la España de entonces. Lo hizo en su *Demonstración Crítico Apologética* (del *Teatro*), con distintas referencias a la discusión del punto en la literatura científica de su siglo y del siglo anterior. Defendía con calor el planteamiento de Feijóo, pero sin salir del terreno de la duda por considerar impracticable la experiencia: "En el globo del Imán se podrá hacer la experiencia hasta donde alcanza (la atracción). En el globo terráqueo no es fácil, pues vivimos dentro de la esfera de actividad (de la atracción), y no alcanzan nuestras fuerzas a colocar un cuerpo a una gran distancia. Así, pues, es preciso que el punto se trate debajo de una *Hipótesis*"¹¹

Hoy, trescientos años después de Descartes y Mersenne, doscientos

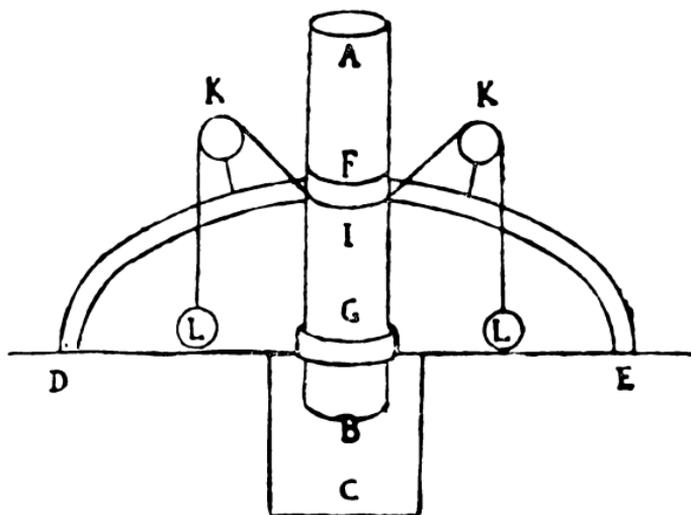
⁹ *Memorias de Trévoux*, 1728, pp. 1560-62.

¹⁰ *Lug. cit.*, p. 286. El subrayado es nuestro.

¹¹ *Demonstración Crítico Apologética del Teatro Crítico Universal*, ed. de 1757, T. II, p. 222. Los subrayados son del autor.

después de Feijóo y Sarmiento, "nuestras fuerzas" alcanzan. Y no parece ya necesario formular la expresada hipótesis en los términos en que seriamente lo hacía Dechales, ilustre matemático y físico francés del siglo XVII, participante también en el debate: que un Angel remontase hasta la luna una rueda de molino.¹³

Ariuro ARDAO



El cañón vertical diseñado por Descartes (Reproducción facsimilar).

¹³ "Dice el mismo Dechales, que no se puede probar con razón alguna, si, puesta por un Angel una rueda de molino en el cóncavo de la Luna, bajaría desde allí a la Tierra". M. SARMIENTO, *lug. cit.*, p. 221. Recogiendo el supuesto de Dechales, decía por su parte Feijóo: "En esta sentencia es claro que si un Angel sacase una rueda de molino fuera de este vértice nuestro, no volvería jamás a la tierra..." Lugar y pág. citados en la nota 8).

Presencia del Pasado

ALDONZA LA ANDALUZA LOZANA EN ROMA

Por Segundo SERRANO PONCELA

LA literatura española cuenta con pocos libros alegres y cuando se menciona alguno los virtuosos y graves varones que integran el estamento crítico fruncen el ceño. Tal ha sucedido siempre con la historia de Aldonza, cortesana que fue en la Roma de Clemente VII, cuyos hechos de armas nos cuenta su padre espiritual en esa obra de varia fortuna titulada *La Lozana Andaluza*, impresa en Venecia en 1627, reimpresa en Berlín en 1845, traducida al francés en 1888 e introducida en España, como rareza bibliográfica. Menéndez y Pelayo, con todo el gravamen de su autoridad, la puso en el índice: "En la mayor parte de sus capítulos, libro inmundo y feo... su lectura no puede recomendarse a nadie. Es de los que, como decía don Manuel Milá, no deben salir nunca de lo más recóndito de la necrópolis científica", y aunque Emilia Pardo Bazán trató de rescatarle ennobleciendo sus antecedentes naturalistas (a propósito de *Nana* y Emile Zola) ahí se ha quedado, en ediciones tangenciales; sin entrar en el grupo familiar de clásicos; sin comentador apropiado que aclare las dificultades de su léxico; sin ayudar con su rico material de primera mano al entendimiento del vivir español en Italia durante los treinta primeros años del siglo XVI, período el más turbulento, complejo y peor estudiado de todos los que componen la llamada "edad áurea".

Un libro escrito con alegría

DIGO que es, sobre todo, un libro escrito con alegría y así es; una alegría renacentista y a medias española y romana, con sus ribetes sarcásticos; desvergonzada y refrescante brisa primaveral en ocasiones primaverales del vivir español. No fue escrito en la Península donde nunca se escribió ni escribiría cosa tal. Su autor, fuera del perímetro de la piel de toro perdió la continencia, la gravedad y demás peculiares inhibiciones hispánicas, entrando en contacto con otras formas de vida y se aprovechó de su simbiosis. No se puede decir que *La Lozana* sea una deliberada experiencia literaria;

lejos de tales pretensiones el autor. Es una experiencia directa de vida a quien se puso más tarde el indispensable velo imaginario; una experiencia objetivada, diríamos hoy. De aquí su mérito en un conjunto literario como el español cuya buena literatura es resultado de una fuga vital hacia lo cisleste o las zahurdas plutónicas—digan lo que quieran los propugnadores del "realismo hispano". Añado: una experiencia adquirida merodeando por los predios del sexo, y esto explica el disimulo y el silencio.

Por razones temperamentales y doctrinarias el español peninsular no escribía así; no podía hacerlo, ante todo, por carecer de fuerza interior para ello más que por coacción externa. Le era necesario salir de España, orearse con otros climas, ver con ojo más abierto cómo suceden las cosas y cómo son hoy, lo mismo que ayer. Quizás no esté muy claro lo que trato de decir, pero obtengo la vivencia de ello y trataré de traspasársela al lector, por medio de una comparación de textos. En *La Lozana Andaluza*, escrita en 1524, se dice lo siguiente—por ejemplo:

—Roma, triunfo de grandes señores, parayso de putas, purgatorio de jóvenes, infierno de todos, fatiga de bestias, engaño de pobres, peciguería de bellacos. . . Es la mayor parte de Roma burdel y la dizen Roma putana. Mirá, señor, haveis de notar que en esta tierra a todas sabe bien y a nadie no amarga, y es tanta la libertad que tienen con mujeres, que ellas los buscan y llaman porque se les rompió el velo de la honestidad. . .

Tres años más tarde, en 1527, Alfonso de Valdés redacta su *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma* teniendo conciencia de que la urbe italiana era *eso* que en *La Lozana*, con modo directo y vital se expresa; pero escribe:

—En mi corazón sentía ver aquella ciudad (que de razón debería ser exemplo de virtudes a todo el mundo) tan llena de vicios, de trá-fagos, de engaños y manifiestas bellaquerías. . . Todo lo que ha acaecido ha séido por manifiesto juicio de Dios, para castigar aquella ciudad, donde con grande inominia de la religión cristiana, reinavan todos los vicios que la malicia de los hombres podía inventar, y con aquel castigo despertar al pueblo cristiano, para que, remediando los males que padece, abramos los ojos y vivamos como cristianos.

Claro que Alfonso de Valdés, moralista, puede aducir para su descargo que escribe justificando hechos de alta política que, mal interpretados, pudieran ser objeto de repudio. El autor de *La Lozana* es un simple e irresponsable clérigo que padece del morbo gálico y

arrastra una sotana sencilla. Escribir así le divierte; no respeta a Roma, no respeta a nadie; mejor dicho, respeta al mal francés que le muerde las entrañas, pero ni siquiera arruga el ceño, como le sucede al cervantino alférez Campusano cuando sale del hospital de Valladolid tras de "sudar catorce cargas de bubas" que le echó a cuestras una mujer mal escogida. Pero es que la literatura española y el hombre español son tristes, graves, moralizadores. Cervantes ríe melancólico; Quevedo rechina los dientes; el teatro clásico es tieso, finchado, declamatorio; a Larra le ahoga la congoja; Valle Inclán maneja un humor sardónico; Unamuno, cuando burla, lo hace con la gracia del oso al compás del pandero. Lo mismo sucede con otras formas expresivas: Velázquez es serio y grave; Ribera, desgarrado; Zurbarán, sombrío; Goya, bilioso y regañón; Dalí, histriónico; Picasso, desconjuntado de humor y atrabiliario. El español, por tradición, es "dado a la compostura" en sus diversas formas aun cuando se descompone, y en descomponiéndose, pronto se arrepiente de su exceso. Cervantes, paradigma de un "deber ser" o un "poder ser" hispano sin continuadores, oscila entre un modo abierto y un modo cerrado de entender la vida: sus *Entremeses* son alegres y extravertidos; sus *Novelas Ejemplares*, no. El *Entremés del viejo celoso*, en tantas ocasiones y por tantos críticos titulado de indecente —por su alegría— recobra la compostura en *El celoso extremeño*, y por si fuera poco, la primera versión de la novela es sometida a refacciones ulteriores para mejorarla con afeites de seriedad: del adulterio visible se pasa al adulterio gazmoño, y de éste, al honesto e inverosímil impedimento que lo soslaya. No hay en la literatura española un Boccaccio, un Aretino, un Rabelais, un lenguaje shakespeariano, ni siquiera un equilibrado Montaigne cuya alegría vital se disimule tras la *sophrosine* del espíritu. Claro que el español del siglo XVI conocía a Boccaccio pero *no escribe* como él; disimula su conocimiento —la literatura novelesca clásica lo revela; Cervantes niega su relación, Pérez de Montalbán, en sus *Sucesos y prodigios de amor* declara enfurruñado: "sólo quiero que me agradezcas que no las has de haber visto (novelas como estas) en lengua italiana, culpa de algunos que las escriben no sin agravio de la nuestra y de sus ingenios, pues para cosa de tan poca importancia piden a otras naciones *pensamientos prestados*". A su vez, Quevedo dice cosas tremendas, aunque no alegres ni limpias —limpieza de la sinceridad; ausencia de malicia— y habla del amor con resentimiento y del goce corporal con desgarró de mancebía; tiene sus *Lozanas* siempre maltratadas en premáticas, sueños y poesía burlesca:

La mayor puta de las dos Castillas
yace en este sepulcro, y bien mirado

es justo que en capilla esté enterrado
cuerpo que fue sepulcro de capillas,

de modo que la mujer alegre y el tonsurado también se juntan aquí, pero siempre como protagonistas de sucesos de escándalo —los siete tomos de cartas de los RR.PP. Jesuitas publicados por Gayangos en el *Memorial Histórico Español* están llenos de episodios análogos. ¿Y qué decir de la broma de Góngora, de la facecia de Gracián, del humor inverosímil de Torres Villarroel tan cerca de Quevedo, hacia atrás, como de Gómez de la Serna, hoy?

Aceptar la vida con naturalidad y alegría en la totalidad de sus experiencias y aun de sus achaques, no es un modo español. España, "cárcel de tristura". Dar comienzo a un libro tal como lo hace el autor de *La Lozana*, con estas frases dedicatorias, es singular y casi único:

Sabiendo yo que vuestra señoría toma plazer cuando oye hablar de cosas de amor, que deleitan a todo hombre, y máxime cuando siente dezir de personas que mejor se supieron dar la manera para administrar las cosas a él pertenecientes... Y mire vuestra señoría que solamente diré *lo que oí y vi... que ninguno quite ni añada palabra ni razón ni lenguaje*, porque aquí no compuse modo de hermoso dezir, ni saqué de otros libros, ni hurté elocuencia, porque para dezir la verdad poca elocuencia basta.

En 1548, el beneficiado Fernán Suárez de Sevilla traduce el *Coloquio de las Damas* de Pietro Aretino y justifica su ocupación con un prologo donde se excusa del atrevimiento:

Bien creo, amado lector, que será menester dar a entender qué causas me movieron, no sólo a traduzir a nuestra lengua este diálogo, sino también avello encomendado a la imprenta y divulgarlo tan en público. Porque parece cosa más para, como dizen, echarle tierra y no sacar a plaza tan abominable cieno... En diversos lugares deste coloquio fallé muchos vocablos, que con la libertad que hay en el hablar y en el escrebir dende el se imprimió se sufren, que en nuestra lengua no se permitirían en ninguna impresión, por la desonestidad dellos. De cuya causa, en su lugar *acordé de poner otros más honestos*.

Excesivas citas, acaso, para apuntalar un razonamiento que quizás no está claro aunque sí está, para mí, su vivencia, como antes dije. Esta y la anterior comparación de textos subrayan la singularidad de esta obra que está reclamando un puesto de mayor relieve en la literatura española.

Historia ejemplar de una moza cordobesa

LA Lozana Andaluza es la historia o retrato "sacado del jure cevil" de la señora Aldonza, natural de Córdoba. Siendo aún muchacha se le muere el padre; pleitea la madre una herencia; viaja la mocita por diversas villas y lugares de España; al fin asientan en Jerez. Un día, saltando una pared, "se le derrama la primera sangre que del natural tenía". Muere la madre; queda huérfana y se traslada a Sevilla donde vive una parienta. Su afición es la cocina: toda clase de "guisadicos" (aquí se nos ofrece un resumen de culinaria en que es práctica Aldonza; largo catálogo de la cocina arábigo-andaluza a principios de siglo). Pronto se muestra el natural espontáneo y ardiente de la muchacha ante un caballero que la pasea: —"¡Ay como es dispuesto! ¡Y que ojos tan lindos! ¡Qué ceja partida! ¡Qué pierna tan seca y enxuta! ¡Querría que se quitase los guantes para ver qué mano tiene!". Al fin, dialoga con el pretendiente: su gusto mutuo es directo y emprendedor y escápanse por el ancho mundo sin necesidad de más retórica.

Andanzas por diversas naciones meridionales como amante del caballero, de nombre Diomedes. La simpatía, gracia, ingenio y saber que muestra ante todo concurso de gentes la logran el sobrenombre de *Lozana andaluza*: "no avía otra en aquellas partes que en más fuese tenida, y era dicho entre todos de su lozanía, así en la cara como en todos sus miembros. Y viendo que esta lozanía era su natural, quedóles en fábula, que ya no entendían por su nombre Aldonza, salvo la Lozana, y no solamente entre ellos". Negativa del padre de Diomedes al matrimonio; raptó del hijo habido por la pareja del cual nada se vuelve a saber; persecución e intento de asesinato de Aldonza por parte del suegro (sinopsis de argumentos novelescos bizantinos); huida; nuevas tierras recorridas de acá para allá con varia fortuna. Y al fin, aposento en Roma. Del caballero Diomedes tampoco tendremos noticias en lo sucesivo. Primeras reflexiones de la moza tratando de organizar su vivir: "Yo sé mucho, si agora no me ayudo en que sepan todos mi saber, será ninguno".

¡Qué hermosa Roma, la ciudad, hispanizada desde los tiempos del Papa Borja y poblada de españoles: los barrios populares del Trastevere; la *via dei Bianchi* con sus oficinas de la Curia, la Cecca o Casa de Moneda; el castillo de Sant'Angelo; la *via del Oro*; el campo di Fiore; el Coliseo! De inmediato, la búsqueda de compatriotas en quienes ampararse: menestrales, amigas de la vida liberal y desgarrada. Inevitables diálogos para darse a conocer ocultando con malicia lo que no conviene hacer público. Sabemos, entonces, que el padre fue "putañero y jugador"; que se iba tras de las uñas por el naípe y por ello las dejó sin amparo; que eran tres hermanas y que

ya siendo niña "en ver un hombre se me desprecizaba y me quisiera ir con alguno, sino que no me lo dava la edad". De pronto, descubrimos que entre los hispanos romanizados se entremezclan muchos judíos conversos o descendientes de judíos con lo que Lozana se destapa, en confianza, para decirnos que ella lo es también.

Se concierta con un mancebo, Ranpín, quien la sirve de cicerone para ir conociendo la ciudad; tipo indolente y algo cobardón —así veían a los italianos, entonces, los españoles. Su lengua suelta es el *vademecum* de la entusiasmada turista: —"Por esta calle (El Urso) hallaremos tantas cortesanas juntas como colmenas". "Los cardenales son aquí como mamelucos (se hacen adorar por el pueblo) y gran soberbia llevan". "(Esta es) la señora Clarina, manifatura de Dios y hermosura en puta". Favorita de un prelado, "la galana portuguesa es aquella handurra que va con sombrero tapada, culeando y dos mozas lleva". "Una quinada dellas que parecen enjambre y va tras ellas un grupo de galanes; (son) las que entregan su tributo (un ducado al año) al capitán de la torre Sabela". Al fin, Aldonza propone a Ranpín ser su mancebo; decide alquilar "una saleta para recibir amigos"; recorre la judería; lleva a cabo otros menesteres de alojamiento y hétela aquí en el umbral de su nueva vida, tan a gusto y satisfecha como si hubiera echado raíces, desde siempre, en tan famoso lugar.

Transcurre algún tiempo: Aldonza vive dedicada a sus menesteres de cortesana y fabricante de afeites y cosméticos. Vamos sabiendo de su prosperidad deseada de muchos, celebrada por todos. Un maestresala con quien tiene comercio amoroso la predice: "Señora, vos sois tal y tenéis tales obras, que no por hija, mas por madre quedaréis desta tierra". Un otro amigo, valijero o correo de señores, cataloga para ella la prolija colmena de competidoras con tal minuciosidad que no podemos menos de descubrirnos respetuosos ante el Vicario Delicado por las muestras que nos da de un saber que no está, precisamente, en los cánones. Al final de la relación de títulos, apodos y calificaciones pregunta Aldonza:

—¿Cuáles son las más buenas de bondad? Y el valijero: —Oh, las españolas son las mejores y las más perfectas. —Ansí lo creo yo, que no hay en el mundo tal mujeriego (mujerío) —replica la andaluza.

La cortesana en el Renacimiento

EN diversos lugares del libro se complementa este catálogo con noticias que ofrecen acabada información acerca del modo de vivir las cortesanas en Roma. La vieja Divicia, ya retirada del negocio,

nos hace saber que el número de ellas era "treinta mil y nueve mil rufianas" (las rufianas eran las alcahuetas). Aldonza, generosa con sus competidores, reconoce en cierta ocasión, estando de visita donde la Garza Montesina, que "la Xerezana y esta Garza pujan a las otras en galanerías y hermosuras", mas "de favor y pompa, fausto y riquezas, callen todas con madona Clarina, la Favorida y con madona Aviñonesa, que es rica y poderosa". En Roma el amor se hace "a peso de dineros, daca y toma... ¿Qué pensáis, que estáis en Granada, do se haze por amor?" Todas ellas gastan en lujos y afeites sus fortunas y las de sus amigos. Se reúnen a conversar, a comer y danzar; pasean las calles seguidas de pajes y criados; parecen envolver la ciudad con su aliento, sus pomposos vestidos y su alegría. Roma es una hermosa y gran ramera: se le podrían aplicar las palabras a medias entusiastas y condenatorias de Joviano Pontano:

scindam ego nunc tunicam, subducta et veste papillas nuda eris...

(rasgaré ahora tu túnica y aparecerás desnuda y desnudos también tus pechos bajo tus íntimas ropas). Parece difícil diferenciar a la hetaira de la gran dama —la matrona o romana principa! La italiana del *quattrocento* repudiaba ir mal vestida o vestida sencillamente y daba su vida por lucir brocados *sopra ricci* o *ricci sopra ricci* con emblemas, flores y pájaros bordados en oro y plata. A veces, estos vestidos eran tan pesados que necesitaban de ayuda para poderlos llevar. Sabemos, por ejemplo, que María Sforza utilizó en cierta ocasión los servicios de los condes Conrado di Lando y Manfredo Torrielli para llevarle las ropas; Beatrice Sforza se hacía ochenta y cuatro vestidos nuevos en un año e Isabel del Este poseía uno con seiscientos botones de oro. En cuanto a perfumes y afeites, los numerosos *ricettari* de época ilustran acerca de ingeniosos secretos (Lozana poseía algunos) para suavizar la piel, enrojecer las uñas, blanquear los dientes, tornar los cabellos más rubios. Usábanse cabelleiras de seda, blancas y doradas, como también pelucas llamadas "capelli morti" cuyo nombre denota la procedencia. Como el color rubio era más elegante y se consideraba que el sol enrubiencia —*capelli biondissimi per forza di sole*— las damas y cortesanas, cuando hacía buen tiempo, paseaban las calles el día entero. Ariosto y Aretino han agotado su sátira tratando de estos afeites, cosméticos y recetas que daban al rostro aspecto de máscara. El gusto por los perfumes llegaba a extremos inverosímiles. Bandello, en una de sus novelas, habla de cierta fiesta en que hasta las mulas fueron perfumadas.

El trato con las cortesanas no era deshonoroso, por el contrario, intentaba en ocasiones renovar un tipo de relación semejante al de la hetaira y el ateniense; aunque no hay que considerar esto como

regla, más bien como excepción. Cierto que algunas, entre ellas, llegaban a refinarse y ser cultas. En el *Ragionamento del Zoppino* cuenta Aretino de una cortesana que llegó a saber de memoria a Petrarca y versos de Horacio, Virgilio y Ovidio. También Paulo Jovio y Bandello hablan de la famosa Imperia, constructora de artificiosos sonetos y buena música. El mismo Bandello cuenta anécdotas de Isabel de Luna, la española (posible antecesora de la Lozana) cuya fama de ingeniosa y deslenguada pasó al anecdotario romano. Caterina de San Celso recitaba y cantaba. Sin embargo, la mayoría eran mujeres toscas, ambiciosas y desvergonzadas; muy atentas a su negocio; iliteratas y simples mujeres de placer. En 1490 el gremio cortesanal empadronado en Roma alcanzaba 6,800 con casa abierta, sin contar las concubinarias (quizás la anciana Divicia exageraba, *ma non troppo*). En los *Hecatommithi* de Giraldi Cinthio encontramos catálogos descriptivos semejantes al del valijero antes mencionado. Finalmente, el negocio del cuerpo se completaba con otros subsidiarios—aprendidos bien pronto por Aldonza—y no era el menos importante aumentar los encantos propios y aun los ajenos, aparte de con drogas, con hechicerías de diversa manufactura, al modo de la Canidia horaciana. En el *Zoppino* se mencionan ingredientes y recetas para tal fin, desde pelos y dientes hasta girones de mortaja, aceite de altares y recortes de uñas del galán.

Prosigue la historia ejemplar

Y ahora tenemos a Aldonza y sus actividades: un fraile, procurador de conventos, la visita, y un canónigo "la empreña". Prospera el negocio de afeites y artificios de belleza y la gentil andaluza comienza a pensar en la conveniencia de irse retirando del mercado activo. El autor sostiene con ella un coloquio al curso del cual ambos consideran los diversos modos de vivir en Roma (reelaborado este episodio en 1627, se introducirá en él la profecía del saqueo de la ciudad). Pasan, como liebre por rastrojo, diversos personajes y personajillos que aumentan el patrimonio lozanesco: un canónigo, un paje, de nuevo el valijero del catálogo, un señor, un despensero y un embajador a quien Ranpín administra los caudales—ejemplo primero, este mozo, de *souteneur* en la literatura española. Aldonza, pródiga en saberes ofrece consejos a las incautas que necesitan refaccionar su virginidad. A estas alturas resume su filosofía de vida:

Quiero vivir de mi sudor, y no me empaché jamás con casadas ni con virgos, ni quise vender mozas, ni llevar mensajes a quien no su-

piese yo cierto que era puta, ni me soy metida entre ombres casados, para que sus mujeres me hagan desplacer, sino de mi oficio me quiero vivir. Mirá, cuando vine a Roma, de todos modos de vivir que avía me quise informar, y no supe lo que sé agora, que si como me entrometí entre cortesanas, me entremetiera con romanas, mejor gallo me cantara que no me canta, como hizo la de los Rios, que fue aquí en Roma peor que Celestina, y andava a la romanesca vestida con baticulo y entrava por todo, y el ávito la hazía licenciada, y manava en oro, y lo que le enviaban las romanas valía más que cuanto yo gano.

Tras nuevo lapso de tiempo —las aventuras de Aldonza en Roma comprenden doce años, desde su llegada a la ciudad en 1513, cuando presencia la coronación del Papa León X, hasta 1624, en que se fecha la obra— entra el autor en escena; conversa con su heroína acerca del cambio de profesión y la recomienda no salirse de la doctrina cristiana en cuanto al uso de fórmulas de amor, milagrerías y hechizos para gentes de corazón dañado. Aquí vienen, superpuestos, algunos datos acerca del pasado aldoncesco, las cualidades pícaras de Ranpín y noticias acerca de la patria del autor. El cuadro de costumbres se amplía a partir de este momento ya que la andaluza, en su nueva profesión, entra y sale, toma y da, conversa y murmura en las mansiones de ricas cortesanas: sabemos de los modos de vivir de la Jerezana, la Garza, la Imperia; dilatadas referencias acerca del origen y desarrollo del mal francés; maravillas acerca de la artesanía española que se ejerce en el lugar por camiseras, dulceras, etc.; funcionamiento de la cofradía del gremio desdoncellado; arsenal de conocimientos médicos que dos barbones graduados ofrecen; discursos con juristas, sastres, palafreneros y gentilhombres. Finalmente —el autor nos reservaba tamaña sorpresa— la alegre y apañada andaluza pensó, como el don Guido machadino lo hacía más tarde:

...que pensar debía
en asentar la cabeza
y asentóla
de una manera española,

Esta es mi última voluntad —se dijo— porque sé que tres suertes de personas acaban mal, como son: soldados y putanas y usurarios. Vamos al ínsula de Lípari y mudaréme yo el nombre, y diréme la Vellida... y yo seré salida de tanta fortuna pretérita, continua y futura, y de oír palabras de necios... Ya estoy harta de meter barboquexos a putas y poner xáquimas de mi casa, y pues e visto mi ventura y desgracia, y e tenido modo y manera y conversación para saber vivir, y *veo que mi trato y plática ya me dejan, que no corren como solían...*

estarme he reposada y veré mundo nuevo, y no esperar a que él me dexé a mí.

con lo cual, tranquila y desengañada; vieja en años y malicias, concluye su vida acogiéndose a la isla de Lípári; haciendo penitencia (supongo) y no olvidando que el punto de contrición necesario para salvar el alma se pasa a la mano de Dios, monedica de oro, en cualquier momento del día, de la noche, del año y la eternidad. Muy española doctrina, en efecto, y habilidosa.

Noticia relativa a un clérigo andaluz

EL libro fue publicado en Venecia el año 1528 pero hasta 1857 anduvo perdido, fecha en que el hispanista Wolf lo halló en la Biblioteca Imperial de Viena. Más tarde, Gayangos descubrió la identidad del casi anónimo escritor quien era el mismo emprendedor sujeto que en las prensas de Venecia había dado a luz el *Amadís*, el *Primaléon* y *La Celestina*. Varias pistas ulteriores permitieron construir una hipótesis acerca de la persona: se trataba del clérigo andaluz Francisco Delgado (quien italianizó más tarde su apellido), nacido entre Córdoba y Jaén, alrededor de 1480, acaso perteneciente a una familia de judíos conversos expatriada en 1492 a raíz del edicto de expulsión dado por los Reyes Católicos —cuando menos la familiaridad con que trata con ellos en *La Lozana* permite suponerlo así. Vivió en Roma desde esta fecha permaneciendo en la ciudad papal alrededor de quince años: su conocimiento de episodios sucedidos durante el pontificado de Alejandro VI parece muy personal. No muy letrado, aunque manifiesta en el prólogo al *Amadís* haber sido discípulo de Nebrija. En Roma debió obtener el vicariato del Valle de Cabezuela donde nunca puso los pies, cosa posible dada la lenidad con que se admitía este tipo de residencia *in curia*, aunque las rentas quizás fueran pocas y mal pagadas, ya que en Venecia vivió, al fin de sus años, muy pobremente. No abjuró de su condición de clérigo y al publicar *La Lozana* dejó constancia de las razones con que encubría su nombre, temeroso de incurrir en castigos eclesiásticos.

En cuanto a la sociedad y gentes que frecuentó, testimonio queda en *La Lozana* sin necesidad de más datos; libro vivido, fruto de experiencias directas que le sirvieron de material autobiográfico. Explícito es al mencionar reiteradamente, haber padecido el mal gálico o mal francés —entonces tan frecuente—; como así de sus estudios para encontrar un curativo que halló, según dice, en el leño de Indias, guayaco o palo santo, introducido en España a partir de 1505 y cuyos efectos dudosos, fueron celebrados por aquellos a quienes el

brutal tratamiento de mercurio hacía padecer más que la propia enfermedad. Satisfecho con los resultados expuso su método curativo en un raro opúsculo escrito en italiano: *Il modo de adoperare el legno de India occidentale*, publicado también en Venecia en 1528. Según cuenta en *La Lozana*, durante el tiempo de enfermedad hubo de escribir ciertos papeles consolatorios de su "pasión melancólica", recomendados a quienes padecieran la misma dolencia. Conocemos el título: *De consolatione infirmorum*, pero la obra se ha perdido. En estas y otras andanzas le cogió por medio el saco de Roma —del que hablaremos más tarde— y tuvo que abandonar la ciudad papal.

He aquí lo que sabemos de tan pintoresco personaje. El texto de *La Lozana Andaluza* dice algo más acerca de su complejión psicológica. Escribió, sin duda, por placer del espíritu; le gustaba aquella vida de desgarrar y es posible que sintiera debilidad por la picardía; fue buen fablistán; conoció bien su lengua en el estrato popular y regional —la obra está cuajada de andalucismos, como también del italiano de la calle, del mercado y los barrios habitados por españoles— especie de *lingua franca* que está pidiendo un estudio lexicográfico. Fruto directo de observación "sacaba lo que podía para reducir a la memoria" del rico trato con múltiples sujetos del pueblo crudo, alegre y vividor como él, sin duda, lo era. No comprendo los repulgos con que Menéndez y Pelayo, tan liberal en otras ocasiones, recibió la obra, ni su veredicto al afirmar que "no hay libro del siglo XVI cuya prosa sea más impura ni más llena de solecismos y barbarismos", titulándole además de novela sucia, licenciosa y de mal gusto. Debió este Delicado ser persona amiga de la cocina y lamiznero; gran cantidad de recetas, casi todas andaluzas y árabes andan por las páginas; le interesó la medicina, pero no la arqueología; quizás su diario trato con el gran museo urbano que es Roma le privó, por hartazgo, de gusto estético; buen cristiano a su modo, aunque no beato ni hipócrita, tuvo puntos de contacto con las corrientes erasmistas —un contacto al que sería preferible titular contagio; y si muestra simpatía por los judíos, dados sus posibles antecedentes familiares, estableció entre ellos y su persona suficiente separación. Expresa una manera de vivir más frecuente de lo que estimamos; un tipo de español abierto, generoso, sin hipocresía que, por desgracia sólo brilló durante un cuarto de siglo y del que encontramos aún vestigios, atemperados por la sensibilidad y la cautela, en Miguel de Cervantes.

No hay ataques, en su libro, ni a la Iglesia ni al clero; apenas aparecen personajes depravados y su licencia es más fruto de las costumbres que del ánimo picaresco. Desconoce voluntariamente al tonsurado lúbrico, tramposo y descreído que abunda en Boccaccio y los *novellinos* posteriores. De esta especie sólo aparece un ejemplar:

el canónico que, a las primeras de cambio "a la Lozana empreñó". Tiene conciencia de que escribe fuera de España y para españoles abiertos y desenraizados: —"No se consentiría esto en España", dice en una ocasión, y uno de los personajes responde: —"Pues por eso es *libre* Roma, que cada uno haga lo que se le antoje, agora sea bueno o malo". Lo que no significa solidaridad sino objetividad: "solamente diré lo que oí y vi... y también por traer a la memoria muchas cosas que en nuestros tiempos pasan, que no son laude a los presentes ni espejo a los a venir".

La gentil figura de Aldonza

NO es Aldonza una celestina, discípula o parienta de la tradicional y celebrada vieja. Tampoco es una Esperanza de Torralva, la de *La Tía fingida*; moza de alegre condición y cascos sueltos. Aldonza la cordobesa, es, a este respecto, una creación original más cerca de la realidad que de la ficción; alguien anclado en el cotidiano vivir, con sus pies sobre la tierra. Como dice su padre espiritual: "este retrato es tan natural que no ay persona que aya conocido la señora Lozana en Roma o fuera de Roma, que no vea claro ser sacado de sus actos y meneos y palabras".

Tal ausencia de esquema literario dota a su figura de cierta complejidad desconocida por otras heroínas de tramoyas novelescas o pícaras. Moviéndose desde el primer instante entre las fronteras establecidas por las nociones comunes de bien y mal, se nos escapa de la mano; en conjunto, su vivir parece reprochable; por separado, sus gustos y acciones gozan de simpatía. Prostituida y libre a la vez; mezquina y generosa; inteligente e inhábil, bordea las agudas puntas de la convivencia humana con tanto éxito que se nos hace difícil entender el por qué de su renuncia final. Pero así es la humana gente, desconcertante en sus actos, y tal resolución inesperada contribuye a dar a su figura imaginaria acentos de realidad y volumen.

Aldonza es un tipo femenino sin antecedentes en la literatura española. Tampoco se desarrolla más tarde, entre los novelistas del siglo XVII, ni siquiera con Cervantes cuyas féminas poseen la máxima complejidad posible a contrapelo con una sociedad donde las mujeres eran arquetipo de lo vacío e insustancial. Justina, la pícaro de Salas o Rufina la garduña sevillana se parecen a ella en algunos rasgos, pero son éstas dos tipos uniformes que reparten su actividad entre las trapacerías y el lecho. Aldonza es algo más. Tenía, de entrada, un atractivo físico y una personalidad que le servía de tarjeta de visita para todo; ese encanto sutil que portan consigo ciertas gentes, don gratuito y envidiable con el cual la vida se hace más

fácil y halagadora. "Y siendo ella hermosa y habladera, y decía a tiempo, y tenía gracia en cuanto hablaba, de modo que embaya a cuantos la oían". Esta es la gracia de Dios, el don natural, lo que no da Salamanca. Un don análogo al de Preciosa la gitanilla, llave de todas las puertas y rueda de la fortuna. Añadiase a ello un celoso sentimiento de su individualidad ya menos frecuente por entonces en la mujer: "le parecía a ella que le avía de aprovechar ser siempre libre y no sujeta a ninguno". Desde sus años tiernos, naturaleza ardiente y sensual, se le va el gusto tras los hombres. "Desde chiquita me comía lo mío y en ver hombre se me desperezaba". Por gusto se entrega, una vez, a un pajecillo sin barbas: —"Que sois mochacho y todo lo echáis en crecer" —le dice en un diálogo gracioso y atrevido— "Esta es tierra que no son salidos del cascarón y pían. ¡Dámelo barbiponiente!". Sus gustos y su libertad se aúnan sin prejuicios: —"Mirá —dice a su coimo Ranpín— yo no tengo marido, ni péname amor, y de aquí os digo que os tendré vestido y harto como barba de rey. Y no quiero que fatiguéis, sino que os hagais sordo y bobo que vos llevaréis lo mejor y lo que yo ganare sabeldo vos guardar". A otro mancebillo llamado Coridón, le endecha: —"Vos me parecéis un Absalón y Dios puso en vos la hermosura del gallo. Vení arriba, buey hermoso". Su hedonismo es sano y natural no importa que lo aproveche para sustraer algunos beneficios, porque de algo hay que vivir. Sospecho que esta actitud hedonista se corresponde con la época, es herencia inmediata del Renacimiento, se expande por Europa con más o menos vigor y acuña en Italia, sobre todo en Roma, su máxima perfección: la pintura de Peter Brueghel, el teatro de Torrey Naharro, los libelos de Aretino y la política de Fernando de Aragón lo muestran en diversos planos.

Al lector pacato de hoy, no menos hedonista pero atormentado por inhibiciones y "complejos" después de cien años de moral burguesa y puritana en cierto sentido, le asusta tanta claridad hablando. Aldonza podría responderle: "Yo puedo ir con mi cara descubierta por todo, que no hize jamás vileza, ni alcagüetería, ni mensaje a persona vil".

Es interesada en ocasiones y ama el dinero pero entrega su cuerpo con alegría a quienes no muestran interés o avaricia. Apaña el oro por todos los procedimientos; sabe engañar, hurtar si es preciso, aunque sin salirse de lo permitido dentro del juego. No encontramos en ella la sordidez de la *donna* Lucrezia en el coloquio de Aretino cuya actividad erótica es manejo corporal sin deleite, fría entrega, faena de esportillero. Le agradan la buena tabla y demás cosas de amor de los sentidos. Nos cuenta en detalle la serie de platos que aprendió a preparar siendo muchacha. Para ella, las relaciones entre el cuerpo y las zonas altas del espíritu son fáciles y es-

tán provistas de naturalidad: la comida, la conversación, el fornicio, la alegría y las lágrimas todo puede ir de consuno sin tropezarse. Está contando su vida en una reunión de féminas y al llegar a los trances dolorosos y casi inverosímiles, dice de pronto: —¡Ay señoras! déxame ir a verter aguas, que no me paré en mis necesidades... y perdonadme que me meo toda”.

La viveza para captar situaciones y dar oportuna respuesta es otro de sus rasgos. Un caballero la propone esconder a un amigo bajo sus sayas para que éste pueda entrar de contrabando en una casa que le está prohibida. —“A vuestra señoría meteriale yo encima, que no debaxo”, le replica negándose al celestineo. En otra ocasión, a título de cortesía, le desean gozar de lo que bien quiera: “Yo, señores, quiero bien a los buenos y nobles caballeros que me ayudan a pasar mi vida sin dezir ni hacer mal de nadie”. A un jugador fullero y de barato que la corteja, le dice: —“Vuesa merced hace como viejo y paga como mozo”. Refiriéndose a una del oficio que se anda con melindres, la espeta: —“No seas tú como la otra, que dezía después de cuarenta años que había estado a la mancebía: ¡si de aquí salgo con mi honra, nunca más a burdel, que ya estoy harta!”. Dialoga con un médico barbón y sapiente: —“Señor Salomón —le dice— sabé que cuatro cosas no valen nada si no son participadas o comunicadas a menudo, y son el placer y el saber y el dinero y el coño de la mujer, el qual no deve estar vacuo, según la philosophia natural”.

El saco de Roma o un happy end

CUATRO años después de escrita *La Lozana Andaluza* abandonó nuestro clérigo la ciudad de sus amores casi a uña de caballo, siguiendo en su evacuación a los ejércitos imperiales. Ha tenido lugar el extraordinario acontecimiento que la historia conoce como el saco de Roma por las tropas españolas de Borbón y Frudsberg. La urbe pestilente al decir de luteranos, el paraíso de putas, ha sufrido durante ocho meses el castigo previsto por Elohin para las ciudades perversas, según proclaman las gentes que, sin autorización o con ella, se dicen sus intérpretes. Ahora, al retirarse la mano divina del azotado lomo, saciada su justicia y recompuesto el orden, conviene ponerse a recaudo de las represalias humanas y el avisado vicario del valle de Cabezuela se refugia en Venecia apenas con lo puesto y el manuscrito de su librito en la maleta, como tantos otros clérigos de mala fortuna; tal como ese arcediano del Viso a quien topará Lactancio en la plaza de Valladolid dando con ello pretexto literario a Alfonso de Valdés para escribir su *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*:

—¿Quién os pudiera conocer de la manera que venís? Solíades traer vuestras ropas, unas más luengas que otras, arrastrando por el suelo; vuestro bonete y hábito eclesiástico, vuestros mozos y mula reverenda; véoos agora a pie, solo, y un sayo corto, una capa frisada, sin pelo; esa espada tan larga, ese bonete de soldado. . . Pues allende de esto, con esa barba tan larga y esa cabeza sin señal alguna de corona. ¿Quién os pudiera conocer?

Delicado vivirá seis años más en semejante traza puesto a editar libros de caballerías y un opúsculo acerca del tratamiento de las bubas sifilíticas por medio del leño de Indias a la vez que a reflexionar sobre tantas cosas como le ha sido posible ver al curso del enorme acontecimiento que conmovió a la cristiandad. Aquella Roma de Aldonza, del alegre campo di Fiore, de Ranpín y las heteras amables y embaidoras es hoy lugar desolado, empobrecido, diezmado por la peste: muerta la Garza Montesina y llevada a la huesa sobre una escalerilla por no hallarse una sola tabla para tal oficio; envuelta la señora Clarina en una sábana que oculta su cuerpo pestífero; tapándose los galanes las narices cuando ellas pasan; reducidas las gentes a vivir "sin lumbre, sin son y sin llanto" porque:

—Lo que no hizieron los soldados heciste tú, Señor, pues embiaste después del saco y de la ruina pestilencia inaudita con carbones pessimos, y severísimos, hambre a los ricos hechos pobres mendigos. ¡Oh cuanta pena mereció tu libertad, y el no templarte, Roma, moderando tu ingratitud a tantos beneficios recibidos! Pues eres cabeza de santidad y llave del cielo, y colegio de doctrina, y cámara de sacerdotes y patria común, ¿quién vido la cabeza hecha pies y los pies delante? ¡Sabroso principio para amargo fin!

El siete de mayo de 1527, ocho meses antes, veinticinco mil hombres de los ejércitos de Carlos V habían penetrado en la ciudad. Fue la consecuencia de una serie de errores políticos del Papa Clemente VII aprovechados, a su modo, por la soldadesca para robar, por los luteranos para reforzar los argumentos de su disidencia, por Carlos V para dominar definitivamente a Italia, por Alfonso de Valdés para escribir su apología de las doctrinas erasmistas y por Delicado para refaccionar su *Lozana*, demostrándose con ello que cualquier movimiento en la rueda de la fortuna produce resultados en las más infinitas y extrañas direcciones. Aquellas tropas indisciplinadas, sin paga, ávidas de botín cruzaron como rayo la campaña romana; perdieron a sus jefes en el trayecto—Frundsberg postrado por un ataque de apoplejía y Borbón muerto durante las primeras horas del asalto; penetraron en la ciudad y por espacio de ocho meses se dedicaron a la más sabrosa orgía militar que conoce la historia

moderna mientras el Papa, refugiado en el castillo de Sant'Angelo, caía prisionero. En otra oportunidad, pasando los años, el hijo del Emperador, Felipe, ordenaría nueva operación militar contra la silla de San Pedro y el Duque de Alba entraría en el Vaticano con gente de guerra, vencedor y humillado a la vez, para besar la sandalia papal. Los tiempos habían cambiado un poco y Felipe II no era, con mucho, Carlos de Gante. Tampoco Alba se atrevía a manifestar: —"Si llego a Roma colgaré a Su Santidad", tal como lo hizo el tudesco Frundsberg.

Sangre, quizás no hubo mucha. Rapiña, sí, de acuerdo con la tónica de las gentes que asaltaban y el tipo de gente que en Roma medraba y vivía. Los tercios españoles, lansquenets alemanes y moriscos de levante componedores del ejército eran más amigos del dinero que del crimen y el pillaje estuvo bien organizado. La ciudad de Milán, más hábil, había entregado 62,000 escudos para librarse del saqueo, y Bolonia 15,000. Clemente VII no quiso desprenderse de su dinero esperando conseguir otro arreglo que no apareció. "La uccisione non fu molta —dice Vettori en su *Storia*— perche rari si uccidono quelli che non si vogliono difendere, ma la preda fu inestimabile in danari cotanti, di gioie, d'oro e d'argento lavorato, di vestiti, d'arazzi, paramenti di casa, mercatíe d'ogni sorte e di taglie", y añade que la población romana, incapaz de resistir, era toda ella un conjunto de "superbi, avari, homicidi, invidiosi, libidinosi e simulatori". Francisco Delicado asistió al espectáculo durante ocho meses. Un día, firmada la paz, el ejército ya ahito abandonó la ciudad con su tesoro a cuestas; una ciudad que, para mayor desdicha, estaba siendo asolada por la peste. ¿Quién se quedaba allí soportando la vindicta de los interesados y empobrecidos romanos? Mal negocio para un español sin valedores. De modo que se expatrió al amparo de la tropa y Venecia acogió sus huesos para que *La Lozana* viniera al mundo.

Tal necesidad me compelió a dar este Retrato a un estampador por remediar mi no tener ni poder, el qual Retrato me valió más que otros cartapacios que yo tenía por mis legítimas obras, y éste, que no era legítimo por ser cosas ridiculas, me valió a tiempo, que de otra manera no lo publicara hasta el fin de mis días.

¿Sospecharía Delicado al publicar su libro que estaba dando testimonio y fe, para el historiador futuro, de esas imponderables razones que justifican el por qué de la llamada fatalidad histórica? La Roma de Aldonza, tal como se nos ofrece cínicamente ese año de 1524 no podía tener otro fin. Todo sucede para lo mejor en el mejor de los mundos posibles.

CONDICIÓN SOCIAL DE LOS ÚLTIMOS DESCENDIENTES DE LOS ESCLAVOS RIOPLATENSES (1852 - 1900)

Por Ricardo RODRIGUEZ MOLAS

ESTUDIAMOS en estas páginas algunos aspectos de la condición social del hombre de color en la ciudad de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX. En 1852 se declara la libertad de los escasos esclavos existentes en la Argentina y a partir de ese momento los descendientes de los antiguos inmigrantes africanos —muchos originarios de aquel Continente— son considerados por la ley en igualdad de condiciones que el hombre blanco, aunque la realidad en muchos casos se oponía a la palabra oficial, como se desprende de los ejemplos mencionados más adelante. Este es un capítulo de la vida de un grupo humano ausente en la historia oficial, recordado solamente como mercancía de importación, analizándose su precio y los tratados comerciales que fueron necesarios para que llegase a nuestro puerto. . .

I

Raza y racismo

LAS razas humanas se caracterizan por las identidades somáticas de la totalidad de los individuos que la componen. Eugenio Schreider, autoridad en la materia, afirma que una de las mejores definiciones de raza se debe a E. Patte, que afirma ser esta "el conjunto de seres poseyendo la misma fórmula genética, los mismos genes".¹ *El Royal Anthropological Institute*, a su vez la define con las siguientes palabras:

¹ E. PATTE, *Race, races, races pures*, París, 1938, p. 13. Citado por EUGENIO SCHREIDER, en *Los tipos humanos*. Fondo de Cultura Económica, México, 1944, 19. Ese mismo autor sostiene que con el criterio sustentado, las razas serían "infinitas y tan numerosas como los individuos. Sólo serían —agrega— de la misma raza los individuos gemelos uniovulares".

Por raza se entiende un grupo biológico poseyendo en común cierto número de caracteres hereditarios que lo separa de otros grupos, y por los cuales se distingue también su descendencia en tanto que aquél continúa aislado.²

No debe confundirse este concepto con el de lengua, u otra manifestación cultural de los pueblos. En la actualidad—de acuerdo a los testimonios de antropólogos y sociólogos—no existen en el mundo razas puras. Desde la más antigua edad de la prehistoria los seres humanos se mezclaron entre sí ayudados por las continuas migraciones. El mito de un raza pura que no hace aún muchos años llevó a una nación a desastrosas consecuencias, no presenta seriedad científica alguna y ha sido objeto de múltiples críticas que niegan absolutamente esa tesis.

La afirmación, expuesta por intereses de predominio político y económico, no era realmente nueva. Desde la más remota antigüedad grupos sociales, sustentando la teoría de que el origen racial determina ciertas cualidades especiales, se impusieron a otros pueblos con el objeto de afirmar la supuesta superioridad.³ El conde de Gobineau, antecesor francés del racismo germánico, sostenía afirmaciones similares, desarrollando sistemáticamente la idea de la superioridad del europeo nord-occidental como con posterioridad lo harían Klemm, Wuhke, Samuel S. Morton y otros. El último de los nombrados, afirmaba sobre los negros la siguiente opinión:

El negro es de natural alegre, flexible e indolente y los numerosos grupos que constituyen esta raza poseen una singular diversidad de carácter del que su último extremo es el eslabon más bajo del género humano.⁴

² EUGENIO SCHREIDER, *op. cit.*, p. 19. El noble prusiano, barón Alejandro de Humboldt, escribe en *Kosmos* (Volumen 1): "Al sostener yo la unidad de la especie humana, quiero también rechazar la desagradable pretensión de que existen razas superiores e inferiores". Recuerden que el célebre naturalista fue un denodado defensor de los hombres de color y de la emancipación de los judíos.

³ Los persas, nos recuerda Herodoto, "se consideraban a sí mismos muy superiores en todos respectos al resto de la humanidad, pensando que los demás estaban más cerca de la excelencia cuando más cerca estaban de ellos; en tanto que los más alejados eran los más degradados de la humanidad". (Citado por L. C. DUNN y TH. DOBZHANSKY, *Herencia, raza y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Breviario Núm. 8, México, 1949, p. 123).

⁴ La bibliografía de los últimos años sobre estos aspectos es extensa. FRANS BOAS, en su trabajo de síntesis titulado *Cuestiones fundamentales de antropología cultural* (Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1943), realiza en el ca-

Esas palabras escritas en su conocida obra *Crania americana*, impresa en Filadelfia en 1839, tuvieron numerosos defensores, guiados por el interés de sustentar la esclavitud del hombre de color. Años más tarde Houston Stewart Chamberlain afirmaba que el desarrollo de una gran civilización requería "antes que nada una estirpe excelente" y una crianza sin cruzamientos perjudiciales. Racistas posteriores, como Madison Grant, Lothrop Stoddart, E. von Eicktedt y otros más recientes, afirman en general puntos de vista similares. Los antiguos esclavistas españoles, ingleses, portugueses, holandeses y franceses sostuvieron la teoría de la inferioridad del hombre de color con el objeto de esclavizarlo y explotar su mano de obra. En el siglo pasado y aún en el presente son numerosas las opiniones al respecto a pesa de no existir en América el problema de la esclavitud. En nuestro país, por ejemplo, en otros aspectos, son muchos los que ven en la ausencia del hombre de color una posibilidad de rápida evolución cultural y económica. No hace aún muchos años un internacionalista, historiador y diplomático argentino de reconocidos méritos, sostenía esa tesis en conferencias pronunciadas en la Universidad de Harvard en Estados Unidos.⁶

Opiniones similares son comunes escuchar en nuestros días a personas que aparentemente poseen una sólida cultura. El desprecio por otras razas y aun por grupos sociales con elementos indígenas fue una de las características especiales de las clases llamadas por el pueblo "oligárquicas", sin estar, desde luego, generalizada dicha opinión entre todos sus elementos.

Volviendo al concepto de raza, que desarrolláramos anterior-

pítulo segundo un breve análisis histórico de la cuestión que en líneas generales seguimos en estos párrafos.

⁶ Nos referimos al Dr. ESTANISLAO S. ZEBALLOS (*Las Conferencias en Williamstown*, Buenos Aires, 1927). Afirmaba en esa oportunidad la superioridad de la raza blanca con términos que bien pudo haber sustentado el más exaltado de los racistas. Decía el mencionado diplomático y escritor: "*Es digna de recordarse la circunstancia favorable de que las razas inferiores, indios y negros, casi se extinguieron durante el primer siglo. Las guerras de límites, las enfermedades y el alcohol, han reducido las agueridas tribus indígenas a pequeños grupos de menos de 10,000 almas, diseminados en diferentes regiones del país. La abolición de la esclavitud, proclamada por el Congreso Argentino de 1813, originó un movimiento de gratitud en la población negra y como consecuencia, todos los hombres capaces de usar armas se unieron voluntariamente a los ejércitos patriotas en la guerra contra la dominación española. Además, los negros tomaron una parte activa en las guerras civiles. Su número se redujo a 1,000 ó 2,000 en la República. La homogeneidad de la población blanca es una de las razones que, unida al carácter de las instituciones y a los dones de la naturaleza, explican la extraordinaria transformación, cultura y prosperidad de la República Argentina.*" (Obra citada, p. 81. El subrayado es nuestro).

mente, recordemos que la afirmación gratuita de creer en la inferioridad de un determinado grupo racial es muy antigua en la humanidad, pero, en cambio, la idea de adscribir esta superioridad a cualidades biológicas es relativamente nueva.⁶ Los antiguos veían en los grupos humanos que llamaban "inferiores", cualidades negativas: color de la piel y otros signos externos distintos a los suyos y por esa causa se apartaban o los alejaban de su sociedad.

Problemas de pureza de raza en América

EN las nuevas tierras de América desde los primeros años de la Conquista, se hacían diferencias raciales entre el componente humano. En primer lugar y en términos generales, los pobladores españoles distinguíanse con el nombre de "gente decente" o "de categoría", expresión que en las poblaciones hispanoamericanas que han tenido escaso aporte inmigratorio aún subsisten. Como demostración de esa pretendida superioridad de raza los archivos coloniales presentan centenares de expedientes de limpieza de sangre donde se trataba de demostrar no el origen noble del peticionante, sino la ausencia de "mala raza", denominándose así al moro, judío, negro o indígena.

Ser totalmente de "origen español" y poder demostrarlo era para el peninsular el mejor certificado de imaginada nobleza.⁷ Los "nobles" así dotados podían llegar a los puestos oficiales y ascender en el ejército colonial. Un canónigo español escribía a comienzos del siglo XVII sobre sus compatriotas, radicados en América las siguientes palabras que reflejan claramente la verdadera composición social del Nuevo Mundo:

En las Indias hay dos repúblicas que gobiernan, la una muy superior a la otra. La primera la de los españoles, los cuales usan del buen gobierno político de España y se ocupan en la administración y beneficio de sus haciendas, crianzas y labranzas, valiéndose para este ministerio y trabajo de naturales, porque los españoles en las Indias

⁶ L. C. DUNN y TH. DOBZHANSKY, *Herencia, raza y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Breviario Núm. 8, México, 1949, p. 129.

⁷ Llamábale la atención esa característica del rústico indiano al hermano Miguel Herre, de la Compañía de Jesús, que refiriéndose a Buenos Aires, escribió a comienzos del siglo XVIII: "En esta parte del nuevo mundo son tenidos como nobles, todos los que vienen de España, o sea, todos los blancos; se les distingue de las demás gentes en el lenguaje, en el vestido, pero no en la manutención y habitación, que es la de mendigos. . ." (JUAN MÜN, S. J., *La Argentina vista por viajeros del siglo XVIII*, Colección B. E. A., volumen Núm. 7, Biblioteca Enciclopédica Argentina, Editorial Huarques, Buenos Aires, 1946, p. 41).

no aran ni cavan como en España, antes tienen por presunción no servir en las Indias, donde se tratan como caballeros o hidalgos y apenas se hallará un lacayo ni paje español, ni le ha podido sustentar ningún personaje, sino sólo el Virrey por el aprecio que tiene. Aplícanse a mercaderes, y a tener tiendas de cosas de comer y de ropa de Castilla y de la tierra, y a tratar y contratar entre los naturales, y a ser mayordomos de haciendas y estancias, y en minas de oro, plata y ingenios; y la razón desto pienso que es como su propensión e inclinación los lleva a enriquecer y a volver a España con hacienda, aplícanse a los oficios y ministerios que más comodidad tienen para ganarla.⁸

La estructura social de la colonia y la poca contracción al trabajo de los componentes de la capa social dominante es heredada por sus descendientes del siglo XIX. El negro para el habitante de América española era simplemente una mercancía, y durante muchos años fue considerado de esa manera. La posterior democratización del país hace variar esa opinión, aunque en ciertos sectores se pretendía aún imponer la segregación a sus componentes, continuando con la tradición colonial.

II

A partir de 1810 se toman las primeras medidas a favor del esclavo

CON posterioridad a la Revolución de Mayo se toman importantes medidas para solucionar el anacrónico sistema de castas imperante en el transcurso del régimen colonial español. El indígena es desde un primer momento para los revolucionarios americanos el más favorecido por las leyes. Recién en 1812 se prohíbe la introducción de esclavos por un decreto que eleva la firma de Feliciano Antonio Chiclana y Bernardino Rivadavia, fechado el 9 de abril de aquel año, reflejándonos su texto un nuevo espíritu de los hombres que gobernaban el país con posterioridad a 1810, completamente distinto al de la estructura colonial, racista y partidaria de la división de la sociedad en castas. Decíase en aquella oportunidad:

Por obsequio á los derechos de la humanidad aflijida, a la conducta uniforme de las naciones cultas, a las reclamaciones de las res-

⁸ Citado sin dar el nombre de su autor por José TORRE REVELLO, en *Sociedad colonial. Las clases sociales. La ciudad y la campaña* (Academia Nacional de la Historia, Historia de la Nación Argentina, Ricardo Levene, Director General, Vol. IV, Buenos Aires, 1938, p. 505).

petables autoridades de esta capital y a las consecuencias de los principios liberales que han proclamado y defienden con valor y energía los pueblos ilustres de las Provincias Unidas del Río de la Plata, acordó el gobierno con fecha 9 de abril último el siguiente decreto que en la presente manda publicar: Art. 1° Se prohíbe absolutamente la introducción de expediciones de esclavatura en el territorio de las Provincias Unidas.—Art. 2° Las que lleguen dentro de un año contando desde el día 25 del corriente mes de Mayo, se mandarán salir inmediatamente de nuestro puerto.—Art. 3° Cumplido el año serán confiscadas las expediciones de esta clase que arriben a nuestras costas, los esclavos que conduzcan se declararán en estado de libertad y el gobierno cuidará de aplicarlas a ocupaciones útiles.—Art. 4° Todas las autoridades del Estado quedan estrechamente encargadas de la observancia y ejecución del presente decreto, que se publicará y circulará, archivándose en la Secretaría de Gobierno.—Buenos Aires, a 9 de abril de 1812. Feliciano Antonio Chiclana.—Bernardino de Rivadavia.—Nicolás Herrera, secretario.⁹

El 18 de septiembre de 1812 se crea un regimiento cívico compuesto de pardos y morenos libres, refiriéndose en los términos del decreto a la fidelidad de éstos y al amor que tienen por la libertad, denominándose *Regimiento Cívico de pardos y morenos libres*.¹⁰ Por otra parte el 8 de junio de 1810 habíase tomado una importante medida que si bien favorecía al indígena, denigraba a los morenos. En aquella oportunidad se había separado a los naturales de los morenos en el cuerpo de naturales y castas, informándose a los oficiales indígenas que en adelante quedarían equiparados a los españoles "por su clase", no así los negros. Este hecho nos señala que a pesar de las medidas tomadas en favor de las castas los hombres de color no merecían aún para la nuevas autoridades mayor preocupación. El esclavo era todavía un importante factor en la estructura económica de la ex colonia española y no podían los miembros de los primeros gobiernos patrios, sin malquistarse con la sociedad dominante del momento, al decretar la total libertad de los africanos.

Un importante paso es dado en la sesión realizada el 2 de febrero de 1813 en la Asamblea Soberana General Constituyente, declarándose la libertad de vientres. Se dijo en aquella oportunidad:

Siendo tan desdoloroso como ultrajante a la humanidad, el que en los mismos pueblos que con tanto tesón y esfuerzo caminan hacia

⁹ *Registro oficial*, Buenos Aires, 1879, tomo I, p. 168.

¹⁰ *Op. cit.*, p. 179.

su libertad, permanezcan por más tiempo en la esclavitud los niños que nacen en todo el territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sean considerados y tenidos por libres todos los que en dicho territorio hubieran nacido después de el 31 de enero de 1813 inclusive en adelante, día consagrado a la libertad por la feliz instalación de la Asamblea General Constituyente. Lo tendrá así entendido el Supremo Poder Ejecutivo para su debida observancia. Buenos Aires, Febrero 2 de 1813. Carlos Alvear, Presidente.—Hipólito Vieytes, Diputado secretario.¹¹

El 3 de febrero se sanciona definitivamente, firmando el decreto Juan José Paso, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Alvarez de Jonte. Los comentarios del periodismo oficial son, como es natural, favorables a la resolución de la libertad de los esclavos que habíase aprobado de acuerdo al nuevo espíritu que imperaba en las antiguas colonias españolas. En el *Redactor de la Asamblea de 1813* del 12 de junio, se hace referencia del plan propuesto por el Supremo Poder Ejecutivo para organizar un batallón de esclavos. Casi un año después de la sanción del decreto del 3 de febrero se interpretan los términos del mismo que daba por libres a todos los esclavos que se introdujeran desde países extranjeros por el solo hecho de pisar territorio de las Provincias Unidas. Afírmase en aquella oportunidad que esa medida no tenía vigencia para aquéllos que acompañando a viajeros, entrasen al país en calidad de sirvientes.¹²

Posteriormente, el 19 de septiembre de 1816, se crea un regimiento de libertos en la ciudad de Buenos Aires, dándose por esa razón la libertad a la totalidad de los esclavos entre 15 y 20 años de edad, "pertenecientes a españoles europeos solteros, sin carta de ciudadanía" y al tercio de aquellos que estuvieran al servicio de las distintas "Iglesias, comunidades y eclesiásticos, a los americanos y extranjeros solteros y a los americanos casados". Agregábase que los últimos deberían entregar al gobierno de cada seis esclavos que lo poseyeran, solamente uno, quedando en igual situación los viudos con hijos. Estaban exceptuados los esclavos de viudas, aquéllos de mujeres solteras sin padres y los de los menores de edad. Para poder realizar la selección se creó una comisión que debía actuar en la sala del Cabildo, estando encargados de presentar a los dueños de esclavos los alcaldes de barrio, sorteándose luego de la clasificación. El gobierno penaba con fuertes multas el no cumplimiento de esta disposición. Se pagaba a sus dueños el

¹¹ *Registro oficial*, Buenos Aires, 1879, tomo I, p. 194.

¹² *Registro oficial*, Buenos Aires, 1879, tomo I, p. 253.

precio de los esclavos liberados después del año de haberse verificado la entrega del mismo, con el producto de una contribución extraordinaria sobre la propiedad inmueble "cuyo ramo queda desde ahora adjudicado a este objeto", como se expresaba en aquella oportunidad.¹³

Algún tiempo más tarde las necesidades de las guerras contra los realistas obligan al gobierno a crear una *Brigada de Auxiliares Argentinos* compuesta de cuatro batallones, formados con la totalidad de los esclavos que se encontraran entre los 15 y los 60 años de edad, residentes en Buenos Aires, a cuyo cargo estaría el brigadier don Antonio González Balcarce, debiendo entregársele una papeleta impresa a cada uno. El reclutamiento lo realizarían en los distintos cuarteles de la ciudad sus comandantes oficiales que no pertenecían a la raza negra: Benito Linch (Batallón número I), Miguel Riglos (Batallón número II), Manuel Luzuriaga (Batallón número III) y Rafael Pereyra Lucena (Batallón número IV). Cada batallón estaría compuesto de seis compañías.¹⁴

A pesar de los jalones progresistas anotados anteriormente —en especial los de 1812 y 1813—, la situación imperante era la misma. Son comunes los avisos publicados en los periódicos, entre 1810 y 1852, anunciando que un hombre de color ha huido de la casa de su amo, ofreciéndose una recompensa a quien diera detalles sobre su paradero. No diferían mucho del siguiente, tomado al azar entre varios:

AVISO A LOS CELADORES

Un mulato santiagueño llamado Santiago, de edad de 24 á 26 años, oscurito estatura mediana, pera corta, ojos grandes, nariz ancha y achatada, boca grande y labios algo abultados, tiene una cicatriz de tajo en una muñeca, y en la actualidad tiene muy lastimado el dedo segundo de la mano derecha, se ha huido de casa de su amo, calle de Potosi numero 183, el dia 24 del corriente; vestido con una gorra de felpa amarilla, chaqueta de paño azul, con botonadura de tres hiladas de botones de seda, cabeza de turco, las botas de las mangas bordadas con cordoncillo negro, chaleco de paño color pasa, y pantalon de lanilla rayada negra de hechura bómbackas, se dice que se ha disfrazado, y que anda con la cara atada y un poncho azul; se gratificará gene:osamente al que lo hiciese arrestar ó lo presentase en casa de su amo ya indicada, ó en el departamento de policía.¹⁵

¹³ *Registro oficial*, Buenos Aires, 1879, tomo I, p. 378.

¹⁴ *Registro oficial*, Buenos Aires, 1879, tomo I, p. 194.

¹⁵ *El Tiempo*, Buenos Aires, sábado 28 de junio de 1828.

Los esclavos nacidos con posterioridad a 1813 —año en que se sanciona la llamada "ley de vientres"— permanecían en la misma condición que los esclavos, vendiendo sus dueños el "derecho del patronato" a quien mejor lo pagase como si se tratara de un hombre no manumitido. (Se denominaba "derecho del patronato" a la custodia legal que hacían las familias porteñas de los niños de color nacidos en sus casas hasta que cumplieran su mayoría de edad.) Este "derecho de patronato" se pagaba tan bien como la escritura de un esclavo normal.

III

La libertad de los esclavos y sociedades africanas

LA Asamblea Constituyente de 1852 resolvió por unanimidad acordar la libertad a los esclavos. Sus palabras fueron terminantes:

En la Confederación Argentina —dijeron— no hay esclavos: Los pocos que hoy existen quedan libres desde la jura de esta Constitución, y una ley especial reglará las indemnizaciones a que dé lugar esta declaración. Todo contrato de compra y venta de personas es un crimen de que serán responsables los que lo celebren y el escribano o funcionario que lo autorice.

Se ponía así fin con esa resolución a un largo período que había perdurado en nuestras tierras desde los años coloniales, en los siglos XVII y XVIII.

Los morenos, diezmados en las guerras de la Independencia, habían permanecido en la ciudad, junto a sus amos en la casona familiar, en caso de ser esclavos, o reclusos en los barrios apartados, los libres.

Un autor que los conociera nos relataba de aquellos morenos que habían luchado en el ejército de los Andes que muchos años después "se arrastraban por las calles con las piernas cortadas o perdidas por las nieves, al atravesar las altas cordilleras".¹⁰ Soldados que todo lo habían dado por la libertad de América mendigaban el pan y a pesar de esta triste situación "nunca tenían una palabra de queja contra sus jefes". La infantería patriota de las guerras de la independencia había sido formada en gran parte por

¹⁰ Cfr. VÍCTOR GÁLVEZ, "La raza africana en Buenos Aires". (Recuerdos de otros tiempos), en *Nueva Revista de Buenos Aires*, Año III, tomo VIII, Buenos Aires, 1883, p. 246 y ss.

libertos y esclavos de Buenos Aires y otras provincias argentinas. Dos años antes de declararse su libertad no se encuentra en *La Gaceta Mercantil*, de Buenos Aires, un solo aviso de venta de esclavos, hecho que nos demuestra el escaso número e importancia que por aquel entonces tenían en la estructura económica. No se conoce una sola queja de esclavistas por el hecho de la manumisión.

Desde el siglo XVII estaban acostumbrados a congregarse en sociedades que en la mayor parte de los casos, designaban con el nombre del lugar originario en África. Eran comunes para los porteños del siglo pasado las sociedades y naciones de los negros: Benguela, Moro, Rubolo, Angola, Mina, Lubolo, Quiparas, Abayá, Angunga, Barno, Bayombé, Cabinda, Carbarí, Haussá, Loango, Macinga, Macuacua, Mondongo, Monyola, Mozambique y otras.¹⁷

Esos negros habían poblado estancias y servido en las faenas junto al criollo en la llanura rioplatense. Muchos mostraban en el brazo la marca que con hierro candente —llamada *carimba*— había colocado el negrero que los trajo de la costa de África.

Las sociedades africanas posteriores a 1813 —anteriormente sólo existían cofradías religiosas de negros— se mantenían gracias al aporte periódico de una cuota. Víctor Gálvez al recordar estos hechos anota que se reunían en sus *sittios* para bailar los días de fiesta y agrega más adelante, refiriéndose a las sociedades y al *Barrio del Tambor*, donde residía la morenada porteña:¹⁸

En aquellos tiempos de Barrio de los Tambores hacia parte de las quintas con cercos de tunas y pitas, pero los negros ponían en el frente de la calle una pared y una puerta para impedir ser incomodados en sus ceremonias y fiestas. Esa pared algunas veces dividía las propiedades linderas, pero en esta parte eran menos exigentes. Como eran ignorantes cuidaban poco de escriturar en forma la propiedad, y han ocasionádose muchos pleitos con el valor creciente de la tierra. Las sociedades no estaban constituidas como personas jurídicas y todo esto ha sido un caos, perjudicial para los socios y sus descendientes.

¹⁷ Los negros rioplatenses, como ocurría con los de otras regiones de América, presentaban muchísimas variantes de origen en África. Llegaron a nuestro país negros de Mozambique, del Congo, de la Costa de los Esclavos, Angola, Sudán y otras regiones. (Cfr. M. J. HERSKOVITS, *The myth of the negro past*, New York, 1941; ARTHUR RAMOS, *Le métissage au Brésil*, París, 1952). Con posterioridad a 1852 son numerosos los reglamentos de sociedades africanas que reunía a morenos de distinto origen, en algunos casos impresos, como los siguientes: *Reglamento de la Sociedad Los Africanos*, Buenos Aires, Imprenta Rural; *Sociedad "Negros Mumboma"*, fundada el 9 de enero de 1876, Buenos Aires, Imprenta Americana, 1878.

¹⁸ VÍCTOR GÁLVEZ, *Op. cit.*, p. 253.

Los gobiernos nacionales habían reglamentado las sociedades africanas, controlando en lo posible las reuniones que se realizaban en los mencionados sitios.

El moreno ama la música —más que la música, el ritmo. De un extremo a otro de América dejó las huellas de su paso en un rico folklore, conocido en muchos casos mundialmente. En los lejanos tiempos de la dominación hispánica solían reunirse en alegres fiestas, donde el *tam-tam* de sus tambores traía a la ciudad una nota exótica que hacía recordar el lejano Continente Africano. Pero a pesar del ritmo afiebrado del candombe, con su polirritmia deslumbrante, en la pulpería la guitarra sabía también de sus manos, identificado en muchas ocasiones con el espíritu del hijo de la tierra. Esa costumbre de reunirse con sus iguales para realizar fiestas y bailes, perduró muchísimos años en la capital porteña.

Recuerdo de un dictador demagogo

EN las dos décadas anteriores, durante la época de Rosas, los negros también solían reunirse con cierta frecuencia. El tirano concurría a los candombes que realizaban las diferentes naciones africanas, acompañado en alguna ocasión por su hija Manuelita. Un interesante cuadro del pintor Martín L. Boneo, titulado *El Candombe*, reproduce una de esas reuniones. Se representa allí a Rosas, su esposa Encarnación Ezcurra y a Manuelita —su hija—, presenciando las danzas de los morenos de nación Augunga que, de acuerdo a las declaraciones del pintor —testigo de los hechos—, tenían su asiento en la calle Santiago del Estero, a la altura de la de San Juan. En el óleo dos morenos —hombre y mujer— danzan al compás del tamboril, uno frente al otro. Varios ríen y contemplan la escena mientras las visitas parecen estar absortas por el espectáculo.¹⁰ El Barrio del Tambor vibraba de entusiasmo en aquellas ocasiones, alborotándose la morenada con la presencia del estanciero de Palermo.

El ruido de esos candombes era infernal, porque los unos eran vecinos de los otros: empezaba el baile desde la tarde hasta la media noche, á la luz de las estrellas generalmente en los patios sin enladrillar, pero con un piso endurecido por el pisón, por el uso y por un cuidado esmerado. Farolillos con velas de sebo repartidos con profusión, daban cierta claridad; las negras y negros cantaban en sus dialectos africanos y al son de los tambores zapateaban y bailaban

¹⁰ JUAN A. PRADÉRE, *Juan Manuel Rosas. Su iconografía*. Reproducción de óleos, acuarelas, etc., Buenos Aires, 1914.

hasta caer deshechos de fatiga. Bebian chicha y sorbían el mate con profusión.²⁰

Esas fiestas se realizaron con mucha frecuencia durante aquellos años y continuaron aún después de Caseros, hasta finales del siglo. Los hombres de color durante el tiempo que reinó el rojo en las calles de Buenos Aires fueron tratados por interés político con especial simpatía. Los periódicos y hojas sueltas de la época redactados por publicistas a sueldo del tirano se encargaban de glorificarlo, utilizando para ello la simpática "media lengua" del negro. No hace mucho hemos tenido ocasión de publicar algunas de esas poesías. En ellas, periodistas a sueldo de Rosas escribían con especial cuidado, glorificando al hombre de color con el objeto de atraerlo a las filas de la Federación. Refiérase en cierta ocasión la adhesión a la *Santa Causa* de las fiestas y candombes:

Ya vites ene Cadombe
Que tuditos lo moreno
Gitaban viva LAROSA
Nuestro gobernadó bueno.²¹

Se les hacía decir en su lenguaje que el estanciero de Palermo era el gobernador más bueno, "hombre de razón" y se agregaba:

Yo conozco ma de mil
Que duranti su gobierna
Lo mandó dalo de baja:
Esi que e cosa buena.

Otro, cuando gobernaba,
Nunca piensa en moreno,
Lo tiene sive y mas sive,
Y esi no pueri sé bueno.

Esa demagogia, acompañada de las brillantes exteriorizaciones, típicas en todas las dictaduras que desean apoyarse en el pueblo, con fines de lucro personal o de una clase determinada, compraban la voluntad del moreno siempre propenso a tales manifestaciones. En la mente infantil de ese pueblo no podía figurar el engaño. La credulidad, tanto en sus mitos religiosos, como en las acciones de

²⁰ VÍCTOR GÁLVEZ, *op. cit.*, p. 254.

²¹ RICARDO RODRÍGUEZ MOLAS, *La música y la danza de los negros en el Buenos Aires de los siglos XVII y XVIII*, Clío, Buenos Aires, 1957.

la vida diaria, llegaba a extremos que asombraban. Les ocurría lo mismo que a los integrantes de toda sociedad primitiva, sin razonamiento práctico, sin asociaciones lógicas.

La propaganda de los partidarios de Rosas, empleada para atraerse la voluntad de los morenos, utilizaba cuanto medio le era posible o estaba a su alcance, con el objeto de lograr ese fin. En otra de las poesías, del mismo estilo que las comentadas, se hace mención a los gobiernos anteriores y al aumento considerable de los alquileres:

Dicili po Rió, ño Pancho
 A la junta, sobere eti
 Alguna cosa de gueno,
 Vos, que conversá con esi
 Dicili que ese é la ley
 De é dijunto ño Gallardo,
 E ley de uno ladrone
 Que á toro mundo á engañado.
 Si eso hizo ley
 Junto con otros cuatro,
 Que pensaba como esi,
 Que estaban rificando;
 (Malo diablo lo lleve)
 So la causa que temgamo
 Tan atos lo alquileres.²²

Prosigue, versos más adelante, refiriéndose a ese mismo problema y al papel moneda, en baja debido a la mala administración de los unitarios, como demagógicamente se expresa.

De los opositores a Juan Manuel, en ese año de 1830, se dice:

Esi no tiene opinión:
 Esi tiene mucha maña;
 Esi é moro y é judío
 Y trabaja para España²³

Para retratar aquella época, a partir de la subida de Rosas al poder, son de especial interés los siguientes versos escritos en la media lengua morena. En ellos se aconseja la delación de los enemigos políticos, de igual manera que en toda otra dictadura. Se expresa:

²² *Ibidem.*

²³ *Ibidem.*

Yo me alegre sabé eti,
 No tenga atesi cuidado;
 Si yo lo oigo conversá
 He de estasi delatado.
 Y uté, Antuco, hace lo mismo;
 si oie algún conversacion
 Delatalo á la justicia
 Paqué lo manda aé pontó.²⁴

Carnavales morenos después de Caseros

CAÍDO el tirano en Caseros los morenos prosiguieron con sus fiestas y costumbres. Salían a recorrer las calles porteñas haciendo oír el tambor de los mayores y el canto de sus voces. En carnaval la ciudad despertaba frente a la descomunal algazara que hacían. Muchos meses duraba la preparación de las comparsas organizando con tal objeto un sinnúmero de sociedades que rivalizaban entre sí. Los ensayos se repetían constantemente, mejorando así la calidad del espectáculo. José Manuel Estrada, en un artículo que denomina *El Tambor*, los recuerda:

“¿Quién no ha sentido alguna vez—expresa—el ruido del rústico instrumento, a cuyo compás danzan los negros en el *tambor*? ¿Quién no ha tenido la curiosidad de ver sus *diversiones* u oído hablar a sus mayores de un día en que la negra vieja de la casa era engalanada con ricos atavíos para ser la *Reina* de la fiesta?”²⁵

Aquellos tambores nacieron como sociedades de ayuda mutua en tiempos de la esclavitud, con el objeto de liberarse, entretener los ocios los días de fiesta y rogar por los hermanos fallecidos. En aquellas reuniones se bebía abundante chicha y se bailaban danzas salvajes después, acaso, de celebrar el culto o entregar a la tierra un cadáver.

Los tambores se colocaban entre las piernas de los ejecutantes, “los golpes eran acompasados y servían de acompañamiento a los coros que todos entonaban en sus dialectos”;²⁶ en fiestas y reuniones que tenían un carácter religioso, el mencionado coro repetía el compás del tamboril. De acuerdo a ciertos testimonios contemporáneos empleaban además cascabeles y flautas de caña.

En los años que Juan Manuel de Rosas gobernaba indiscrecio-

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ JOSÉ MANUEL ESTRADA, “El Tambor”, publicado en *Almanaque Agrícola, Industrial y Comercial de Buenos Aires*, P. Morta, editor, Buenos Aires, 1863, p. 15 y sig.

²⁶ VÍCTOR GÁLVEZ, *op. cit.*, p. 255.

nalmente en la Argentina vestían los morenos de blanco, chaleco punzó y divisas federales. Las negras —alegres y dicharacheras— utilizaban sus mejores trajes "generalmente de muselina de colores claros, atadas las cabezas, con cuentas de colores en el cuello y en los brazos: venían escotadas y con los brazos desnudos".

Población de color

ALREDEDOR de 1863 era escaso el número de morenos que vivían en la ciudad. Muchos de los descendientes de los antiguos esclavos, traídos de las costas de Africa o del Brasil por los portugueses, habían olvidado las tradiciones de sus mayores frente al progreso constante y a la inmigración. Alguien, en la época, quejábase amargamente de la imitación que hacían los hombres de color de las costumbres de sus contemporáneos del aristocrático *Club del Progreso*, sociedad que reunía a lo más granado de la población.

Como en el transcurso de la primera mitad del siglo los morenos siguieron ejerciendo sus oficios tradicionales. Fabricaban escobas y otros objetos, eran pasteleros, pintores —blanqueadores los llamaban—, maestros de baile y las mujeres excelentes cocineras, lavanderas y *achuradoras*.²⁷

Las estadísticas sobre la morenada porteña a partir de Caseros son escasas. En 1869 el Registro Estadístico señala algunas cifras correspondientes a 1867. Se informa en aquella oportunidad que se habían realizado en la ciudad de Buenos Aires 1440 matrimonios, de los cuales 155 fueron entre personas de "color".²⁸

La mortandad, ese mismo año, fue la siguiente:

De color	589
Blancos	6.341
Sin especificar	1.099
TOTAL	8.029

²⁷ Víctor Gálvez al referirse a las *achuradoras*, expresa: "... se apoderaban de los despojos que abandonaban en los mataderos, pues recogían el sebo de las tripas, de las cabezas, las patas de los animales vacunos; vestían del modo más inmundo; en cestas, tipas de cuero, traían todas las tardes esos despojos y los beneficiaban en sus casas. Pero con esa industria hacían su peculio, y con sus economías compraban un terreno de poco precio y construían su rancho". En aquella época los mataderos se hallaban detrás de la Recoleta.

²⁸ *Registro Estadístico de Buenos Aires*, 1867, tomo I, Buenos Aires, 1869.

Las cifras, repartidas siempre por parroquia, traen, como es lógico suponer, el mayor número de negros fallecidos en los barrios tradicionales: Montserrat, Catedral al Sur, La Piedad, San Telmo, El Socorro y San Miguel. A éstos debemos sumar aquéllos que habían muerto en el Hospital de Hombres y otros, repartidos en diferentes parroquias de la ciudad. Las cantidades, son las siguientes:

Catedral al Norte	8
Catedral al Sur	58
San Miguel	21
San Nicolás	16
La Piedad	61
Montserrat	170
Concepción	15
San Telmo	26
Balvanera	16
Socorro	34
El Pilar	6
En la Iglesia Inglesa	3
Hospital de Hombres	155

En esa misma oportunidad se hace referencia a las estadísticas sobre el número de contribuyentes "de color" y se mencionan los siguientes datos:

Blancos	2.751
Color	135

En la campaña de Buenos Aires, en ese mismo año, se realizaron los siguientes matrimonios:

Blancos	5.546
Color	470
Sin especificar	695

Si comparamos las estadísticas de la ciudad y la campaña de los rubros anteriores con las de 1859 ó 1860, por ejemplo, notamos que en término general disminuye el número de morenos considerablemente a medida que transcurren los años.

El número de hombres de color en Buenos Aires era muy escaso. Calculamos que en 1863 no pasaba de los cinco o seis mil, contando entre ellos los mulatos. José Manuel Estrada en 1863

escribió: "Hoy casi no hay negros en Buenos Aires"²⁹ y agregaba luego con ingenuidad científica:

La cruz de razas, por una parte, el incremento y mejoras graduales de los tipos por la acción del clima, de las costumbres y de los elementos, así como la influencia de la civilización en el desarrollo de los cráneos por otra, han hecho que se pierda entre nosotros el verdadero tipo de la raza etiópica.

Las dos principales causas de la desaparición del negro en Buenos Aires fueron las guerras de la independencia y, luego, años más tarde, la inmigración. No podemos en estas líneas desarrollar esos interesantes aspectos de la historia social rioplatense, pero queremos dejar aclarada la importancia de estos factores.

El inmigrante frente a la población de color

EL negro no pudo —por varias razones fundamentales— enfrentar el aluvión inmigratorio de la segunda mitad del siglo pasado. Este lo reemplaza en sus oficios tradicionales y se mezcla, en algunos casos, con la mujer morena; lo desplaza rápidamente del servicio doméstico y se adueña de calles y plazas. . . La lucha dura varias décadas. Los morenos realizan en sus canciones de carnaval numerosas alusiones satíricas a los italianos donde se refleja la agudeza del problema. En cierta oportunidad —1876— la sociedad de color denominada "6 de Enero" canta en las calles los siguientes versos:

Apolitano
usurpadores,
que todo oficio
quitan al pobre.
Si es que botines
sabes hacer,
¿por qué esa industria
no la ejerces?

Ya no hay negros botellers,
Ni tampoco changador,
Ni negro que venda fruta,
Mucho menos pescador,
Porque esos apolitanos

²⁹ JOSÉ MANUEL ESTRADA, *Op. cit.*

Hasta pasteleros son,
Y ya nos quieren quitar
El oficio de blanqueador.

Otra canción carnavalesca, titulada *El negro Pancho Mafuri*, terminaba recordando:

Ya no hay sirviente
de mi color,
porque bachichas
toditos son;
dentro de poco,
¡Jesús, por Dios!
bailarán cemba
en el tambor.

El problema presentaba mayor importancia de lo que parece. Aquellos puestos tradicionales que desde muchos años atrás tenían los morenos en la ciudad eran ocupados por los inmigrantes, al parecer con preferencia el italiano, desolajándolo rápidamente de sus medios de vida.

Emilio Daireaux, ameno escritor de las cosas porteñas, nos ha dejado en sus dos volúmenes de costumbres rioplatenses algunas interesantes imágenes de los negros porteños en la segunda mitad del siglo pasado.³⁰ Se refiere a un anciano moreno que a pesar de haber luchado en las guerras de la independencia tenía que solventar su subsistencia vendiendo dulces por las calles de Buenos Aires, profesión esta muy común entre los hombres de color. Escribe refiriéndose a ese aspecto:

Frisaba en los cien años; su tez africana había blanqueado bajo la influencia de los años. Nacido en la esclavitud, había conocido al último gobernador de Buenos-Aires, á su primer Virrey en 1776 y al primer presidente constitucional de la República unida y pacificada de 1862. Había tomado las armas por la independencia; tal vez había entrado en Chacabuco y en Ituzaingo; la revolución le había dado libertad juntamente con todos los negros, sus hermanos de la costa de Africa, y desde entonces se había hecho mercader; vendía pasteles calientes y no había, en adelante, hecho oír otra cosa que estas palabras cabalísticas: *¡Son calientes! ¡Están tapados, son de hoy!* Y desde el primer día hasta el último, durante tres cuartos de siglo, rapazuelos y vagos le habían contestado, sin cansarse: *¡Mentira,*

³⁰ EMILIO DAIREAUX, *Vida y costumbres en el Plata*, 2 vols., Buenos Aires, 1888.

son de ayer! El repetía siempre la misma letanía y ellos la misma respuesta, sin que ni uno ni otros se cansasen.

Tan arraigado estaba el pregón moreno que el autor citado menciona que un Presidente de la República confesaba que no podía oír en la calle las referidas palabras "sin sentir la comezón de responder como lo hacía en tiempos de su infancia, *¡Mentira, son de ayer!*" Otro pregón clásico de aquellos años era el siguiente: "*¡La mazamorra espera, para la mesa, la mazamorra cocida, para la mesa tendida!*"

Los mercaderes morenos desaparecieron de Buenos Aires con la llegada de las grandes olas inmigratorias transformándose en recuerdos que evocaban solamente los viejos porteños. . .

Diversiones y bailes morenos

LA sociedad bonaerense veía al hombre de color casi exclusivamente bajo el aspecto curioso que presentaban sus candombres y comparsas. Llamábale la atención el ritmo de los tamboriles y las danzas que sabían bailar en sus lugares y sitios. El tango—música de origen africano, como hemos demostrado en otra ocasión—se refugiaba en los salones de baile del negro. Desde el siglo XVIII solían asociarse con ese objeto. En 1802 poseían una *Casa y sitio de tango donde, apartados del banco, movían sus cuerpos al ritmo del tamboril*. Allí se alejaban de la sociedad que había encadenado su libertad, sublimando el espíritu con la música y el canto.³¹ Los tiempos eran distintos: En aquella segunda mitad del siglo XIX no existían las rígidas prohibiciones de antaño. Las calles de la ciudad, que comenzaban a iluminarse en la zona céntrica con faroles a gas, sabían de morenos bulliciosos y de blancos que imitaban sus costumbres, aunque más no fuera los días de carnaval. En esa fecha se escuchaban habaneras, mazurcas, shotis, valeses y tangos morenos. Cantaban por ejemplo, con sus gruesas voces cargadas de eles y eres los siguientes versos:

Dicen niñas que los negros
No saben enamorar
¡Ah! haga la prueba niña
veremos como le vá.

Del Africa yo he venido
Las blancas solo por ver,

³⁰ RICARDO RODRÍGUEZ MOLAS, *Op. cit.*

Quiérame niña, que el negro
La sabrá corresponder.

No se asuste de mi cara
Que si es negro su color,
Es ¡ay! por que lo ha quemado
El fuego de su inmenso amor.

Y así negro y así quemado
A mí me amaban también
Pero un blanco vió a mi negra
Y mi negra huyó con él.

Bajo el cielo de mi patria
Una negra amaba yo
Y a mi negra tan querida
Un blanco me la robó.

Mi negra he buscado en vano
Pero me arrepiento yá;
Que al ver las blanquitas niñas
Las blancas me gustan más.

Quiérame, pues, niña blanca
Que yo ~~adornada~~ ~~serviré~~
Yo la llevaré a mi tierra
De esclavo la serviré.

Esta canción y otras del mismo estilo, atraían la atención de los curiosos espectadores al paso de la morenada los días de carnaval. En Buenos Aires ocurrió, lógicamente que en menor escala, el mismo fenómeno de adaptación del grupo blanco frente a las manifestaciones musicales del hombre de color. La juventud porteña pintaba sus rostros de negro y salía en comparsa los días de carnestolendas a recorrer los salones de baile, los corsos y las casas de las beldades de la época. Se recuerda que Héctor Varela, el popular Orión, fue uno de los propulsores de esa costumbre que tanto entusiasmó a nuestros abuelos.

El negro ingresa a la poesía popular porteña fine secular a la par de los temas de mayor importancia. Angel Villoldo autor de composiciones populares de gran éxito en Buenos Aires a comienzo de siglo, por ejemplo, lo recuerda en una que imita la letra de las comparsas de la morenada. En *El negro alegre* escribe:

Cuando veo a Francisca
 que sale el Domingo,
 contenta, a pasear,
 y con Benito, del brazo,
 allá por Palermo,
 la suelo encontrar!
 como dos mandingas,
 que risa me dá!
 Juá, juara juá,
 jua, juarajuá,
 jua, juarajuá.

En este mundo, se ve,
 todos tienen que reir:
 yo me rió de los otros
 y otros se rien de mí.

Más adelante Villoldo hace decir al alegre y despreocupado moreno:

Bailando anoche el tanguito
 con la negra Pancha
 el negro Ramón
 queriendo hacer firuletes
 como fardo al suelo
 se fueron los dos;
 se lastimaron la trompa
 y toda la mota
 se le alborotó.
 Juá, juarajuá,
 jua, juarajuá,
 jua, juarajuá.

En este mundo, se ve,
 todos tienen que reir:
 yo me rió de los otros
 y otros se rien de mí.³²

Fueron los morenos en la segunda mitad del siglo XIX propietarios de *Academias de baile* como se denominaban los piringundines donde el compadraje orillero acostumbraba concurrir. Era

³² A. G. VILLOLDO, *Cantos populares argentinos*, Buenos Aires, [1916].

conocida en aquella época y sus mentas llegaban hasta el centro, la casa de una parda llamada Carmen Gómez, que alrededor de 1854 abría las puertas de su salón de baile a los amantes del bullicio. La crónica policial de aquel tiempo relata numerosas incidencias ocurridas en la famosa Academia. Allí concurrían los soldados de las guarniciones de la capital, morenos de diferentes barrios, carreteros que llegaban de lejanas regiones con productos de la tierra y abundantes monedas de plata en el tirador, el compadre amigo de pendencias y diestro en dar una puñalada a traición, jóvenes de "familia" dispuestos a las pendencias y al ambiente de bajo fondo. . . Era aquel el mundo picaresco de la ciudad que cambiaba lentamente su fisonomía colonial, poblando sus calles de inmigrantes e idiomas extraños. Refiriéndonos a la *Academia de baile* de la parda Carmen Gómez relataremos un hecho original. En lugar cercano a su casa existía otro piringundín, propiedad de una morena llamada Agustina. La primera, debido a la apertura de la mencionada *Academia de baile*, había perdido sus feligreses como refiere en un documento de la época el comisario de la seccional quinta de Policía.³³ Expresa en esa oportunidad que la parda Carmen Gómez, con el deseo de hacerle mal a su compañera Agustina, había salado la casa, valiéndose para ello de un negro brujo.

Esas prácticas, extrañas en la ciudad porteña para los habitantes de origen europeo, señalan las rivalidades existentes entre los propietarios de los salones de baile, en su mayor parte gente de color. A ellos concurrían las danzarinas de ese tiempo, cuyo retrato podemos identificar con la relación que de una de ellas se hace en la época. Refiere un documento al mencionar cierto hecho de carácter policial ocurrido en un piringundín, que la causante era "una de las concurrentes a la Academia y una de las que tengo precisamente en vista, porque a más de su mala vida, tiene la cualidad de ser ebria y de aquellas de cuchillo en la liga".³⁴

Como es de suponer la autoridad no simpatizaba con aquella clase de salones donde los parroquianos estaban siempre dispuestos al desorden. En la ya citada casa de la morena Carmen Gómez, a raíz de un expediente iniciado por una descomunal pelea, nos enteramos—tiempo después—que se danza al compás de la música que ejecutaba al piano el pardo Alejandro Vilela.

En aquellos lugares se formó el tango que conocemos en la actualidad: del contacto del hombre de color y el orillero. Los bailes europeos adquirirían el ritmo de los tamboriles y canto de Africa. Ese

³³ *Archivo General de la Nación*, División Gobierno, Sección Nacional. *Policia*, Libro 146.

³⁴ *Loc. cit.*

tango—ligado aún a su origen en los sitios de los negros—poseía una coreografía que lo destacaba en el conjunto de la música ciudadana de la época. Son escasas las descripciones que hemos hallado sobre él. Sabemos, eso sí, que las parejas bailaban esas danzas con sus cuerpos separados. En una revista de fines del siglo pasado, para ser más exactos, fechada el 30 de noviembre de 1882, debajo de un dibujo que representa a dos negros bailando, se encuentra escrita la palabra "tango".³⁵ La pareja que figura en esa publicación está en actitud de danzar, con sus cuerpos separados y las manos alzadas. Una sátira publicada en un periódico de 1879, al hacer la descripción del andar de cierto individuo, expresaba: "Tiene paso de tango para caminar". Del entrecruzamiento de razas nace la música que en la actualidad conocemos con ese nombre. La desaparición del elemento negro en nuestra tierra y el desconocimiento por tradición de su folklore, nos impiden estudiar detenidamente ese aspecto. Sabemos en cambio, que ha tenido su origen en las fiestas de los morenos del Congo, pertenecientes a la gran familia lingüística Bantú, de acuerdo a los testimonios documentales de la época. En los grandes centros de cultura afroamericana, musicólogos y folkloristas encuentran enormes dificultades para determinar el origen africano de muchas danzas nacidas de la miscegeneración con el blanco. Si en aquellos lugares, donde existe aún el elemento negroide se presentan esos problemas, enormes son las dificultades que tiene que abordar el estudioso en nuestro país. Sobre esa cuestión el erudito folklorista cubano Fernando Ortiz escribía con sobradas razones:

Ya ha sido tal en Cuba la miscegeneración de los negros africanos con los blancos, y tan distintos y alejados unos de otros fueron los pueblos a quienes los negreros les arrancaban sus hijos para sedimentación de las riquezas y sociedades de América, que hoy debemos contentarnos muchas veces con aceptar genéricamente la ascendencia africana de una aportación negra a nuestra contextura social y folklórica, sin poder precisar a qué cultura o pueblo podemos atribuírla.³⁶

De acuerdo con lo expuesto fueron múltiples las influencias del negro en la sociedad porteña de aquel tiempo. Desde luego que esa influencia no se produjo, debido a su escaso número, en la misma proporción que en otras regiones del mundo que recibió apor-

³⁵ Publicado por nosotros en *La música y la danza de los negros en el Buenos Aires de los siglos XVII y XVIII*.

³⁶ FERNANDO ORTIZ, *La africanía de la música folklórica en Cuba*, La Habana, 1950, p. 107.

tes del arte escultórico, la música, la talla en madera y otros aspectos culturales, sin olvidarnos de la poesía moderna que ha enriquecido su savia con el caudal del Continente Africano. Comentando estos aspectos el estudioso americano Bernard Wolfe en su interesante ensayo *El negro danzarín y cantor*, refiere:

Desde la época pos-colonial hubo un fuerte componente negroide no sólo en nuestras canciones y nuestra música de danza, sino también en nuestro teatro popular, nuestro "drama" nuestros *cartoons*, el humor del vulgo.³⁷

Esas interesantes apreciaciones de lo ocurrido en Estados Unidos de América pueden también afirmarse en menor escala de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX. Sin temor a equivocarnos nos aventuramos a decir que en el siglo anterior—recordemos el interés de los pobladores coloniales por los bailes de los morenos— ese fenómeno se hizo carne en muchos porteños.

Afirmase que esa extraña atracción que sufre el mundo contemporáneo en muchos aspectos de su vida por lo negroide, se debe al entusiasmo de lo inmediato. Es la atracción en la élite por las costumbres del paria, del desplazado; se crea, al decir del autor recién mencionado "una concepción del negro ¡tal cual es! ...forjada para sobreponerla al negro tal como lo ve el mundo, y tal como la fuerza a ser".³⁸ Se nota en los poemas que cantaban las comparsas algo semejante. El negro que se desprende de los versos recitados al compás del tamboril es un individuo diferente al changador, peón o mucamo en las casas de la ciudad. El moreno adquiere en esas ocasiones un tinte romántico, identificándose con la visión que se han forjado sobre él. Sufría en el ambiente porteño su condición de ser desplazado. Sabe, desde luego, que no puede aspirar a enamorar a una niña blanca, a pesar de no existir en nuestro territorio ninguna ley que lo prohibiera. El código social, superior a cualquier legislación, impedía que las jóvenes blancas pudieran aceptar al descendiente de africano como esposo, interponiéndose así a la incipiente democracia. Esos tabús, barreras inexpugnables, vivían permanentemente en el pensamiento del hombre de color. La triste realidad es reflejada en las canciones. Una, de 1886, denominada *Un deseo de Carangueso*, hace referencia a lo mismo:

³⁷ BERNARD WOLFE, "El negro danzarín y cantor", publicado en JEAN PAUL SARTRE, *El negro y su arte*, Editorial Deucalion, Buenos Aires, 1956.

³⁸ *Opus. cit.*

Si una blanca me quisiera
 yo con ella me he de casar
 mi constancia ya sería
 llevarla a la isla de Azúcar.

Más adelante se afirma:

Carangueso yo me llamo
 soy esclavo de Azúcar
 quiero amores no quiero engaño
 de las niñas que aquí están

En otra oportunidad, en un tango de la sociedad "6 de Enero", preparado para el carnaval de ese año, se menciona el mismo problema:

Yo soy el negro Cascote
 Sirviente de la Sociedad
 Y yo también con las niñas
 Candombe quiero bailar.
 Pero si alguna niña
 A bailar quiero sacar
 Lo que me vea tan negro
 Já, já, que va a disparar.

Los últimos versos repiten los conceptos anteriores:

Ya se va el negro Cascote
 Muy triste y desesperado
 Al ver que todas las niñas
 A mí me han despreciado

Habíamos referido anteriormente al tango, música negra que se bailaba en los suburbios de Buenos Aires, donde se forjaba el compadraje porteño de la segunda mitad del siglo. Las calles de Montserrat se llenaban de sonos rítmicos que partían de las casas de los morenos, donde los bailarines danzaban hasta quedar agotadas sus fuerzas, libre de deseo y el espíritu de los pesares de una esclavitud aún no lejana. El blanco veía sus fiestas, asomándose de tarde en tarde a los sitios de los negros con el objeto de escuchar los quebrados ritmos de su música y las furiosas contorsiones de sus cuerpos presa de frenesí.

Así conocieron el tango negro, llevándolo las comparsas y bailes carnavalescos al centro de la ciudad. Poesías populares de los

últimos años del siglo pasado nos recuerdan el interés de las morenas por ver desfilar por las calles a sus hermanos. A partir de 1876 hallamos tangos de origen negro de inspiración blanca. Un periódico en esa fecha publica un "tango habanero", haciéndose referencia en su título, con toda seguridad, a la introducción del ritmo de los candombes morenos en la habanera. Es probable que allí se encuentre el origen de nuestra música urbana y orillera. Notamos en el "tango habanero" el clásico estilo de las poesías negras que cantaban las comparsas de los morenos. La repetición de los versos, con el objeto de lograr mayor efecto rítmico, es una de las características principales del arte poético africano y, en general, de todos los pueblos primitivos. Una de sus estrofas, que transcribimos a continuación, nos servirá de ejemplo para conocer el estilo de las letras de aquellos tangos:

Doña Petrona, vieja coqueta,
Llena de ungüentos y de almidón,
No tiene cara sino careta
Pues es más fea que un mascarón,
Que un mascarón,
Que un mascarón.

IV

Problemas de segregación racial

HEMOS mencionado anteriormente la lucha entre el moreno y aquellos que, en años aún no lejanos, los habían conocido atados con las cadenas de la esclavitud. Desde el siglo XVI el negro había estado alejado de la sociedad blanca, no podía llegar a la escuela, ni menos aun a los puestos reservados exclusivamente para criollos y españoles. Ese problema perduró durante el siglo XIX, como es lógico en menor escala, a pesar de la igualdad ante la ley y del liberalismo reinante en ciertos sectores. Los morenos, organizados después de 1852, con el objeto de realizar la defensa de sus derechos, se quejaban desde la prensa de las arbitrariedades de la sociedad. Decían, por ejemplo: "En nuestro país, el hombre de color se encuentra excluido de esos derechos, ¿por qué? Por el solo hecho de pertenecer a una raza pobre y humilde".

Era común hallar en aquella época en los avisos que anunciaban funciones teatrales y bailes, la prohibición de asistir a ellos a las personas de color. Persistía aún en la aldea la tradición racista de la época de la esclavitud. Jóvenes poetas, hijos y nietos de an-

tiguos esclavos, periodistas apasionados, defensores de los derechos de una raza que durante siglos había conocido el dolor y el desprecio de sus hermanos, sabían tomar la pluma para recriminar actitudes racistas. Uno de ellos, Horacio Mendizábal, escribía en 1869:

¿Cómo en nuestro siglo decir á un hombre en su cara: "¡Negro! tú trabajarás para mí, tú serás mío, mi esclavo, mi cosa, ¡YO SOY TU AMO!" ¿Cómo gritarle frente á frente ¡mulato eres criminal, porque tu frente es oscura; ¡canalla! tú no tienes patria, sinó para morir por ella defendiendo mis intereses; ¡mulato! no te educaré para que nunca levantes la frente donde yo la levanto!³⁹

Recordaba el poeta la actuación de sus hermanos en las guerras de la independencia, donde las tropas de color habían sabido empuñar el sable para defender la democracia que nacía. Agregaba más adelante:

No los proscibáis en colegios de castas; no los rebajéis pensad que son vuestros hermanos; pensad que como vosotros son la obra de Dios; una frente más ó menos tostada, no desdora; un corazón virgen y sencillo, es el mayor de los tesoros.

El 15 de julio de 1853 se plantean por primera vez —después de Caseros— algunos aspectos sobre la "Igualdad en la educación" en un artículo que se publica en un periódico porteño titulado *La Crónica*. Se hace referencia en aquella oportunidad a la situación de las escuelas bajo la dominación española, expresando luego el cronista que el Estado debía costear la educación, tanto la de los hombres de color como la de los blancos, pues "Todos somos iguales ante la ley en obligaciones y derechos". Afirma también que el 27 de octubre del año 1852 se habían presentado al Poder Ejecutivo varios ciudadanos de color haciendo notar que en algunas escuelas oficiales "principalmente en la del profesor Sr. Larguía, se hacía una separación de los niños blancos y de color". Solicitados los informes necesarios al mencionado profesor, éste negó rotundamente los hechos. El Fiscal del Estado, por su parte, en nota enviada al Ministro de Gobierno, el 30 de octubre de 1854, se expide sobre ese aspecto, expresando que la igualdad entre los hombres de color y los blancos debía ser un hecho en todo el país.

El profesor Larguía en su defensa argumentaba:

³⁹ HORACIO MENDIZÁBAL, *Primeros versos*, Imprenta de Buenos Aires, 1865.

que la diferencia de hora señalada para los niños blancos y los de color, provenía no solo de la estrechez del local que impedía que todos a la vez recibiesen las lecciones del maestro, sino que los de color tenían que desempeñar algunos servicios domésticos en las casas donde estaban conchavados, que les impedía asistir en las primeras horas de la mañana.⁴⁰

El Rector de la Universidad—doctor José Barros Pazos—afirma con relación al mismo problema el 16 de junio de 1855 que debe respetarse la igualdad ante la ley y que los hombres de color pueden, si lo desean, llegar también a las aulas universitarias:

Es verdad—escribe—que no hay al presente cursando las aulas, joven alguno de color; pero el Rector de la Universidad, se consideraría feliz el día en que pudiera darse á esos ciudadanos la instrucción competente en ciencias y artes, para los que tan felices disposiciones se encuentran en algunos, instrucción, que tan necesaria les es bajo todos aspectos; como miraría con igual satisfacción, el que de las bancas de la Universidad saliera un joven de color ornada su frente con el bonete doctoral; por que eso probaría altamente el espíritu verdaderamente democrático de Buenos Aires.

Las palabras oficiales eran auspiciosas para los hombres de color, aunque en otros lugares de la ciudad con deliberado interés se los menospreciaba, imponiéndose la segregación racial en salones de baile y cafés.

La Crónica, del sábado 28 de julio de 1855, anunciaba que el dueño del café Filarmónica:

es sin duda enemigo de la igualdad de castas, y hace pagar caro a los parroquianos de color que visitan su establecimiento; esta es una profesión—agregábase luego—de principios anti fusionistas.

Al parecer el problema se había planteado a raíz de que un moreno amante de la música concurre al mencionado café y al pedir su consumición—una taza de café—se le quieren cobrar cinco pesos, cuando por lo general en lugares de esa categoría no valía más que uno, "dando sus dueños por causa de tan alta precio que el que la tomaba era un pardo".

Con posterioridad a 1852 se habían instalado en Buenos Aires y a raíz de la completa libertad decretada ese año varias escuelas para negros exclusivamente, hecho que indicaba claros intentos

⁴⁰ *La Crónica*, Buenos Aires, julio 15 de 1855.

de segregación racial. Documentos de 1857 nos señalan que por aquella fecha eran dos los establecimientos oficiales de primera educación—entre las catorce existentes en la ciudad dedicadas a los hombres de color. En 1857, en la totalidad de las escuelas porteñas se educan 1808 alumnos y en las dos segregacionistas (Rosario y Colegio Corazón de Jesús) 112 y 143, respectivamente, lo que indica aproximadamente un quince por ciento del alumnado.⁴¹

Los periódicos de los hombres de color se referían claramente a la situación racial de la colectividad. *La Raza Africana* o sea *El demócrata negro* expresaba en su "Prospecto":

Nuestra bandera es de paz é igualdad; nuestros principios y nuestras convicciones son las mismas que obligaron a nuestros mayores á hacer la gran cruzada de 1810, dando por resultado, *haber roto* la férrea cadena, con que el colono sujetaba *al esclavo*, y una vez rota, gozó *de libertad*, todo el Continente Sud Americano.⁴²

El periódico anuncia y edita su primer número el 7 de enero de 1858 bajo la dirección de Sandalio Escudero y Quiroga. Por razones económicas llegan a publicar solamente ocho números. Al desaparecer, *El Proletario*—sugestivo nombre—toma la palabra en defensa de la clase de color, hábilmente dirigida por el moreno Lucas Fernández. Aparecía una sola vez a la semana y se proponían, según lo anunciaban en el primer número, del domingo 18 de abril de 1858:

La educación de nuestros hermanos de color, será, pues, uno de nuestros principales tópicos, y de que nos ocupamos con constancia, para aprovechar ese germen de porvenir que la impregna, y que no necesita sino una mano benéfica y protectora que le abra las puertas cerradas, hasta aquí por intereses bastardos, para que se desarrolle y fructifique.

Se sostiene también en aquella oportunidad, la existencia en Buenos Aires de una "asociación del gremio de color fundada por él y para él", titulada *La Fraternal*, de neto carácter sindical, posiblemente una de las primeras existentes en el país.

En el segundo número se da a conocer un artículo titulado "Las clases altas de la sociedad y la de color", donde luego de analizar la situación floreciente de la Argentina afirma el redactor que los

⁴¹ *Archivo General de la Nación*, División Gobierno, Sección Gobierno, *Aduana*, 1853-1870, Sala X, A.27-C. 3-No. 1.

⁴² *La Raza Africana* se publicó en Buenos Aires por la Imprenta de la Reforma Pacífica.

hombres de color habían hecho toda clase de sacrificios por su independencia y libertad y que deberían también participar de su riqueza y salir

de ese estado de barbarie, o absoluta ignorancia, afligente para el hombre de inteligencia y de corazón, en que lo sumergió más y más, esa bárbara y salvaje tiranía de veinte años; encerrándola en los campamentos, y haciendo de ella el principal e inocente instrumento de su poder y dominación.

Existía indudablemente una conciencia clara sobre los problemas que afligían a todos sus componentes, planteándose las con valentía. Se critica desde sus páginas al lujo innecesario y la situación racial y económica, con palabras adecuadas y sin temor a las opiniones. Como ocurriera con *La raza africana* o *El demócrata negro* deben suspender sus actividades en el octavo número (junio 16 de 1858). El periodismo de color había expresado en dos oportunidades —en un solo año— la miseria de una raza que hacía más de dos siglos trabajaba por la grandeza del país.

El Unionista, periódico que representaba a un importante sector de los negros residentes en Buenos Aires, es terminante en sus apreciaciones sobre los intentos de segregación racial realizados por cierto grupo de la población. Debajo del título de esta hoja impresa anotaban en 1877: "Órgano de la clase obrera" y demostrando que verdaderamente lo era en el número 17, correspondiente al 9 de diciembre de 1877 publican un editorial titulado "Negros y blancos" que refiere claramente las intenciones de aquellos morenos y la ideología del periodista de color:

Los hombres todos son iguales —se afirma— y sólo se distinguen como hemos dicho por su mayor inteligencia o por su dinero, pero en ningún caso por su color.

Refiriéndose luego a las leyes del país y a los problemas específicos de la aldea porteña expresan su desagrado por la tradición aristocratizante de las familias tradicionales:

Pero desgraciadamente, como hemos dicho antes, entre nosotros la constitución es letra muerta y abundan los condes y marqueses; los cuales, siguiendo el antiguo y odioso régimen colonial pretenden tratar a sus subordinados como a esclavos, sin comprender que entre los hombres que humillan hay muchos que ocultan bajo su tosco ropaje una inteligencia superior a la del mismo que la ultraja.

Las palabras anteriores señalan claramente la diferencia de trato entre los blancos y los negros en aquellos años en que la in-

migración europea no llegaba aún a nuestras playas en considerable número. El proletariado moreno era el peor tratado en la ciudad.

Eran frecuentes las burlas por parte de ciertos grupos a las fiestas de las sociedades africanas. Recuerda un testigo de aquellos hechos que el 3 de abril, al conmemorarse el Día de San Benito —santo negro— salían los morenos en procesión alrededor de la manzana de la iglesia de Santo Domingo, donde se guardaba su imagen. En momento de desarrollarse la procesión muchos curiosos se instalaban en las esquinas y a lo largo de las veredas, insultando a los pobres negros, expresándoles, por ejemplo: "A los blancos hizo Dios, a los mulatos San Pedro y a los negros hizo el diablo para tizón del infierno" y otras frases similares.⁴³

Periodistas y escritores de color daban a conocer en la prensa las prohibiciones que tenían que sufrir aquéllos en algunos lugares de esparcimiento. Mencionamos al azar el "Jardín Florida", que por medio de un aviso prohibió la concurrencia de la gente de color y el "Circo Nacional", como así también algunos salones de baile y escuelas de Buenos Aires. Héctor Varela desde el Congreso Nacional y la prensa periódica lucha a favor de los morenos con el objeto de impedir la segregación racial. En una carta que le remiten los hombres de color en 1880 se hacía referencia a su valiente actitud. Expresándole en aquella ocasión: "Para usted no existen las *clases* humanas, ni los privilegios de razas. Todos somos iguales ante la ley y todos gozamos las mismas prerrogativas ante las leyes sociales". Recordaban en esa oportunidad que un año atrás habían escuchado en la Cámara de Diputados con inmenso placer su defensa en favor de la gente de color. Varela, frente a los atropellos segregacionistas de la aristocrática aldea porteña escribe: "El negro y el mulato tienen los mismos derechos que el blanco, y sería infame admitir que a ese negro y a ese mulato, al que se le pide su sangre para defender su libertad los días en que está amenazada, se le negase la entrada a un baile de máscaras, al cual suelen entrar *blancos* que no valen la suela del zapato de uno de esos negros y mulatos. Si esta prohibición permaneciese —termina diciendo— lo que la gente de color tiene que hacer es muy sencillo: Compre su entrada, y entre por la fuerza, si es que no lo dejan entrar libremente".

Los morenos agradecen con un homenaje sincero y cálido la defensa de sus intereses realizada por "Orión" —popular seudónimo de Héctor Varela— en la prensa periódica de la época.

⁴³ CARLOS ALBERTO CARRANZA. *Recuerdos de infancia*, Buenos Aires 1947. p. 285. El autor sitúa sus recuerdos entre 1870 y 1876.

Con ese motivo organizan un gran banquete en el entonces pueblo de Belgrano—hoy un tradicional barrio de Buenos Aires—al que concurren muchos invitados de la "sociedad de color".

Las sátiras que publican desde sus hojas impresas tienen por objeto defender sus intereses y la igualdad que la ley les otorgaba y que algunos querían negarles. Trascribimos a continuación por su curiosidad, unos versos relacionados con la prohibición de concurrir al salón de baile denominado "Circo Nacional". En ellos figuran algunas palabras del lunfardo porteño y menciones acerca de las costumbres de la época.

Dicen que "Beodo" el del Circo
Que le llaman Nacional
No deja entrar a las "negras"
Por que no saben bailar.

Dice también que á la "chusma"
También le es prohibido entrar,
Pero entran "gabiones" finos
Que estudian para robar.

De la Boca vienen "loras"
Con polleras de "cancan"
Sin que les falte la "bota"
Ni en la liga el puñal.

Con el "reboso" terciado
"Cachimbo" a medio acabar,
Entran por la portería
Como ovejas al corral.

Y cantando la "milonga"
En tono de Do mayor,
Las recibe en empresario
Con el agrado mejor.

Y "Beodo", ya apronta el "guizo"
y vá á buscar que tomar,
Pero vuelve descontento
Porque no le quieren fiar.

Se arma cada trifulca
Como una gran tempestad,
Y trompis y puñaladas
De gratis allí se dan.

La caña con limonada
 Figura que es un primor,
 Y "Beodo", chupando prueba
 Que también es bebedor.

Así son los boliches
 Del gran Circo Nacional:
 ¡¡¡Y no dejan entrar "negras"
 Por que no saben bailar!!!

En enero de 1880 se presentan a la Municipalidad de Buenos Aires solicitando se prohíba a varios empresarios de teatros—en aquella oportunidad se referían al *Opera* y al *Variedades*—hacer "distinciones odiosas e injustificables entre las personas que con garantías suficientes de cultura, desean tomar parte en los bailes de máscaras".⁴⁴ Anunciábase en el periodismo la posibilidad de una concentración, de los hombres de color en la plaza Lorea con el objeto de dirigirse luego a la Plaza de la Victoria, actual Plaza de Mayo, protestando por las medidas que se habían tomado.⁴⁵

El diario *La Prensa*, de Buenos Aires, anunciaba que la solicitud sería acogida favorablemente en la Municipalidad, según se les había informado, opinando luego sobre el problema:

No podía ser de otra manera: las pretensiones de los reclamantes son justas. No podemos dudar del triunfo de los solicitantes, porque sería una ignominia para este pueblo que se sancionase oficialmente el reinado de las castas privilegiadas y de los fueros aristocráticos en nuestro seno. ¡Cuántos de esos ciudadanos expulsados, con vergüenza de su decoro de un teatro público, son más decentes que otros que remedan al alabastro con la blancura de su tez! El espíritu de la democracia ha sido proscrito de los comicios populares: ahora se pretende proscribirlo también hasta de los bailes de máscaras.

La ciudad democrática de aquel agitado año 1880, veía con desagrado las medidas de los dueños de los salones de baile—influidos en muchos casos por sus aristocráticos concurrentes—y co-

⁴⁴ *La Prensa*, Buenos Aires, jueves 22 de enero de 1880.

⁴⁵ Se expresaba en *La Prensa* el 22 de enero: "Una comisión especial constituida con el objeto de encaminar los trabajos que se hagan en el sentido indicado, acaba de resolver de acuerdo con sus corrientes, que cualquiera que sea el resultado que se obtenga en la gestión iniciada ante la Municipalidad, para el lunes próximo a las ocho de la noche se invitará a las personas de color a una reunión pública que se celebrará en la plaza Lorea".

mentaba indignada las medidas que se habían tomado. Esperaban con interés los morenos el informe del Asesor de la Municipalidad al Presidente de la misma, anunciándose con anterioridad que sería favorable a éstos. El 23 de enero se expide el Asesor, señor Belaústegui, sobre la pretensión de las empresas de baile de querer oponerse a la libre concurrencia de las personas de color, opinando que la Municipalidad "prohiba poner en práctica semejante disposición", anotando en su interesante informe que

Lo que las empresas de baile pretenden se opone a los principios fundamentales de nuestras instituciones republicanas. La Nación Argentina —agregaba luego— no admite prerrogativas de sangre. Todos los que ocupan su territorio son iguales ante la ley, siendo esta igualdad la base del impuesto y de los cargos públicos.

Refiérese a las actitudes de los hombres de color, especialmente a la anunciada manifestación, afirmando con firmeza:

Excluir de los lugares de concurrencia pública a una parte del público, es hacer una excepción odiosa que desconoce derechos garantidos por nuestra Constitución y que necesariamente debe sublevar los ánimos, siendo causa de resistencia y desórdenes.

El mismo día el Presidente de la Municipalidad dirige al Jefe de Policía una copia del citado informe expresándole que "debe la policía hacer saber a tales empresas que no tienen derecho para impedir la entrada a los bailes de máscaras a la gente de color".

La segregación racial se aplicó en algunos casos en las iglesias católicas, separándose en los oficios religiosos a los negros de los blancos, especialmente en aquellas que pertenecían a barrios de "familias decentes" como se denominaba a los antiguos propietarios de esclavos, descendientes de antiguos pobladores españoles.⁴⁶ Un periodista de color en una hoja impresa de los morenos anota en 1882 agudas críticas sobre ese aspecto. Se refiere en su artículo

⁴⁶ La estructura social entre los habitantes de Buenos Aires era muy estrecha. Memorialistas pertenecientes a la capa social dominante al referir sus recuerdos de infancia apuntan observaciones sobre este aspecto. Otros, en cambio, guardan en sus libros la misma actitud "clacista" que en la realidad. Uno de ellos escribe refiriéndose a ese aspecto: "Las familias más humildes o modestas sabían darse un lugar, sin demostrar la más mínima envidia hacia las más acomodadas. Se decía: *niños bien, niños decentes o familias decentes* a los que, adinerados, se vestían con cierta elegancia, no obstante que faltaba a muchos de ellos la decencia. Mucho respeto existía del inferior al superior, y si bien no había por la ley esclavos, sin embargo, quedaban resabios del antiguo sistema". (Carlos Alberto Carranza, *op. cit.*, p. 17).

lo al casamiento de una pareja de negros—Eleuterio Díaz y Matilde Otárola—realizado en aquellos días, comentando que en la Iglesia del Socorro los habían obligado a casarse en la sacristía, tratándolos de "perros", como textualmente se dice. Agrega en aquella oportunidad que este lamentable hecho era muy frecuente y que por lo general cuando veían a hombres de color en los oficios divinos los echaban, aplicándoseles el mencionado epíteto, acotando más adelante al referirse al cura párroco que no podían tolerarse en él "estas palabras salidas de un santo varón".⁴⁷

La creación de un colegio para niños de color es motivo de severas críticas. De acuerdo a la opinión de los morenos esa medida llevaría a la separación completa de la sociedad. "El Estado —anotan— sostiene los colegios, ¿para quién?, para los millares de niños que reclaman instrucción; ¿y acaso los nuestros, por ser de tez más oscura, no están comprendidos entre los demás?"

La sociedad morena de aquella época contaba entre sus miembros personas que se destacaban en distintas ramas de la actividad cultural: Horacio Mendizábal —poeta y periodista—, Santiago Eljalde —publicista y defensor apasionado de los intereses de su raza—, Ida Edelvira Rodríguez —poetisa y cronistas social, amiga y colaboradora de Gervasio Méndez—, los periodistas Froilán P. Bello, Juan A. Costa, Dionisio Malo, José M. García, Valerio J. Bello, etc.⁴⁸

A estos nombres podemos agregar el de los pintores Blanco de Aguirre y Bernardino Posadas, el primero profesor de dibujo en el Colegio Nacional. Eran numerosos los músicos, que mencionaremos en otra oportunidad. Los periódicos de la época nos refieren sus actividades como compositores y maestros en su especialidad. Hemos de recordar un solo nombre: Juan L. Espinosa, autor en la época de numerosas piezas populares que la sociedad porteña ejecutaba en sus bailes. Los morenos poseían teatro propio. Las crónicas nos refieren que ya en la época de Rosas —en 1837 por ejemplo— existía una compañía de pardos aficionados al arte de Talía. Algunos morenos viajan a Europa y publican en la prensa periódica interesantes crónicas. Entre 1852 y 1890 son propietarios de unos diez órganos de difusión que llevan a sus hermanos

⁴⁷ *La Razón*, número 3, abril de 1882.

⁴⁸ JORGE MIGUEL FORD, *Beneméritos de mi estirpe*, Esbozos sociales, La Plata, 1899. En el prólogo de este libro su autor hace la defensa de los hombres de color e incluye como acápite las siguientes palabras de Manuel F. Mantilla: "Esa raza que la iniquidad humana condenó a la esclavitud, violando las leyes de la naturaleza tiene en nuestro pasado grandioso, más gloria que la reflejada por la muerte de los suyos: gloria vinculada a todos nuestros triunfos i a todas nuestras temerarias empresas".

las inquietudes y deseos de aquella sociedad que tanto había hecho por la patria y que tanta justicia merecía.

Los periódicos redactados por ellos y para ellos *La Juventud* y *La Broma* fueron el palenque donde se ejercitaban las inteligencias más jóvenes: hoy comentaban en los usos, los trages y los bailes, a las clases más acomodadas. Los hombres forman la clase inferior de los empleados, o mejor dicho, ejercen el servicio en las oficinas públicas: muy bien vestidos y calzados.⁴⁰

Los ancianos de color recordaban con nostalgia las campañas militares de la Independencia, mientras sus hijos se veían alejados en la ciudad porteña y en otras regiones del país de los centros de cultura y de la política. Pero a pesar de todos los inconvenientes, como hemos visto, algunos se destacan y salen del anonimato. Mucha razón tenía el joven Horacio Mendizábal al escribir las siguientes líneas con las cuales damos término a esta breve evocación del hombre de color después de Caseros:

¿Tendréis horror de ver un negro sentado en el primer puesto de la república? ¿Y porqué, si fuese ilustrado como el mejor de vosotros, recto como el mejor de vosotros, sabio y digno como el mejor de vosotros? Tan sólo porque la sangre de sus venas fué tostada por el sol de Africa en la frente de sus abuelos? ¿Tendréis horror de ver ~~sentado en las bancas del Parlamento~~ a un hombre de los que con tan insultante desdén llamais *mulato*, tan sólo porque su frente no fuese del color de la vuestra?

Si eso pensáis, yo me avergüenzo de mi pueblo y lamento de su ignorancia.

*Breve esquema de la población
de color a partir de 1880*

EN los últimos años de la centuria pasada el número de morenos había disminuido considerablemente. El proceso, iniciado en los primeros cincuenta años del siglo XIX, continúa después de Caseros y puede afirmarse que la guerra sostenida con el Paraguay y otros hechos internos de carácter militar, hicieron como anteriormente, durante las guerras de la independencia, que disminuyera considerablemente su número. El prologuista del *Segundo Censo de la República Argentina*—realizado el 10 de mayo de 1895—refiriéndose a los problemas recién mencionados afirmaba:

⁴⁰ VÍCTOR GÁLVEZ, opus cit., p. 259.

El período de medio siglo que abarca la era de la Independencia y de la constitución orgánica del país vió formando parte de todos los ejércitos a un gran número de valientes y abnegados negros, que acabaron casi todos por morir en los campos de batalla, en los campamentos militares o en el bien ganado retiro después de sus patrióticas luchas.⁶⁰

Pocos años antes, en 1887, sobre una población aproximada en la ciudad de Buenos Aires de 430,000 habitantes, existían, de acuerdo a las estadísticas que disponemos, 8,005 negros, de los cuales la mitad, según se afirma, serían "puros", repartiéndose el resto entre los mulatos y chinos.⁶¹ El porcentaje era del 18 por mil. En el enrolamiento total de ciudadanos de 1881 sobre un total de 56,838 hombres presentados bajo armas en la Provincia de Buenos Aires—incluida la ciudad—se clasificaron como pardos y negros solamente 956, es decir, apenas un 16 por mil. El número de las normas disminuía considerablemente día a día; sus causas múltiples y complejas son difíciles de establecer frente a la carencia de estadísticas de aquella índole.

Sabemos que en 1887 el número de mujeres de color era inferior al de los hombres, como se anota pocos años más tarde en el capítulo titulado *Raza Negra* del Censo Nacional de 1895.⁶² Al referirse a la situación de la ciudad en el momento de ser realizado el censo—año de crisis y difíciles problemas políticos—acota el prologuista:

Puede decirse que actualmente no existen negros en cantidad apreciable sino en la Provincia de Buenos Aires y especialmente en la Capital Federal, donde ocupan con preferencia los puestos del servicio doméstico, principalmente en las casas de las familias pudientes, que tiene como un lujo la ostentación de ellos, cubiertos con ricas libreas, en los pescantes de su carruaje o en las porterías de las habitaciones.⁶³

En el último decenio del siglo el número de morenos disminuía considerablemente en Buenos Aires y se olvidaban los candombes del *Barrio del Tambor*. El carnaval porteño daba paso a *moreiras* y *cocoliches* y las comparsas no imitaban ya sus cantos; las calles de la

⁶⁰ *Segundo Censo de la República Argentina*. Mayo 10 de 1895, tomo II, *Población*, Buenos Aires 1898, p. XLVI.

⁶¹ *Op. cit.*, p. XLVIII.

⁶² *Op. cit.*, p. LIX. Repartidos de la siguiente manera: hombres 3,300, mujeres 4,700.

⁶³ *Op. cit.*, p. LIX.

ciudad no se alegraban con el rumor de sus pregones. . . los niños no corrían más detrás de sus canastas con dulces. Alrededor de 1900 las calles ensacharon sus veredas mientras Montserrat —antiguo lugar de residencia de los morenos— se acercaba al centro, compartiendo las luces y las cercanías del progreso. El Norte, barrio nuevo y pujante, ganó la delantera con sus lujosos palacios y amplias avenidas. El Sur, en cambio, aún agonizaba en sus recuerdos: casas pobladas de inmigrantes, depósitos y talleres. Pero allí las calles no escuchaban en la noche el ya perdido rumor de sus voces y de sus parches. . . Eran fantasmas de un tiempo ya ido, dolores y lágrimas de cadenas escondidas.

LAS CONCEPCIONES POLÍTICO-SOCIALES DE F. FERRER GUARDIA

Por Sol *FERRER GUARDIA*

LAS páginas que siguen se proponen aclarar circunstancias y hechos relacionados con la cosa pública en un momento histórico todavía insuficientemente estudiado, no obstante haber despertado, cuando tuvieron lugar, tantas pasiones contradictorias que se enfrentaron y combatieron. A ello sucedió la consabida conspiración del silencio, urdida por aquellos a quienes interesaba disimular flagrantes defecciones.

Ensalzado por unos y odiado por otros, Ferrer Guardia y su obra tuvieron trascendencia indiscutible. Actualmente resurge la figura de Ferrer de nuevo, como ejemplo, enseñanza de las gentes, ante nuestros mismos problemas de cultura, justicia y de paz, en el camino de la razón y de la verdad.

Fue Ferrer un rebelde de voluntad vigorosa, de gran sinceridad. Supo vivir y morir generosamente, según la buena tradición hispana, la de sus mártires y libertadores. Tuvo fe inquebrantable en la humanidad, y quiso servirla. Murió con la sencillez del que cumple con amor el deber que le dicta su ideal.

LAS ideas políticas y sociales tuvieron papel preponderante en la estructura y pedagogía de la Escuela Moderna de Ferrer. Los principios de la filosofía libertaria informaron, desde luego, la enseñanza de la Escuela. Empero, fueron sólo los detractores de Ferrer quienes pretendieron que se trataba de una escuela para la formación de terroristas. Semejante acusación fue lanzada contra el fundador de la Escuela Moderna por las autoridades constituidas que lo condenaron. Este, en cambio, acusó a las potestades eclesiásticas, y en especial a los jesuitas, de haber tramado su encarcelamiento con objeto de deshacerse, no tanto de su persona, como de la Escuela.

Se le ha reprochado a Ferrer de haber querido hacer del niño un rebelde; sin embargo, la coeducación de clases llevada a cabo en su Escuela parece todo lo contrario de una incitación a la rebeldía;

el sistema que separa alumnos pobres y ricos es el que siembra odios.

La regeneración de la sociedad que anhela Ferrer sólo puede realizarse según sus propias palabras, por hombres dignos de este nombre. He aquí lo que escribe:¹

"La coeducación de pobres y ricos, que pone en contacto unos con otros en la inocente igualdad de la infancia, por medio de la sistemática igualdad de la escuela racional, esa es la escuela buena, necesaria y reparadora".

Considera la instrucción como el requisito indispensable para todo cambio político o social. Para Ferrer Guardia los movimientos políticos de liberación de las masas adolecen de una grave falla, no atacan el mal en su raíz, y por consiguiente están avocados al fracaso. "¡Qué pérdida de tiempo!" apunta (en la Explicación preliminar, p. 23), "Imagínese lo que sería la presente generación si el partido republicano español, después del destierro de Ruiz Zorrilla, se hubiera dedicado a fundar escuelas racionalistas al lado de cada comité, de cada núcleo librepensador o de cada logia masónica..." y "A nadie chocaba el absurdo dominante por la incongruencia que existe entre lo que se cree y lo que se sabe, ni nadie apenas se preocupaba de dar forma racional y justa a la solidaridad humana". (p. 24).

La exhortación dirigida a los profesores de la Escuela Moderna por Anselmo Lorenzo confirma el objetivo de la Escuela (Prefacio, *ibidem*, p. 16):

"Habéis de emancipar y generalizar la enseñanza, que no ha de ser como hasta ahora, un plantel de estúpidos creyentes, o un picadero para domar energías rebeldes, o un negocio industrial para sacar rentas a costa de la mistificación de las inteligencias; estáis destinados a fundar el verdadero equilibrio entre lo que se cree y lo que se sabe, y con esa laudabilísima tarea daréis a la sociedad aquel fundamento sólido que en vano ha buscado hasta el presente".

La educación preconizada por Ferrer, como antes indicamos, ha sido frecuentemente calificada de anarquista. Parece oportuno aclarar aquí este punto, ya que se suele interpretar este término por los comentaristas de Ferrer en el sentido acreditado por las actividades de carácter extremista, propias de los métodos de acción directa.

Se ha silenciado en demasía que existe una corriente de la filosofía libertaria que se basa en la educación y promoción del individuo. Esta modalidad de pensamiento que no es hoy día la de menos envergadura, se entronca con las enseñanzas de Ferrer Guardia.

¹ *La Escuela Moderna. Póstuma explicación y alcance de la enseñanza racionalista*, por F. FERRER GUARDIA, Editorial Maucci, Barcelona, 1910, p. 61 y siguientes.

Charles Auguste Bentemps, notable seguidor de esta corriente de ideas en Francia, abunda en esta opinión.

Los libertarios habían fundado en numerosos países universidades populares, destinadas a educar al pueblo de acuerdo con las concepciones de los teorizantes del movimiento. Estas ideas hacían hincapié, no obstante las divergencias de ideología, en el valor intrínseco del individuo. Y esto, por reacción contra el autoritarismo peligroso del Estado centralizador. La instrucción adquiere pues, desde esta perspectiva, enorme trascendencia: se constituye en parte esencial de la dialéctica anarquista; crea las bases de la sociedad futura liberada de la opresión de clase.

Desde este punto de vista, el pensamiento de Ferrer Guardia sobre la educación y las esperanzas que forma para el porvenir coinciden con las de la concepción anarquista. Dejemos de lado, de momento, los aspectos políticos y sociales considerados aisladamente, para enfocarlos desde el ángulo educativo tal como los concibió Ferrer.

Condena el orden social existente en España por injusto para con las clases oprimidas y quiere educar al pueblo para que esté en posición de rebelarse, si entonces lo estima necesario, lo haga con plena conciencia y con la suma eficacia. Pero su escuela no se propone sembrar amores ni odios. (*Ibidem*, Cap. VI, p. 61).

Las universidades populares libertarias procuraban remediar el estado de ignorancia del pueblo, que se sublevaba en condiciones tales, que a cada intento subseguía indefectiblemente el fracaso. La educación se convierte pues en un medio para la transformación del orden social; la difusión del saber sólo puede por consiguiente favorecer el establecimiento de un orden mejor. Ferrer asegura que la educación puede bastar a cambiar primero al hombre en su constitución cualitativa, luego será éste quien reconstituirá la sociedad.

La lucha política no es la menor de las preocupaciones de Ferrer, empero, para él esta lucha depende enteramente de la claridad de visión que el pueblo logre y de su toma de conciencia.

No deja de ser lo menos significativo de la influencia de la obra de Ferrer Guardia el hecho de que, tras los trastornos políticos de nuestro tiempo, los pensadores libertarios, al enfocar de nuevo los problemas actuales, se colocan explícitamente dentro de la línea del pensamiento de Ferrer.²

LOS *Principios de moral científica*. Para uso de las escuelas racionalistas escritos por Ferrer Guardia durante su primer encarcela-

² Ampliación de la tesis doctoral en Sorbona de SOL FERRER GUARDIA,

miento (1906-1907) y que no se publicaron por haberle faltado tiempo para darles su forma definitiva, resumen sus ideas políticas y sociales. Hallamos este manuscrito entre los papeles que se salvaron de las pesquisas policíacas de Mas Germinal.³

Esta obrita persigue doble finalidad: por una parte se propone que el niño se de cuenta de las injusticias sociales, y por otra, procura educar su sentido moral con miras a la organización de una sociedad equilibrada.

Ilustra estas ideas el prefacio dirigido a los maestros, del cual aducimos unas líneas: "... suplico al profesorado que para hacer más patente la inmovilidad social reinante hagan acopio de todos los hechos que relata la prensa y se hallan en los libros de Historia y demás para relatarlos a los niños cuando se presente la oportunidad..."

"Son innumerables los hechos que pueden servir de ejemplo para que los niños se convenzan bien de la realidad de las injusticias sociales.

No dejarán tampoco mis colegas de ayudar a los niños a la comprensión de lo que puede ser una sociedad moral, haciendo resaltar que solamente será posible entre hombres de sentimientos bondadosos y convencidos de que la felicidad ajena es indispensable para la dicha propia, y que una sociedad no se formará por sí sola, ni la formarán los gobiernos, ni los sabios, ni la gente privilegiada, sino ellos mismos cuando sean hombres morales y unan voluntad y esfuerzo para establecerla".

Ferrer condena la sociedad tal como se halla constituida actualmente. Dice que se llama impropriamente "pacto social" al modo de vivir de los hombres, porque nunca hubo tal pacto. "La sociedad quedó formada por imposición de los unos y la debilidad de los otros. Y como donde hay imposición no hay justicia, la sociedad humana carece de moral". Termina diciendo, "No hay moral social en ninguna nación del mundo... pocos piensan todavía en un cambio absoluto del régimen capitalista... La tierra cultivada por el hombre al hombre ha de pertenecer... Basta que esta idea penetre en las mentalidades morales para que ellas hallen la manera de poner en aplicación esta realidad... No importa el nombre que puede darse al régimen nuevo: Sociedad moral, República comunista, República Social, República Federal Comunista, etc., etc."

Aquellos conceptos que se atreve a formular Feijóo respecto a la patria, volvemos a leerlos ahora en Ferrer, quien añade, en el capítulo de la obra citada que trata de "La moral militar": "A las po-

La Pensée Politique et Sociale de Francisco Ferrer, que saldrá a luz en París, a principios de 1962.

³ Finca de Ferrer en Montgat (Barcelona).

sesiones adquiridas por la astucia y la fuerza les dieron el nombre de patria, los primeros que lograron afianzarse sólidamente en el mismo paraje. . . .”

“Lo curioso del caso es que el acto de los primitivos que fue voluntario y por de momento, circunstancial, se ha transformado gracias a la inteligencia de los unos y a la ignorancia de los otros, en actos obligatorios.

En efecto, casi todo el mundo cree hoy ser un deber, el más sagrado, el defender la patria, aunque no tenga uno donde caerse muerto, ni dónde coger nada de lo más indispensable a su vida. . . .

En los primitivos tiempos las gentes de armas conocían a lo menos a quién defendían, sabían por qué luchaban y no ignoraban por qué exponían aunque tontamente sus vidas. . . .”

No obstante el proclamado antiespañolismo de Ferrer, tan aprovechado por la reacción, en España es donde crea la Escuela Moderna. Prueba patente de que esas ideas antipatrióticas suyas en modo alguno trascienden a actos nocivos a España, sino por el contrario. Se opone a la exaltación fanática de la idea de patria que el Estado alimenta; pero sus actos sólo redundan en bien del país.

LA obra toda de Ferrer inspirada en preocupaciones de orden político-social, determina el carácter de su pedagogía; ésta será el medio que condicionará la eficacia del cambio anhelado.

La Escuela Moderna que funda en Barcelona en 1901 cristaliza sus ideas pedagógicas, aún no rebasadas hoy día. . . . Instauro principios entonces revolucionarios, como la coeducación de clases sociales y de sexos. A este último respecto veamos lo que señala:

“El propósito de la enseñanza mixta es que los niños de ambos sexos tengan idéntica educación; que por semejante manera desenvuelvan la inteligencia, purifiquen el corazón y templen sus voluntades; que la humanidad femenina y masculina se compenentren desde la infancia, llegando a ser la mujer no de nombre, sino en realidad de verdad, la compañera del hombre”. (*La Escuela Moderna*, cap. “Necesidad de la enseñanza mixta”).

En cuanto a la coeducación de clases sociales, sabemos que acudían a su escuela hijos de intelectuales (los de Odón de Buen, por ejemplo), de industriales de las manufacturas textiles catalanas, y los de obreros. La cuantía de la matrícula dependía de la posición económica de los padres de los alumnos, y era gratuita para los trabajadores, cuyo mísero salario era de sí ya insuficiente para cubrir las necesidades más elementales, “practicando una especie de

nivelación que iba desde la gratuidad, las mensualidades mínimas, las medianas a las máximas".⁴

Existía ya en la Escuela Moderna estrecha y eficazísima vinculación entre el profesorado y los padres de los alumnos. Los domingos se organizaban conferencias para adultos a que acudían los padres de los niños, donde hablaban personalidades nacionales y extranjeras.

Había visita médica semanal, con los cuidados inherentes, vacunación y demás, medida verdaderamente novedosa para esa época.

Se inauguró la Escuela Moderna el 8 de septiembre de 1901 con 30 alumnos; el tercer año de su existencia hay 114 alumnos en la escuela de la calle de Bailén y 32 escuelas similares en Cataluña que usan los libros de texto editados por Ferrer. En un banquete celebrado en el Tibidabo en 1906 asisten más de mil alumnos de la región.

Poco tiempo antes de su fusilamiento, Ferrer funda una Escuela Normal para maestros y organiza un museo pedagógico, instituciones que no llegaron a funcionar.

Después de la muerte de Ferrer, las escuelas cambian de nombre y subsisten 56 en España.

PERO la labor educativa de Ferrer Guardia no se limita a las tareas de la Escuela Moderna. Funda al mismo tiempo una editorial que lleva el nombre de la Escuela. Complemento lógico de ésta, publica libros de texto y de divulgación cultural, a precio bajísimo para que fuesen asequibles a las clases más desheredadas de la sociedad. Colaboran en esta empresa intelectuales españoles y extranjeros del mundo de las ciencias y de las humanidades, como: Ramón y Cajal, Odón de Buen, el Dr. Martínez Vargas, Kropotkin, Eliseo Reclus, Jean Grave, Carlos Malato, M. I. Nergal y tantos más. Se publican obras como: *Evolución superorgánica. La naturaleza y el problema social*, de Enrique Lluria; prólogo de Ramón y Cajal; y por el mismo autor, *Humanidad del porvenir*, epílogo de Carlos Malato; *Geografía física*, de Odón de Buen; prefacio de Eliseo Reclus; *Psicología étnica. Estudio científico-sociológico de la humanidad*, de Ch. Letourneau; *Ciencias naturales*, en 4 tomos, de Odón de Buen; *Patriotismo y colonización*, con prefacio de Eliseo Reclus; *La Escuela nueva. Bosquejo de una educación basada sobre las leyes de la evolución humana*, de J. F. Elslander, etc., etc.

El alcance y difusión de las publicaciones de la editorial de

⁴ *Ibid.*, p. 62.

Ferrer, aparte sus lógicos amigos, y los detractores, despertó sorprendentes adhesiones a veces en los confines del mundo de habla española. A guisa de ejemplo curioso se aduce íntegramente la siguiente carta del Obispo máximo de Filipinas, con la respuesta de Ferrer:⁵

"Inesperada felicitación

Manila, I. F.

Marzo, 10, 1909

Sr. D. Francisco Ferrer Guardia
Director de la Escuela Moderna
Barcelona.

Muy Sr. mío y de mi más distinguida consideración: Mi delegado en Barcelona, Sr. Isabelo de los Reyes, me ha enviado muestras de las magníficas obras que Ud. edita. Me han sorprendido gratamente por lo modernistas, científicas y civilizadoras de sus enseñanzas. Si los filipinos hubiesen estudiado dichas obras, en vez de las embrutecedoras de los frailes y jesuitas, que tienen toda la hediondez de un nicho, se habrían instruido en pocos años, lo que no consiguieron en cerca de cuatro siglos leyendo las fantásticas disquisiciones de Santo Tomás de Aquino, San Agustín y otros, que en su época, sin duda, fueron brillantes lumbreras de la Iglesia; pero ¿cómo vamos a enseñar las arcaicas enseñanzas de ellos a la juventud contemporánea de los aeroplanos, del radium y mil y mil descubrimientos científicos?

Sírvase Ud., pues, aceptar la más calurosa felicitación de nuestra Iglesia por sus laudables esfuerzos y martirios en pro del Racionalismo. Nuestra Iglesia cree que la razón es la inspiradora directa de Dios y que buscar la Verdad es buscar al Señor.

El Consejo Supremo de nuestros Obispos, que se compone de veinticuatro preladados, ha acordado, y el que suscribe tuvo la honra de sancionar que sean declaradas obras de texto de nuestros Seminarios y Escuelas, las *Ciencias naturales*, *Geografía física*, etc., por el Sr. D. Odón de Buen, a quien transmitirá Ud. el testimonio de nuestra admiración; *Primeras edades de la humanidad*, de Engerrand; *Psicología étnica*, de Letourneau; *El Hombre y la Tierra*, de Reclus, rectificando o explicando sólo las tendencias ateístas o antirreligiosas, diciendo que sus autores se hicieron antirreligiosos, por haber recibido como Ud., salvajes persecuciones de los que debieran ser imitadores del más dulce, humanitario, noble y librepensador de todos los maestros.

⁵ *Boletín de la Escuela Moderna*, No. 61, Año VII, 1 de junio de 1909.

Saludo respetuosamente en la digna persona de Ud. a todo el Profesorado de la Escuela Moderna de España.

Gregorio Aglipay
Obispo máximo de la Iglesia Independiente
de Filipinas

Refrendado:
Isidoro C. Pérez
Obispo Secretario"

He aquí el comentario de Ferrer, publicado a continuación:

Nos es grata la felicitación, principalmente por reconocerse en ella la eficacia instructiva de nuestra biblioteca en oposición a la de los libros de frailes, jesuitas y santos escolásticos; pero hemos de manifestar nuestra reserva ante la idea de "rectificar o explicar" las tendencias ateístas o antirreligiosas de tales obras, porque, ante todo sus autores no se hicieron antirreligiosos por sentimiento contra la persecución, sino por evidencia racional y científica, y, por tanto, lo que la felicitación pudiera tener de liberal y progresiva se desvirtúa por el carácter atávico de esa idea que representa la continuidad de la autoridad eclesiástica que define, aprueba y censura como árbitra suprema del pensamiento.

Además, en ese autoritario propósito de explicar o rectificar determinadas tendencias existe un grave peligro: dado el poder de limitar la libertad del pensamiento, de dar forma al cerebro en el molde de una fe ortodoxa, necesariamente ha de haber herejes; ¿qué hará con ellos ese Consejo Supremo? Por nuestra parte, por artificiosamente liberal que sea la contestación a esa pregunta, siempre la veremos inspirada en la sombra de Torquemada.

Sean, pues, en buenhora declaradas obras de texto en los seminarios y escuelas de Filipinas las obras de Reclus, Letourneau, Engerrand y de Buen, pero conste que en esa declaración sólo reconocemos y acatamos la respetable opinión de unos hombres, no la autoridad de unos obispos constituidos en Consejo Supremo; porque consideramos que todo hombre, como sujeto a las leyes que rigen la naturaleza humana más que a ningún convencionalismo religioso, jurídico o político, ha de tener la libertad, la facultad y la responsabilidad de su propio pensamiento, y toda colectividad definidora y limitadora del pensar, cualquiera que sea el pretexto con que se justifique, atenta contra el derecho humano.

No es la razón inspiración directa de Dios ni de un dios, sino simple funcionamiento del organismo animal; ni buscar la Verdad es buscar un señor, sino dirigirse a la libertad.

La razón no admite más que la evidencia, y si puede haber maestros que como profesionales faciliten el conocimiento, no puede haberlos depositarios ni monopolizadores de la verdad absoluta, que la

distribuyan en porciones a menores incapacitados para conocerla por sí mismos, ni puede ser tenido por "el más dulce, humanitario, noble y librepensador de todos los maestros" el que dijo, según el evangelista Lucas: "El que no es conmigo contra mí es; y el que conmigo no recoge desparra".

Con tales salvedades y con la esperanza de que las demostraciones de los autores declarados de texto prevalecerán sobre las rectificaciones y explicaciones teológicas de catedráticos y maestros, aceptamos la felicitación del Obispo máximo de Filipinas y transmitimos la noticia a nuestros lectores.

La gestión realizada por el Obispo máximo de Filipinas, independiente ya de la Iglesia de la antigua metrópoli, así como los términos de su carta constituyen testimonio elocuente, revelador de lo descaminado de los rumbos de la política colonial española, y de lo irrisorio de las teorías de enderezamiento y reconstitución del país sustentadas por los pensadores del 98 y los políticos liberales de principios de siglo. Quienes se vivían, ajenos a las exigencias de la actualidad y con sentimental apego a lo tradicional no es de extrañar que les inspiraran hondas inquietudes la obra y la actitud de un Ferrer Guardia. Ello explica tácitas e inconcesables alianzas, pasividades a primera vista sorprendentes, y animosidades enconadas en el bando que, visto desde el extranjero, debió haber prestado su apoyo incondicional a Ferrer. La responsabilidad de la campaña contra la obra de Ferrer Guardia no incumbe tan sólo a las derechas. Es preciso reconocer que el espíritu que alentaba en las antiguas colonias de España tenía una pujanza más auténticamente independiente, libre de vinculaciones anacrónicas, abierto a la modernidad. Por eso prosperaron las Escuelas Modernas en las Américas.

SIGAMOS viendo nuevos aspectos de la obra de Ferrer, en la que se destaca la publicación de revistas. Los *Boletines de la Escuela Moderna. Enseñanza científica y racional* se editaron mensualmente en Barcelona, desde octubre de 1901 a mayo de 1906. Quedó la publicación interrumpida con la clausura de la escuela y el encarcelamiento de Ferrer con motivo de su pretendida implicación en el atentado de Morral contra Alfonso XIII.

Los *Boletines* de la segunda época se publican entre el primero de mayo de 1908 y el primero de julio de 1909. Colaboraron en los *Boletines* pedagogos, sabios y escritores de renombre como: Paul Robin, Schedrin, Anatole France, H. Roorda Van Eysinga, J. F. Elslander, Leon Tolstoi, A. Forel, Charles-Albert, Simeon Pol-

tavsky, Upton Sinclair, Mary Wood Allen, G. de Mortillet, y muchos de los colaboradores de la editorial, por no citar más. Si la primera serie de boletines se dedica más exclusivamente a la pedagogía, la segunda tiene alcance humano más vasto e interés científico más específico.

A su liberación de la cárcel en 1907, Ferrer Guardia sale para el extranjero. Al recibirlo Malato a su bajada del tren en París, dirigiéndose a los presentes, dice: "Ferrer est désormais le champion de toutes les gauches, il occupe une place unique dans la ferveur de tous les militants". Continúa viviendo muy modestamente, no obstante estar manejando grandes capitales; se hospeda al viajar en hoteles de cuarto orden. Berta Deloney, en *L'Italia*, del 13 de octubre de 1910, diario publicado en París, escribe que visitó a Ferrer en 1908 en su pisito del boulevard St. Martin, que constaba de 3 cuartos, su despacho estaba atestado de libros y papeles, allí encontró al gran pedagogo, que tuvo que quitar los libros de una silla para ofrecérsela.

Publica en Bruselas, en noviembre de 1907, *L'École Renovée*, revista para la elaboración de un plan de educación moderna, extensión internacional de la *Escuela Moderna* de Barcelona. Se edita mensualmente. En octubre de 1908 traslada la redacción de la revista a París, donde se publica semanalmente; sale a luz en noviembre de 1908 y concluye con la muerte de Ferrer. La índole de la revista es semejante a la de Barcelona y ofrece además un aspecto particular, propio de la Francia de aquellos días: el problema de los sindicatos de maestros.

La *Scuola Laica*, revista internacional de propaganda para la instrucción racional, la publica Ferrer en Roma al mismo tiempo que *L'École Renovée* y lo hace en colaboración con los pedagogos y científicos italianos; es revista semanal ilustrada, dedicada como el *Boletín* de Barcelona y *L'École Renovée*, a la difusión de las modernas ideas pedagógicas.

EN el primer número de *L'École Renovée* Ferrer anuncia la fundación de la *Liga Internacional para la Educación Racional de la Infancia*, con Anatole France como presidente honorario; él mismo es presidente, representando a España, y vicepresidentes: Ch. A. Laisant (Francia), J. F. Elslander (Bélgica), Ernst Haeckel (Alemania), William Heaford (Inglaterra); Giuseppe Sergi (Italia), H. Roorda Van Eysinga (Suiza).

Con esta nueva empresa Ferrer orienta sus actividades con miras más trascendentes. Su acción adquirió sentido internacional de gran envergadura. En 1908 escribía a William Heaford en

Londres: "Sí, querido amigo, acepto su propuesta de encontrarnos en París, pero no para celebrar mi liberación, sino para fundar la 'Liga' en defensa de la libre enseñanza racionalista en todo el mundo. Ello constituiría base sólida para la paz entre pueblos e individuos..."

Alcanzó la Liga difusión rápida e internacional. Perduró en varios países de Europa y América después de la muerte de su fundador, especialmente en Portugal, donde se creó una revista, órgano de propaganda de las ideas racionalistas. Cuba crea un grupo que se adhiere a la Liga en La Habana, y en Regla se funda una escuela racionalista. En Uruguay, el director de la Escuela Normal de Montevideo encabeza la lista de adhesiones. En Buenos Aires, la Asociación de Profesores se suma a la Liga Internacional. El *Boletín de la Escuela Moderna* de marzo, 1909, publica un extracto del *Boletín de la Liga Internacional* que anuncia la formación de nuevas filiales de la Liga en el extranjero y en España. Entre otros figuran Italia, con secciones en Roma y en Milán, Amberes con una revista en lengua flamenca para la difusión del racionalismo en la enseñanza. En Inglaterra, "The Liverpool Communist School" se ha adherido a la sección de la Liga constituida en esa ciudad. En Alemania, se organiza un grupo en Francfort. En Francia varias asociaciones de París y de provincias se adhieren a la Liga. Se comunica también la formación de nuevas secciones de la Liga en varias ciudades catalanas, en Valencia, Madrid, Cádiz.

LA preocupación máxima de Ferrer Guardia se cifra en el hombre oprimido, en las clases desheredadas de la sociedad. Por eso cuanto emprende lleva el sello cordial de esa inquietud. Por eso, la Escuela Moderna, sus publicaciones, la Liga etc., van encaminadas a la liberación de las conciencias, al establecimiento de un orden justo mediante la educación de los hombres, a fin de que estén en posición de realizarlo, de forjárselo con garantías de eficacia.

Los objetivos de Ferrer son distintos de los perseguidos por Giner de los Ríos en su obra notable de la Institución Libre de Enseñanza, que consistía en la creación de una élite intelectual dentro de las clases privilegiadas. Por otra parte, a diferencia de los representantes de la "generación del 98", con los que coincide en el tiempo, Ferrer se propone y lleva a cabo un plan de actividad eficiente, positivo; las lucubraciones esteticistas y las sensiblerías de esa generación le son ajenas. Tiene acaso muchísima más afinidad con los pensadores latinoamericanos de ideología positivista y en especial con los ideólogos y hacedores de la Revolución Mexicana, con sus continuadores.

A CIEN AÑOS DE LA VICTORIA SOBRE LA INTERVENCIÓN FRANCESA EN MÉXICO

Por Agustín YÁÑEZ

LA victoria de las armas mexicanas encima de las francesas, el Cinco de Mayo de 1862, tuvo, ha tenido, tiene la virtud —*virtud* significa fuerza— de infundir a México la fe en sí mismo.

Los mexicanos de entonces la habían perdido. Los mexicanos de siempre la perdemos con frecuencia, con motivo diverso; sin razón real.

Volver al Cinco de Mayo con frecuencia, siempre, hoy más que nunca, es ejercicio ingente de salud pública: las naciones que dejan de creer en sí mismas, o sea: en el caudal conjunto de su historia y su futuro, están condenadas por sí propias.

En enunciado de Alfonso Reyes: "El carácter de un pueblo es función de dos datos en movimiento: su historia y sus ideales. Los ideales han de estudiarse en la historia, como desprendimiento de ella y como reacciones sobre ella". Un conjunto de circunstancias irremplazables hace del Cinco de Mayo la coyuntura positiva más propicia en la historia de México para conjugar la fe con la esperanza; el contrapunto activo de pasado y porvenir; el dramático careo entre realidad e ideales: éstos, que son formas anticipadas de realidades, y su realización en la conciencia individual o colectiva.

DERROTADO el Partido Conservador al final de los tres años que duró la guerra de Reforma, lleno de resentimientos, se echa en busca de un príncipe extranjero; reincide así en el error que lo indujo a fraguar el Plan de Iguala, cuarenta años atrás. Para lograr sus fines, explota las ambiciones de las cortes europeas y, principalmente, la paranoia de Napoleón tercero, emperador de los franceses.

Mientras prospera la esperanza de sus maniobras, ceba la inquina de su venganza por la victoria liberal de Calpulalpan, sacrificando en corto lapso a Ocampo, Degollado y Valle. Mas ya nada le vale la siembra del terror; nada le vale que acumule sobre México el nubarrón siniestro de las tres potencias: Francia, Inglaterra

y España, dispuestas a intervenir el destino de la República. Juárez no es el inconsistente caudillo militar de las cuatro décadas anteriores, que cambiaba de ideas como de casacas, y nada le importaba sacrificar a la patria en aras de ambiciones e intereses personales; media un abismo —mental, emocional y de estilo—, abierto por la guerra de Reforma, que sepulta en el ridículo las diversas representaciones del poder pretoriano, vanidoso, fanfarrón, que prevalecido del romanticismo imperante usaba y abusaba de la demagogia, resolviéndolo todo, hasta la derrota, con teatrales actitudes o de Napoleón implacable, o de víctima de ciego destino; ducho en frases ampulosas, en halagos efectistas y en bárbaros escarmientos.

Otra es la tónica de los hombres de la Reforma. Juárez opone al capricho versátil el imperio de la ley; a las satisfacciones placenteras, el duro sacrificio; a los gestos espectaculares, la discreta energía; al desaliento, la confianza y el tesón imperturbables. Lo rodean hombres de igual temple: caídos Ocampo y Degollado, los sustituyen respectivamente, al iniciarse la nueva y más temible invasión extranjera, Manuel Doblado e Ignacio Zaragoza, uno en la diplomacia, otro en las armas.

Con este punto vigoroso de apoyo, la situación difería ventajosamente de la que dominaba quince años atrás, al iniciarse la invasión norteamericana; pero por ello, ni por la desventajosa posición en que se había colocado el partido conservador, dejaba de ser una situación extremadamente grave.

La amenaza provenía de las tres naciones que gozaban fama de poseer el mayor poderío militar y económico. Una de ellas, España, cargaba el agravio de haber perdido en México a magnífico tributario, y disponía, en Cuba, de una estratégica base de operaciones. Inglaterra, protagonista del derrumbamiento de Napoleón Bonaparte, contaba con las reservas de su vasto imperio colonial, con su incontrastable dominio marítimo y con su tradicional astucia diplomática, que la hacían parecer invencible. Francia, bajo Napoleón tercero, cultivaba con habilidad el prestigio universal de Napoleón primero; había reconstruido un gran ejército, que llevó triunfante a Crimea e Italia; su nueva pujanza la hacía figurar entre las naciones ábitras del mundo.

De otra parte, la guerra de secesión hacía que los Estados Unidos se desentendieran de un hecho que afectaba a la doctrina Monroe; además, era muy reciente su intervención y estaba fresca la sangría inferida al país, para hacer deseable otra interferencia norteamericana. Tampoco posible pensar siquiera en el auxilio de las repúblicas hermanas del continente, o de cualquier otra potencia favorable.

Como en una pesadilla, México se hallaba abandonado a sus

propias fuerzas, y éstas irreconciliablemente divididas, y en buena parte sumadas a las de los tres gigantes que avanzaban amenazadores.

En contra del gobierno constitucional se hallaba el poder de la Iglesia, el de las clases adineradas y los restos virulentos, aún considerables, del Ejército Conservador, que día en día reforzaban sus caudillos, esgrimiendo las perspectivas del colosal refuerzo que había tocado las playas del país.

Medio siglo de vicisitudes, imprevisiones, exacciones, derroches, arrasamientos e intermitente, insuficiente productividad; proceso agudizado por el encono de la guerra de tres años, extremaban la penuria; y tanto, que la suspensión de pagos de la deuda pública era el pretexto para la coalición intervencionista, por más que tal deuda sólo sumaba 82 millones de pesos, de los cuales a Francia correspondía poco más de dos y medio millones, y a España, nueve y medio; la mala situación del erario había dado también pretexto al general González Ortega para renunciar el mando en jefe de las operaciones contra los sublevados en Sierra Gorda (septiembre de 1861), tras lo cual se ocultaban los resentimientos personales de este hombre y se abría una interrogante más en el panorama de la República. Las circunstancias presentaban como imposible subvenir al sostenimiento de un ejército regular suficiente a enfrentar los bien equipados ejércitos que amagaban a México.

Ni era fácil predecir la actitud que asumiera la masa popular. Fiados en presiones y miedos espirituales, así como en el carácter pasivo, indiferente, ignorante, de gran parte de la población, al mismo tiempo impresionable ante los esplendores de la fuerza y de lo exótico, los conservadores afirmaban que sería paseo triunfal el de los invasores; que las muchedumbres los recibirían con flores y se les avasallarían. Cualquiera fuese la exageración del aserto, resultaba dudoso contar con la respuesta de un patriotismo consciente, coherente, no desbandable a los reveses o a los engaños; el patriotismo populachero —según abundantes ejemplos, principalmente durante la invasión norteamericana— estribaba en gritos y temeridades desorganizadas, que pronto se apagaban o terminaban en desenfrenos a salto de mata.

Si mucho se había conseguido durante la guerra de Reforma en cuanto ampliar la conciencia popular, y si podía preverse una favorable reacción del patriotismo, sobre todo tenida en cuenta la presencia agresiva de los españoles, nervio neurálgico de las fobias populares, también era de tomarse en cuenta el fácil desaliento de gentes habituadas secularmente al fatalismo religioso y político, e imbuidas en el confuso prestigio de lo extranjero y en la duda sobre



las propias fuerzas, máxime si veían acumularse factores adversos y, en cambio, se les prometía por lo menos, dejarlas vivir en paz.

Desde luego no faltaron inertes desaprobaciones a la evacuación de Veracruz cuando con violación de los más elementales principios del Derecho Internacional procedió a ocupar el puerto la fuerza española; los murmuradores no advertían o no querían advertir la táctica del gobierno para desbaratar la coalición, como en efecto se logró, haciendo que Francia se desenmascarara; bien que parecía previsible su retirada, al verse sin el apoyo de sus aliados.

Toda esta suma de factores adversos se cerraban sobre México en el momento de iniciarse la invasión. A pesar de ser tantos y tan sombríos, Juárez no dio lugar a dudas acerca de la inquebrantable actitud que asumiría: "No será el Presidente el que retroceda delante de una invasión extranjera; con tanta más razón cuanto que, en el caso, México no hace más que rechazar la fuerza con la fuerza, usando de su derecho natural e incontestable" —afirmaba el Secretario de Relaciones, Manuel Doblado, refiriéndose al ultimátum que, irregular, inconsiderablemente, había dirigido el jefe de la escuadra española, no al gobierno federal, sino al Gobernador del Estado de Veracruz. Y poco después, el propio Presidente, primero ante el Congreso, luego en un manifiesto al pueblo, tras expresar la esperanza de que la razón y la justicia se impusieran mediante arreglos compatibles con el honor y la dignidad nacionales, declaraba: "Pero si así no fuere, si resultare frustrada esa esperanza, el gobierno empleará toda la energía que inspira el amor a la patria y la conciencia del deber, para impulsar al país a defender su revolución y su independencia, teniendo como seguridades de buen suceso la justicia de nuestra causa y el patriotismo"; actitud refrendada en el citado manifiesto del 18 de diciembre de 1861, donde después de presentar lo inexacto de los cargos en que se apoyaba la intervención, puntualizaba la resolución de México: "que no declarará la guerra, pero que rechazará la fuerza con la fuerza hasta donde sus medios de acción se lo permitan". Cuán lejos de las habituales balandronadas en que Santa-Anna y los caudillos autócratas se desbordaban en casos semejantes.

Y cuán distinto el modo de proceder. A la precipitación sucede la reflexión; a la provocación, la cautela. Los resultados no se hicieron esperar. Ganando tiempo y desplegando paciencia, fueron en aumento las desavenencias de los aliados entre sí, lo mismo que respecto a los conservadores; pronto se llamaron a engaños unos y otros. Los primeros, porque no encontraron la calurosa, unánime recepción de que las intrigas les hablaban —los españoles, primeros en llegar, adelantándose maquiavélicamente a ingleses y franceses, tuvieron que pedir empleados a Cuba, pues no hallaron

quien quisiera desempeñar las indispensables funciones de la vida municipal en Veracruz—; y tampoco descubrían la presencia del Ejército Conservador. A este respecto, la serena observación de la realidad que prevalecía en México, hizo decir a don Juan Prim, comandante en jefe del cuerpo expedicionario español, en comunicado a su Gobierno, el 20 de febrero de 1862: "Toda vez que el gobierno existente se cree con los elementos suficientes para pacificar al país y consolidar la administración, y que se declara animado de los más vivos deseos de satisfacer las reclamaciones extranjeras, he creído, y como yo han creído también mis colegas (los comisionados inglés y francés), que no había derecho para rechazar a este gobierno, prestando auxilio moral o material al partido que le es contrario. Tal conducta sería, además de injusta, impolítica, porque es evidente, a los que vemos las cosas de cerca, que el partido reaccionario está casi aniquilado, hasta el punto de que, en cerca de dos meses que hace que estamos en este país, no hemos observado muestra alguna de la existencia de semejante partido. Es cierto que Márquez, a la cabeza de algunos centenares de hombres, sigue desconociendo la autoridad del Presidente Juárez; pero su actitud no es la de un enemigo que ataca, sino la de un proscrito que se oculta en los montes". A este juicio terminante, añade Prim la constancia del desengaño sufrido por los franceses y el reconocimiento de su error al creer que era fuerte el elemento monárquico en México: "ni puede ser de otro modo, pues por nuestras propias observaciones, y por las noticias que nos suministran personas muy conocedoras de esta tierra, no podemos dudar de que el número de los partidarios el sistema monárquico es insignificante, y que no son hombres dotados de la energía y decisión que a veces dan el triunfo a las minorías". El notable documento termina reafirmando el ánimo de los tres gobiernos para no favorecer "a determinada persona, ni a un partido, con exclusión de los demás; ni mucho menos atentar contra la independencia, soberanía e integridad del territorio mexicano. Por eso tratamos con el gobierno que hemos hallado establecido en la capital, a pesar de los motivos de queja que ha dado a nuestros gobiernos".

Esto último es lo que sacaba de quicio el desengaño de los conservadores, iniciándose un proceso que habría de terminar frente al liberalismo de Maximiliano, en choque con el ultramontismo de quienes habían confiado en él. Para colmo, los ingleses habían impedido el desembarco del general Miguel Miramón en Veracruz, lo que atizó la discordia entre los aliados.

La actitud de Prim desautorizaba plenamente la conducta del comandante de la escuadra española al ocupar el puerto de Vera-

cruz, semanas antes de la llegada de los comisionados y de los contingentes aliados.

Los rigores del clima hacían su parte en la defensa del territorio, causando pronto estragos y poniendo en crítica situación a los invasores, lo que los obligó a pactar los puntos preliminares del convenio llamado de la Soledad, por ser este el sitio en que se firmaron el 19 de febrero, después de hábiles sorteos del Gabinete mexicano.

Bien que hayan sido desaprobados por los gobiernos de las potencias extranjeras, los preliminares sirvieron para distanciarlas más y hacer que Francia mostrara sus verdaderas intenciones: "De fácil que era, la situación se ha vuelto complicada y difícil", declaró el general Lorencez, al llegar a Veracruz, el 6 de marzo, al frente de considerables refuerzos y con órdenes perentorias de Napoleón. En verdad fue su intemperancia, aliada a la intemperancia del plenipotenciario francés Dubois de Saligny, las que complicaron la situación y determinaron la ruptura de la triple alianza.

El motivo directo fue la representación de Doblado para que Almonte, Haro y Tamariz, Miranda y otros reaccionarios que habían llegado al amparo de Lorencez al campo en que se había brindado hospitalidad a los contingentes europeos bajo las condiciones del Convenio de Soledad, fueran embarcados fuera de la República. España e Inglaterra reconocieron la justicia de la representación. Francia se obsecó en desatender la solicitud, lo que, a juicio de las dos primeras potencias, entrañaba violación de los tratados de Londres y de los preliminares de Soledad.

La sagacidad de Juárez y su Gabinete, tanto como la impudicia de los comisionados franceses, eliminaron la participación inglesa y española en el conflicto; esto, por otra parte, reveló al mundo la ambición de Napoleón tercero y generalizó adversas opiniones, que el tiempo cosecharía con el triunfo de la República.

"Yo les dejo (a los franceses) la responsabilidad de ese acto (la ingerencia en los negocios interiores de México), sobre el cual caerá muy pronto el fallo de la opinión en América y en Europa. . . en esta ocasión se apartan del camino por donde nosotros vamos, y del cual no podemos salir sin faltar a nuestra honra: la historia juzgará entre ellos y nosotros", —declaró públicamente el general Prim en una convivialidad celebrada entre los jefes de la división española el 9 de abril, al declararse rota la triple alianza y decidida la inmediata retirada de ingleses y españoles. El propio Prim, tres días antes, en carta dirigida a su amigo José de Salamanca, formulaba las siguientes predicciones, fundadas en la conciencia de la realidad: "las fuerzas que están aquí a las órdenes del general Lorencez no bastan, no, para tomar siquiera a Puebla, no, no, no. . .

Cuidado que yo no niego que las tropas francesas lleguen a apoderarse de Puebla y también de México; lo que sí niego resueltamente es que basten los batallones que hoy tiene el conde Lorenz. Las águilas imperiales se plantarán en la antigua ciudad de Moctezuma cuando vengan a sostenerlas veinte mil hombres más, ¿lo oye usted? veinte mil hombres más, con el inmenso material que tan numeroso ejército necesitará. . . Porque México es de los países que, según decía Napoleón primero, aunque su frase no la dirigiera a México entonces: Si el ejército es de mucha gente, se muere de hambre; y si es de poca, se lo come la tierra". La extensa carta no tiene desperdicio y denuncia, con la malicia, la quimera del proyecto expansionista de Napoleón tercero.

El éxito diplomático fue acompañado de nuevos riesgos. El general José López Uruga, jefe del ejército de oriente, falto de fe en el triunfo, dudoso de contar con recursos indispensables, declinó el mando en circunstancias tan críticas; más tarde acabaría por adherirse al imperio, según lo hicieron otros militantes liberales; de aquí que a pesar de la indignación con que desmintió la reseña dada de su entrevista con M. de Saligny en Tejería, su conducta debió ser incierta, despectiva para el Presidente Juárez, en grado de hacer concebir esperanzas al intrigante francés, bien que Uruga rechazara las ofertas que se le hicieron entonces. De cualquier manera, el hecho pone de manifiesto la subsistencia de factores deficientes en la moral de individuos caracterizados.

Otro suceso funesto, la explosión de un gran polvorín en Chalchicomula, con saldo de mil quinientos muertos, de los cuales la mayor parte eran soldados, evidenció que se prolongaba en el ejército la falta de los cuidados más elementales y de la disciplina en materia de seguridad; sólo que ya en esta vez no se recurrió a la fácil explicación de "mala suerte", sino que se reconoció el descuido como causa de las cuantiosísimas pérdidas sufridas.

PUESTO al desnudo el verdadero plan del emperador de los franceses; negadas a servir de cómplices las otras potencias; rotos los tratados por quienes decían venir en misión civilizadora y a exigir el cumplimiento de convenios que consideraban sagrados, a pesar de que versaran sobre sucias maniobras de agiotistas en su mayor parte, ante nada reparó la impudicia.

Ni siquiera esperó al rompimiento formal del convenio de Londres y a la partida de los aliados. La llegada de Lorenz, un mes antes, con tan excesivos contingentes, no previstos por las otras potencias, fue advertencia tácita que, días después, el vicealmirante Jurién de La Gravière formularía sin ambages, al declarar al general

Prim que la expedición sería exclusivamente francesa, desembarazada para obrar en libertad absoluta, sin subordinar sus *miras políticas* a las de ningún plenipotenciario; bien que paliara tan rudas afirmaciones con este giro: "sin renegar de nuestros aliados, sin separar en nada nuestra causa de la suya, insisto en que quede bien establecido a los ojos de todos que nuestra expedición es francesa y que no está a las órdenes de ningún otro". Con esto, Napoleón despedía a sus aliados, punto menos que como a lacayos, por creerlos no sólo ya innecesarios, sino estorbosos a sus miras políticas. Esta carta de La Gravière a Prim es del 20 de marzo, en Tehuacán; la ruptura formal de la alianza sucedió el 9 de abril.

El descaro francés fue de más a más y alcanzó virulencias personales contra sus aliados en la reunión en que al fin se separaron, el citado día de abril.

Lejos de cumplir su palabra —que valía tanto como el papel en que estaba escrita, según su cínica expresión—, palabra en que se había fundado la hospitalidad concedida en climas benignos mientras se llegaba a términos de conciliación, bajo normas de buena fe, las fuerzas francesas no sólo no retrocedieron al punto convenido que era Paso Ancho, sino que se dispusieron a avanzar al centro del país; y aun en presencia de la esposa del general Prim y de soldados españoles, atacaron en Fortín, el 19 de abril, a una escolta de cuarenta hombres al mando del coronel Félix Díaz y mataron a cinco de ellos alevosamente.

Con la lógica de la injusticia, Lorencez tuerce una comunicación del general Zaragoza en que demanda el retiro de la escolta que custodia a los heridos franceses en el hospital de Orizaba, por ser innecesaria, ya que éstos "están seguros bajo la salvaguardia y lealtad del ejército mexicano"; y de este comunicado, que nada tenía de amenazante, Lorencez se vale para tratar de justificar el incumplimiento de la palabra de honor empeñada por los plenipotenciarios franceses para retirar sus fuerzas a Paso Ancho en caso de que fracasaran las negociaciones de avenimiento.

Coincidió este anuncio explícito del avance al centro del país, con el ataque a mansalva en Fortín y con la faramalla del pronunciamiento, en Córdoba, de Antonio Taboada, secundado al día siguiente, 20 de abril, en Orizaba, por Juan Nepomuceno Almonte y el resto de los conservadores emigrados, que habían vuelto al amparo de las armas francesas, en las cuales también se apoyaron para formar el simulacro de un gobierno, presidido por el propio Almonte, cuyo plan había sido conocido semanas antes y denunciado por el Gobierno constitucional como fundamento de su exigencia a los comisarios aliados para que los conspiradores fueran reembarcados.

El 25 de abril llegaron despachos de la cancillería francesa en

que se desautorizaban los convenios de Soledad, se despojaba de mando militar a de La Gravière y Lorencez era ascendido a general de división.

Inmediatamente comenzó el avance sobre Puebla.

La suerte estaba echada.

“**T**ENGO una fe ciega en nuestro triunfo. Vamos a poner la primera piedra del edificio que liberará a Francia del vasallaje a que la han sujetado las bayonetas de un déspota”. En las vísperas de la gran batalla, el general Ignacio Zaragoza preveía la influencia de México en la descomposición del Segundo Imperio Francés; a siete años de futuro, predecía el resultado de las elecciones de 1869, que demostrarían la desafección del pueblo hacia el emperador, e investirían a Gambetta con la representación popular; de allí los sucesos se precipitarían hasta el desastre de Sedán, la prisión de Napoleón y el restablecimiento de la República francesa.

Zaragoza proclamaba fe ciega; pero no inactiva, ni fiada al azar, sino fundada en obras. El mismo no se da punto de reposo; a brazo partido lucha por superar la carencia de recursos elementales; insiste, porfía por obtenerlos o suplirlos; atiende personalmente los grandes y pequeños detalles. Cuando por las recientes traiciones de admnistiados, el general Miguel Negrete, que había militado con los conservadores, siente que la explicable desconfianza sería un obstáculo y renuncia al mando, Zaragoza, con serena decisión, le replica: “Distingo entre el soldado de facción y el de la patria: instintivamente confío no sólo en la lealtad del general Negrete, sino en que sus servicios serán eminentes a la causa de la patria”. La fe ciega no era fe que operaba en el vacío.

Movido por el entusiasmo de esa fe; pero cuidadoso de revisar si todo se ha cumplido conforme al plan previsto, el general en jefe recorre todo el campo, al amanecer del gran día en que México tiene cita con la historia; se detiene ante cada grupo de su ejército, contagia la luz de su fe a cada soldado; recibe atronadoras aclamaciones; las contesta y aviva con encendida arenga: —“Nuestros enemigos pretenden ser los primeros soldados del mundo; pero nosotros somos los primeros hijos del mundo y quieren arrebatar nos nuestra patria. ¡Soldados: leo en vuestras frentes la victoria! Fe. Fe. ¡Viva la independencia nacional!”

No repicaron las campanas de Puebla ni salió la muchedumbre a la vista de los invasores para recibirlos en triunfo, como se lo tenían prometido Almonte y los demás agentes de la reacción. Lo que resonó en el cerro de Guadalupe, a las nueve y media de la mañana, fue el cañonazo que dio la señal del combate. Trabado

éste, los disparos de la artillería mexicana tuvieron precisión y eficacia desusadas en su historia; y lo mismo sucedió cuando la fusilería entró en acción.

Sin desatender un segundo los movimientos enemigos, la vigilante expectación del general en jefe, al percatarse de la estrategia adoptada en firme por Lorencez, ordena sobre la marcha que sean reforzados los fuertes y, en el momento preciso, que los contingentes colocados en la ciudad inicien hostilidades, lo que acaba de desconcertar a los franceses. El mando mexicano es cronométrico, perseverante; no deja movida sin respuesta oportuna; el difícil plan defensivo y ofensivo, necesariamente distribuido en secciones distantes, obedece en todo momento a una coordinación, a una subordinación de los generales y fuerzas concurrentes, lo cual establece una diferencia substancial respecto al crónico comportamiento antes adoptado por el militarismo. Ahora hay un jefe supremo que mueve los hilos de la trama, y éstos le responden disciplinada, patriótica y nada se abandona a la casualidad.

En el día mismo de su realización, la victoria del Cinco de Mayo desarrolló su primera lección al pueblo mexicano: la condición del éxito es el patriotismo dirigido por el empeño; el empeño templado por la disciplina, que es cohesión, previsión y orden. (Resulta revelador considerar que, al triunfo de la República, la Reforma se identificará culturalmente con el positivismo, cuyo lema adoptará: "saber para prever: prever para obrar"; y que, frente al liberalismo que tildaban de romántico, los hijos de la Reforma levantarán la bandera del liberalismo positivo o científico, resumido su programa en las palabras: ORDEN Y LIBERTAD).

El Cinco de Mayo evidencia en cabeza ajena otra lección, que tanto se había padecido en cabeza propia: el escarmiento de la soberbia, de la suficiencia infatuada, que hace cuentas alegres a costa de la sobreestimación caprichosa. Pinchado el globo de su jactancia, Lorencez recurrió —como se había visto tantas veces en Santa-Anna y en caudillos de igual corte— a inventar el *deus ex machina* de la derrota, y lo halló en factores adversos de la naturaleza: la lluvia, que se desató cuando la pérdida del engréido general era ya irreparable. Funda después la retirada en la inexcusable credulidad con que acogió el falso informe de un convenio entre el gobierno constitucional y el partido conservador para neutralizar las fuerzas de Leonardo Márquez mientras el ejército francés permaneciera en Puebla.

Lo cierto fue que ni Márquez, Cobos, ni alguno de los otros jefes reaccionarios hicieron acto de presencia en auxilio de sus protectores extranjeros, por más que algunos de esos contingentes se hallaban a corta distancia del descalabro; no sólo: sino

éste les produjo una primera impresión satisfactoria, según por escrito lo declararon, entre otros, los generales José María Cobos y Félix Zuloaga. El primero de ellos, en manifiesto suscrito el 20 de julio de ese año en San Thomas, asienta: "El rechazo de Guadalupe no causó pena ni disgusto en nuestro cuartel general; por el contrario, se notaba en los más cierta satisfacción de orgullo nacional. . . Aún tengo entendido que en Chietla, en alguna reunión de jefes, se brindó por el valor de los mexicanos al frente de un ejército que ha aspirado a preponderar en la guerra, y cuyas huestes, que ostentan con orgullo en sus pechos las glorias de Magenta y Solferino, fueron rechazadas y obligadas a retroceder en mal estado treinta y cuatro leguas. . . Y ¿cómo podía y no celebrar también una gloria que tocaba a la nación y no a ninguno de sus partidos? Lo repito: de todo esto me sentía regocijado y me felicitaba de ver el mismo espíritu en mis compañeros".

El espíritu de justicia que campea en el parte oficial del general Zaragoza sobre la batalla, donde da a cada quien lo que merece, y se complace en reconocer los méritos ajenos, atenuando y casi ocultando los propios que como general en jefe le correspondían legítimamente; de otra parte, la mesura, la severa concisión del documento, libre de fanfarronerías y lirismos huecos, constituyen otra de las lecciones del Cinco de Mayo.

Así también: los testimonios de valor consciente y constante; no atropellado ni excéntrico e inestable. Y la solidaridad popular, expresada ya en resistencia pasiva frente al invasor, desde que pisó suelo mexicano; ya en actos de sabotaje, como los obstáculos puestos a la retirada de Lorencez, principalmente cuesta abajo de las cumbres de Acultzingo, donde brazos anónimos, que debieron ser muy numerosos, hicieron rodar enormes troncos de árboles y cortaron el camino con grandes bordos erizados de peñascos y lodo. Y el sentimiento humanitario y la cordura que se impuso en los vencedores, en el gobierno constitucional y en los vecinos hacia los vencidos y los residentes franceses, como por éstos fue ampliamente atestiguado; los mexicanos no diferenciaron sus heridos de los del enemigo para proporcionarles cuidado igual; pusieron en libertad a los prisioneros y les proporcionaron recursos para el viaje a su campamento; el gobierno mandó devolver las condecoraciones que habían sido arrancadas a los derrotados.

Y lección también: el que la república no haya podido disponer, en esos decisivos momentos, de mayores recursos humanos y económicos para ahuyentar y desbaratar la expedición invasora antes de que se rehiciera.



La acción de armas del Cinco de Mayo fue compendiada por el periódico francés *Le Temps* en estos términos: "Lo que ha sido derrotado y rechazado no es el valor de nuestros soldados, sino la idea de intervención".

De José María Vigil son estas palabras, referidas a la significación del Cinco de Mayo: "De este lugar y de este día data una nueva época en la historia de México; en la historia de la América Latina".

EL mundo, pendiente y receloso de la aventura en que Napoleón tercero se había embarcado, prestó gran resonancia al revés de Puebla, cuya caída tenía por segura el emperador de los franceses, todavía el 7 de junio, según carta de esta fecha al archiduque Maximiliano: "Las noticias de México son excelentes. . . ; entre tanto el próximo correo traerá sin duda noticias decisivas, pues si la gran ciudad de Puebla se pronuncia, todo indica que el resto seguirá. . . , el general Lorencez me ha escrito que calcula estar, lo más tarde el 25 de mayo, en México"; y ese mismo día, la emperatriz Eugenia escribía a Carlota: "Las noticias de México son excelentes. El general Lorencez, desde que cruzó el Chiquihuite, se considera dueño del país; generales y ciudades se declaran diariamente sus partidarios. . . , ahora nos encontramos allí, gracias a Dios, sin aliados; un hecho significativo es que en tanto que actuamos las tres potencias juntas, ni un solo mexicano estaba con nosotros. . . , pero desde que nuestra acción fue liberada de trabas, el país se siente seguro para expresar sus deseos. . . El próximo correo nos traerá la noticia de la llegada a México".

La primera impresión mundial fue de incredulidad; luego de ridículo. Y tanto, que el gobierno francés impuso un largo silencio sobre México, que llegó a inquietar al pretendiente Maximiliano, a su suegro el rey Leopoldo, a Metternich, y a cuantos se hallaban dentro de la intriga para establecer en México la monarquía.

"Nada podía variar el hecho de que las despreciables y anárquicas tropas de México habían derrotado a los mejores soldados del mundo—escribe Egon César Conte Corti en su obra *Maximiliano y Carlota*—; el acontecimiento produjo en el mundo la mayor sensación. Donde más impresionó, naturalmente, fue en la corte imperial francesa. El emperador y la emperatriz se sintieron costernados: la transición de las más grandes esperanzas a la humillación había sido demasiado repentina. Napoleón, en el primer momento de pánico, veía ya destruido el cuerpo expedicionario y abandonó toda esperanza de que aún pudiera sal-

varse (Informe de Metternich a Rechberg, 7, VII, 1862). Cuando habló sobre ello con Metternich fue incapaz de ocultar su grave preocupación. También la emperatriz estaba muy intranquila. A esto se añadió que los comprometidos en la derrota trataron de echarse mutuamente la culpa en la corte: Lorencez, enemistado por completo con Saligny y Almonte, acusó a ambos de ser los culpables de todo, por las noticias inexactas que le dieron. Por su parte, Saligny y Almonte afirmaban que el general no había seguido su consejo táctico de eludir simplemente los puntos fuertes de la ciudad de Puebla. Enemigos de Saligny denunciaron a la emperatriz que éste era un bebedor". El Cinco de Mayo había puesto en marcha, dentro de la corte francesa, como caballo de Troya, este tipo de intrigas, con tanto de trama picaresca, que no cesaría a lo largo de la aventura, hasta el derrumbamiento del imperio.

Pasado el primer desconcierto, el orgullo de Napoleón tercero se empecinó y provocó la reacción popular, que hizo cuestión de honor nacional el atropello a México, no obstante las protestas de la oposición, tanto más valiosas cuanto se producían en ambiente de hostilidad: ellas reflejaban el buen juicio de Francia, que habría de ganar terreno e imponerse finalmente contra el emperador. Este decidió enviar enormes refuerzos —nueve mil hombres más de los veinte mil que Prim había juzgado necesarios para tomar Puebla— y cambiar el mando de la expedición, resignándolo en el general Elie Frédéric Forey, jefe de gran fama, conquistada en Montebello en 1819. Esto puso por completo a descubierto los planes políticos de Napoleón, que hasta entonces había procurado mantener en el mayor secreto.

La consecuencia inmediata fue acentuar el recelo de las grandes potencias, amenazadas por la ambición del emperador.

En primer lugar, Inglaterra precisó su posición de desdén y aislamiento, dejando que Francia se desgastara, e irritara más y más a los Estados Unidos del Norte, que con esto dejarían en paz el dominio de Canadá dentro de planes expansionistas, una vez terminada la guerra de secesión. El emperador había incurrido en asentar por escrito, dentro de las instrucciones a Forey, el verdadero fin de la intervención: hacer de México un baluarte inexpugnable contra la Unión norteamericana, que le impidiera extender su influencia en los países del Caribe y de centro y sudamérica. E Inglaterra obstaculizó la precipitación con que los agentes de las Tullerías trataban de lograr el reconocimiento de los Estados norteamericanos del sur, que habían obtenido ventajas en los meses de junio y julio de 1862. El rey Leopoldo, de Bélgica, que tan empeñosamente trabajaba en este sentido, viendo

en la coyuntura una ocasión que tal vez nunca volviera a presentarse, y que trataba de convencer a Napoleón sobre la importancia del reconocimiento de los Estados del Sur para el éxito de sus planes en México, que a toda costa Leopoldo trataba de impulsar, acabó por reconocer que sus gestiones ante la corte inglesa, favorecidas aparentemente por su parentesco con la reina Victoria, eran recibidas por esto mismo con prevención por los ministros de la Corona y resultaban contraproducentes; el 27 de octubre compendió su desengaño en estas palabras, dirigidas en carta a Maximiliano de Hapsburgo: "En Inglaterra se sigue teniendo la idea de que en México no se podrá hacer nada". El propio Maximiliano era advertido por el conde Rechberg, hacia esos mismos días: "Existe la certidumbre, compartida por todos los conocedores del país, de que la expedición de México será una aventura desgraciada, de incalculables e imprevisibles consecuencias, incluso después de la toma de la capital".

La actitud recelosa, calculadora, de Inglaterra, fue secundada por Rusia. España confirmó las observaciones hechas por Prim sobre el terreno de los hechos y el descontento que le producía el proyecto de levantar en México un trono para un príncipe alemán. Austria no podía, ni quería favorecer planes que implicaban sus dominios italianos.

Tampoco puede ponerse en duda la influencia de la batalla del Cinco de Mayo en excitar la latente agitación —próxima a estallar— en Prusia, Turquía e Italia; en esta última los partidarios de la unidad nacional veían con disgusto el comportamiento de Napoleón al ocupar indefinidamente a Roma, obstaculizando el designio unitario de los patriotas italianos. Todo esto hacía de Europa un polvorín adverso a Francia.

El entusiasmo suscitado en los países hispanoamericanos fue desbordante. Los centroamericanos, con excepción de Guatemala, propusieron unirse y prestar auxilio a México. El Cinco de Mayo refrescó la entrañable idea de solidaridad bolivariana.

En el interior del país el efecto fue fulminante. Si bien favoreció explosiones de viejo estilo romántico, fortaleció en la realidad el sentimiento de patriotismo activo.

El principal efecto fue descubrir la propia capacidad para alternar con fuerzas que los complejos de inferioridad juzgaban superiores e invencibles. Primero en el terreno de la diplomacia, donde ante todo se había conseguido el reconocimiento del gobierno constitucional con quien tratar; el retardo considerable de las operaciones militares; la ruptura de la poderosa coalición; y, con esto, poner a Francia en evidencia y desacreditarla como violadora de tratados suscritos por sus plenipotenciarios; después

en el terreno de las armas, los mexicanos se sintieron emparejados a los representantes de potencias avezadas al arte y a los triunfos de la diplomacia y de la guerra, lo que, a su vez, produjo el sentimiento de fe en sí mismos, como efecto máximo del Cinco de Mayo.

En el partido retrógrado se produjeron consecuencias no menos importantes: la sorpresa, la admiración, la emulación, la funesta irritación. Los cabecillas quedaron divididos entre ellos y frente a sus protectores extranjeros, que siempre los trataron con humillante menosprecio, engendrándose el proceso que habría de terminar con el gran desengaño del partido conservador y de los poderes eclesiásticos ante la política de Maximiliano.

Zuloaga y Cobos son desplazados por Almonte y Márquez, que los obligan a desterrarse, no sin antes cruzar mutuas apreciaciones deprimentes, que consuman el descrédito de su fauación. Almonte, Hidalgo, Gutiérrez de Estrada pelean entre sí la preeminencia cerca del futuro emperador; el último pretende resucitar a Santa-Anna para oponerlo a Almonte como poder tras el trono; el manifiesto del cabildo eclesiástico de Guadalajara, resueltamente en contra de la intervención, demuestra la disparidad de criterio dentro del clero. Lorencez termina por suscribir afirmaciones semejantes a las de Prim: "Nuestra impopularidad no ha hecho sino aumentar. . . no tenemos aquí a nadie a nuestro favor. El partido moderado no existe; el partido reaccionario está reducido a nada y es odioso. . . Fácil es deducir de este hecho (la nacionalización de los bienes eclesiásticos) el gran número de personas interesadas en que el partido clerical no se levante. . . Nadie quiere aquí la monarquía, ni siquiera los reaccionarios. Todos los mexicanos aceptarán, como preferible a la monarquía, el destino de ser absorbidos por los americanos".

Hasta las Tullerías llegó lo contraproducente de la presencia de Almonte y su ficción de gobierno sostenido por bayonetas francesas. Al llegar, Forey lo destituyó vergonzosamente, de una plumada.

La discordia cundió en el campo de los invasores. Lorencez y sus soldados, especialmente sus jefes y oficiales, sintieron la desautorización implicada al ser sustituidos, y el encono con que se publicaban en Francia correspondencia y comentarios de acerba crítica.

Ampliamente difundidos en México estos ataques, junto a mayores manifestaciones de la opinión francesa contraria a la intervención, tonificaban el espíritu nacional de resistencia. Tal divulgación tuvieron los panfletos de Víctor Hugo: *Napoleón el pequeño*, y de Edgard Quinet; el discurso de Julio Favre en la

asamblea legislativa de Francia y las expresiones favorables de la prensa europea y americana. Su efecto se hizo sentir no sólo en México, sino en los países de América.

La gran voz del Padre Hugo resonaba desde su destierro: "Vuestra heroica resistencia se apoya en el derecho y tiene en su favor la certidumbre de la justicia. El imperio fracasará en esta tentativa infame, y vosotros venceréis".

Es que la cuestión mexicana enfrentaba dos principios políticos: uno en ascenso; el otro en declinación, cuyos nombres más accesibles eran: democracia y monarquía; tras éstos: otros más modernos: autodeterminación e imperialismo; reacción europea y destino americano.

A México le tocaba ser protagonista y escenario de esta lucha de proporciones universales, en que se debatía el inmediato porvenir del mundo. El liberalismo mexicano había intuido con claridad la razón histórica y se había identificado con ella. La Reforma y el Cinco de Mayo se colocaban dentro de la corriente que al fin habría de triunfar.

La doctrina del imperialismo informa las citadas instrucciones de Napoleón tercero a Forey: "si por las armas de Francia, México se constituye en gobierno estable, habremos puesto un dique insuperable a las invasiones de los Estados Unidos; habremos mantenido la independencia de nuestras colonias de las Antillas y las de la ingrata España; habremos extendido nuestra influencia benéfica en el centro de América, y esa influencia irradiará al norte y al mediodía, *creará inmensos mercados a nuestro comercio, y procurará las materias indispensables a nuestra industria*. En cuanto al príncipe que pueda subir al trono de México, se verá obligado a obrar siempre en bien de los intereses de la Francia, no sólo por reconocimiento, sino sobre todo los de su nuevo país estarán de acuerdo con los nuestros, y no podrá siquiera sostenerse sino por nuestra influencia. Así, pues, nuestro honor militar comprometido, la existencia de nuestra política, el interés de nuestra industria y de nuestro comercio, todo nos impone ahora el deber de marchar sobre la capital de México; de plantar allí atrevidamente nuestra bandera".

De Francia misma partieron las primeras condenaciones. En el cuerpo legislativo, el diputado Favre, luego de rechazar el incumplimiento de la palabra empeñada en el convenio de Soledad, ya que "los sentimientos caballerescos esenciales al carácter francés no se concilian con semejantes actos, y no es el talento de eludir los tratados por lo que la Francia se distingue en la

historia", arremetió contra el imperialismo: "Cuando la guerra se emprende para imponer a una nación invadida un gobierno que ella repugna, es un atentado; cuando se emprende para hacer prevalecer la ambición particular de tal o cual ciudadano arrojado de su país, se convierte en verdadero crimen. . . Ignoro el porvenir reservado a la Francia; tengo la convicción más profunda de que será progresivamente más digna de libertad, y que llegará a conquistarla plena y sin trabas. . . , pero si apareciese en la frontera un libertador, escoltado por las tropas de Austria o de Prusia, a éste yo me lanzaría como a un enemigo, y creería cumplir con un deber sagrado derramando hasta la última gota de mi sangre para oponerme a que un insolente auxiliar pisase el suelo de la patria, profanándolo".

Más directa era la elocuencia de Quinet: "En 1781 la Francia puso el pie en América para ayudarla a emanciparse: aquella expedición abrió la época nueva y trajo la libertad. En 1862 desembarca la Francia de nuevo; pero esta vez no se trata ya de emancipar, sino de violentar. En ambos casos *la cuestión encierra los intereses de todo un mundo*. México no es más que un punto desde donde se espera dominar un hemisferio. En 1781 la pequeña expedición de Lafayette y Rochambeau debía dejar tras de sí todo un continente libre. En 1862 la expedición de México, si se desarrollase como ha sido concebida, dejaría todo un continente esclavo, o por lo menos sometido. . . La expedición de México es el preludio de un golpe de estado contra las libertades del género humano. . . Si mis palabras fueran oídas, muchos grandes males se ahorrarían a la Francia y al Nuevo Mundo. . . ¿Quién sufrirá por las faltas perpetradas por la fantasía de un solo hombre? El ejército. ¿Quién la expiará? ¡La Francia!"

El Cinco de Mayo fue prefiguración de la caída y muerte de Maximiliano; del desmoronamiento del imperio francés y de la sucesiva desaparición de las testas coronadas.

En sí, el planteamiento de la cuestión mexicana convirtió en ardientes partidarios de México a los demócratas del mundo entero. Esto son contar los múltiples factores negativos, de carácter doméstico, que hacían repugnante la situación interna del país; tan repugnante como lo sería para el mismo Maximiliano, incapaz al fin de sobreponerse a ellos y romper las trabas cotidianas que le ponían.

"La enorme mayoría del país es liberal y pide el progreso en el sentido más completo de la palabra"—confesaría el propio Maximiliano al doctor Jilek, en carta del 10 de febrero de 1865; y Carlota, en carta a la Emperatriz Eugenia, el 26 de enero del mismo año, asentaba: "Las pirámides de Egipto fueron menos

difíciles de construir de lo que sería vencer la *nada mexicana*— con esto se refería a la resistencia pasiva del país.

Partidarios también, directos o indirectos, activos o pasivos, fueron los intereses y resistencias por cualquier motivo adversos a los planes de Napoleón, inclusive las monarquías, que calculaban peligros en la expansión del poderío francés.

EL Cinco de Mayo de 1962 encuentra a México en medio de un mundo sembrado de procelas.

La democracia ha salido vencedora de la antigua disputa; pero ésta se ha enconado con implicaciones de sistemas económicos irreconciliables, cada uno de los cuales pretende ser la única posible condición de realizar la democracia genuina, en tanto el contrario es acusado de opresor, expoliador, totalitario, autócrata, esclavista, antidemócrata.

Puestas frente a frente, naciones poderosas fuerzan a naciones débiles para que compartan su concepto político y su destino. A las dos guerras calientes transcurridas en lo que va del siglo, ha seguido una extraña forma de guerra, designada con el mote de fría.

En su más reciente informe constitucional (septiembre de 1961), el Presidente de México describe la situación en estos términos: "Han sido las propias potencias encargadas de garantizar la seguridad las que vienen provocando la incertidumbre. En vez de que sean destinados cada vez mayores medios para impulsar el progreso de todos los hombres, se acentúan los contrastes en el desarrollo y las desigualdades en el bienestar. El poderío que han acumulado, ha hecho a las potencias mundiales más ambiciosas y más agresivas. El mundo aparece dividido en grupos de países afiliados por la aparente identidad de sus sistemas políticos y sociales. En tanto que esa identidad no existe realmente, pues los sistemas de cada uno son diversos y ajustados a su idiosincrasia, los agrupamientos son en gran parte sólo adhesión a los núcleos de poder que se presentan en el mundo. Cuando el poder se retira de una región en disputa, la presión de las otras potencias crece sobre el mismo lugar". El propio documento resume la posición que en este "mundo de tensiones exacerbadas" guarda México: "hemos sido celosos defensores de la soberanía de todos los pueblos y de su derecho a la autodeterminación".

En lo interno, México se halla bajo la presión de un gran desarrollo demográfico, la satisfacción de cuyas necesidades es deficitaria, no obstante los progresos del país en orden a su economía y a la coordinación de sus energías. El peligro principal estriba en la inequitativa distribución de la riqueza; el desenvol-

vimiento industrial, financiero y mercantil ha multiplicado al mismo tiempo el número de los que poseen en abundancia y el de los que carecen de lo necesario.

La batalla de hoy debe librarse en el doble frente de una producción superior a la cifra del crecimiento demográfico, y de una justa redistribución del ingreso, en la cual ningún mexicano deje de satisfacer no sólo sus estrictas, apremiantes necesidades, sino aquellas cuyo cumplimiento ennoblece la vida y la hace digna de ser vivida.

Este fortalecimiento interno que, a partir del individuo y la familia, robustece al organismo social, permitiéndole el pleno desarrollo en los diversos campos de las actividades humanas, redundará en el mejoramiento de la situación nacional dentro del cada vez menos ineludible terreno de las relaciones extranjeras.

Las metas de hoy aparecen, si no más fáciles, menos imposibles que las que afrontaban los mexicanos de hace un siglo. Baste comparar el estado de la conciencia pública frente a los problemas colectivos, y el conjunto de bienes posibilidades y procesos en marcha acumulados en el curso de cien años, acrecentados durante las últimas décadas de paz institucional. El mismo gran desarrollo demográfico, uno de cuyos motivos es el menor índice de mortalidad, manifiesta que las condiciones generales de vida se han superado.

Frente a las presiones externas e internas, hoy, como hace cien años, ha de oponerse la mayor cohesión de la conciencia y del esfuerzo nacionales; esto es: el patriotismo que conjugue sentimiento, inteligencia y voluntad; que entienda y practique el heroísmo como apego fiel, disciplinado, a la tarea destacada o humilde que la patria confíe a cada ciudadano; heroísmo dispuesto al sacrificio máximo, que acaso sea el del renombre público; heroísmo del campesino y del obrero que producen más; heroísmo del empresario que contribuye al más estricto cumplimiento de la justicia social; heroísmo del maestro y del artista, del sabio y del técnico que sacrifican su descanso para incrementar en mayor medida el patrimonio del pueblo y la capacidad creadora de la nación; heroísmo del militar que mantiene su puesto y su honor frente a las tentaciones del poder; heroísmo del político que desecha las insinuaciones del abuso y la deshonestidad; heroísmo del mexicano que no se desalienta por las miserias de su suelo y de sus compatriotas, sino animosamente las afronta.

El recuerdo de las circunstancias que, dentro de tantas adversidades, hicieron posible hace cien años la victoria del Cinco de Mayo, fecunde la decisión de los mexicanos de hoy para vencer el cerco de circunstancias que se oponen a la plenitud patria.

DOS CARTAS PROFÉTICAS DEL GENERAL JUAN PRIM, CONDE DE REUS

*La actitud del Gral.
Juan Prim frente a México*

EL 31 de octubre de 1861, se reunieron en Londres representantes de España, Francia y Gran Bretaña, para considerar la suspensión de pagos a la deuda extranjera, decretada en julio anterior por el gobierno del Presidente Juárez. Además, se examinaron otros supuestos agravios y como conclusión final, se resolvió por una Convención firmada ese día "enviar a las costas de México fuerzas combinadas de mar y tierra. . .", si bien se comprometían a "no buscar para sí, al emplear las medidas coercitivas por la presente convención, ninguna adquisición de territorio en ventaja alguna particular, y á no ejercer en los asuntos interiores de México ninguna influencia que pueda afectar el derecho de la nación mexicana de elegir y constituir libremente la forma de su gobierno".

A principio de diciembre, las fuerzas españolas ocuparon el puerto de Veracruz, más tarde llegaron las francesas e inglesas. Al iniciarse enero ya había en Veracruz "once mil españoles, cuatro mil franceses y diez mil ingleses".

Las tropas expedicionarias francesas venían al mando del vicealmirante Jurien de la Gravière, a quien se agregó como Ministro Plenipotenciario, al Conde Dubois de Saligny, que ya había actuado como Ministro de Francia ante el gobierno mexicano; como Plenipotenciario inglés Sir Charles Wyke, antiguo Ministro inglés en México y el almirante Dunlop y como jefe de las fuerzas militares españolas y a la vez Plenipotenciario, el Gral. Juan Prim, Conde de Reus.

Después de algunas reuniones el Gral. Prim se dio cuenta de que los comisionados franceses no actuaban con lealtad; su plan consistía en presentar reclamaciones que se sabía eran inaceptables, crear a continuación un estado de guerra contra México y arrastrar en ese camino a España y a la Gran Bretaña.

El Gral. Prim, a nombre de las potencias aliadas, obtuvo del gobierno mexicano el permiso para que las tropas extranjeras entraran al interior del país, saliendo de la zona malsana con el compromiso de volver a la costa en caso de un rompimiento de hostilidades. Además, reunirse en Orizaba el 15 de abril, representantes

del gobierno mexicano y los Plenipotenciarios de las Potencias, para resolver amigablemente todas las diferencias.

Lamentablemente los representantes franceses, cumpliendo instrucciones de Napoleón III, lograron realizar la parte inicial del plan; pero por fortuna España y la Gran Bretaña se retiraron oportunamente.

El Gral. Prim recibió una carta personal de Napoleón III, que trajo de mano el Gral. Conde de Lorencez, la que se apresuró a contestar en marzo, con franqueza y buen juicio. A principio de abril, escribió a don José de Salamanca, español muy relacionado con el gobierno francés, otra interesante carta.

Ambas fueron publicadas a fines del siglo pasado, en obras ahora raras, difíciles de consultar. Se reproducen por considerarlas de gran interés, porque es un imparcial examen de la situación mexicana y de la actitud del Imperio de Napoleón III.

*Carta del Gral.
Prim a Napoleón III*

"Orizaba, 17 de Marzo de 1862.—Señor: V.M.I. se ha dignado escribirme una carta autógrafa, la cual, por las palabras benévolas que contiene hácia mi persona, será un timbre de honor para mi posteridad. Grandes eran, efectivamente mis deseos de marchar en línea con las fuerzas de V.M., mandando un cuerpo de tropas españolas y combatiendo por la misma causa, pues me anima la fundada esperanza de que los soldados de Castilla son dignos de combatir al lado de los soldados de Francia, aun teniendo estos la bien ganada reputación de ser bravos como los más bravos. Pero yo hubiera deseado otro campo de batalla y otros enemigos que combatir, señor: pues aquí, combatiendo contra las tropas mexicanas y sus cuerpos de Guardia Nacional, los soldados de Francia y España no tienen gloria ninguna en ganar; no porque á los mexicanos les falte valor personal: lo tienen como oriundos de la raza española. Pero este país está aniquilado por una guerra civil de 40 años, y esto basta para hacer comprender que su fuerza armada no puede estar en disposición de hacer frente á los bien organizados batallones de Francia y España. Sin embargo, aquí estamos, y juntos combatiremos si el gobierno de la República no hiciera derecho a las justas reclamaciones de las naciones aliadas, aunque mi opinión es que el gobierno nos hará esa justicia, y que por lo tanto no habrá lugar a combatir.

En el terreno de las justas reclamaciones no puede haber divergencia entre los comisarios de las potencias aliadas, ni menos la

habrá entre los jefes de las tropas de V.M. y las de S.M.C., pero la llegada á Veracruz del General Almonte, del antiguo Ministro Haro, del padre Miranda y de otros mexicanos emigrados, trayendo la idea de crear una monarquía en favor del Príncipe Maximiliano de Austria, bandera que según ellos debe ser apoyada y sostenida por las fuerdas de V.M.I., van á crear una situación difícil para todos, y más difícil y angustiosa para el General en Jefe de las tropas españolas, quien á tenor de las instrucciones de su gobierno, basadas en la convención de Londres, y casi iguales á las que vuestro digno vice-almirante La Gravière recibió del gobierno de V.M., se vería en el sencible caso de no poder coadyuvar á la realización de las miras de V.M.I., si ellas fueran realmente las de levantar un trono en este país, para sentar en él al Archiduque de Austria.

A más, tengo la profunda convicción, señor, de que en este país son muy pocos los hombres de sentimientos monárquicos; y es lógico que así sea, cuanto que aquí no conocieron nunca la monarquía en las personas de los monarcas de España, y sí solo en la de los virreyes, que gobernaron cada uno según su mejor ó peor criterio y propias luces, y todos según las costumbres y modo de gobernar á los pueblos en aquella época remota.

La monarquía, pues, no dejó en este suelo ni los inmensos intereses de una nobleza secular, como sucede en Europa cuando al impulso de huracanes revolucionarios se derrumba alguno de los tronos, ni dejó intereses morales, ni dejó nada que pueda hacer desear á la generación actual el restablecimiento de la monarquía, que no conoció, y que nadie ni nada la ha enseñado á querer ni venerar.

La vecindad de los Estados Unidos, y el lenguaje siempre severo que usan aquellos republicanos contra la situación monárquica, ha contribuido á crear aquí verdadero odio á la monarquía; al paso que la instalación de la República desde hace 40 y más años, á pesar de su desorden y agitación constantes, ha creado hábitos, costumbres y hasta cierto lenguaje republicano que no sería fácil destruir. Por lo dicho, y por otras razones que no se pueden ocultar á la elevada penetración de V.M.I., comprenderá, que la opinión inmensamente general en este país, no es ni puede ser monárquica; pero si la lógica no bastara, bastará á demostrarlo el hecho de que en dos meses que las banderas aliadas ondean en la plaza de Veracruz, y hoy que ocupamos los pueblos importantes de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, en donde no han quedado fuerzas mexicanas ni más autoridad que la civil, ni monárquicos ni conservadores han hecho la menor demostración, siquiera para hacer ver a los aliados que tales partidos existen.

Lejos de mí, señor, el suponer siquiera que el poder de V.M.I.,

no sea bastante para levantar en México un trono para la Casa de Austria. V.M. rige los destinos de una gran nación, rica en hombres entendidos y valerosos, rica en recursos y brotando entusiasmo siempre que se trata de secundar las miras de V.M.I.: hasta fácil le será á V.M. conducir al príncipe Maximiliano á la capital y coronarlo rey; pero este rey no encontrará en el país más apoyo que el de los jefes conservadores, quienes no pensaron en establecer la monarquía cuando estuvieron en el poder, y piensan en ello hoy que están dispersos, vencidos y emigrados

Algunos hombres ricos admitirán también al monarca extranjero viniendo fortalecido por los soldados de V.M.; pero no harán nada para sostenerlo el día en que este apoyo llegara á faltarle, y el monarca caería del trono elevado por V.M., como otros poderosos de la tierra caerán el día en que el manto imperial de V.M. deje de cubrirlos y escudarlos. Yo sé bien que V.M.I. en su elevada justicia no quiere forzar á este país á cambiar de instituciones de una manera tan radical, si espontáneamente no lo desea y pide; pero los jefes del partido conservador llegados á Veracruz, dicen bastará consultar las clases elevadas de esta sociedad sin ocuparse de las demás, y esto agita los ánimos, inspirando temores de que se fuese y violente la voluntad nacional.

La tropa inglesa que debía venir á Orizaba, y que tenía ya preparados los medios de transporte, en cuanto se supo que venían más fuerzas francesas que las estipuladas en la convención, se embarcó. V.M. apreciará la importancia de semejante retirada. Pido mil perdones á V.M.I. por haberme atrevido á llamar su atención sobre esta larga carta; pero he creído que el modo de corresponder dignamente á las bondades de S.M. para conmigo, era decirle la verdad y toda la verdad, sobre el estado político de este país, tal cual yo lo comprendo, con lo que habré satisfecho, no sólomente un deber, sino también un deseo de noble, respetuoso y elevado afecto hácia la persona de V.M.I.

Réstame sólo decir, que desde que llegamos á este país, la más cordial armonía ha reinado entre vuestro entendido vice-almirante La Gravière y mi persona y que lo mismo ha sucedido entre los jefes, oficiales y soldados de ambas naciones, armonía que no dudo continuará mientras estemos en este país.

Queda de V.M.I., señor, con el más elevado respeto y la más noble adhesión, vuestro apasionado y adicto servidor que hace votos por la conservación y grandeza de V.M. y por la de S.M. la Emperatriz y por la del Príncipe Imperial.—firmado.—El Conde de Reus".

*Carta del Gral. Prim al Sr. Salamanca
español residente en París*

"Excmo. Señor Don José de Salamanca. Orizaba, 6 de Abril de 1862.—Mi siempre querido Don Pepe: Recibo la usted de marzo y me apresuro á contestarla, no con la esperanza de que por medio de sus buenas relaciones en París pueda usted contribuir á evitar el cataclismo que nos amenaza, pues estoy ya persuadido que es inevitable; sino para dejar sentado lo que el tiempo se encargará de probar, esto es, que los comisarios del Emperador han emprendido una política que llegará á ser fatal para la Francia.

Mientras el vice-almirante La Gravière ha creído ser intérprete fiel de la política del Emperador, hemos estado en todo acordes y todo ha ido bien; pero desde el momento en que llegó Almonte, y con él nuevas instrucciones, más en armonía con las opiniones de Mr. Saligny que con las del Almirante, éste se desanimó, se entregó, se dejó ir hácia la política de su colega, y desde entonces vamos mal y empeoramos por instantes, tanto que dentro de tres días debemos tener una conferencia, la cual dará por resultado la ruptura entre los aliados; no me cabe la menor duda. ¡Qué fatalidad! ¿Y por qué esa ruptura? porque los comisarios franceses se han empeñado en destruir al gobierno de Juárez, que es el gobierno constituido de hecho y de derecho, y que tiene autoridad y fuerza; para poner en su lugar al gobierno reaccionario del Señor General Almonte, que ni tiene prestigio, ni fuerza, ni autoridad, ni representa más que unos centenares ó miles de reaccionarios; insignificante número en la escala de uno contra nueve; pero en cambio el Señor Almonte ofrece proclamar en su día al Archiduque Maximiliano de Austria, rey de México. Así me lo declaró á mí mismo el día que tuvo la bondad de ir á verme recién llegado á Veracruz.

Ahí tiene vd. las verdaderas causas de la disidencia, la que, repito, será fatal para los franceses, pues yo estoy resuelto á reembarcarme con mis tropas, dejando á mis colegas de Francia únicos responsables de sus actos. . . y le aseguro a vd. por mi vida y por mi honra y por lo más sagrado que puedo invocar, que al obrar así estoy poseído de la más amarga pena por tener que separarme de mis bravos franceses, á quienes tanto quiero, y por los males sin cuenta que van á experimentar en la lucha injusta y desigual que van á emprender.

Que el Gobierno del Emperador no conozca la verdadera situación de este país, no es todo extraño, máxime cuando forma su juicio por las apreciaciones de Mr. Saligny; pero que éste, que está sobre el terreno, que ha vivido largo tiempo en México y que no es nada tonto, comprometa como lo hace, el decoro, la dignidad y

hasta la honra de las armas francesas, no lo comprendo, no lo puedo comprender, porque las fuerzas que están aquí a las órdenes del General Lorencez, no bastan, no, para tomar siquiera á Puebla; jno, no, no!

Los soldados franceses son extraordinariamente bravos, nadie lo reconoce y admira mejor que yo, y me precio de ser voto en la materia; pero el valor del hombre, como todo lo que hay en la humanidad tiene sus límites, y le repito á vd. que los soldados franceses no podrán vencer el cúmulo de dificultades que se les opondrán en su marcha; y cuando llegue el momento de combate serán pocos, carecerán de transportes, de víveres tal vez, y los vencedores en cien batallas serán vencidos ó no podrán conservar las posiciones que conquisten, por no poder guardar las comunicaciones con Veracruz. Los emigrados y vencidos reaccionarios ofrecerán mucho y darán poco ó nada; y, por fin, el Emperador tendrá que hacer grandes sacrificios en hombres y dinero, no digo para consolidar el trono en que siente al Archiduque de Austria, porque esto no lo podrá realizar, por no haber hombres monárquicos en México; los sacrificios tendrá que hacerlos para que sus águilas lleguen siquiera á México.

Las simpatías que vd. tiene por todo lo que es francés, hacen que vd. no dé crédito a mis pronósticos. Le estoy á vd. viendo sonreirse incrédulo y diciendo: "Mi amigo Don Juan exagera; voy á guardar esta carta para probarle en su día que se equivocó, que no vió claro y que mejor hubiera hecho en marchar adelante con los franceses".—Bueno, acepto; guarde vd. esta carta y en su día hablaremos.

Cuidado que yo no niego que las tropas francesas lleguen á apoderarse de Puebla y también de México; lo que sí niego resueltamente es que basten los batallones que hoy tiene el General Lorencez. Las águilas imperiales se plantarán en la antigua ciudad de Moctezuma, cuando vengan á sostenerlas veinte mil hombres más, ¿lo oye vd. bien? 20,000 hombres más, con el inmenso material que tan numeroso ejército necesitaría para marchar por este desolado país; porque México es de los países que según decía Napoleón I, aunque su frase no la dirigiera á México entonces: si el ejército es de mucha gente, se muere de hambre y si es de poca, se lo come la tierra.

Admitamos que á fuerza de tiempo, á fuerza de hombres y millones lleguen los franceses á México; repito que no lo dudo, pero ¿y qué habrán conseguido con eso? ¿Creé usted que crearán la Monarquía con visos de estabilidad? Imposible, tres y diez y cien veces imposible. ¿Podrán á lo menos crear un Gobierno estable bajo la presidencia de Almonte? Tampoco, porque la gran mayoría

del país (de la gente de los pueblos, se entiende, pues los millones de indios no cuentan), la inmensa mayoría, digo, es liberal, y todo lo que sea querer fundar un Gobierno contra el sentimiento público, es un sueño, una quimera. ¿Sabe usted lo que yo pienso, mi buen amigo? Pienso que el Emperador de los franceses está muy lejos de querer lo que sus comisarios están haciendo; estos Señores le están comprometiendo y lo comprometerán más y más hasta un punto, que cuando quiera retirarse de la descabellada empresa, no podrá, porque estará empeñado el lustre de sus águilas y hasta el prestigio y honra del Imperio.

Y cuidado que más de una vez se lo he dicho al almirante: "Vous agissez contrairement á la politique de L'Empereur; vous ne le comprenez pas, et allez l'engager dans una aventure indigne de lui". Y luego me pregunto: ¿Qué interés pueden tener ni el Emperador ni la Francia en que el Archiduque de Austria reine en México? Ninguno. ¿Lo tiene acaso en que el Gobierno de la República se llame de Juárez ó Almonte? No; porque rojos y blancos han dejado de pagar las convenciones, no por falta de voluntad, sino por falta de recursos. Pues entonces ¿porqué empeñarse en querer derribar un Gobierno en provecho de otro, cuando ello ha de costar la vida á muchos miles de bravos franceses? No lo comprendo; y la frialdad de lenguaje de Saligny me desespera. ¡Qué fatal vá á ser ese hombre para el Emperador y para la Francia! Yo no soy francés, y, sin embargo, no perdonaré jamás á ese hombre los males que vá á causar á mis bravos camaradas.

Con la suave y buena política que inauguramos juntos al llegar á Veracruz, hubiéramos llegado á todas partes, y lo hubiéramos alcanzado todo: la amnistía, las elecciones generales, buenos tratados, buenas garantías de pago y seguridades para el porvenir; pero por malas, no alcanzarán los franceses nada; yo se lo digo á vd. y téngalo muy seguro.

Hace unos días tuve el honor de escribir una razonada carta al Emperador; contestando á la que me hizo la honra de dirigirme. Le hablo con el profundo respeto que le profeso, pero con noble verdad. Mi carta llegará tarde, pues sus comisarios tienen prisa de romper el fuego. El 9 tendremos la conferencia; ¡será por desgracia la última! y lo más tarde, quince días después, los franceses atacarán el Chiquihuite. Lo que después sucederá sólo Dios lo sabe; pero de seguro que no será nada bueno y sí mucho malo para la Francia.

Si vd. quiere pasar por profeta, anuncie vd. al Conde Morny, nuestro amigo, que las fuerzas que actualmente están aquí no bastan, y que se preparen otros 20,000 hombres, con los que podrá el General Lorencez llegar á México, si con los batallones vienen

carros y mulas bastantes, pues sin ese elemento indispensable, tampoco podrán llegar.

Le dejo á vd. ya es hora, pues tengo todavía que escribir á mis jefes el Duque y Don Saturnino. La Condesa y chiquito siguen bien y con muchos deseos de ir á México; pero ya no es posible. Según mis cálculos á mediados de Mayo habré embarcado mis tropas, material y ganado, y entonces saldré yo para La Habana. Podré salir de allí en Junio y llegaré á España en Julio ó Agosto. Probablemente iré á desembarcar á Inglaterra. Usted probablemente estará en París. ¿Qué dirán la Reina y el Gobierno de España cuando sepan el embarque de las tropas? El primer momento será de sorpresa; luego los amigos y adversarios pondrán el grito en el cielo, creyendo llegado el momento de hundirme; pero unos y otros no tardarán en reconocer en que obré con prudencia, con abnegación é impulsado por el más acendrado patriotismo. Además, en mi calidad de Senador, podré defenderme de los cargos que se me dirijan, y, por último, el tiempo se encargará de probar que obré como bueno. El Emperador quedará disgustado de mí; pero en su fuero interno y en su alta justificación, no podrá menos de reconocer que obré como cumplía á un General español, que, obedeciendo las instrucciones de su Gobierno, no podía ni debía hacer otra política que la que su Gobierno le dictara. Los franceses partidarios de la torcida política planteada por Mr. de Saligny se desatarán contra mí; pero la Francia, la noble y generosa Francia, cuando conozca la verdad de los hechos, deplorará lo sucedido como lo deploraré yo, pero no me culpará.

Y vd., ¿qué dirá? Conocido el *attchement* que tiene vd. por el Emperador, y su buena amistad para la Francia y los franceses, al leer esta carta la estrujará vd. con desenfado y estará de mal humor mientras esté vd. en París; pero luego nos veremos en Madrid, me oirá vd., y como después de todo es vd. buen español, conveendrá vd. en que hice bien en volverme á España con mis soldados, y que al punto á que hemos llegado no puedo hacer otra cosa, so pena de faltar á mis deberes como funcionario, como español y como hombre leal.

Le quiere á vd. mucho y bien su amigo.—Prim".

Tomado del primer tomo del libro *Reseña Historia del Cuerpo de Ejército de Oriente*, del general MANUEL SANTIBÁÑEZ, México. Diciembre de 1891., pp. 13, 14 15 y 16.

Efectivamente, como preveía el Gral. Prim, el 9 de abril de 1862 se disolvió la coalición de la Gran Bretaña, España y Francia. Las dos primeras retiraron sus tropas del país y sólo el ejército de Napoleón III quedó, exhibiendo su propósito de derrocar al gobierno republicano e instaurar una monarquía y a Maximiliano de Hapsburgo como Emperador.

La predicción del Gral. Juan Prim se cumplió: el 5 de mayo inmediato, el Gral. Lorencez, al frente de cinco mil hombres, fue derrotado por el ejército mexicano frente a la ciudad de Puebla, teniendo que regresar a Orizaba y necesitando un año para poder avanzar hacia el interior del país en su plan de conquista.

Efectivamente el ejército francés necesitó refuerzos de veinte mil hombres, coincidiendo con la cifra que el Gral. Prim había anticipado.

El ejército francés invadió el país, pero no pudo dominar más que en el territorio que sus tropas ocupaban y cuando a fines de 1866, obligado por la situación interna de Francia, Napoleón III retiró la expedición, las fuerzas republicanas avanzaron ocupando el territorio evacuado por el ejército francés y, finalmente, el Imperio se redujo a unas cuantas ciudades del centro del país.

Sitiado Maximiliano en Querétaro, cayó prisionero el 15 de mayo de 1867 y fue fusilado el 19 de junio inmediato, junto con los generales mexicanos Miguel Miramón y Tomás Mejía.

Perdido el apoyo del ejército francés, el Imperio se derrumbó y la República fue restaurada.

Dimensión Imaginaria

CORRIDO COLOR AZAFRÁN

Por *Giuseppe VALENTINI*

VIENEN brotando las rocas,
cuchillas color azafrán:
la tierra mansa y sufrida
sangra en las garras del sol.

¿Por qué tan antiguo el espacio
y desde siempre vacío,
abismo que traga las nubes,
peso que aplasta la mar?

Las olas quedaron vencidas
aquí no pudieron llegar,
una añoranza y un columpio
en sus remansos del sur.

Aquí desde siempre los hombres,
arisco y sufrido raudal,
regando las milpas antiguas
con un antiguo sudor.

¿Por qué en el cielo tan grande
no puede crecer el maíz?
¿Por qué las nubes no quieren
que siembre en ellas el sol?

¿Por qué tan baja la tierra
y el hombre tan alto, por qué?
Se amortaja la espalda doblada
en el lienzo de un mudo pesar.

El machete seguía con los hombres,
dormido como el nopal:
brotaban sólo las rocas,
cuchillas color azafrán.

Andaban mezcladas las ganas
del cacique, del cura, del rey:
caballeros y caballerangos
en sus botas clavado el poder.

Y, descalzos, pasaron los siglos,
acunando, desnudo, aquel día
que las espaldas antiguas
no se quisieron doblar.

Aquel día que Emiliano Zapata
largó, áspera y hosca, su voz,
que llegó de los hielos eternos
a las cálidas olas del sur,

la primera a quebrar el silencio
que aplastaba el dormido volcán,
a encender en las horas sin lumbre
el reflejo lejano del mar.

Y de pronto rompió la tormenta,
y de pronto la guerra nació:
los machetes color de la tierra
llamearon en busca del sol.

De Chilpancingo a Cuautla,
de Cuernavaca a Ixtapan,
se irguieron, rasgando el mundo,
las rocas color azafrán.

El fuego, la sangre, el coraje
y la esperanza, no más,
la negra muerte a cebarse
y al mismo tiempo a cebar.

Fue como cuando en el pulque
despierta el manso maguay:
y sube a la tierra el diablo,
y baja del cielo Dios.

En el páramo como en la milpa,
bajo el álamo y bajo el nopal,
fue la sangre a escarbar en la tierra
la que antes regaba el sudor.

Son éstos los años del buche,
y del gatzate también,
las alimañas del aire
dale que dale a comer.

Son muchos los zopilotes
y hambrientos a más no poder:
hay mucha carne de hombre,
muchísima y por doquier.

La angurria pesada y negra
encuentra pasto sin fin,
la muerte está en todas partes
y no hace falta buscar.

Ya se han muerto en la furia de todos
el silencio y la soledad:
avalancha o muralla la gente,
hombro a hombro a morir o a matar.

Y si dicen que sin compañeros,
Emiliano Zapata murió,
que le dieron catorce balazos
en el patio de un viejo cuartel,

no lo creen en el bosque las hojas
ni el adobe lo cree en el jacal;
nadie queda asustado o remiso
porque nadie lo puede creer.

Aquí termina el corrido
que no lo quiere saber,
que se queda en la tierra bermeja,
con las rocas color azafrán,

aquí se arrima, esperando
que crezca en el cielo el maíz
y que, cosechando, los hombres
se llenen los ojos de sol.

GÓNGORA ENTRE DOS CENTENARIOS: 1927 - 1961

Por *Guillermo DE TORRE*

HE aquí que por natural privilegio de la edad, pero a costa de nuestra juventud, trascurrida con creces en el curso de dos fechas literarias históricas, nos ha sido dado asistir a una doble conmemoración gongorina. El 23 de mayo de 1927 se celebró el tercer centenario de la muerte de don Luis de Góngora. Y el 11 de julio de este año de 1961 se han cumplido cuatro siglos de su nacimiento. Este lapso abarca precisamente el período en que suele inscribirse la órbita de una generación. En 1927 era la nuestra, y lógicamente el aniversario gongorino pudimos vivirlo con plenitud, dando a aquella fecha una significación capital, viéndola como introducción a una época esencialmente innovadora, destructora de formas y ambiciosa, a la par, de nuevas normas, que por esto último gustaba de dorar, más aún, de alumbrar blasones tradicionales—y el más luminoso fue cabalmente Góngora. Ahora, en 1961, nuestro papel ante el centenario gongorino, forzosamente ha de ser muy distinto: ya no somos actores, sino testigos o historiadores; la primera función correspondería a los veinteañeros de hoy, en el supuesto de que se sientan interesados no tanto por confirmar o rechazar nuestra revalidación de Góngora, como por definir una nueva actitud, un concepto distinto de su poesía. ¿Lo harán así? Cualquier presunción o respuesta sería prematura.

Por el momento, lo que nos interesa es anotar la enorme disparidad de circunstancias en que uno y otro centenario—el de 1927 y el de 1961—se producen. El primero tuvo una larga preparación; venía gestándose casi desde comienzos del siglo, años en que comienzan a insinuarse algunos signos de la vindicación de Góngora, que culminaría en 1927. En suma, sobrevino en el momento más propicio. El segundo, es decir, el actual, se manifiesta en el seno de un ambiente literario de signo inverso, muy poco o nada predispuerto a la exaltación gongorina: cuando las corrientes que impulsan la tornátil rosa de los vientos soplan en muy otras direcciones, cuando se manifiestan preferencias, en nuestro ámbito idiomático de la poesía, más bien antigongorinas. ¿Se quieren testimonios?

Véanse, por ejemplo—atendiendo a ciertos hechos del último lustro—, algunos rasgos: cierta tendencia al realismo, que algunos califican de histórico por no atreverse a decir social; el afán de insuflar un contenido al poema, más allá de su continente, haciéndole portador de un "mensaje"; la vuelta a lo narrativo, en contraste con la visión fragmentada de la realidad, traducida por imágenes inconexas y fulgurantes. Añádase a los anotados solamente otro rasgo, quizá el más expresivo; es el siguiente: así como en la década de los "veintes" (diré accediendo a usar un anglicismo que no casa bien con la naturaleza de nuestra lengua, que por eso mismo ella sola eliminará, mas que por el momento se extiende arrolladoramente) la consigna era escribir para una selección, dedicando los libros (caso de Juan Ramón Jiménez) a la "inmensa minoría", así en los "sesenta" parece invertirse polarmente tal dirección y alguno de los últimos poetas (caso representativo de Blas de Otero) no vacila en titular desafiadoramente un libro *Con la inmensa mayoría*.

Henos aquí, pues, como un balance anticipado de los cambios entre dos fechas—de centenario a centenario—sumergidos en una atmósfera poética profundamente distinta. Del anhelo de hacer un arte "no para los muchos", divisa de Góngora que fue restaurada por los vanguardistas de 1920 y sucesores inmediatos, hemos pasado al deseo de un arte abierto, para los más; del extremo minoritario—con sus riesgos de amaneramiento y rarefacción—al extremo mayoritario—cuyos riesgos de abaratamiento cualitativo y de fácil tendenciosidad no son menores—; de la huida o elusión de la realidad a su alusión frontal y su enfoque directo; del poema concebido como un mundo aparte, con valor autónomo y leyes propias, entendido, en suma, como *creación* total al poema que refleja los elementos de la realidad, apenas traspuestos o adobados, vistos en su maciza, cruel desnudez; de la selección y estilización de los medios expresivos, caracterizados por la sintaxis quebrada y la superabundancia prodigiosa de metáforas (tales son algunas de las características fundamentales en la poesía gongorina) a su elocución más lisa y cotidiana (semejante a aquella que satirizaba Góngora en uno de sus arañazos polémicos contra la retórica de Lope de Vega: "con razón Vega, por lo siempre llana").

¿Quiere ello decir, quiere esta muda tan radical significar que los frutos del centenario gongorino de 1927 se hayan perdido o malogrado? No; se trata sencillamente de un lógico cambio del gusto, de una natural evolución de las preferencias poéticas y críticas: la que define y distancia dos generaciones consecutivas, ya que la existencia de una generación como tal se define fundamentalmente por sus reacciones contra la inmediata anterior. Pero esa

discrepancia de criterios—no quizá respecto a la valoración de Góngora como a los conceptos estéticos que orientan a la última hornada—envuelve una cuestión más ardua, sobre la cual no resulta fácil hallar una explicación conciliadora.

Me refiero al problema acaso capital de la literatura española desde los siglos clásicos; esto es, a la oposición, pocas veces violenta, pero siempre latente, entre la literatura minoritaria y la mayoritaria, más concretamente entre el "trobar clus" y el "mester de juglaría", en suma, entre el arte estilizado y el realista. Precisamente, uno de los hechos más notables, si no uno de los triunfos positivos del primer centenario gongorino, fue la superación de aquel distingo; se tradujo en la pasión puesta por uno de los artífices de dicha efemérides, Dámaso Alonso, en luchar contra la idea exclusivista del realismo, adscrito como rasgo único o fundamental de la literatura española, confrontada con otras literaturas europeas, vindicando una tradición opuesta, casi siempre oscurecida, pero no menos genuina que la del popularismo localista: la de una literatura antirrealista, selecta—hoy diríamos estilizada—y universal.

Por su parte, D. Ramón Menéndez Pidal, de acuerdo con su manera superiormente conciliadora, antes que ahondar diferencias, ha preferido cotejar valores y afinidades entre ambas direcciones del arte. Traza para ello dos líneas paralelas; encabeza la primera, la mayoritaria, con el *Poema del Cid* y las demás leyendas heroicas, el Romancero, *La Celestina* en parte, el Arcipreste de Hita, el *Lazarillo* y la novela picaresca; la continúa—entre otros—con Guevara, Santa Teresa, Cervantes, Lope, etc., y la termina con Espronceda, Zorrilla, Unamuno, Valle-Inclán y García Lorca. Al frente de la línea distinguida o minoritaria pone el *Auto de los Reyes Magos*, el *Libro de Alexandre*, Santillana; luego Garcilaso, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz y otros, incluye naturalmente a Góngora, Gracián, Calderón y el culteranismo-conceptismo, concluyéndola con Moratín, Rivas, Darío y Gabriel Miró. Afirma que la segunda línea es tan esencial, tan española como la primera, si bien ésta logró mayor penetración en otros pueblos; mas advierte que no cabe una separación tajante entre ambas, pues los casos de ambigüedad, mezcla o alternancia de uno y otro estilo en la obra de un mismo autor—tales Cervantes, Lope, Quevedo, el mismo Góngora—son incontables.

Volviendo al cambio, antes esbozado, de criterios sobre la naturaleza y alcance de la obra literaria que se ejemplifica en la apreciación de Góngora. ¿Cómo asombrarnos de que tal muda se haya producido si durante ese mismo tercio de siglo tuvo lugar no sólo un relevo de generaciones, sino también otros cambios muy pro-

fundos, tanto en las letras como en numerosos órdenes de la cultura y de la sociedad? Por lo demás, estas "vueltas" a los clásicos (en 1881 fue la de Calderón, en 1935 la de Lope, quien al igual que ahora Góngora, volverá a actualizarse nuevamente el año próximo, 1962, con motivo del tercer centenario de su nacimiento) no significan, no pueden significar una restauración de sus normas o estilos —y desdichado quien así lo interprete, pues caerá fatalmente en la caricatura y el anacronismo—; lo importante en la conmemoración de esas figuras reside en la actualización de sus problemas, en el replanteamiento de las cuestiones y técnicas y les dieron vida, con la consecuencia, claro es, de proyectar sobre sus obras la curiosidad de las nuevas generaciones de lectores. Y en este sentido, el centenario de Góngora fue incuestionablemente un triunfo positivo. La cosecha de libros, estudios, discusiones, comentarios de toda suerte resultó extraordinaria; mucho más copiosa que la de ningún otro aniversario, hasta la fecha, en nuestro siglo, según hemos de recordar más adelante. La que puede espigarse tras esta nueva conmemoración de 1961 más bien se anuncia parca. No nos extrañe que así sea. Góngora para la generación de hoy no pasa de ser probablemente historia, una mera evocación retrospectiva. Góngora para la generación literaria de 1927 —tanto en España como en Hispanoamérica— fue actualidad, fue un tema vivo y apasionante, fue algo sentido como propio.

¿POR qué sucedió así? Pero antes debería responder a otra pregunta, aun a riesgo de asumir la primera persona del singular. ¿Por qué dimos entonces en leer entusiásticamente a Góngora varios aprendices de escritor? Por varias razones; apuntaré las más. Ante todo, porque interesado profundamente en la nueva imaginería, concibiendo entonces lo poético como una incesante creación de metáforas insólitas, tal gusto hubo de llevarme derechamente hacia las proezas verbales de las *Soledades* y del *Polifemo*. Después, por una ingénita, tal vez subconsciente, pero desde luego ancestral propensión hacia lo barroco, que en un tiempo dejé fluir libremente, pero que luego he debido vigilar y sofrenar. (Definiendo esa tendencia racial yo he escrito en otra ocasión: "...podría asegurarse que todos los escritores y artistas españoles nacen con unas gotas de barroquismo en la masa de la sangre. Cabalmente su esfuerzo más delicado, en el andar de las vidas y de los siglos, consiste no tanto en eliminar esta herencia, como en aclarar su corriente y alisar sus volutas). Y finalmente, por un movimiento de reacción polémica, por un espíritu de justicia y juvenil afán reivindicador; es decir, fuimos movidos por la intención de contrariar todo lo que hasta en-

tonces solía decirse y leerse en tratados y manuales sobre Góngora y contra el gongorismo y el culteranismo.

No es, por ello, extraño, sino perfectamente justificado que al hacer tablarrasa de tantos valores pretéritos y contemporáneos en las páginas juveniles de mis *Literaturas europeas de vanguardia*, yo abriera un claro de excepción para Góngora. Así se explica que puesto a buscar antecedentes de "la imagen y la metáfora en la nueva lírica" (tal se titula un capítulo del libro mencionado) registrase precursoramente las de Góngora y Mallarmé. Tal asociación no era arbitraria. Cabalmente—contra lo que puedan imaginar algunos—la restauración de cualquier clásico siempre se ha producido así: por la vía de un moderno quien le ha reabierto las puertas. Y fue el simbolismo francés, fue el modernismo español, los movimientos que a fines del siglo XIX y principios del XX sirvieron de antesala para la "nueva presentación" o revaloración de Góngora.

En cuanto a Mallarmé, todavía años más tarde cuando se cumplió el cincuentenario de su muerte, 1948, y una revista de París, *Les Lettres* (núms. 9-10-11), me pidió una colaboración sobre su eco en la literatura española, yo, sin gran fantasía o exageración, pude comenzar así mi trabajo (consta ahora en *Las metamorfosis de Proteo*): "Mallarmé en español es un autor clásico. Existe desde el siglo XVII: desde Góngora, desde Carrillo de Sotomayor; más aún, estaba prefigurado, desde la época del gótico florido con Juan de Mora y su *Laberinto* de fortuna, manadero de donde arrancan las más luminosas oscuridades, y donde amanecen algunos de los cultismos y neologismos, cuya riada anegaría luego las *Soledades*". Y añadía: "No hay hipérbole, amigos (*Hyperbole! de ma mémoire*...). Si Mallarmé es fundamentalmente un barroco, y el barroquismo alcanza su expresión más contorcida y dramática en el arte y en la literatura de España, convendréis en que la poesía del autor de *L'après-midi d'un faune* no puede sonarnos a cosa rara o imprevisible en español".

AUNQUE mi propósito era registrar únicamente el estado actual, la situación de Góngora en los años posteriores al primer centenario, advierto ahora que tal itinerario resultaría incompleto si antes no recordásemos algunos hitos importantes en los años finales del siglo XIX y comienzos del actual (resumiendo en unas ocasiones, y ampliando en otras, los aportes de Alfonso Reyes, Miguel Artigas, Dámaso Alonso y Emilio Orozco Díaz). Sólo entonces comienza la poesía de Góngora a ser apreciada y puesta en su sitio tras la oscuridad o menosprecio que padeció durante el neoclasicismo y

el romanticismo, en contraste a la vez con la viva ola de curiosidad y las polémicas apasionadas que disfrutó durante el siglo xvii.

Ya he dicho que la vía de acceso a la modernidad le fue abierta al gongorismo por los simbolistas y modernistas, cosa nada extraña, puesto que su poética significó una ofensiva contra el realismo, un primer auge de la exquisitez y aun de la rarefacción. Ciertamente que el conocimiento y los supuestos en que aquéllos se apoyaban eran muy parciales e insuficientes. No hablo todavía de Mallarmé, quien desde luego no había leído a Góngora (pero al que, sin embargo, debía haber tenido en cuenta Albert Thibaudet en el libro capital que dedicó a este último) mas en cuya estética, no obstante, es la única donde pueden descubrirse algunos lejanos paralelismos o analogías con la del cordobés, mejor que en otras. Me refiero a los casos de Verlaine y Moréas. El primero, aunque al parecer —según nos cuenta Rubén Darío— repitiese con frecuencia el último verso de la Soledad primera, poniéndolo además como epígrafe a una poesía: *a batallas de amor campos de plumas*, y cuyo conocimiento, se sospecha, pudiera haberle llegado por boca de José María de Heredia, la realidad es que desconocía el español, al haberse detenido —nos cuenta un biógrafo— en los rudimentos de la gramática castellana. Caso parecido es el de Moréas, quien experimentaba un sentimiento de admiración infusa por el autor del *Polifemo*, pues al encontrarse con Rubén Darío, según testimonio de éste, le saludaba así: "¡Viva don Luis de Góngora y Argote!" Valgan lo que valieren estos testimonios, el hecho es que merced al autor de *Cantos de vida y esperanza* —quien una vez más actúa de mediador— el recuerdo y la exaltación de Góngora vuelven nuevamente a las letras españolas. Su propio testimonio de homenaje se expresa mediante el *Trébol* de sonetos que aparece en el libro nombrado, claramente miméticos del estilo gongorino, y particularmente en el que finge dedicado por Velázquez a don Luis.

¿Hasta qué punto tuvo que ver Rubén Darío en el homenaje que una de las revistas más típicas del modernismo, *Helios*, dirigida por Juan Ramón Jiménez, Martínez Sierra, Ramón Pérez de Ayala y otros, consagró a Góngora en 1903, y cuyo nuevo auge corre paralelamente al que entonces comenzaba a experimentar el Greco? Sin embargo, Darío no colaboró en ese número, pero sí otras figuras de entonces, tales como Antonio de Zayas y Navarro Ledesma, quienes contestan con artículos entusiastas al requerimiento de *Helios*, mientras Unamuno lo hace en tono desafecto para Góngora, y Azorín con una delicada glosa impresionista.

En el terreno de la crítica erudita es un hispanista belga, Lucien-Paul Thomas, quien da los primeros pasos —dentro del siglo— con dos libros titulados *La lyrisme et la préciosité cultistes en Espagne*

y *Góngora et le gongorisme*, que datan respectivamente de 1909 y 1911. L. P. Thomas se propuso —y logró— con ellos sacar a Góngora del abismo de los "poètes maudits", según escribió luego en otro libro posterior, *Don Luis de Góngora* (1931), donde incluyó también traducciones; con ellas continúa las que poco antes habrán dado a luz en francés otros hispanistas (Francis de Miomandre, de veinticuatro sonetos, en 1921, Zdislas Milner, de veinte sonetos y del *Polifemo* en 1928, y Marius André del mismo libro, por aquellas fechas).

Dejando de lado la mención detallada de otras aportaciones extranjeras que contribuyeron a airear el nombre de Góngora y a vitalizar su obra (tales un artículo de Rémy de Gourmont en sus *Promenades littéraires* y otro de Arturo Farinelli), destaquemos una contribución capital en nuestra lengua, debida a quien iba a ser, sin pretenderlo expresamente, por la simple calidad de sus trabajos, "maestro de todos los gongoristas de hoy", "primer gongorista de las nuevas generaciones", según le ha calificado Dámaso Alonso, el único que puede más tarde compartir con él tal primacía. Me refiero a Alfonso Reyes. Este gran escritor mexicano continental, más exactamente, ya en su primer libro, *Cuestiones estéticas* (París, 1911) incluye una conferencia titulada "Sobre la estética de Góngora", páginas de reivindicación juvenil, luego superadas en una serie de estudios sucesivos (los que reunió en *Cuestiones gongorinas*, 1927), y en uno de sus *Capítulos de literatura española* (1945), el que rotula "sabor de Góngora" que constituye la más vivaz y espléndida síntesis del itinerario vital-estético gongorino.

Y siguiendo el orden cronológico nos encontramos ya en la década del 20. En ese mismo año, no en un lugar académico, sino en una arquetípica revista de vanguardia (*l'Esprit Nouveau*, de París, número 3) un humanista e hispanófilo polaco, Zdislas Milner, publica un artículo superiormente atractivo (como su simple título sugiere): "Góngora et Mallarmé: La connaissance de l'absolu par les mots"; le había antecedido otro de Francis de Miomandre con análogo enunciado: "Góngora et Mallarmé" (en *Hispania*, París, 1918, recogido luego en el libro *Le pavillon du Mandarin*, París, 1920). El insólito paralelismo podrá ser más o menos legítimo (años después Dámaso Alonso se aplicaría encarnizadamente a desmenuzarlo, sacando una conclusión negativa *Estudios y ensayos*, 1955 y *El "Polifemo" de Góngora*, 1960), pero su consecuencia inmediata fue muy importante: logró situar al poeta de las *Soledades* en nuestra atmósfera de preocupaciones poéticas, actualizarlo, contemporaneizarlo. Sin duda las analogías presentadas por Miomandre entre Góngora y Mallarmé eran obvias o muy exteriores (su común denominador de oscuridad, su preferencia compartida por la cabellera

femenina las flores, las piedras preciosas). Más fundadas se presentaban las que Milner ponía de relieve. Góngora, venía a decir el crítico polaco, es una última emanación del Renacimiento español, del mismo modo que Mallarmé es la postrera del romanticismo francés. No se trata de una influencia a través de los siglos, ya que Mallarmé [antes lo dijimos] "ignoraba al poeta español". Tampoco de un parecido fortuito, puramente superficial, de gusto o de temas. Por el contrario, nada más diferente, en cuanto a temperamentos y fondo inspirador que Góngora y Mallarmé; ni sus procedimientos y recursos son los mismos. Pero "lo idéntico en ambos es la fuente ideal de la ejecución poética, el estado psicológico del poeta, lo consciente y premeditado del esfuerzo, la religión lírica que profesan". Agregaba que en Góngora "la oscuridad es el resultado de un esfuerzo sabio, no un fin propuesto" y en Mallarmé, parejamente, "el resultado de una evolución interior del artista, una consecuencia del esfuerzo continuo hacia formas de expresión más perfectas".

De ahí—diremos por nuestra cuenta—la voluntad de estilo común a ambos. En Góngora, se manifiesta por el camino del latinismo a ultranza, llevado por un afán aparentemente antitético; de un lado retrotraer el castellano hacia una sintaxis que había dejado atrás, y de otro lado crear un idioma poético, aparte, radicalmente distinto del *sermo vulgaris*, cuajado de neologismos y vocablos rutilantes, preciosos. En Mallarmé hay parejamente un afán de repristinar el idioma, de—según sus palabras— "donner un sens plus pur aux mots de la tribu". Sin entrar en otras precisiones, dejando a un lado ejemplos concretos, el resultado es que si bien no deben sobrevalorarse (como algunos hicimos en el primer centenario) las *analogías*—tal la palabra exacta, rehuendo cualquier otra que indique mayor proximidad— entre Góngora y Mallarmé, tampoco hay que descartarlas, máxime, si advertimos a seguida que esas analogías gongorinas no son mayores ni menores que las que puedan mostrar con un Desportes, un Marino, Chiabrera, Lily, Donne, puesto que movimientos como el gongorismo, el marinismo, el eufuismo y el de la "poesía metafísica", de hecho son radicalmente independientes y su única semejanza son las circunstancias espirituales de la época barroca que les dio origen.

SITUÉMONOS ya de una vez en las vísperas del centenario, señaladas por dos aportaciones positivas: en primer término la edición de los poemas de Góngora hecha por Foulché-Delbosc, que vino a anular en cierto modo todas las anteriores, puesto que estaba basada en un manuscrito, el de Chacón, al parecer revisado por el propio autor. Después, la primera biografía y estudio crítico completos, *Don Luis*

de *Góngora y Argote* (1925), por Miguel Artigas, obra rigurosa en la erudición y concebida con un criterio moderno que, a pesar de los avances parciales posteriores, sigue siendo irremplazable. Quizá el único reparo que pudiéramos hacerle es no haber dado suficiente extensión a la tolvanera polémica engendrada por las *Soledades*; no haber detallado ese largo y sabroso capítulo de la historia literaria del 1600, mediante la narración de los ataques y defensas del gongorismo, a partir de las dos cartas censorias de Pedro de Valencia (1613). Éste fue el primero en señalar el reparo en que otros insistirían hasta la saciedad, la "afectación de hincharse y decir extrañezas y grandezas o buscar gracias y agudezas y otros afeites ambiciosos y pueriles (o juveniles a lo menos) que aflojan y enfrían y afean", recomendando: "virtud del decir es la claridad". Fue seguida de *Antídoto contra las Soledades* (1623), de Juan de Jáuregui, contestado a la vez por el *Examen del Antídoto* o *Apología de las Soledades* de don Francisco de Córdoba, Abad de Rute; y luego numerosos escritos en pro y en contra—entre estos últimos, los de Cascales (1634) y Faría y Sousa (1630)—, pero haciendo notar que prevalecieron los primeros, iniciados por Pellicer con las *Lecciones solemnes* (1630) y seguido por Martín de Angulo (1635), Salazar Maldones (1636), Salcedo Coronel (1636-1648), entre otros varios comentaristas, sin olvidar la intervención lateral de Lope de Vega en cierta *Epístola a un Señor destos reinos* (1624), muy conciliadora, en contraste con la aspereza y burla de sus sonetos antigongorinos. Incluso en el Nuevo Mundo la polémica tuvo repercusión—aunque algo tardía: "vivimos muy lejos los criollos", decía su autor en 1662—merced al *Apologético en favor de Góngora*, original de un cura del Cuzco, Juan de Espinosa Medrano, "El Lunarejo", replicando a un ataque del portugués Faría y Sousa (1639). (Es sensible que la mayoría de esos textos, todos ellos raros, nunca hayan sido reeditados juntos, en su integridad, o al menos en extractos suficientes).

Y HENOS aquí ya—retrospectivamente—, en 1927. Registrar las publicaciones de tal fecha y años inmediatamente posteriores, resultaría superfluo, puesto que esta labor ya fue cumplida por Dámaso Alonso, hasta 1932 (en el capítulo final de sus ya citados *Estudios y ensayos gongorinos*). Sin embargo, con el fin de examinar lo esencial de aquella cosecha, o verla con distinto enfoque, o reparar algunas omisiones, tampoco resultarán inútiles las siguientes precisiones. Desde luego, en cualquier caso, la justicia obliga a comenzar con la mención del propio Dámaso Alonso, ya que su prólogo a la edición de las *Soledades*, seguido de una "versión" y comentario del texto

gongorino, señala una aportación sustancial. Su motivo inicial es idéntico al que entonces nos movía a otros: el propósito reivindicador de un poeta y un estilo poético que habían quedado escarnecidos o disminuidos tras la famosa diatriba de Menéndez y Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas*. Mas advirtamos, al pasar, que esta reprobación de Góngora, contrastaba (y esto no se ha señalado debidamente) con su actitud no apologética, pero sí más bien benévola del otro extremo barroco, el conceptismo de Quevedo y Gracián. No es que Menéndez y Pelayo llegue a mostrar tanto como simpatía por Quevedo ("se pierde por lo profundo como otros por lo brillante"; antes le había calificado a Góngora de "pobre en ideas y riquísimo de imágenes"), pero sí señala que "el conceptismo lejos de nacer de penuria intelectual, se fundaba en el refinamiento de la abstracción". Lo que en ningún caso puede aceptar Menéndez y Pelayo es el supuesto de que en tales fenómenos, como causal extrínseca al menos, en la tendencia común a rehuir la visión frontal de las cosas, tuviera algo que ver el reflejo de las oblicuidades, de las cautelas que en el orden del pensamiento eran forzosas bajo la presión teocraticosocial del siglo XVI.

Esas reservas y negaciones explican el tono exaltado y apologético, inclusive el mismo título del prólogo de Alonso, "Claridad y belleza de las *Soledades*", que suena como una deliberada réplica a la "oscuridad" y "monstruosidad" de que habían sido motejadas. Anticipaba ahí su autor algunos puntos esenciales, que han pasado a ser justificadamente artículos de fe, y que luego él mismo desarrolló en trabajos posteriores, sobre todo en *La lengua poética de Góngora* (1933).

A propósito de esta "lengua poética" advertía que, en principio, no era distinta de la habitual en la poesía de tradición renacentista, pero sí diferente "por la constancia, por la repetición del procedimiento, y además por la frecuencia con que se da el elemento irreal o metafórico, sin que aparezca explícito por ninguna parte el término real de la comparación", señalando que tales metáforas "carecen casi siempre de novedad, pero permiten huir el hombre grosero y el horrendo pormenor: son como un bello eufemismo". "La poesía (había escrito Ortega, y también a propósito de Góngora, en un artículo que más tarde examinaremos) es eufemismo", es "eludir el nombre cotidiano de las cosas, evitar que nuestra mente las tropiece por su vertiente habitual, gastada por el uso, y mediante un rodeo inesperado ponernos ante el dorso nunca visto del objeto de siempre". Y respecto a la originalidad: Alonso, en cuanto panegirista, sigue la tradición de todos los que le habían precedido, desde los tiempos de Salcedo Coronel y de Salazar Mardoner, quienes para justificar el estilo y las metáforas gongorinas se afanaban en bus-

carles precedentes clásicos (Virgilio, Ovidio, sobre todo); en suma —como escribió intencionadamente Alfonso Reyes— "procuran quitarle originalidad a su autor: exactamente lo contrario de lo que hoy haríamos". Pero es que tal concepto de originalidad, por cuya búsqueda hoy nos desvivimos, es un concepto moderno; y cabalmente en los siglos XVI y XVII —y aún en el XVIII hasta el romanticismo— lo contrario, la tradicionalidad, la continuación, era aquello que se estimaba y valoraba. No oscuridad, sí dificultad —precisaba Dámaso Alonso. Y aún más, llegaba a concluir: "no oscuridad, claridad radiante, deslumbrante". "No vacío, no nihilismo poético: iluminada plenitud, pletórica plenitud".

Otro de los puntos de vista impuesto por los estudios de Dámaso Alonso ha sido la negación categórica de los "dos Góngoras" (el claro de las letrillas y romances; el oscuro de las *Soledades* y el *Polifemo*), demostrando que no hay en él un cambio sustancial, que la "segunda manera" es una "intensificación" de la primera. En vez de una división tempoespacial de la obra de Góngora, proponía, por consiguiente, "una división longitudinal que corre a lo largo del mismo transcurso de tiempo (1580-1626)", puesto que desde el principio hasta el fin de su vida alterna lo popular y humorístico con lo noble o elevado. Resumiendo afirma que "el arte de Góngora es, desde sus comienzos, una continuación del cultismo del siglo XVI, con profundas raíces ligadas al desarrollo del petrarquismo; y el arte de Góngora, en las *Soledades* y el *Polifemo*, es una consecuencia de la acumulación e intensificación de esos elementos que ya existían en su poesía en el principio mismo de su carrera de escritor". Estos puntos de vista, que vinieron a dar al traste con la habitual y tajante escisión de los dos Góngoras (un "príncipe de la luz" y un "príncipe de las tinieblas", según la clasificación de Cascales), si bien ya habían sido anticipados parcialmente, desde pocos años atrás, por Alfonso Reyes y Miguel Artigas, cobraron, a partir de Alonso, mayor peso y certidumbre y fuerza, merced a la riqueza de sus argumentos y a la convicción persuasiva con que supo exponerlos.

Sin embargo, el homenaje que el mismo autor había proyectado, con un grupo de compañeros generacionales, consistente en la publicación de las obras completas de Góngora, por la *Revista de Occidente*, quedó trunco, pues de los seis tomos proyectados sólo llegó a aparecer —aparte de las *Soledades*—, uno más —el de *Romances*, editado por José María de Cossío— y otro, de carácter más bien marginal, una antología miscelánea en honor de Góngora, compilada por Gerardo Diego.

Pero si en materia de libros no fue muy pródigo el mismo año del centenario, sí abundó en números especiales de revistas, artículos y conferencias. Dejando a un lado —por más conocido o recorda-

do— el número de homenaje de la *Revista de Filología Española* (IV, 1927) y algunos de carácter puramente poético (como los de *Verso y prosa*, *Litoral y Lola*), detengámonos en el de *La Gaceta Literaria* (nº 11, junio 1927), cuya preparación corrió a cargo de Giménez Caballero y mía. Ante todo, tenía un carácter internacional, puesto que en sus páginas colaboraron algunos de los más notorios gongoristas o hispanófilos de varios países, por ejemplo, Jean Cassou, Helmuth Petriconi, Valéry Larbaud, L.P. Thomas, Carlo Bosselli. Después, a fin de confrontar la opinión de los maestros del 98 con el parecer de la nueva generación, se solicitaron juicios de Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, Machado. . . Las respuestas de todos ellos fueron reticentes, cuando no hostiles; por ignoradas u olvidadas no dejará de resultar curioso resumirlas. Así Unamuno, quien comenzaba diciendo— desde su destierro de Hendaya— que en realidad no conocía a Góngora. "El gongorismo me lo vedó siempre, impidiéndome el deseo de llegar a él. Por qué Góngora era seguramente él, Góngora, y no gongorista, ya que todo 'ista' es un otro que sí mismo, y presumo que Góngora era y es él mismo". En cuanto a Baroja, y de acuerdo con una obsesión muy suya, contestaba diciendo que en el caso de tener que escribir sobre Góngora "creería encontrarle una raíz semítica". Valle-Inclán, por su parte, era tan categórico como áspero: "¡Inaguantable! De una frialdad, de un rebuscamiento de precepto. . ." Y finalmente, Antonio Machado se excusaba, pero su opinión quedó expuesta años más tarde, a través de su "alter ego" Juan de Mairena y en su condenación del barroco, que él personalizaba en Calderón aunque respecto a Góngora dejaba caer alguna salvedad personal. Opiniones, por cierto, éstas de Mairena, muy discutibles, aunque todavía no lo hayan sido, ya que es más fácil y cómodo asentir que no contrariar.

Una curiosidad poco recordada contiene también ese número de la *Gaceta Literaria*, cierto "Romance apócrifo de don Luis a caballo", por Federico García Lorca. Es el que comienza: "Por el real de Andalucía/marcha don Luis a caballo./Va esparciendo su manteo/negra fragancia de nardos/y luciendo un repertorio/en los pliegues de sus paños,/el viento, escultor, de bultos/y burlador de romanas". Don Luis se encuentra con tres personajes que tienen aire de asaltantes. Una niña, que ha acudido a sostener el estribo de D. Luis al apearse, les pregunta: "¿Cómo os llamáis, barbianes?" Van diciendo uno, dos, tres:/José María el Temporano./El príncipe de Esquilache./Justo García Soriano./De la abierta carcajada/don Luis se ha desquijarado". Como puede verse todo este improvisado romancillo se encamina a burlarse del último nombrado, un erudito, a quien en aquellas fechas, había declarado la guerra la nueva grey poética, pues García Soriano estaba empeñado en negar toda singu-

laridad a Góngora, acusándole de plagiaro o aprovechador de don Luis Carrillo de Sotomayor, "cuatralbo de las galeras de España" y poeta muerto joven (1582-1610) que había antecedido ligeramente a Góngora en algunos poemas y, sobre todo, con su *Libro de la erudición poética*, que ha venido considerándose como el manifiesto del culteranismo.

Entre las demás colaboraciones españolas sobresalía una de Ramón Gómez de la Serna, surcada por sus habituales, fulgurantes adivinaciones; otra de Jorge Guillén, a propósito de la originalidad de Góngora: "original como lo es el clásico: acomodando su talento a un estilo previo, al estilo"; lo sensible es que Guillén dejara inédita la tesis gongorina que escribió en aquellos años. Otros colaboradores eran: Benjamín Jarnés, bajo un título gongorino: "Oro trillado y néctar exprimido"; Rafael Alberti, quien anticipaba un fragmento de su continuación de las *Soledades*; también, a modo de homenaje, Antonio Espina firmaba una imitación del cordobés; Gerardo Diego, Mauricio Bacarisse, etc. Naturalmente, en este etcétera, estábamos los que nos habíamos reservado los lugares finales del número, el director de *La Gaceta Literaria*, Giménez Caballero y yo, como secretario.

Confieso que tenía casi olvidada la media columna que allí dediqué entonces a Góngora; de ahí la grata sorpresa que experimenté bastantes años más tarde al advertir que merecía el honor de ser recordada por Menéndez Pidal en su estudio "Oscuridad, dificultad entre culteranos y conceptistas" (incluido en *Castilla, la tradición, el idioma*, 1945). En rigor, aquella página mía no pasaba de ser un signo más de la plural reacción polémica contra el vilipendio padecido por Góngora, el gongorismo y lo barroco. Llevado de tal ímpetu no vacilaba hasta en deformar y exagerar algo las cosas. Pero júzguese por la siguiente transcripción: "La poesía de Góngora —escribía yo— no es clara ni es oscura— ¡cesen, al fin, esas distinciones escolares o gregarias! La poesía de Góngora es esencialmente poética, mundo aparte y distinto. Belleza inmanente, pero impercedera. ¿Por qué? Porque no está escrita en castellano seiscentista, ni en latín, ni en griego. Está elaborada con una lengua propia, extraordinaria, disímil de todas las conocidas. Una lengua que Góngora —genialmente— inventó. (De la manera como se inventa poéticamente: sacándosela de la cabeza, de la médula, del genio)". "Don Luis, con las *Soledades* y el *Polifemo*, realiza la hazaña más revolucionaria y fructuosa que registran los anales de nuestras letras: la creación de un lenguaje poético. Puro, genuino, diferenciado. Un lenguaje poético que comienza y termina en sí mismo. Un lenguaje transustanciado, metafórico, que no pretende reflejar el mundo real y circundante; creado, porque crea a la vez un orbe poético insólito. Un

lenguaje, en suma, que Góngora, heroicamente, ha estado hablando solo durante tres siglos, frente al extranjerismo, la mudez de gentes alalás, hasta hoy, hasta encontrarse con nosotros, sus colingüistas".

En cuanto a otros números de revistas sobre el mismo tema, mencionaremos únicamente, el de la revista que en cierto modo correspondía en la Argentina a *La Gaceta Literaria*; me refiero a *Marín Fierro*; en un número del mes anterior (41, mayo 1927) incluía varios artículos sobre Góngora. Los encabezaba uno de J. L. Borges, esta vez más bien irónico, en contraste con anteriores alabanzas. Ricardo Molinari, el poeta argentino más finamente empapado de reminiscencias clásicas, fingía un diálogo "a las 3 y 15 del día 24 de mayo de 1627 en un pasillo de la catedral de Córdoba", es decir, el día en que murió Góngora, entre sus amigos y detractores, Francisco del Corral, Cristóbal de Heredia, Jáuregui, Salcedo Coronel, etc. Pedro Henríquez Ureña, aunque inicialmente se fijase en el Góngora "precursor" del simbolismo francés y del modernismo español, declaraba preferir a Góngora en sí, sin referirle a "sucesiones hipotéticas". Finalmente, Arturo Marasso firmaba unas breves líneas, probable resumen o anticipo de alguno de los escritos más extensos que luego dedicaría a *Góngora y el gongorismo*, título del que publicó en 1943, y que luego reaparece en sus *Estudios de literatura española*, tan ricos de erudición y de agudeza interpretativa como todos los suyos. Puestos ya a citar contribuciones argentinas, no olvidemos las de Angel J. Battistessa ("Los sonetos de Góngora", *Nosotros*, n.º 82, enero de 1943), Orestes Frattoni (*Historia del soneto en Góngora*, 1948), y Emilio Carilla (*El gongorismo en América*, 1946). Menos aún conviene olvidar la primera edición asequible y moderna de las *Obras completas* de Góngora por Juan e Isabel Millé Giménez. En México, la conmemoración gongorina se manifestó en varios trabajos, particularmente uno de la revista *Ulises*, por Ermilo Abreu Gómez, ya que él, como devoto de Sor Juana Inés de la Cruz, era el más indicado para rendir pleitesía al modelo barroco español.

PERO volviendo al año del primer centenario gongorino en España: dos aportaciones sustanciales de esa fecha fueron las de Federico García Lorca y José Ortega y Gasset. La del poeta consiste en una conferencia muy conocida sobre "La imagen poética en D. Luis de Góngora". Aunque según declaración propia (así me lo decía en la carta donde me acompañaba una copia) fue escrita para ser leída, con fines de divulgación, ante sus amigos de Granada y sus compañeros en la Residencia de Estudiantes de Madrid, no deja de contener atisbos muy personales. Por ejemplo, estos que nos iluminan tanto

o más que sobre Góngora sobre el mismo Lorca. Comentando aquella fase de Paul Valéry donde sostenía que el estado de inspiración no es el más conveniente para escribir un poema, Lorca asiente así: "El estado de inspiración es un estado de recogimiento, pero no de dinamismo interior. Hay que reposar la visión del concepto para que se clarifique. No creo que ningún artista trabaje en estado de fiebre. [...] Se vuelve de la inspiración como se vuelve de un país extranjero. El poema es la narración del viaje. La inspiración de la imagen, pero no el vestido. Y para vestirla hay que observar ecuánimemente y sin apasionamiento peligroso la calidad y sonoridad de la palabra, y en Góngora no se sabe qué admirar más, si su sustancia poética o su forma inimitable e inspiradísima. Su *letra* vivifica a su espíritu en vez de matarlo. No es espontáneo, pero tiene frescura y juventud. No es fácil, pero es inteligible y luminoso. Aun cuando resulta alguna vez desmedido en la hipérbole, lo hace con una gracia andaluza tan característica, que nos hace sonreír y admirarlo más, porque sus hipérbolos son siempre piropos de cordobés enamorado".

A modo de culminación y remate de esta memoranda del año gongorino, evoquemos el penetrante ensayo de Ortega (*El Sol*, Madrid, 5 junio 1927, recogido luego en *Espíritu de la letra*, 1927), donde hay afirmaciones que rebasan el pretexto inicial y son más bien normas de su doctrina estética, de su concepto de la poesía entendida como desrealización y deshumanización. Recordemos únicamente éstas: "Gran error creer que la poesía es naturalidad: no lo ha sido nunca mientras fue poesía. La antigua, la clásica, mucho menos natural que la nuestra. Homero, como Píndaro, comienzan por hablar en un idioma convencional que no habla pueblo alguno. Su tema —la mitología— tampoco es natural, sino, por definición, materia sobrenatural". "Poesía no es naturalidad sino voluntad de amaneramiento. Su historia se desarrolla en potencias crecientes de amaneramiento". Y luego, reaccionando, como todos entonces, contra la lapidación de Góngora por "oscurista", escribía Ortega: "El poeta ha hecho su camino en sentido opuesto [al del lector de un jeroglifo]: parte de una realidad y busca su transcripción poética, por decirlo así, su doble en el tras mundo lírico. Esto es lo que nos da: su propósito es precisamente tapar lo real, encubrir lo cotidiano con fantasmagoría". Ahora bien, a despecho del tono vindicativo de su artículo, Ortega, según su hábito, alternando el entusiasmo con la restricción, finalizaba con algunas objeciones: "Góngora intenta restaurar la inspiración pineal y mira el universo con el ojo ígneo de Polifemo. Las cosas que habían caído en la quietud y en la prosa vuelven a la danza de las metamorfosis. El racionero, irónicamente, prestidigitista y se saca cisnes de las mangas, convierte en

césped la flecha, el pájaro en esquila, la entrella en cebada rubia. Eternamente la poesía ha consistido en dar gato por liebre [...] Yo preferiría, sin embargo, que los jóvenes argonautas de la nave gongoriana se complacieran en limitar su entusiasmo. Hay que definir la gracia de Góngora, pero, a la vez, su horror. Es maravilloso y es insoportable, titán y monstruo de feria: Polifemo y a veces sólo tuerto”.

Más allá de la primera fecha centurial gongorina en este siglo, y como una prolongación de los ecos que entonces suscitó, siguen apareciendo libros y estudios diversos sobre el tema. No hemos de mencionarlos todos (aunque entre ellos figuran algunas obras tan importantes como las de Walter Pabst, *Góngoras Schöpfung in seinen Gedichte Polifemo und Soledades*, 1930, Ada Croce, *La poesía de Luis de Góngora*, entre otras; y estudios sueltos de Karl Vossler [en *Escritores y poetas de España*], Leo Spitzer, etc.); si sólo anotar someramente dos de ellos: en primer término, la tesis de Eunice Joiner Gates, *The Metaphors of Luis de Góngora* (Philadelphia, 1933) y el capítulo de Pedro Salinas sobre Góngora en su libro *Reality and the Poet in the Spanish Poetry* (Baltimore, 1940), cuya original versión castellana ha sido incorporada a sus *Ensayos de literatura hispánica* (Madrid, 1958). A semejanza —no podía ser otra cosa— de todos los autores que examinaron de cerca los procedimientos estilísticos de Góngora, E. J. Gates exhibe la larga ascendencia de sus metáforas, tanto en la poesía latina (Virgilio, Ovidio, Marcial, Claudiano), como en la italiana (Petrarca, Torcuato Tasso) y en la propia castellana (Garcilaso y Herrera). Señala además que la mayor parte de sus imágenes derivan de la historia, la geografía, la heráldica, la mitología, en suma de un mundo libresco, más que de los fenómenos de la naturaleza. Para Pedro Salinas la actitud de Góngora ante la realidad no es evasiva, no es de huida o elusión, sino todo lo contrario, de exaltación. “Góngora —escribe— es un enamorado de lo real. Pero lo exalta, lo sublima de tal modo, que el mundo se convierte en una maravillosa fiesta de la imaginación y los sentidos”.

Este ensayo de Salinas atrae especialmente nuestro interés porque en él su autor, a propósito de Góngora y de los cultismos, replantea con vistas nuevas una cuestión de ayer y de hoy: la inteligibilidad de la poesía. Y a propósito de la pregunta usual: “¿tiene derecho el poeta a escribir una poesía que no sea directa y sencillamente inteligible para todos?”, Salinas examina la batalla entablada entre lo que él llama “los derechos del poeta y los derechos del público”. “El artista moderno —escribe—, sobre todo desde el ro-

manticismo, ha venido afirmando cada día con más ahinco su personalidad, sus privilegios de individualidad espiritual". Tanto que ha llegado a convertirse en egotismo. De esta suerte se ha creado un lenguaje suyo, "escapado de toda norma común, con una pretensión de originalidad, de novedad que tenía que chocar con lo que el lenguaje lleva en sí de costumbre, de repetición y cosa usada". Sin embargo, "paralelamente a ese anhelo de afirmar su yo, del artista, el público va aumentando su formidable yo colectivo, va queriendo imponer su vasta personalidad anónima". "Si el artista tiene derechos, parece decir el público, también los tengo yo: él escribe para mí, debe escribir para mí. Y ¿qué es lo que pide el público? Simplemente entender. Todo esto parece un gran equívoco, un enorme *malentendu*. Porque si el público quiere entender, el poeta, a su vez, desea ser entendido" ¿Cuál es la solución, hay alguna esperanza de acuerdo? Para Salinas está en que "el arte innovador vaya creándose su propio público, vaya conquistando zonas de buena voluntad e inteligencia en la vasta masa anónima del público general". Algo semejante a lo que pasó —según frase de Proust—, con los últimos cuartetos de Beethoven: crearon un público que antes de ellos no existía, para entenderlos y gustarlos.

FINALIZANDO este recorrido (fatalmente algo árido en su seca enumeración, al menos no tan vivaz y colorido como el que hubiera resultado al exponer las polémicas gongorinas del Siglo de Oro, o la de Lope de Vega con los preceptistas aristotélicos) lo interesante ahora sería señalar el cambio de valoración experimentado en Góngora y el gongorismo a partir de 1927. Para ello más ilustrativo que emprender otro viaje por los libros críticos o los estudios particulares propiamente dichos, sería el hacerlo a través de las historias generales de la literatura española, testimonio mayormente expresivo aún, puesto que éstas suelen reflejar criterios medios, la tónica de las opiniones más comúnmente aceptadas.

Haciendo sondeos en algunos de los más frecuentados textos de esa naturaleza, véase a modo de contraste con otras del siglo actual, una opinión de mediados del siglo XIX, la de George Ticknor; éste, en su *Historia* de 1849, censuraba abiertamente la extremosidad de las últimas poesías de Góngora que "llegan a ser ininteligibles a fuerza de absurdas", por la "introducción de voces nuevas, el uso de vocablos anticuados y los giros forzados y antinaturales, enteramente extraños al habla castellana, de donde resultó que sus versos, aunque brillantes, no se entendían y vinieron a ser una especie de logogrifos". Tal la opinión canónica en el siglo XIX herencia de la de Luzán en su *Poética* en el XVIII, y a la vez ésta deriva de Lampillas.

Reflejo de ella hay todavía en otro texto posterior, aunque de carácter más abierto y comprensivo, y asimismo muy leído. Me refiero a la Historia de Fitzmaurice Kelly, cuya primera edición data de 1901. En la de 1916, probablemente corregida en el punto que nos importa, todavía prevalecen las reservas, no tanto contra Góngora, pero sí contra el gongorismo al que califica de pernicioso. "Un siglo —escribe— le fue menester a España, para librarse del gongorismo, nombre que ha llegado a ser en España sinónimo de todo lo malo en literatura". Y menos de un cuarto de siglo —apostillaríamos— le ha bastado para invertir radicalmente esa condenación. No tenemos a la vista la primera edición de otra Historia muy conocida, la de Hurtado y González Palencia, pero probablemente el criterio que en aquélla se exponía no era tan "actual" como el que resalta en la cuarta edición de 1940 y posteriores. Aun reconociendo que "las innovaciones de Góngora, dentro del gusto culterano, fueron muy notables y de indudable valor artístico, por ensanchar el lenguaje poético", los autores mencionados no dejaban de pagar tributo al lugar común, afirmando que "el mal estuvo en sus discípulos y seguidores", quienes acabaron por "dar en lo extravagante y en los artificios más acentuados e inoportunos".

La Historia de Angel Valbuena y Prat (primera edición de 1937), puesto que su autor pertenece a la generación que inició las exaltaciones de Góngora, es quizá la primera obra de carácter general donde se advierte claramente el nuevo criterio. Ante todo, para tratar a nuestro autor, comienza por el principio, por que lo que otros habían rehuído o ignorado; es decir por insertar a Góngora en su época, en el barroco, trazando una breve caracterización de dicho estilo en la literatura y en el arte; contraponen, por ejemplo —aunque elemental— lo renacentista de la poesía de Garcilaso y Camoens con lo barroco de Quevedo y Góngora. Y tras uno de los exámenes más cabales y minuciosos que en obras de la naturaleza de su Historia se han hecho, Valbuena concluye que "las *Soledades* son más bien una magna lección de poesía que un poema" y que "en la meditación y paladeo de un grupo de versos está el deleite mayor que pueden ofrecer estas imágenes apiñadas, más que en la lectura seguida y continuada de toda la obra".

Y a partir de dicho manual, todas las siguientes historias generales de la literatura española muestran la misma abierta comprensión y moderna interpretación del fenómeno gongorino: así las de Angel del Río (1948), Juan Chabás (1933-1936-1944), las sintéticas de Julio Torri (1952) y Serrano Poncela (1959) y otras, hasta llegar a la última en fecha (1960), de E. Diez Echarrri y J. M. Roca Franquesa. En cuanto a una obra de carácter más vasto, como es la *Historia general de las literaturas hispánicas*, dirigida por G. Díaz

Plaja, tanto el capítulo correspondiente a Góngora del volumen III (1953) a cargo de Emilio Orozco Díaz, como otro subsiguiente de Antonio Gallego Morell sobre "la escuela gongorina", están plenamente encuadrados dentro del criterio moderno que venimos señalando. Del mismo profesor Orozco, uno de los pocos especializados en los *Temas del Barroco*, (título de un libro suyo, 1947, a más de otro sobre Soto de Rojas, *Introducción a un poema barroco granadino* 1955), hay que alabar el esfuerzo de síntesis que supone su tomito divulgador *Góngora* (1953); otro tanto deberemos decir de la última publicación de Dámaso Alonso, *Góngora y el "Polifemo"* (1960). Sobre el mismo tema, una aportación última importante es *Las fuentes y los temas del Polifemo de Góngora* (1958), por Antonio Vilanova.

El mismo cambio, desde luego, se advierte en las debidas a autores extranjeros; así en la de Aubrey F. C. Bell, *Castilian Literature* (1938), en la de Hugo Gallo (1952), de Ludwig Pfandl (1929), Gerald Brenan (1951) (sin duda esta última la más libre y personal).

Respecto a las historias universales de la literatura, y ateniéndonos solamente (lo mismo que en los casos anteriores, por supuesto) a aquellas que tenemos al alcance de la mano, la consideración del gongorismo es ahora la ya admitida, aunque el espacio que se le conceda sea breve, como es el caso del capítulo de Paul Verdevoye sobre literatura española de la *Histoire des littératures* de "La Pléiade" (1956) o en el de J. M. Cohen con su *History of Western Literature* (1956). Pero, si esta limitación espacial no tiene nada de extraño, sí lo es que hasta el simple nombre de Góngora resulte omitido en otras, particularmente inglesas, si bien sus autores, novelistas no pasan de ser aficionados en la disciplina historicoliteraria. Me refiero concretamente —y aunque sólo sea por mera curiosidad— a *The march of literature, from Confucios to Modern times* (1938) por Ford Madox Ford y a *The pleasures of Literature*, de John Cowper Powys (1938) aunque la segunda presente la excusa o singularidad de estar centrada únicamente sobre unos cuantos autores, desde Homero a Proust. El mal ejemplo ha sido proseguido últimamente por John B. Prietsley en su *Literatura y hombre occidental* [trad. esp. 1960].

Contrariamente —aunque cierto es, se trate de obra mucho más extensa— la *Historia universal de la literatura* (primera edición española, 1948) por G. Prampolini, si bien no rebasa en criterio los límites comunes, consagra materialmente a Góngora la merecida extensión. Otras, más reciente, la *Historia de la literatura universal*, (1958), de Martín de Riquer y José María Valverde, ofrece, como no podía ser menos, dada la real competencia de sus autores, mayor

originalidad. En efecto, el segundo de los nombrados, a cuyo cargo corre el capítulo correspondiente (en el tomo segundo, *Del Renacimiento al Romanticismo*), no se conforma con repetir las opiniones ya consabidas; antes bien, inicia respecto a Góngora y al gongorismo una actitud que pudiéramos llamar de vuelta, en segunda instancia y en el sentido de que tiende a regresar de la actitud apologética penúltima. A lo "artificioso que admira" —verso de una de sus letrillas de Góngora— al esplendor barroco, al hiperbolismo suntuoso del *Polifemo* y de las *Soledades*, J. M. Valverde "prefiere algún momento en que lo popular, sin perder nada de su gracia y su savia, sirve de trampolín para alguna lírica de sentido inagotable", como es el caso de cierta letrilla. A la zaga de Dámaso Alonso, vuelto a su vez ya del primer entusiasmo incondicional, Valverde concluye escribiendo que "la obra de Góngora queda en el panorama de la lírica europea del tiempo barroco como la obra de un 'gran poeta menor', concentrado heroicamente en la chispa de la pura creatividad imaginativa". Pero en suma, al escribir así este último crítico ¿no corre ya el peligro de pasarse de la raya, en sentido opuesto al vigente hasta hace muy pocos años e ir a reunirse con criterios ha poco arrumbados?

Como tope final de esta excursión a vuelo de pájaro, anotemos un hecho muy significativo en la moderna valoración del gongorismo: su inclusión en la serie de capítulos sobre "movimientos espirituales" que abren el *Dizionario letterario delle opere* (1946), publicado por Bompiani, en el conjunto de otros *ismos* remotos (barroquismo, eufuismo, marinismo. . .) o próximos (cubismo, dadaísmo, futurismo, novecentismo, superrealismo, etc.) que años atrás no hubieran merecido mayor atención en obra de tal índole. En dicho capítulo —a cargo de Antonio Viscardi—, aunque se repitan ciertos conceptos de Croce, nada favorables al barroco (los que expuso en su *Storia della età barocca in Italia*, donde por cierto sí menciona ligeramente a Gracián y Quevedo, el nombre de Góngora y el de Calderón están ausentes), apunta luego observaciones por su cuenta, "La técnica difícil de Góngora no se debe únicamente a su aspiración hacia un arte aristocrático; tiende, en relación con el lector, a que éste cree y recree en sí el canto. El lector debe colaborar con el poeta; y la extrema atención que los poemas cultos de Góngora exigen constituye ya una forma de colaboración. La técnica difícil es el reflejo de la complejidad y de la aristocracia espiritual del poeta, y sólo mediante su comprensión el lector llega a comunicar verdaderamente con aquél". Pero la buena impresión que causa dicho artículo —por el equilibrio de sus puntos de vista— se desvanece en cuanto pasamos a otro, el de *seiscentismo* (por cierto de idéntico autor y en el mismo volumen del Bompiani) o sea sobre

el barroco; comienza execrándolo, al apoyarse en la condenación antes mencionada de Croce, particularmente en su vertiente conceptista italiana, representada por el *Trattato delle acuttezze* de Matteo Pellegrini, fuente de la *Agudeza y arte de ingenio* de nuestro Gracián. Por cierto tal criterio croceano sobre el barroco no es, probablemente sino un tributo más de fidelidad pagado por el erudito a Francesco de Sanctis, quien en su *Storia della letteratura italiana* manifestaba sin ambages su desafección por los poetas del seiscientos, Chiabrera y Marino, con frases implacables.

¿CÓMO sintetizar ahora, en pocas palabras, el trayecto histórico que hemos recorrido? ¿Será menester alguna otra conclusión que no se deduzca de los testimonios expuestos sobre las vicisitudes del largo proceso gongorino? Proceso ganado en última instancia como muchos otros que jalonan la historia de las letras, puesto que lo raro de un día se hace cotidiano años después, y aquello que fue tildado de extravagante entra, al cabo, en el curso de lo normal y accesible. La única diferencia con respecto a nuestro tiempo es que los plazos se han acertado prodigiosamente. El fenómeno se hace más fácilmente perceptible en las artes plásticas; si la pintura impresionista tardó medio siglo en llegar a los museos, la pintura no figurativa goza al día de la aceptación común —facilidad que, desde luego, va en su perjuicio; la arquitectura funcional que apenas hace dos décadas suscitaba la irritación de los transeúntes y era vista como un atentado de lesa estética ha llegado a ser indiferente, asimilada, invisible. Y otro tanto sucede con las expresiones literarias, en la novela, en el teatro, en la poesía donde el ilogismo, el irracionalismo, inclusive el simbolismo críptico o la crudeza verbal más libres no promueven mayores resistencias. Si el fenómeno gongorino como tal es irrepetible, el hermetismo de cierta poesía, basada en la exploración de las últimas posibilidades —o imposibilidades— del lenguaje —más bien metalenguaje— es hoy casi moneda corriente. La diferencia estriba en que, más que a los sentidos, al orbe de las sensaciones plásticas o musicales se apela al del intelecto, surcado por corrientes opuestas de difícil canalización.

Aceptado Góngora, explicadas su estética y sus intenciones, reconocidas por sabios peritos sus anfractuosidades; inclusive —llegaríamos a decir— privado de misterio; vuelto al revés el celeberrimo dicitario de Cascales (esto es, restituido a "príncipe de la luz" el que durante cerca de tres siglos pasó por "príncipe de las tinieblas") lo que actualmente se discute en él es aquello que precisamente antes le empujó a la cumbre. Esto es su condición de "poeta de los sentidos", su carencia de profundidad, del latido humano que transmite

emociones morales prefiriendo —dentro de su siglo— a otros como Fray Luis de León, San Juan de la Cruz y el mismo Quevedo, según piensa Alonso. "No es un poeta del espíritu; es un poeta para los sentidos" —resumió muy atinadamente Reyes, hace años—, si bien la frase podría ser matizada al buscar en la obra gongorina interferencias —que existen— entre ambas cualidades y no incompatibilidades.

Ahora bien ¿por qué pedir a la poesía gongorina aquello que precisamente —y salvo en algunos sonetos— no puede darnos? Y hasta diría más, aun a riesgo de suscitar disconformidades, ¿caso la poesía lírica como tal, la que tanto se exalta y magnifica, aquella que en sus modernos avatares fue calificada de pura y sin tacha, sin sombra de sustancia humana o pensante, sostenida en sus puros valores formales, no conlleva una parte de juego y deporte, ya sea sensual o intelectual? La beatería de lo solemne, por un lado, el académico o doctrinal, la desmesuración de la poesía "per se", de otro, que arranca de los días románticos, se exagera con el simbolismo y el modernismo, y llega a su cúspide en el panlirismo actual (que quisiera reducir todos los géneros al poético, y aún dentro de él, a una cuerda única, la lírica y subjetiva), han pretendido a toda costa insuflar en esos cauces tan estrictos intenciones, revelaciones, trascendencias, "mensajes" que los rebasan. Reconocer la poesía de Góngora como juego —juego superior, desde luego— de los sentidos y también, hasta cierto punto, del espíritu, no es disminuirla, es valorarla en lo que sobresale; en aquello que alcanza preeminencia, pero no unicidad, ni término. Porque como acabamos de señalar, la exploración de las posibilidades del lenguaje no deja de proseguirse modernamente, si bien por otros caminos; y el auge, el esplendor metafórico de años penúltimos quizá reaparezca cuando la ola de la trascendencia metafísica o social decaiga, en cualquier ondulación de esos movimientos alternativos que constituyen lo que yo he llamado "ley de polaridad" en las letras.

De todas formas, lo que nosotros exaltamos hace años de Góngora no fue la totalidad de sus poemas largos, arquitectura heroica en la que fracasó, ya que las *Soledades* y el *Polifemo* quedaron inconclusos. Mas eso no impide reconocer la magnitud del empeño que le llevaba a intentar, por primera vez, en lo lírico, el poema de largo aliento, capaz de parangonarse con los épicos; su fracaso vino a justificarlo siglos después E. A. Poe cuando sostenía que la tensión lírica no puede mantenerse más que corto tiempo. Pero no; aquello que nos atraía y nos sigue atrayendo en Góngora fue el chispa aislado de las imágenes, la musicalidad y fulguración del verbo, el goce vital, que trasuntan, el deslumbramiento de las metáforas fragmentadas del contexto, que poseen, no obstante, en sí mis-

mas, una belleza, hasta un sentido expresivo suficiente. Si abriéramos las *Soledades*, antes que a la parva fábula del náufrago amante y a las escenas pastoriles, atendíamos a quel momento primaveral

*en que el mentido robador de Europa
—media luna las armas de su frente,
y el sol todos los rayos de su pelo—,
luciente honoñ del cielo,
en campos de zafiro pace estrellas*

o a la descripción del carbunco, piedra luminosa, que vale asimismo para definir la poesía del propio autor:

*aun a pesar de las timieblas, bella,
aun a pesar de las estrellas, clara.*

De modo semejante, en la *Fábula de Polifemo y Galatea*, nos retenían numerosas imágenes sueltas:

*las purpúreas horas
que es rosas la alba y rosicler el día
.....
peinar el viento, fatigar la selva*

y esta semejante:

*Arde la juventud
y los arados peinan las tierras. . .*

o bien estrofas magistrales, como aquella de la dedicatoria en que el poeta solicita una pausa en las cacerías del conde de Niebla para que éste le escuche:

*Templado pula en la maestra mano
el generoso pájaro su pluma,
o tan mudo en la alcándara, que en vano,
aun desmentir al cascabel presume;
tascando haga el freno de oro, eano,
del caballo andaluz la ociosa espuma;
gima el lebrél en el cordón de seda,
y al cuerno, al fin, la cítara suceda.*

Asimismo la descripción de Polifemo:

*Negro el cabello, imitador undoso
de las oscuras aguas del Leteo,
al viento que lo peina proceloso
vuela sin orden, pende sin aseo*

o la ponderación que él mismo hace de sus riquezas y sus poderes metafóricamente titánicos:

*Pastor soy, mas tan rico de ganados,
que los valles impido más vacíos,
los cerros desparezco levantados
y los caudales seco de los ríos.*

También el gozo, la exaltación vital que trasuntan algunos sonetos de Góngora:

*Goza, cuello, cabello, labio y frente,
antes que lo que fue en edad dorada
oro, lilio, clavel, cristal luciente,
no sólo en plata o viola troncada
se vuelva, más tú y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada*

O idéntica invitación al "carpe diem", como en el otro soneto, que empieza: "Ilustre y hermosísima María" y concluye:

*Antes de que lo que hoy es rubio tesoro
venza a la blanca nieve su blancura,
goza, goza el color, la luz, el oro.*

Se dirá que tales bellezas asimilan la poesía de Góngora al ideal común de preciosistas, eufuístas, silesistas y marinistas y que con ellas nuestro poeta no hace sino llevar a sus límites últimos el ideal del autor del *Adone*, su propósito de *stupiere*:

E del poeta il fin la meraviglia.

¡Menguado, anacrónico afán! —dirán algunos. ¿Pero acaso tal afán que hoy llamaríamos, para dignificarlo, "voluntad de estilo", no es un rasgo típico del barroco? Órbita en la que debe inscribirse el gongorismo para comprenderlo cabalmente tanto en su dimensión histórica, como en su proyección actual, una vez que el barroquismo ha sido ya aceptado no como un fenómeno adscrito a un tiempo pretérito, sino como una "constante" que se da en épocas

y latitudes muy diversas. (¿No ha llegado así inclusive a rastrearse expresiones barrocas en una literatura que habitualmente se tenía por feudo monopolizador del clasicismo renacentista, como la francesa, señalando la existencia de barroquismo hasta en Montaigne, según ha hecho Imbrie Buffum, *Studies in the Baroque, from Montaigne to Rotrou*, 1957?). Esta ampliación nueva de la órbita del estilo barroco no quita nada, por supuesto, al de Góngora, ni de ningún otro, ya que España ha sido reconocida como un país *naturaliter* barroco (así Hatzfeld, Anceschi, S. Sitwell) y que los términos antaño contrapuestos, culteranismo y conceptismo, fueron homologados, haciéndose, en vez de enemigos, afines y complementarios. De modo que vistas a esa luz las feroces diatribas, los versos burlescos que se dispararon desde las barbacas de uno y otro bando, podemos hoy considerarlos al modo de justas de cañas que en lo íntimo nunca llegaron a ser lanzas; como los juegos polémicos que decoran un siglo español libre (más allá de las coerciones que hoy descubrimos en él, pero que no fueron sentidas como tales por sus protagonistas); en suma como realces de una cultura, un país y un tiempo en que —según frase feliz de Vossler— se literatizaba la vida y se vivía la literatura.

Año de 1961.

LO MÍTICO Y LO MÍSTICO EN GÜIRALDES

Por *Guillermo ARA*

DEJAMOS aparte la posible raíz común de los términos. Tratamos aquí de establecer los dos planos fundamentales entre los cuales se movió el vivir íntimo y la creación de Güiraldes.

Pensemos desde ya un aspecto de la realidad histórica y cultural de América que importa para nuestro caso: cuando el hombre americano ingresa al mundo espiritual de Occidente, ve como prehistoria el universo en que se movieron sus antepasados aborígenes, aunque persisten en las zonas menos tocadas de cultura, tradiciones religiosas, supervivencias míticas más o menos puras. Determinados lugares de nuestro mundo muestran en mayor medida que otros las vetas de esas estructuras profundas.

La conquista primero y luego la colonización, por la violencia o por medios persuasivos—o por ambos a la vez— fue talando creencias y superponiéndoles un credo nuevo. Esta suplantación se lograba casi siempre sólo a medias y el Cristianismo se halló muchas veces ante un reflorecimiento rebelde de los mitos antiguos o por lo menos con una fuerte inserción de las viejas creencias en las entidades celestiales nuevas. Pero este trasfondo mitológico queda atrás y puede decirse que no actúa ya en la mente del hombre moderno. Nuestra civilización es de trasplante europeo, aparte de la coloración ambiental que acentúan lugar y circunstancia en cada caso.

Lo dicho es sólo para sentar la idea de que al margen de su fe religiosa los pueblos modernos suelen alimentar ciertas creaciones y alimentarse al mismo tiempo de esos frutos de la fantasía colectiva. Que estas creaciones asumen la preponderancia de los mitos antiguos, resulta indudable: una vez nacidas, la veneración popular las rodea de una aureola de respeto que suele llegar a ser más ancha y luminosa que las impuestas por la religión misma.

No es fácil determinar todos los elementos que concurren a la integración de estas imágenes, pero digamos ya que no son en ningún caso un objeto de capricho de un cerebro individual: son colectivas y se apoyan en la necesidad. Esto significa que no hay

mito que no surja en correspondencia con el modo de ser de un pueblo. Esto es así, aun considerando que no existiendo pueblos de absoluta originalidad psicológica, tampoco hay mitos que les pertenezcan exclusivamente. El estudio de las religiones muestra curiosas correlaciones en las creencias y el nacimiento y desarrollo de un mito coincide con el nacimiento y desarrollo de esas creencias, por lo menos en las religiones primitivas.

Pero necesito abandonar este campo de la especulación más o menos abstracta para ir directamente a lo que deseo mostrar: la faz mítica del gaucho antes y en Ricardo Güiraldes y el desarrollo de su preocupación religiosa que desemboca en los *Poemas místicos*. Tal vez podamos concluir en que ambos caminos no son sino aspectos de un camino único, pues la meta de su religiosidad coincide con la más fervorosa exaltación del gaucho y el paisaje de su tierra.

En cuanto a la expresión del paisaje y sus manifestaciones con trasuntos religiosos, digamos ya que no es común en los escritores argentinos del siglo XX; que en el siglo XIX dio una nota altísima y única con Hudson; y que en el resto de América la naturaleza parece ser fuente de terror más que de veneración panteísta. La América Latina no ha producido un Whitman ni un Thoreau.

Avanzamos sobre el primero de esos caminos: hablemos del gaucho.

En los siglos XVII y XVIII el gaucho es una realidad; casi diríamos una realidad demoníaca para el español del Río de la Plata: asalta sus endebles posesiones en la llanura con sólo un límite de aullidos salvajes; roba lo que considera su ganado, porque un Virrey le regaló con gesto de buen humor, un millar de hectáreas dentro de un territorio cuya existencia es dudosa; en ese territorio de sombría grandeza, el ganado se cuenta por cálculo, sin la osadía de penetrar en él y convivirlo con el gaucho que empieza a domarlo.

El siglo XIX trae un cambio; parece que sólo los gauchos y los negros de Buenos Aires arrojaron de la ciudad a las tropas inglesas que la atacaron en 1806 y 1807. Creció en ellos la soberbia y en el hombre de la ciudad, el respeto y la admiración. El gaucho es ahora una realidad confesable: es el estandarte de la independencia.

Pero el siglo XIX apresura rápidamente la parábola hacia arriba y hacia abajo del gaucho. En 1820 el gaucho es soldado y entre gauchos surge el caudillo que los domina. La lucha es interior y mezquina. Pelea de facciones batallas que concluyen en degüello. Antes el odio se fue con los ingleses y con los españoles. Ahora se nos queda en casa, aniquilando hermano contra hermano. Y así hasta el medio siglo; porque en 1852 cae Rosas y comienza el eclip-

se de la gloria gaucha. Es este el momento en que muy posiblemente comienza a adquirir forma lo que podemos llamar el *mito gaucha*; y es paradójicamente el momento no de triunfo, sino de sometimiento y miseria. Es el gaucha que llega al *Martín Fierro*, todavía potente y fiero, con una acallada fuente de ternura, pero ya a escape de la civilización que lo arrincona y lo mata de hambre en la frontera. Es también precisamente la supercivilizada Buenos Aires de 1880 la que dará forma de permanencia al mito que en el alma del pueblo se ha ido gestando con lentitud, pero tercamente, sin atender al ritmo histórico de la tragedia gaucha. Con pocos años de diferencia hallamos dos proyecciones populares de muy diversa calidad literaria, pero nada diversas en cuanto a la intención. Rafael Obligado publica su *Santos Vega* y Eduardo Gutiérrez su *Juan Moreira*. El poema y la novela constituyen dos exaltaciones del gaucha, pero la imagen total no se logra, sino con ambos, porque los dos iluminan diversas facetas del héroe: mientras Obligado se afirma sobre una leyenda ya creada en sus días, la de un payador solitario, de voz tierna que se exalta en el amor a la mujer y en el amor a la patria, Eduardo Gutiérrez hace patético el grito del hombre acorralado, todo el empuje y vigor en la pelea, siempre sombrío y amargo, siempre fuera de lo que ama y le han quitado. La imagen de Obligado es una idealización y por eso mismo una visión crepuscular; es como dice el poeta: "Una melancólica sombra".

Eduardo Gutiérrez, en cambio, ha atendido más a la tradición que hace un dios de cada bandido en cualquier lugar de la tierra. Si es necesario hasta las virtudes cambiarán de signo: la justicia será persecución y la seguridad de los hombres, precaución imperdonable; el crimen, acto noble y plausible si el que cae acuchillado es un juez o un policía. Lo precederá siempre un viento de leyenda heroica, mezcla de terror y de respeto y ante su voz palidecerán las mujeres y los hombres. Sus crímenes no han dejado huella en su mirada, ni en sus gestos: los ojos transmiten una conciencia tranquila y sus movimientos una elegancia innata.

Pero a fin de que veamos sobre qué puntos bien documentados se apoyan mis juicios mostraré un testimonio policial del tiempo de Juan Moreira, perseguido como criminal reincidente en la persona de un juez y de un vecino de Navarro.

Juan Moreira, el que puede figurar en un programa sobre la evolución de la novela argentina, fue gestado en la cabeza de Eduardo Gutiérrez. El otro, el que vino al mundo engendrado por un enemigo de Rosas, ése anduvo realmente en larga aventura sobre la tierra, cometió muchos crímenes y su historia es historia que sólo podemos leer en los archivos policiales.

Veamos, pues, al Moreira que surge de estas constancias jurídicas. No pretendemos con todo, que sea el verdadero. En una novela de Payró, encontramos esta pregunta: "—¿Quiénes son los testigos?" Y la respuesta: "—Los vigilantes disfrazados. ¡Los he conocido bien!" Pero lo cierto es que hay una cadena de crímenes que dejan espanto por donde pone el pie y su puñal.

La causa 620 del archivo de Mercedes nos da uno de estos hechos. Es el año 1869: Moreira ha hecho su primera víctima documentada: Es un drama de provocación y sangre fría. Moreira, según el documento, grita en los oídos del alcalde desarmado: "Tengo ganas de matar; tengo ganas de peliar". Un instante después ha aplicado al hombre su golpe más eficaz, el preferido: un hachazo en la cabeza. Y acto seguido, una descarga de puñaladas. Y otra nota de archivo y otra y otra más hasta sumar un verdadero archivo de delincuencia ejemplar. A veces consigue tal vez por intimidación tener de su lado al mismo médico de la policía. Ante uno de esos infelices muerto a hachazos, el médico dictamina después de practicar la autopsia: "ha muerto del corazón".

Hay mucho que no veremos en la vida de este hombre corajudo y tremendo, cuyos crímenes pasan a la novela para hacer del hombre una víctima de la incomprensión y la injusticia. Pero sí nos interesa, porque esto cuenta mucho para la mitificación transformadora del criminal y héroe, el retrato de la realidad y su rostro literario. El archivo dice así: "De padres desconocidos. Año 1869. Filiación del prófugo y asesino Juan Moreira. Patria: Buenos Aires. Edad y estado: 28 años. Color: blanco colorado. Estatura: regular, más bien alto y grueso. Pelo: castaño. Barba: ninguna o muy escasa. Señas particulares: hoyos de viruelas. . ."

Estos datos proporcionaron a un médico y estudioso argentino la posibilidad de un análisis postmortem del hombre. El Dr. Nerio Rojas, hermano de Ricardo considera que se trata de un "perverso instintivo" con estallidos que llama "impulsos de perversidad brutal".

Y vamos ahora hacia la segunda etapa del itinerario, a la trasfiguración mitológica de Juan Moreira, novelada por Eduardo Gutiérrez.

En el alma del pueblo, y al mismo tiempo en que el héroe iba escribiendo su historial de hazañas, iba creciendo primero la fama que da el coraje ciego y después la consagración que da el haber vencido en peleas desiguales, como un Cid Campeador. Es esa aureola de guapeza la que ofrece materia a Eduardo Gutiérrez. Y desde ella acumula elementos para su deificación: "Es de aquellos —escribe— que cualquiera sea la senda social por donde el destino encamine sus pasos, vienen a la vida poderosamente tallados en bronce". Se ve fácilmente que desde el comienzo, hay en la novela

una acentuación, un énfasis utilizado adrede para agrandar falsamente la figura. Cómo el gaucho conserva todavía su prestigio, tal vez no menos falso, de hombre entero, "alma fuerte y corazón generoso", según sus palabras, Juan Moreira será naturalmente un gaucho y un hombre cabal. Gutiérrez nos dice que no había en su semblante una sola línea innoble; que "su continente era marcial y esbelto". Y agrega: "Hablaba con un acento profundo de ternura, bañando, por así decirlo, el semblante de su interlocutor con la intensa y suavísima mirada que brotaba de su pupila de terciopelo". Y prosigue destacando en adelante cada detalle de su rostro, con un cuidado tan meticuloso, que supera con mucho a las idealizaciones del más exaltado poeta romántico. Pensemos en el retrato que conserva la justicia y comparémoslo con este de Eduardo Gutiérrez: "Una cabeza estatuaria... adornada de una tupida cabellera negra, cuyos magníficos rizos caían divididos sobre sus hombros... Hermosos los ojos y la nariz. Inteligente y altiva la expresión... bigote sedoso y negro como azabache" y una vestimenta que él llama de "lujo deslumbrador".

Aunque hay testimonios de que Moreira no sabía tocar la guitarra ni cantar, Gutiérrez pinta al guapo como gran payador y guitarrero. Nos dice que estaba dotado de "una hermosa voz" y de "un sentimiento artístico poderosamente desarrollado". Sus cantos atraían a las mujeres y conmovían a los hombres. Y para documentar su afirmación nos da estos versos que apenas disfrazan otros mucho más célebres. Por eso dice Gutiérrez que son la glosa de aquella magnífica cuarteta del Quijote:

Ven muerte tan escondida
que no te sienta venir
y el gusto de verte herir
no me vuelva a dar la vida.

No es necesario decir que en Juan Moreira hay un modelo de hijo, de esposo y de amigo. Este sentimiento de amistad es el que se exalta con más nobleza en todo el libro, de este modo: "Cuando Moreira sintió sobre su hombro el peso de aquella mano, levantó la cabeza y miró al amigo Julián con su ojo escudriñador; aquellas dos miradas se fundieron, por decirlo así, y ambos sonrieron: los paisanos se habían comprendido en la expresión de la mirada y habían hecho un pacto".

Tampoco es necesario agregar que esta novela aunque escrita en 1880 responde al más desenfrenado romanticismo. El héroe, hermoso y viril, honesto y puro, es llevado por la fatalidad a morir como un delincuente feroz. Gutiérrez se pregunta: "¿Qué motivo

poderoso, qué fuerza fatal fue la que empujó por la pendiente del crimen a un hombre nacido con todas las condiciones de un bello espíritu?" Esta idea de lo irremediable deriva fácilmente hacia la convicción de ser un hombre marcado, condenado: "Está de Dios o del Diablo—le oímos decir al héroe—que la maldición me ha de seguir a todas partes".

No insisto en la figura de Juan Moreira, héroe y mártir. Lo dicho puede bastar para percibir los progresos de una fama que comienza en un hombre y termina en un héroe de novela, pasando por debajo—o, por arriba—de las manchas que afean su figura. Con ello se salva la perfección a la que todos aspiramos, y el bien que todos aplaudimos. Por eso es que no hay mito en cuya elaboración cada uno de nosotros no intervenga. Cuando dejamos de obrar sobre él después de creado, porque esto también sucede, el mito que es fantasma deja de existir, vuelve a la sombra de los dioses en el destierro, como diría Heine. Yo he asistido a una versión teatral del mito de Juan Moreira bajo la carpa de un circo. El drama me mostraba al gaucho redivivo. El actor desaparecía bajo su personaje. Juan Moreira estaba allí, en gallardía y potencia intimidadora, ganándose el lado del corazón con la palabra y el gesto. Pero el milagro no obraba en todos los espectadores. Unos con indiferencia, otros con sonrisas, sólo gozaban del espectáculo como de "un fin de fiesta". Y el hecho ocurría allí mismo donde el hombre había caído sesenta años antes, en el pueblo que primero encendió la aureola de su heroísmo. El tiempo había obrado cruelmente sobre la memoria del gaucho. Nadie tomaba ya partido por él, ni condenaba con insultos las arbitrariedades del comisario, ni amenazaba saltar sobre la arena para librar a Moreira del castigo injusto. . . Era, en fin, la muerte definitiva, pues había caído de su pedestal y entraba en un olvido irremisible.

Pero he prometido hablar de Güiraldes y aunque la introducción ha sido larga no he podido prescindir de ella. Era necesario, porque en toda mitificación, hablamos aquí de la mitificación popular colectiva, ese momento es característico. Cuando los hechos reales se vuelcan en el poema o la novela, hay una especie de transferencia, de intercambio entre el hombre y el héroe, por eso es que el personaje es como en Homero, mitad hombre, mitad Dios.

Ya en el campo espiritual de Güiraldes tenemos que hacer distingos precisos. Convengamos en que el campo estricto del mito, antes de sobrepasar su ámbito propio, es decir, colectivo, nos hallamos ante un fenómeno de orden emocional que crea una suerte de religiosidad primaria. Y en el campo estético, sin dejar de atenerse a esos estímulos que le son fundamentales y que le otorgan su vigencia más o menos permanente, nos encontramos con un fenó-

meno estético de tipo épico, es decir, narrativo, tanto en el poema como en la novela.

Cosa distinta se observa rápidamente cuando enfrentamos la obra, casi enteramente lírica del poeta argentino.

Hay en Güiraldes un primer momento equiparable o semejante a aquel que hemos estudiado en Gutiérrez, si se le quita la parte de excesiva idealización a que somete la figura del héroe. Los gauchos de Güiraldes en los *Cuentos de muerte y de sangre* y los que dibuja en la novela *Raucha*, dos años después, es decir, en 1917, son hombres de carne y hueso, fuertemente dibujados en posturas de violento coraje, sobre todo en los cuentos donde la nota predominante es la fuerza y el instinto de dominio. Son los hombres que él halló en su vida de campo y que sin duda admiró, porque siempre se admira esa potencia orgullosa de un existir libre y valiente. Pero es esta una instancia superada en él con el transcurso de unos pocos años. Entonces el hombre ideal que todos llevamos dentro empieza a dibujar su contorno con cualidades que están también en el gaucho, pero que no se exhiben orgullosamente. Por la misma razón tienden a convertirse en cualidades universales, de mayor permanencia dentro de una escala de valores.

Para alcanzar el espíritu gaucho de esta etapa definitiva de Güiraldes hay que ir a sus *Poemas solitarios* y otros poemas; hay que leer *El libro bravo*, donde entre exaltaciones del coraje se halla al gaucho íntimo, hospitalario y cordial, y por último hay que buscarlo en *Don Segundo Sombra* y las alusiones de sus últimos días que dejó en *El sendero*, un extraño de confidencias íntimas.

Los *Poemas solitarios*, trozos líricos en prosa, son fruto de una experiencia honda del paisaje, del hombre de la pampa y de sí mismo. La nota de subjetividad propia de este cuaderno está toda en estas palabras:

Siento que los contactos son sólo recuerdos caídos de mi cuerpo. Y mi alma indecisa pugna por desprenderse del horizonte de mi carne para iniciar su mañana.

La soledad es el *leit-motiv* de estos poemas. A veces como una angustia insobornable y otras veces acatada sin resistencia, sin alegría, pero consciente el poeta de hallarse en la atmósfera adecuada a la inmensidad de la pampa y a la profundidad de su meditación. Por eso es que anota situado en el centro de la noche: "En el espacio de leguas, leguas y leguas, tal vez ninguna otra alma humana tenga encendida su vela. Soledad. Yo quiero ese inmenso espacio de silencio que me agranda haciéndome pensar la noche".

A partir de esta sensación de aislamiento en unidad con la

noche y el silencio, Güiraldes parece integrar su vida total con el sentir de los hombres que como él tienen el alma del paisaje. Así es que en el primero de esos poemas exclama recordando: "¡Qué blancos eran los muros de las casas! ¡Qué heroicos los hombres!" Y sentimos que esa condición heroica nada tiene que ver con la insolencia del coraje. Sentimos que es una flor más honda: "Tengo miedo de mirar mi dolor. No vaya a ser que me quede demasiado grande —escribe. Prefiero calzar mi deber como una valentía de espuelas e hincando mi pereza, que quisiera morir cobardemente, andar con frente firme ante la pampa yerma del dolor de los otros. Sólo así quiero merecer".

Aparece visiblemente una nota de estoicismo, de valor en la prueba ante el sacrificio. Y se nota también que ese estoicismo no le pertenece sólo a él, sino que es condición humana de los hombres que soportan como él la vida dura, y aún más que él. Sabe que los otros han puesto a prueba su coraje y son fuertes. El sufre todavía y el estoicismo de los otros se le aparece como un ideal que él tiene que alcanzar.

En el poema que sigue, la frase está del todo llena del alma gaucha. Y comprobemos qué lejos estamos del retrato común y tradicional que hemos hallado antes:

"Los rostros son inexpresivos. La risa, el llanto, son de hombre a hombre, no de hombre a desierto. Solo ante sí mismo el hombre piensa y sus facciones expresan atención interior. . . No protestamos porque para nosotros todo es aceptación. . ."

Y después:

"Tristeza serena, serena. Sin protestas, sin vanos gestos.

Tristeza serena, tristeza conformidad. Estar siempre equiparado al cielo inmutable, a la nube que vuelve, a la pampa que viste cuatro estaciones: de flor, de semilla, de sequía, de bruma.

Tristeza sin testigos ante el árbol que va a la muerte sin haber contado los años que vivió periódicamente. Tristeza de los años que son ya un descenso. No querer ni más ni menos que lo que se tiene y saber que el corazón se está comiendo a sí mismo en el andar. . . Tristeza viril dirán los que se han dominado. Tristeza de pampa, decimos nosotros en la costumbre de ver morir al hombre, a la bestia y al árbol contra el horizonte. . ."

Mientras concebía los *Poemas solitarios* iban naciendo también en Güiraldes las páginas de *Don Segundo Sombra*. Y a este libro vamos ahora para destacar primeramente esa nota de entereza, de voluntad y de empeño terco de vencer que hay en él. Lo que encontramos aquí es un instinto de dominio que por sí solo parece volver la realidad en favor del hombre. Cuando el muchacho está ansioso por vengarse del ataque de un animal bravo, exclama al

enfrentarlo: "¡Qué golpe! No importaba; yo no quería pensar sino en el toro. Tenía que estar quebrado. Quería que estuviese quebrado..."

Y siempre encontramos el goce de la fuerza y de la victoria frente a los obstáculos: "¡Qué voluntad de dominio no tendrá el hombre para que, por un rato de gozarla —exclama Güiraldes—, emplee largas horas de perseverante empuje...!"

Pero el más altivo de esos triunfos está en la voluntad que vence la propia flaqueza. El consejo siempre repetido de Don Segundo es: "Hacéte duro, muchacho". Y la ley que rige la vida en la llanura es la de "salirse con la suya, no caer vencido". Este triunfo no trae ya consigo vanidad alguna. La lucha consiste precisamente en haberlo dominado a él también junto con los obstáculos materiales que el cuerpo ha aprendido a soportar. De allí que ya casi al final de la historia, el núcleo de experiencias vividas, despierta en el muchacho una reflexión madura: "Sabía que si en gran parte se resiste por tener el cuerpo hecho a la fatiga, más se resiste por tener hecha la voluntad a no ceder. Primero el cuerpo sufre, después se aconcha y va, como sin tomar parte, adonde uno lo lleva..." Y la reflexión se remata así: "Y al fin se vence siempre, cuando ya a uno la victoria le es indiferente. Y el cuerpo cae en el descanso, porque la voluntad se separa de él".

Comprendemos la unidad que existía entre estos pensamientos y los que volcaba entonces en los *Poemas solitarios* donde el sentimiento de dominio y de solidaridad con el hombre de la pampa alcanza aún mayor profundidad.

Con esa idea de la voluntad que no atiende ya al cuerpo que la sustenta, nos hallamos en el segundo plano trascendente de Güiraldes. El estoicismo que hemos observado no lo abandonará hasta el fin de sus días: *El sendero*, donde dejó sus vocaciones del espiritualismo oriental, es una constante exposición de disciplina física y espiritual para liberar el pensamiento, para alcanzar la unidad del ser en una existencia superior.

Algunos poemas de los llamados "solitarios" aparecen como manifestaciones de un iniciado. De alguien que comienza a vivir experiencias, cuya significación aun le resulta inaccesible. Es por ello que en el poema siguiente las líneas iniciales buscan la imagen de la llama para simbolizar el rapto del alma y las que siguen trasuntan una actitud de oscura sugestión. Escribe:

"La vela, escuálido monje blanco, surte la llama. La llama apunta al Cenit en inquieta elevación: alma que va prendida a un cuerpo. La luz mantiene mis ojos ligados a la vida y la vida es mi pensar, que en la soledad mueve cosas pesadas con sus hombres fuertes". Y después: "Pequeña antena de carne alucinada de im-

posible, espero en la tensión de todos mis anhelos, que algo grande como un Dios, me eleve a la armonía universal”.

No es necesario sumar transcripciones para que la trayectoria de Güiraldes se nos vaya aclarando a través de su propia obra. En *Don Segundo Sombra* aparece ya bien clara, lo mismo que en los *Poemas solitarios*, la incorporación de una actitud religiosa frente a las propias experiencias. Y estas experiencias—de paisaje y de hombre—están determinando ese estado interior y dándole su propio color.

Se ha hablado con excesiva insistencia del valor simbólico que *Don Segundo Sombra* contiene. Algunas notas del comienzo y la última página, sobre todas han facilitado esa clasificación. Yo me atrevo a afirmar que al menos en el sentido más generalizado del término en el vivir contemporáneo, lo simbólico en este libro no está dado por un hombre que represente la idea total del gaucho ni de la nacionalidad, ni de lo pampeano. Es indudable que *Don Segundo Sombra* es un prototipo humano, es decir, un ser humano ejemplar. Su figura tiene la talla de un modelo, aunque este modelo, al menos en lo que da el libro si se lee con cuidado, pueda no ser un paradigma moral.

Dije casi al comenzar que la obra de Güiraldes es en su casi totalidad de casi lírico, es decir, personal y en el sentido más profundo de autoexpresión, no autobiográfica. Pues bien: lo simbólico que existe en su libro último me parece responder a la línea total de sus creaciones, es decir, que *Don Segundo Sombra* se ha convertido en él no en símbolo, sino en imagen venerable, una imagen creada y alimentada por la propia experiencia.

Pero cualquiera que sea la posición que adoptemos, vamos a aceptar el necesario pasaje desde lo mítico que hay en Gutiérrez a lo simbólico que hay en Güiraldes, pero rechazando la calificación de *mito* para *Don Segundo Sombra*, circunstancia que con frecuencia también se ha querido ver en él sin hilar muy fino en la materia creadora.

Esta última reflexión nos permite acercarnos con más seguridad al momento llamado “místico” en Güiraldes y que corresponde a los poemas así calificados al publicarlos. En un principio parte de ellos se hallaban junto con los *Poemas solitarios* y tres de ellos se pueden leer en *El sendero*.

Tengamos en cuenta que ni los poemas nombrados y estudiados aquí, ni *El sendero*, se publicaron en vida del autor y que el último no estaba destinado al público.

La razón es explicable: Güiraldes fue muy recatado y guardó cuidadosamente estas expresiones de vida interior. A muy pocos hablaba de sus preocupaciones religiosas que en el último año de

su vida se volvieron dominantes hasta no vivir, sino para ellas. Acentuó entonces las lecturas místicas, en particular las provenientes de doctrinas yoguis y en París asistió con frecuencia a reuniones donde el contenido de estas doctrinas se le hacía cada vez más claro. La adhesión final que prestó a esas ideas no es posible saberla completamente. En el libro *El sendero* lo que domina es la idea de una fusión con Dios, un encuentro con la sustancia divina, al mismo tiempo que un fuerte deseo de ir quemando todo lazo material con el mundo. Que Güiraldes creyera posible en él esta autoeducación de sus sentidos y su alma, surge de la fe y la tenacidad que puso en ese esfuerzo, cuando precisamente su cuerpo enfermo exigía una atención más tiránica.

En tal estado de espíritu Güiraldes compuso sus poemas de la Pasión de Jesús que se han llamado "místicos" y que tal vez con más propiedad deben ser llamados religiosos. No sabemos si Güiraldes vivió realmente la experiencia mística tal como se halla en los ejemplos clásicos de Santa Teresa o San Juan de la Cruz. Algún pasaje de *El sendero* nos hace presumir que vislumbró en cierta medida el más allá en una suerte de transporte o raptó. Lo que nos importa aquí es alcanzar la significación que estos últimos poemas tienen en conexión con su obra total.

En apariencia se hallan desvinculados del resto de sus escritos. Tienen la materia de inspiración que hallamos en poemas de Charles Péguy y de Paul Claudel. La forma se acerca a la de los poemas *solitarios* y aparece aún más sobria. Ha eliminado casi totalmente las imágenes de color que son tan características en sus piezas literarias, para hallar un lenguaje directo y sin énfasis, como lo exige el tema de las composiciones.

Por ser tan poco conocidos voy a leer uno de ellos:

"Hoy la humanidad nació a ti. Habías venido a un cuerpo sufridor como el nuestro para estar más presente en sangre y en dolor. Algunos habían seguido tu martirio. La pequeña Jerusalén, inquieta de harapos y discusiones, seguía picoteando sus migajas de ideas y nada supo de los siglos por venir y de tu advenimiento en el hombre.

La pequeña Jerusalén inquieta como un sarpullido y piojosa y mugrienta, seguía tirada en sus calles".

Y este otro que nos da la muerte en la cruz:

"Tenías los brazos abiertos y en tu pecho cabía el mundo. Las estrellas andaban siempre a pesar de tu andar reducido a la estatura del hombre. Y había una palabra en todas partes. Y los que en torno tuyo no comprendían eran un cuadro pequeño de carne ignorante y egoísta".

En otros poemas el poeta se coloca en una primera persona implorante por la culpa de todos y la propia culpa. El sentir en solidaridad con el hombre de la pampa, el compartir, su silencio y su dolor se ha convertido en sentimiento de identificación en los errores del hombre, de todos los hombres. Entonces dice:

Señor, yo tiendo arriba los brazos. El hombre sufre su vergüenza en mi carne. Las palabras de hostilidad y de daño, me parecen dichas en complicidad conmigo. La culpa de cada uno es de todos nosotros. . .

Es curiosa la trayectoria que el sentimiento religioso sigue en la obra de Güiraldes. En *El cencerro de cristal*, por ejemplo, sus manifestaciones quedan limitadas al campo del prestigio mitológico que una tradición literaria europea había hecho llegar hasta él con Verlaine, Mallarmé, Laforgue desde el parnasiano Leconte de Lisle. Las composiciones de aquel libro colocadas bajo el título de *Realidades de ultramundo* registran el propósito de intentar la hazaña de los simbolistas franceses y sobre todo la del poeta más admirado por él: Jules Laforgue. Como consecuencia los poemas *La hora del milagro*, *El verbo* y *El emigrado* permiten señalar las huellas de ese antecesor ilustre. Es una influencia admitida por el mismo Güiraldes seguro de que sus poemas a pesar de las fuentes podían pertenecerle por el espíritu, que es lugar adonde el influjo extraño es mucho más raro.

En efecto, los poemas de *Realidades de ultramundo* no son ya poemas modernistas. La mirada personal e intensa que Güiraldes arroja sobre los seres mitológicos señala las diferencias. Diríamos que esa mirada es profundamente religiosa, que rebosa fervor y respeto, que traduce el miedo del misterio y pone en relieve al mismo tiempo una sensualidad pánica que fuera como un puente para la inmortalidad. Los procedimientos técnicos, transferencia constante de imágenes de la realidad y del plano cósmico, un innato sentido del color y el matiz musical, colaboran en Güiraldes para superar lo que en apariencia es mero juego, simple capricho de la fantasía.

Con todo, nos hallamos aún en el campo de lo religioso pagano. Para encontrarnos con el sentimiento cristiano hay que ir a los *Cuentos* de ese mismo año, 1915. Es cierto que en el relato *El juicio de Dios*, el creador aparece como un Júpiter omnipotente y casi como un personaje de opereta. Pero en otros, un poco a imitación de Flaubert, de Anatole France o de Oscar Wilde, la tentación de la carne lleva a la mortificación brutal y a la muerte: así en *Piedad* que muestra la conversión de un indio en medio de la

furia de los malones que él mismo conduce contra los pueblos blancos. Y aún quedan los cuentos de la estancia vieja donde la piedad se hace tan ingenua como para que el viejo gaucho condene a una virgencita al sol de enero, en castigo por no traer la lluvia a los campos sedientos.

Hasta aquí la obra de Güiraldes anterior a 1920 donde es posible destacar actitudes religiosas. Es precisamente después de 1920 cuando en el poeta se acentúa la preocupación por el destino final del hombre, cuando crece su angustia de inmortalidad. Ya hemos visto cómo al mismo tiempo el paisaje de sus poemas, paisaje de pampa siempre, adquiere significación identificándose con su meditación y el propio silencio interior. La soledad se hace expectante y parece dispuesta a madurar en él una imagen definitiva:

Pequeña antena de carne alucinada de imposible, espero en la tensión de todos mis anhelos, que algo grande como un Dios, me eleve a la armonía universal.

Así escribe en sus *Poemas solitarios*, un día de 1922.

La vida total se hace al mismo tiempo la vida que empuja el sol cayendo de un cielo ancho hasta las paredes de su cuarto. El poeta recuerda:

"El pampero silbaba millones de silbidos, tajeándose en los pajonales. . . Y los ñanduces no hallaban límite a su andar medidor de desiertos. La madrugada asistía a todos los despertares en los cuartos y la tarde a todos los retiros en la defensa del rezo. . . Y cuando el hombre callaba ante la noche, la huella se perdía en las huellas que dudan. . ."

Es entonces cuando en la creación de Güiraldes domina el misterio, lo imponderable, lo que se siente, pero no halla explicación en las palabras. Es simplemente, el dominio de algo trascendente e inasible, especie de núcleo generador que ordena lo creado y le da sentido. Esta nota se da en *Xaimaca*, en los poemas recordados ya y es propia hasta del protagonista en *Don Segundo Sombra*. Sombra es el "tapao", el misterio, el hombre con un pasado y un alma impenetrables. A la sugestión mitológica tradicional que el tipo gaucho arrastra se le ha superpuesto una imagen cuya hondura no puede vadearse y que adquiere la fuerza de un advenimiento.

El padrino deja en Fabio Cáceres una gran lección de belleza moral y de ciencia, pero deja sobre todo el estremecimiento de esa fuerza, cuya clave está dada solamente por la fe. En el momento de la despedida la figura de Sombra, irreal, desvanecida asume un poder que no tienen las formas reales, mientras Fabio se pregunta:

"¿Rezar...?" Y entonces tocamos la incidencia de un casi atávico sentimiento de pampa, que es paisaje y hombre al mismo tiempo, en un solo arranque de religiosidad, el mismo que dio vida a los primeros poemas paganos, los aderezados con crudeza bárbara, los recónditos de *Xaimaca*, los "solitarios" y los "místicos". Ríos menores, fundidos en un mar que suma sus profundidades y sus transparencias.

EVOLUCIÓN DE LA INTELLECTUALIDAD BRASILEÑA EN LA PRIMERA FASE DEL SIGLO XX

Por Cruz COSTA

GUIADO por la mutua simpatía que nos une, mi querido amigo Antonio Gómez Robledo tuvo la gentileza de indicar mi nombre al director de esta excelente y conocida revista para un artículo sobre el Brasil en este número conmemorativo del 20º aniversario de la fundación de *Cuadernos Americanos*. Trataré de corresponder, en la medida de mis fuerzas y en los límites que me han señalado, al honor que ambos me hacen, procurando esbozar rápidamente un cuadro de la evolución de la intelectualidad brasileña en la primera fase de nuestro siglo, aunque tal vez ahora ya se está superando con otras nuevas perspectivas.

CUANDO examinamos un trabajo como el de Paulo Barreto: *O Momento Literário*, que es una especie de balance general de la situación espiritual del Brasil en los primeros años del siglo XX, comprobamos que hasta entonces, y tal vez aún hasta 1914, estaban todavía vigentes las tendencias de pensamiento que habían influido en la intelectualidad brasileña desde la segunda mitad del siglo anterior. Nuestros intelectuales se mantenían aún fieles a la tradición colonial, es decir, a la importación cultural, y casi toda su producción venía a ser, en resumen, una simple glosa o algún tímido comentario interpretativo de la cultura importada. De tal modo, además de la corriente que se inspiraba en el espiritualismo católico, estaban todavía vigentes, como en el siglo anterior, el eclecticismo, el positivismo, el espenckerismo, y el materialismo en sus modalidades darwinista y haeckeliana. El advenimiento del régimen republicano, en 1889, no determinó grandes transformaciones en el paisaje intelectual del Brasil. El positivismo alcanzó, con la República, por un momento, su más alto nivel, con motivo de la Constituyente en 1891, pero, a partir de entonces comenzó a declinar, sufriendo, como diría uno de sus jefes religiosos, Miguel Lemos, una *fatal atenuación*. El materialismo, vago y simplista, fue desplazado por un

creciente, pero también incierto y confuso movimiento de *resurrección metafísica*, mientras el espenckerismo se prolongaba en la especulación científica y en la sociología.

En esa atmósfera, en la que todavía era visible la avasalladora atracción que Europa ejercía sobre los escritores brasileños, surgió, en 1902, un libro que, aun cuando no orientase desde luego a los intelectuales brasileños hacia una nueva actitud, contribuyó, sin embargo, a darle otro tono y, tal vez dentro de algunos años, otro sentido. Nos referimos a *Os Sertões*, de Euclides da Cunha, el primero, como dice Werneck Sodré, entre nosotros, que "colocó los cimientos de una verdadera liberación intelectual".

Euclides da Cunha, joven formado en el ambiente positivista de la Escuela Militar de aquella época, no sufrió la poderosa —y a veces decisiva— influencia del comteísmo allí reinante. No obstante, de la enseñanza orientada en aquella dirección, conservaba el sentido de la importancia de las ciencias y de la sociología, que emana de la filosofía de Augusto Comte. A pesar de ello, Euclides da Cunha nunca reveló gran aprecio y respeto por la filosofía, como se comprueba por lo que escribía a Oliveira Lima en 1909, poco antes de ser asesinado. No podía tomar en serio, decía, las "reyertas interminables de los filósofos" y los "ecos irritantes de la algarazara de las teorías". Una vez más se comprueba el acierto de la afirmación de João Ribeiro, cuando decía que "nuestro idealismo no se aleja mucho de la tierra. . ." O, como dice Clóvis Bevilacqua: "nuestra mentalidad está poco inclinada a las tensiones prolongadas. . ."

Esta actitud nuestra es, en parte también, prolongación de la manera de ser de nuestro antepasado portugués y, tal vez, de una propia tendencia a actuar de una manera rápida e improvisada. Para el brasileño las teorías y las doctrinas son sospechosas. Heredamos del espíritu trivial del lusitano la desconfianza por las ideas y el gusto por la improvisación empirista. Además de esto, nuestra condición de pueblo colonial no era propicia a los vuelos especulativos.

Geógrafo, ingeniero, con una visión muy especial y limitada del espíritu científico, Euclides da Cunha no tenía nada de filósofo. No obstante, en la historia de nuestras ideas ocupa un lugar que ninguno de nuestros *filósofos* puede pretender, porque en su obra se encuentra una visión de nuestra tierra y de la situación del hombre brasileño, insospechada por aquellos que, en mi país, se dieron al *ensayismo filosófico*. No fue sin razones muy profundas —y que sólo ahora comienzan a aparecer— que se reveló sensible, aunque sin la adecuada comprensión, a las ideas socialistas que expuso al estudiar *Um Velho Problema*, en su libro *Contrastes e Confrontos*.

El supo ver, más que comprender, gracias tal vez al carácter de su personalidad extremadamente sensible —hasta enfermiza— lo que había de contradictorio en el paisaje social, político y económico de su tierra, y lo que había de paradójico, de ridículo, en la actitud de la élite intelectual de su tiempo, absorta en la contemplación de Europa. Y describió en un libro trágico la situación del hombre del *sertão*, el gran abandonado de mi país. Reveló así, a través de las páginas de su gran libro, a los *letrados* del litoral, sumergidos en el *transoceanismo* a que se refería Capistrano de Abreu, que los abismaba en una grotesca y pasmada nostalgia, ante una cultura en cuyo proceso no habían colaborado y de la cual apenas eran meros usuarios. A Euclides da Cunha, hombre del litoral, alumno rebelde de la Escuela Militar, le fue encomendada por el periódico paulista *O Estado de São Paulo*, la misión de acompañar como corresponsal la Campaña de Canudos, movimiento de "fanáticos" seguidores del místico Antonio Conselheiro que, alrededor de 1897, desafió el prestigio del nuevo régimen implantado en el Brasil y su principal sustentáculo: el ejército. Esta rebelión, en la que se mezclaban la ignorancia, la miseria y la superstición, fue considerada en aquella época como una maniobra para levantar en el interior del país la bandera de una contrarrevolución monárquica, y el propio Euclides llegó a llamarla *nuestra Vendée*...

Fue entonces, siendo corresponsal de la campaña, cuando Euclides da Cunha se encontró con el *sertão* que, en la historia brasileña, aparece en los momentos de crisis y de transformación revolucionaria y hacia el cual se vuelve, al decir de Alcántara Machado, el "alma nacional como la aguja inmantada al polo magnético". El *sertão* ha sido siempre, en nuestra historia, la obsesión del aventurero, y también, en los momentos graves de la vida nacional, la soñada salvación que las élites paradójicamente señalan o a la cual recurren desesperadas...

De este modo, en los albores del siglo XX, en un ambiente fuertemente influido por los *espíritus europeos*, cuando los escritores aun "se tapaban los oídos con algodón para no oír ninguna estridencia brasileña", Euclides da Cunha, el hombre dotado de aguda sensibilidad, fue quien interpretó, como dice Gilberto Freyre, con "palabras llenas de fuerza para herir los oídos y conmover el alma de los pálidos bachilleres del litoral, con el sonido de una voz joven y a veces dura, clamando en favor del desierto incomprendido, de los *sertões* abandonados, de los *sertaneros* olvidados". Solamente Euclides da Cunha tuvo el valor de dar el grito de alarma que es *O Sertões*, contra los que porfiaban por amañar una fachada europea para el Brasil.

Y fue con ese trágico retrato de la tierra y del hombre del *sertão* como el Brasil arrancó a los literatos de su *ciega tarea de copistas* para que comenzaran a tener una conciencia más clara y precisa.

Nuestros intelectuales dejan de ser desde entonces ese mero aparato de "exposición sedentaria de doctrinas", a que se refería Mário de Andrade, para considerar más cabalmente y reflexionar acerca de la realidad que nos rodea.

A partir de la publicación de *Os Sertões* se delinea una nueva directriz para la intelectualidad brasileña. Y esa orientación va a tener, cada vez más, mayor significación en los años que suceden a la llamada Gran Guerra, la de 1914-1918.

NO es este el momento de examinar la importancia que el problema económico del café tiene en la historia del Brasil. Como es sabido, fue el café el que dio prosperidad económica al país y lo ayudó, desde antes del estallido de la I Guerra Mundial, a liberarse de algunas de sus características coloniales. Fue también el café—*el general Café*— el que había de proporcionarle la plataforma para una incipiente industrialización. La transformación de la intelectualidad brasileña estaba vinculada a este aspecto de la vida económica del país.

Las nuevas condiciones concretas de existencia, exigían una actitud también nueva. Los utensilios intelectuales del pasado no parecían ya adecuados para satisfacer estas nuevas condiciones. Así, inspirándose aún en la corriente positivista, pero independientemente de ella, surge en los primeros años del siglo, un gran interés por los estudios sociológicos. Todo el viejo barullo que se acostumbra hacer en torno a la naturaleza intrínseca de la historia, que daba lugar a unos sistemas menguados, escribía Silvio Romero, en 1904, se repite ahora, todavía con más calor, por lo que se refiere a la naturaleza e índole de la sociedad y de la sociología". A través de los estudios de sociología, nuestros literatos comenzaban a abrir los ojos y a ver más lejos que en las páginas de los libros de erudición "humanista". Así, al lado y en función, podríamos decir, de esa *sociología*, surgieron entonces, tal vez por el hecho de haberse moldeado el régimen republicano en las instituciones norteamericanas, nuevas corrientes filosóficas como el pragmatismo de James y, después, las ideas de John Dewey, que no sobrepasaron—influuyendo brevemente— el estrecho círculo de los pedagogos.

Al mismo tiempo—y con mayor radio de influencia— los espiritualistas se vuelven hacia el intuicionismo bergsonian, y hasta el neotomismo, continuador de la vieja tradición católica. Farias Brito, en su penúltima obra, *Mundo Interior*, que es de 1914 revela

influencias bergsonianas. *Mundo Interior*, escribía José Verissimo, "demuestra la repercusión que tiene entre nosotros la reacción espiritualista contra las filosofías científicas", lo que quiere decir: contra el positivismo y el materialismo.

La *sociología*, sin incurrir en extremismos doctrinarios, había de continuar, sin embargo, estas corrientes de pensamiento. Es a esta sociología a la que corresponderá la frase irónica de Mário de Andrade, cuando en su libro, *O Empalhador de Passarinho*, dice que la "sociología es el arte de salvar rápidamente al Brasil..." La sociología y la pedagogía serán, por mucho tiempo, las terapéuticas "salvadoras" del país...

Sin embargo, las investigaciones sociológicas —y también algunas pedagógicas— pondrán de manifiesto problemas concretos del país y constituirán el punto de partida de un renovado interés y de un nuevo estudio: el de los *problemas brasileños*.

En esa dirección se orientan varios estudiosos, como Alberto Torres, Manuel Bomfim, y más tarde, Vicente Licínio Cardoso, Ronald de Carvalho, Paulo Prado, Oliveira Viana, para citar únicamente los que ya desaparecieron.

LA guerra y sus consecuencias; la decepción que las élites sufrieron en el *transoceanismo* que hasta entonces alimentaban; las nuevas condiciones de vida del país, su incipiente industrialización, y también un progresivo sentimiento de responsabilidad que —desgraciadamente no se incorporó aún a la acción práctica de la política— dirige al país hacia nuevos rumbos, no siempre muy claros, como sucedió en los albores de la Revolución de octubre de 1930. Pero, a partir de 1914, escribe uno de nuestros mejores historiadores de la República, José Maria Bello, "la guerra confirmaba la inferioridad de las naciones que dependían del extranjero para las cosas esenciales de la vida. Demostraba, por otra parte, que éramos capaces de improvisar varias industrias. El nacionalismo económico nacía, pues, con la guerra, abriendo nuevas perspectivas a nuestro trabajo y a nuestra inteligencia.

Los tiempos habían cambiado. La guerra trajo consigo, o dio origen, a otras ideas, a otras perspectivas. La masa, aún poco consciente, comenzaba a agitarse y a participar, lenta, confusa, pero progresivamente, en la vida nacional. En 1917 hubo en S. Paulo —que ya comenzaba a ser un gran centro industrial— serias huelgas, mucho más graves que las anteriores, las de 1891 y de 1906. En 1917, un escritor, y de los mejores, Lima Barreto, hacía referencias simpáticas y elogiosas al *maximalismo*, como era entonces llamado el comunismo. En 1918 se estableció en Porto Alegre la *União Maxi-*

malista y, en 1921, la mayoría anarquista, dirigida por Astrogildo Pereira, constituía el núcleo esencial del Partido Comunista, que había de fundarse en marzo de 1922, con la presencia de delegados de varias ciudades del país. Así, la "transformación del mundo, escribía Mário de Andrade, con la progresiva debilidad de los grandes imperios, con la aplicación europea de nuevos ideales políticos, la rapidez de los transportes y mil y otras cosas internacionales, así como el desarrollo de la conciencia americana y brasileña, los progresos de la técnica y de la educación, imponían el desarrollo, e inclusive la renovación, de la intelectualidad nacional".

A esta renovación contribuyó grandemente el movimiento literario y artístico que partió de S. Paulo en 1922, el llamado *movimiento modernista*. Es interesante observar que este movimiento de renovación, aunque contradictorio en sus raíces, nació en São Paulo porque São Paulo era, como aun refiere Mário de Andrade, espiritualmente más moderno, era el fruto de la economía del café y de la industrialización resultante de esa economía. São Paulo estaba "por su actualidad comercial y su industrialización, en contacto espiritual y técnico con la actualidad del mundo".

Se atribuyó a Graça Aranha el papel de animador del movimiento modernista de 1922. De hecho con Graça Aranha o sin él, las ideas que el movimiento modernista expresó reflejaban en el Brasil el estado de espíritu reinante en la época y este movimiento se caracterizó por representar las circunstancias propias del momento brasileño. Como vimos, 1922 es el año de la fundación del Partido Comunista Brasileño; es el año en que se produce el levantamiento del Fuerte de Copacabana, del que deriva la Revolución de 1924, la Columna Prestes, la formación del Partido Democrático, en el que fermentó la Revolución de 1930, que cierra el ciclo.

Graça Aranha fue, por tanto, en el movimiento modernista, como notó Tristão de Ataíde, su "pieza de equilibrio" o el eslabón entre el pasado reciente y el espíritu de la mocedad.

En el mismo año en que Euclides publicó *Os Sertões* apareció también la novela de Graça Aranha: *Canaã*, enfática novela que Olivio Montenegro califica de *novela medallón*. ... En ese libro Graça Aranha enfocaba otro gran problema brasileño, relacionado con el trabajo: el problema de la inmigración y del establecimiento del colono. También en este libre se revelan, no obstante, las contradicciones del *européismo* o del *transoceanismo* de los escritores brasileños de la época, y aunque apunten también indicios de superación de esta extravagante nostalgia. La obra revela también la confusión reinante en aquel momento, marcado por un extraño y superficial nietzscheísmo. Se ha afirmado ya que lo característico del pensamiento de Graça Aranha consistió en pretender basar su

filosofía en una *experiencia brasileña* y quien así lo dice es mi estimado amigo Guillermo Francovich, en su libro *Filósofos Brasileños*. Es exacto que, desde *Canaã* y después, en la *Viagem Maravilhosa*, que es su repetición, así como en el *Espírito Moderno* (publicado después de la famosa *Semana de Arte Moderno*, que se acostumbra a señalar como la iniciación del movimiento modernista), parece haber sido este el propósito de Graça Aranha. En el *Espírito Moderno* dice: "Toda la cultura nos llegó con los fundadores portugueses. Pero la civilización se caldeó aquí para esbozar un tipo que no es exclusivamente europeo, modificado por el medio y la confluencia de las razas pobladoras del país. Es apenas un esbozo sin tipo definido. Es el punto de partida para crear la verdadera nacionalidad. La cultura europea no debe servir para prolongar Europa, ni para una obra de imitación, sino como instrumento para crear cosas nuevas con los elementos que proceden de la tierra, de las gentes, del propio salvajismo inicial y persistente. El deseo de liberación es una señal de que esta liberación depende de nosotros". Ser brasileño, para Graça Aranha, es "verlo todo", sentirlo todo como brasileño, tanto nuestra vida como la civilización extranjera, lo mismo si es presente como si es pasado.

Sin embargo, en la *visión espectacular del mundo* que era la de Graça Aranha, había, como ya dijimos, mucho de Nietzsche, que entonces estaba de moda en Europa...

LA Gran Guerra determinó un decisivo progreso económico y técnico en mi país, liberándolo de muchos prejuicios y proporcionándole así oportunidad de un verdadero progreso de conciencia, que había de llevar a los intelectuales a aproximarse más a la tierra y a sus problemas. En nuestros libros, escribía Tristão de Ataíde, "circulará cada vez más un perfume de monte, de tierra mojada, de brisa fresca del mar. Los temas brasileños, las costumbres sertaneras o costeñas, el paisaje que nos rodea, han de dar más espontaneidad a nuestra literatura. La inspiración nacional no nos conducirá tan alto, pero sí con más seguridad, hacia un futuro remoto de creación y de independencia". En suma: se perfila una perspectiva más clara del destino nacional. Y es este rasgo *nacionalista* que él señalará, a partir de entonces, las tendencias de la intelectualidad brasileña. Aparece en el católico Jackson de Figueiredo, de tendencia derechista, y en la literatura realista, izquierdizante, del Nordeste. Es curioso observar esta nota o intención nacionalista en los intelectuales brasileños que escribieron alrededor de los años que median entre las dos últimas guerras. Nos anima una fe en el porvenir, una constante preocupación por resolver los problemas del país. "La

predilección por los estudios de sociología, el renacimiento de la curiosidad humanística por la filosofía, la atención con que se sigue y comenta cada experiencia política de los pueblos europeos y americanos, escribe Malheiro Dias, caracterizan un movimiento casi unánime de las inteligencias instruidas. Se comprueba la preocupación de rehacer sobre bases sólidas la cultura brasileña y de recuperar con provechoso y metódico estudio, el tiempo perdido en fútiles recreos literarios". . .

Los primeros estudios útiles relacionados con la cultura brasileña denunciarían, como justamente observaba Nelson Werneck Sodré, que "esos ensayos se reforzaban por situar la evolución nacional, interpretándola, no ya a la luz de los textos constitucionales o de citas apresuradas, o de la aplicación de teorías extrañas, sino por la investigación profunda de causas positivas, por el ansia de comprender las características casi olvidadas. Esos estudios dejaron de realizarse en sentido horizontal para adquirir la orientación vertical, de verdaderos sondeos en el terreno consistente de nuestras peculiaridades, con los recursos que nuestra historia, desde el punto de vista dinámico, podía ofrecer".

Es fácil advertir en esa preocupación la nota nacionalista y el empeño de liquidar un cierto *bovarysimo* del pasado, la tentativa de hacer esfumar las ilusiones que alimentábamos acerca de nosotros mismos y de los otros. Y así, la Revolución de Octubre de 1930 fue el fin de una fase de nuestra cultura. 1930 señala el "marco nítido del fin de una cultura". Es la encrucijada, como dice Werneck Sodré, muy viva en que debía desvanecerse el predominio de una élite de puros literatos, de diletantes de los conocimientos, de una superficialidad de *amateur* vago y decisivo.

Procuramos tornar más objetiva, exigente y rigurosa la tarea de nuestra intelectualidad y dotarla, gracias a la fundación de nuevas escuelas basadas en un espíritu también nuevo, de instrumentos más precisos para el análisis. Parece que comprendemos, después de las guerras de nuestro siglo, que son como el marco de la profunda revolución por la cual pasan los pueblos—después del despertar de Asia, seguido después por el de África—que nuestro destino en América no nos reserva solamente el papel de *cordiales espectadores* del drama universal. Todo esto viene dando sentido a la nueva intelectualidad del Brasil.

Y así, al *transoceanismo* literario y al *ufanismo* patrióticamente ingenuo del pasado, creemos que sucederán generaciones más decididas y tranquilamente nacionalistas, dotadas de una formación más perfecta y de una técnica más adecuada a la comprensión de los problemas universales de la cultura y del hombre y, tal vez, por eso mismo, más capacitadas para un nuevo y verdadero Humanismo.

EL "DEVENIR" Y LA ACCIÓN EN LA OBRA DE PÍO BAROJA

Por Carmen IGLESIAS

SE ha venido asegurando que Pío Baroja se inspira en el superhombre nietzscheano para crear sus hombres de acción. La influencia de Nietzsche es indudable, sobre todo en su primera época, y aunque después casi desaparece, tiene una importancia capital porque creemos que a través del autor de *Zaratustra* Baroja descubre a Heráclito. Don Pío nos dice que leyó a este filósofo presocrático en los fragmentos compilados por Diógenes Laercio. Sospechamos, sin embargo, que sólo después de los encendidos elogios de Nietzsche pudo admirar y comprender la críptica filosofía heraclitiana.

Sabido es que el principio de Heráclito se funda en el movimiento universal, en la transformación constante, en el devenir. Su famosa frase "nadie se baña dos veces en el mismo río, porque todo cambia en el río y en el que se baña" impresiona profundamente a Baroja, tal vez porque presiente la estrecha relación que existe entre las teorías de aquel filósofo y su propio temperamento de escritor. Baroja se integra primero en el devenir heraclitiano, se lo asimila, y después, a través de su pensamiento y de su sensibilidad, lo convierte en materia artística.

Desde sus primeras novelas, no sólo hallamos alusiones o comentarios a las teorías de Heráclito, sino que estas teorías pasan a estructurar su obra, a conformar sus personajes y a condicionar su estilo. Es decir, Baroja se inscribe a sí mismo e inscribe sus novelas dentro del incesante mecanismo cósmico, porque la vida no es para él más que una fuerza dinámica, una corriente que cambia sin cesar y es siempre nueva. Sus novelas son, pues, el reflejo de esta fluencia, de esta eterna continuidad del existir. De aquí también que Baroja no presente casi nunca ni caracteres ni situaciones patéticas. El ve la vida en su totalidad, inserta en el fluir del tiempo, y por eso no le interesa eternizar momentos ni seres, sino presentarlos, uno tras otro, en su forma más dinámica y vital, tal como sucede en el rodar de la existencia.

Como consecuencia natural, cuando Baroja quiere inventar un personaje de ficción, un héroe, lo que surge en la novela es el hombre de acción. Si estudiamos las características de los más importantes hombres de acción —Zalacaín, Roberto Hasting, Quintín García Roelas, César Moncada, Aviraneta y el Capitán Chimista— vemos en seguida que todos ellos distan mucho del superhombre de Nietzsche. Para Ortega y Gasset,¹ más que hombres de acción son aventureros. Otros críticos opinan que los héroes barojianos dan la impresión de fracasados, lo que achacan a la falta de lucidez en las ideas de Baroja o a su poca fuerza creadora. Nosotros creemos que las causas de este aparente fracaso son mucho más complejas.

Es cierto, como ya se ha repetido muchas veces, que todos estos personajes son el resultado de los sueños de acción del Baroja de carne y hueso, sueños que al no realizarse se convirtieron en novelas. Lo que no nos parece cierto —y en esto discrepamos hasta del mismo D. Pío—² es que estos anhelos fallidos se debieran a la abulia. Baroja no es un abúlico. Es por el contrario, un hombre de acción intelectual, un luchador incansable, movido por un arraigado sentido ético y por un deseo de justicia. Desde su primera obra hasta la última, Baroja lucha contra los prejuicios, el lugar común, la hipocresía, la mentira. No pretende ser un dogmatizador; simplemente, proclama *su* verdad. Toda su vida no es más que un combate para salvaguardar e imponer su libertad de conciencia, su fondo insobornable. Fruto de esta lucha son los ciento seis volúmenes que componen su obra y dan prueba de su actividad mental y física. Mas si el autor triunfa en su acción sostenida y, en muchas ocasiones, heroica, sus personajes fracasan siempre de una manera o de otra.

Pío Baroja, atraído por la idea del superhombre, trata de dotar a sus héroes con características propias y con una dinámica especial, que los lanza a la vida de la novela con una fuerza incontenible. Pero como Baroja asegura en varias ocasiones que él no sabe escribir más que de lo que ha visto o conocido y, por otra parte, afirma que en la vida real no existen los héroes,³ resulta que la

¹ JOSÉ ORTEGA Y GASSET, "Ideas sobre Pío Baroja", *Obras completas*, II Madrid, 3ª ed., 1954, p. 92.

² En su novela autobiográfica *La sensualidad pervertida* (*Obras completas*, II, pp. 843-994). Baroja explica todo el proceso psicológico que acaba por convertirle en un abúlico. El tema de la abulia en Baroja y en Azorín ha dado lugar a numerosas interpretaciones por parte de los críticos. Cfr. Doris King Arjona, "La voluntad and 'abulia' in contemporary Spanish ideology", *Revue Hispanique*, LXXIV (1928), pp. 573-672.

³ PÍO BAROJA, *La intuición y el estilo*, *Obras completas*, VII, p. 1013. De ahora en adelante sólo se indicará el volumen de las *Obras completas* en que aparecen las citas de Baroja.

mayoría de sus hombres de acción, a medida que avanza el relato, van perdiendo sus caracteres independientes y pareciéndose más y más a su autor. Todos tienen un rasgo común al principio: no existe problema moral para ellos; sólo les interesa poner en acción su fuerza vital y vencer obstáculos.

Siguiendo un orden cronológico, la primera figura en quien apunta el hombre de acción es un personaje secundario de la trilogía *La lucha por la vida*, Roberto Hasting. Su temperamento destaca enérgicamente entre el conjunto de visionarios, vagos, maleantes y mendigos que pueblan las tres novelas. Roberto es un hombre con la voluntad siempre en tensión. La teoría darwiniana de la lucha por la vida —que tanto impresiona a Baroja— orienta todas las actividades de este personaje. Para él, la piedad y la ternura son hermosas, "pero son condiciones inferiores, de almas humildes". Su tenacidad y esfuerzo le permiten alcanzar cuanto se propone, al extremo de que, en plena juventud, ya no sabe qué desear. Al final, rico y casado con la mujer que ama, le vemos buscar en la política un nuevo incentivo para su necesidad de acción. Esta figura difiere de las posteriores creaciones barojianas en que, aunque él ve la lucha por la vida como una de las más dignas actividades humanas, nunca abusa de su fuerza y siempre actúa movido por un sentido moral.

Quintín, el protagonista de *La feria de los discretos*, es todo lo contrario. La acción, la aventura, más bien, representa para él como una evasión de la monótona y conservadora vida provinciana; una forma de vengarse de las humillaciones sufridas en casa de su padrastro. Se complace en escandalizar a parientes y amigos, mezclándose con gente maleante y tomando parte en algaradas y negocios poco dignos. Quintín es un cínico sin escrúpulos morales, cuyas dos únicas reglas de conducta son: "Primero, sea tuyo o de otro, no te acuestes nunca sin dinero; segundo, la pereza tiene siempre su premio, y el trabajo su castigo".⁴ Esta despreocupación se sostiene casi hasta el final, cuando Quintín se enamora de una muchacha y ésta le dice que no se casará más que con un hombre honrado y bueno. Comprendiendo que no puede aspirar a ella, Quintín se da cuenta de que ha fracasado en la vida y que ya nada tiene valor para él, puesto que la acción que no se orienta hacia el bien no lleva a la felicidad.

Martín Zalacaín es el más espontáneo y natural entre los hombres de acción barojianos. Reúne muchas de las condiciones que Baroja considera indispensables en ellos: salud, fuerza, una mente fría, pocas preocupaciones morales. A Zalacaín le entusias-

* Pío BAROJA, *La feria de los discretos*, I, p. 779.

ma vencer obstáculos, porque le parece que sin ellos la vida no tiene valor. Necesita el peligro, la acción violenta; no le importan las ideas, y por eso sirve indistintamente a carlistas o liberales, pero, una vez dada su palabra, la cumple, aunque tenga que arriesgarse. Es una fuerza en constante tensión, que asegura: "La misma energía que no puedo emplear se me queda dentro y se me pudre".⁵ Al final de la novela, Zalacáin confiesa que ya casi no tiene ambiciones, porque con todos sus problemas personales resueltos y la guerra terminada, no sabe cómo emplear sus energías. Y antes de encontrar nuevos motivos de acción, muere de forma violenta, en plena juventud.

De todo este grupo, César Moncada es, sin duda, el más intelectual, el que confiere a la acción una finalidad más elevada. Su propósito es transformar a España, política y económicamente. César parte de la siguiente filosofía: El inseguro instrumento del conocer da como reales dos estados aparentes de la Naturaleza: el estático, en que se presentan las cosas inmóviles, y el dinámico, en que estas mismas cosas se hallan en movimiento—aunque en el fondo todo se halle en movimiento. Si de la Naturaleza pasamos a la vida, y suponemos que ésta tiene una determinación, no sabemos dónde puede hallarse esa determinación, pero su mecanismo sólo puede ser el movimiento, la acción, es decir, la lucha. Las cosas que llamamos espirituales son también dinámicas.⁶ Cuando el protagonista desarrolla estas teorías es aún un hombre de acción en potencia, sin vacilaciones ni escrúpulos. Como la intención inicial de Baroja es hacer de este héroe un segundo César Borgia, le vemos actuar en Roma, donde pretende lograr la protección de un cardenal, tío suyo. César se mueve con soltura y cinismo en este mundo de altos dignatarios de la Iglesia y de la aristocracia romana, y pone en juego todos los recursos que puedan llevarle al triunfo. Pero—y aquí empieza a aparecer Baroja detrás de César Moncada— el ambiente de inmoralidad y farsa que cree hallar en Roma le deprime y le subleva. A tal punto que, olvidando todos sus planes, se lanza a criticar satíricamente cuanto le parece censurable y, en vez de recibir ayudas, cosecha antipatías y odios. Más tarde consigue un acta de diputado de un modesto pueblo español: Castro Duro. César ha perdido ahora su cinismo y desenvoltura, pues se encuentra seriamente comprometido en la restauración y modernización de la vieja ciudad zamorana. Su deseo de acción ha de ponerse a prueba a cada momento, ya que los grupos conservadores del pueblo se lanzan a una guerra no por solapada menos violenta, con el fin de destruir todo intento de reforma. Nuevamente las

⁵ Pío BAROJA, *Zalacáin el aventurero*, I, p. 253.

⁶ Pío BAROJA, *César o nada*, II, pp. 592-93.

fuerzas de César flaquean; él es demasiado intelectual, demasiado refinado para sostener esta lucha mezquina de caciques de pueblo, capaces de todas las indignidades. César reconoce que sus aptitudes de hombre de acción han fallado, que carece de energía y de fe en su destino. Sin embargo, para acallar su conciencia, sigue en la lucha—aunque ya no cree en su eficacia—y, finalmente, es víctima de un atentado en vísperas de unas elecciones.

Baroja había oído hablar a su familia de don Eugenio Aviraneta como de un pariente lejano. Después de algunas investigaciones en la historia del siglo XIX, se dio cuenta de que este personaje real reunía muchas de las características del hombre de acción que él soñaba, y por ello le convirtió en el héroe de los veintidós tomos de sus *Memorias de un hombre de acción*. El autor nos lo presenta como un hombre que "llevaba bajo su cráneo, ancho y espacioso, un mundo de intrigas, de maquinaciones, de sueños de ambición y de poder".⁷ A don Eugenio, los obstáculos le enriquecen y le van moldeando la vida y cree que los hombres de acción son los que le dan a ésta un sentido heroico. "¿Cuándo se han hecho cosas admirables sin esfuerzo y sin heroísmo?"⁸ se pregunta. A lo largo de esta copiosa serie Aviraneta aparece como un intrigante capaz de toda clase de combinaciones para lograr sus fines. Es también un guerrillero astuto, de gran valor si la situación lo requiere, pero cuya norma es la prudencia. Su espíritu es fértil en recursos; su moral, la de un conspirador; es decir, cambia según las circunstancias demostrándose en esto un alumno de Maquiavelo. En cambio, guardará fidelidad a la palabra dada. Esta última característica es de gran importancia para comprender la psicología de Aviraneta, tal como la concibe Baroja. Todo el maquiavelismo de D. Eugenio, sus conspiraciones, sus hazañas de guerrillero, tienen como finalidad el triunfo del liberalismo en España, representado por Isabel II, evidenciando así una firmeza de convicciones muy por encima de la moral del aventurero. Por dos veces el bando contrario intenta sobornarle, ofreciéndole una crecida suma. Aviraneta contesta que él no se vende, y queda después pensando que el dinero no es todo en la vida, y añade: "Vegetar despreciado por los pocos amigos y no tener la estimación de sí mismo, es una cosa muy triste, muy difícil de soportar, y esto no es una fantasía romántica, es una realidad".⁹ Por defender sus principios liberales, Aviraneta pasa

⁷ PÍO BAROJA, *Con la pluma y con el sable. Memorias de un hombre de acción*, III, p. 424.

⁸ PÍO BAROJA, *El sabor de la venganza. Memorias de un hombre de acción*, III, p. 1120.

⁹ PÍO BAROJA, *Crónica escandalosa. Memorias de un hombre de acción*, IV, p. 1038.

temporadas en la cárcel, es condenado a muerte, sufre destierros, privaciones, ingratitudes, pero no vacila nunca en sus convicciones. En realidad D. Eugenio es un estoico que no ama el dinero ni espera recompensas. El necesita "el campo, peligros, intrigas, para estar bien".¹⁰

Chimista es vasco, como Zalacaín y Aviraneta y, como ellos, ama la aventura y el peligro. Su campo de acción es vastísimo, pues recorre el mundo entero capitaneando barcos o urdiendo extraños negocios. Su actuación recuerda a los héroes de Julio Verne o de Salgari. Conoce todos los caminos del mar y tan pronto le vemos traficando en negros, como transformado en pirata, curandero o taurmaturgo. El movimiento constituye su estado natural. El explica así su amor por la acción: "Ser joven, tener la cabeza fría y la voluntad fuerte, ver obstáculos a su paso y vencerlos. Esa es la vida; lo demás es vegetar".¹¹ Este hombre, que puede llegar a ser muy cruel si la ocasión lo requiere, es generalmente optimista, cordial, muy leal y generoso con los suyos. Y como nota romántica, guarda una fidelidad constante a su mujer, a la que ve de tarde en tarde. Después de una intensa vida aventurera, Chimista recibe una herencia y acaba sus días en un castillo inglés, convertido en gran señor y dedicado a la lectura.

Todos estos personajes dejan una impresión de seres frustrados que, de una manera o de otra, no llegan a realizar del todo sus empeños heroicos. Incluso los que parecen más triunfantes. Hastings y Zalacaín, por la misma fuerza de su dinamicidad, logran todo demasiado de prisa y, en plena juventud, ya casi no saben a qué aspirar. César Moncada es un teórico de la acción, pero cuando quiere ponerla en práctica su propio temperamento se lo impide. A Quintín, el dinero y el triunfo no le sirven más que para darse cuenta de su vacío espiritual. El único que permanece fiel a la lucha desde el principio hasta el fin es Aviraneta y, si en su última época se muestra desilusionado es por el giro que han tomado los acontecimientos políticos y porque él, viejo ya, no puede intervenir en ellos.

¿Qué significación podría deducirse de estas actitudes? Como hemos venido observando, Baroja se identifica plenamente con las teorías de Darwin y se deja seducir por la filosofía de Nietzsche, pero, en el fondo, las ideas de ambos autores chocan con su fondo moral. Si su fantasía de escritor le impulsa a crear héroes que respondan a sus sueños románticos, una especie de ética profesional

¹⁰ PÍO BAROJA, *Los contrastes de la vida. Memorias de un hombre de acción*, III, p. 812.

¹¹ PÍO BAROJA, *Los pilotos de altura*, II, p. 1441.

que conforma toda su literatura le obliga a la veracidad y a la precisión. Tal dualismo adquiere proporciones verdaderamente dolorosas cuando trata de poner en pie a sus hombres de acción, porque después de hacerlos actuar un poco ciegamente, de acuerdo con las teorías aprendidas, Baroja pasa a contemplar a sus héroes. En ese momento surge la conciencia ética: su hombre de acción ha ido más allá de lo que moralmente es permisible y se hace necesario rescatarle o hacerle desaparecer. Lo primero ocurre con Quintín, César y Chimista; lo segundo con Hasting y Zalacaín. En cuanto a Aviraneta, resulta el hombre de acción más acabado, tal vez, porque es el único que tiene un ideal.

La invención del hombre de acción le falla, pues, a Baroja cuando quiere seguir de cerca los postulados de Nietzsche. Pero cuando se limita a dar libertad a su propio temperamento, nos hallamos con otro tipo de acción más heraclitiana, más natural y consecuente: la que encontramos en novelas como *La casa de Aizgorri*, *Paradox rey*, *Las inquietudes de Shanti Andia*, *La leyenda de Jaun de Alzate*, *El cantor vagabundo*. En todas estas novelas los protagonistas son gentes que, sin proponérselo teóricamente, ponen en acción sus energías obedeciendo a una fuerza interior que les impele al movimiento. Lo que une a todo este grupo es la independencia de sus caracteres; no luchan por algo determinado; sólo les mantiene la necesidad de permanecer libres, de no claudicar. Paradox, después de innumerables cambios y tanteos, va a parar al Continente Africano, donde, por contingencias del azar, llega a ser rey de un poblado negro y establece un gobierno utópico que contenta a todo el mundo hasta que la intervención de una nación "civilizada" pone fin a su reinado. Jaun de Alzate, en plena Edad Media, recorre el mundo en busca de la verdad—ya que no admite la que le dan hecha—y vuelve muy viejo, para morir entre los suyos, sin haberla encontrado. Don Luis Carvajal, un hombre rico, se convierte en cantor vagabundo, con el único propósito de sentirse libre de ataduras sociales; cuando la vejez le impide continuar su vagabundaje, se embarca en una pequeña lancha y se pierde en el mar. En los tres casos la acción persiste hasta el final y se acaba coincidiendo con el fin de los personajes.

Existe aún un tercer grupo de caracteres que se acerca más que ninguno al tipo de acción que el propio Baroja ha puesto en práctica toda su vida. Como él, estos seres trabajan incansablemente, sin otra meta ni otro premio que la satisfacción del deber cumplido. Todos creen en la simple eficacia del trabajo como un remedio para la angustia vital. Aunque ninguno figure como protagonista, su misión resulta siempre importante en el desarrollo de la novela. Entre ellos, Mariano, en *La casa de Aizgorri*, Salvadora

en *La lucha por la vida*, Mercedes en *Laura o la soledad sin remedio*, representan a los pequeños héroes de la lucha cotidiana. No solamente son activos, sino que poseen en gran medida la virtud de la tenacidad. En el pesimista mundo barojiano son los únicos seres felices, los únicos que sostienen siempre una actitud afirmativa y esperanzada.

Después de observar los diferentes aspectos con que Baroja presenta su teoría de la acción, comprendemos la gran importancia que ha tenido en su pensamiento, puesto que, aún después de abandonar la influencia nietzscheana, sigue buscando nuevos matices hasta el final de su vida. Y es que para él, la acción es el único remedio para el mal de vivir. No le preocupa, sin duda, que esta acción no lleve a ninguna parte; lo importante es que el ser humano no esté desocupado, que no se abandone a la ensoñación o a la abulia. Por su sentido relativista, Baroja sabe muy bien que es inútil querer lanzarse a las determinaciones heroicas y que la única posibilidad de eficacia está en la acción limitada a una pequeña esfera. Es decir, Baroja —como Voltaire en *Candide*— llega a la conclusión de que cuando no hay otra cosa que hacer, hay que cultivar el jardín.¹² Y asimismo parece hacer suya la frase de Séneca que dice: "Alarguemos la vida; su deber y su manifestación están en la actividad".¹³

Esta aceptación del trabajo como solución para resolver el problema de la existencia es la filosofía que nos enseña Baroja y que él mismo pone en práctica a lo largo de su extensa producción. Pero en su caso, no se limita a trabajar perseverantemente, sino que convierte la acción en nervio de su obra. En otras palabras: no sólo el argumento da dinamismo a sus novelas; es también el ritmo del relato, es ese constante devenir que las integra en el fluir del tiempo. Y así Baroja, inspirado por Heráclito y ayudado por su fuerza creadora, ha podido realizar en su obra el deseo expresado por Zalacáin: "Yo quisiera que todo viviese, que todo comenzara a marchar, no dejar nada parado, empujar todo al movimiento, hombres, mujeres, negocios, máquinas, minas, nada quieto, nada inmóvil".¹⁴

¹² Obsérvese el notable paralelismo entre las ideas de Voltaire y las que se desprenden de la actitud barojiana: "Travaillons sans raisonner, dit Martin, c'est le seul moyen de rendre la vie supportable." Y al fin de la novela concluye Candide: "Il faut cultiver notre jardin." Voltaire, *Candide, ou l'optimisme. Oeuvres Complètes*, XXI. París, 1879, pp. 217-18.

¹³ LUCIO ANNEO SÉNECA, *Obras completas*, trad. de Lorenzo Riber. Madrid, 1949, p. 759.

¹⁴ PÍO BAROJA, *Zalacáin el aventurero*, I, p. 253.

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTA REVISTA EL DIA 16
DE ABRIL DE 1962 EN LOS
TALLERES DE LA EDITO-
RIAL CVLTVRA, T. G., S. A.,
AV. REP. DE GUATEMALA
NUM. 96, DE LA CIUDAD DE
MEXICO, SIENDO SU TIRO
DE 2,000 EJEMPLARES.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1943	Números 3, 5 y 6	30.00	3.00
1944	Los seis números	30.00	3.00
1945	" " "	25.00	2.50
1946	" " "	25.00	2.50
1947	" " "	25.00	2.50
1948	Números 3, 4 y 6	25.00	2.50
1949	" 2, 3, 5 y 6	20.00	2.00
1950	" 2, 3 y 4	20.00	2.00
1951	" 1, 2, 3, 5 y 6	20.00	2.00
1952	" 1, 2, 3, 4 y 6	20.00	2.00
1953	" 4 y 6	20.00	2.00
1954	" 6	20.00	2.00
1955	Números Agotados		
1956	" 1, 2, 4 y 5	17.00	1.50
1957	Los seis números	17.00	1.50
1958	" " "	17.00	1.50
1959	Números 1, 3, y 6	17.00	1.50
1960	" 2 y 6	17.00	1.50
1961	Los seis números	17.00	1.50

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 100.00
Otros países de América y España Dls.	9.00
Europa y otros Continentes	10.50
Precio del ejemplar del año corriente:	
México	\$ 20.00
Otros países de América y España Dls.	1.80
Europa y otros Continentes	2.00

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965

o por teléfono al 23-34-68

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

NUEVOS LIBROS DE
"CUADERNOS AMERICANOS"

	PESOS	DLS.
52. PACTO CON LOS ASTROS, <i>Galaxia y otros poemas</i> , por Luis Sánchez Pontón	15.00	1.50
53. LA EXPOSICIÓN, <i>Divertimiento en tres actos</i> , por Rodolfo Usigli	15.00	1.50
54. EL MEXICANO Y SU MORADA Y OTROS EN-SAYOS, por Jesús Silva Herzog	15.00	1.50
55. BARRO Y VIENTO, por Mauricio de la Selva		Agotado
56. LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA DEL NORTE 1900-1950, por Frederic Harold Young	15.00	1.50

FOLLETOS

— UNA REVOLUCIÓN AUTÉNTICA EN NUESTRA AMÉRICA, por Alfredo L. Palacios	3.00	0.30
--	------	------



Apartado Postal 965
Teléfono: 23-34-68

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

La edita la Asociación de Graduadas de la Universidad
de Puerto Rico

DIRECTORA:
NILITA VIENTÓS GASTÓN.

Dirección:
Apartado 1142,
San Juan, P. R.

•

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	\$ 4.00
Otros países	3.50
Ejemplar suelto	1.25

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA DE LOS E. U.
PATROCINADA POR LA UNIVERSIDAD DE IOWA.

•

Director-Editor (permanente): ALFREDO A. ROGGLANO.
Department of Romance Languages,
State University of Iowa, Iowa City, Iowa.

Director Literario (1959-1961): JOHN E. ENGLEKIRK,
Department of Spanish and Portuguese,
University of California, Los Angeles.

Comisión Editorial (1959-1961): Alceu Amoroso Lima, Donald F. Foguel-
quist, Ernesto Mejía Sánchez, Helena Percas, Allen W. Phillips,
Anibal Sánchez Reulet y José Vázquez Amaral.

Secretario Tesorero Ejecutivo: MYRON I. LICHTBLAU,
Department of Romance Languages,
Syracuse University, Syracuse 10, N. Y.

•

Suscripción anual: 2.00 Dls. para Iberoamérica y 6.00 Dls. para E. U. y
Europa.

Para canje, colaboración y todo otro intercambio cultural, dirijase al
Director-Editor. Para suscripciones o compra, dirijase al Secretario-Tesorero.

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispanica. Contiene articulos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en América.

Fundador: Federico de Oms

Director: Angel del Rio

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Iduarte

6 dólares norteamericanos al año; números sueltos: 1.50

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

485 West 117th Street.

New York.

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA y
PREPARATORIA
Externos

Abraham González 67
Tel.: 35-51-95

KINDER-PRIMARIA
Medio Internado - Externos

Reforma 950, Lomas
Tel.: 20-45-72

MEXICO, D. F.

CONSEJO - PATRONATO

PRESIDENTE; Lic. Anón Sáenz. VOCALES; D. Ernesto J. Amescua, D. Jerónimo Arango, D. Jerónimo Hertrán Cusiné, D. Juan Casanellas, Lic. Daniel Costo Villegas, D. Pablo Díez, Ing. Marte R. Gómez, Arg. Carlos Obregón Sumbrellilla, Dr. Manuel Germán Parra, Ing. Gonzalo Robles. SECRETARIO; Lorenzo Alcaraz.

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS	
	Pesos	Días.
1.—GANARAS LA LUZ, por León Felipe	(agotado)	
2.—JUAN BOIZ DE ALARCON, SU VIDA Y SU OBRA, por Antonio Castro Leul	(agotado)	
3.—RENDICION DE ESPIRITU (I), por Juan Larrea	10.00	1.00
4.—RENDICION DE ESPIRITU (II), por Juan Larrea	10.00	1.00
5.—ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por Paul Rivet ..	(agotado)	
6.—VIAJE POR SURAMERICA, por Waldo Frank	(agotado)	
7.—EL HOMBRE DEL BUHO, por Enrique González Martínez ..	(agotado)	
8.—ENSAYOS INTERAMERICANOS, por Eduardo Villaseñor ..	(agotado)	
9.—MARTI ESCRITOR, por Andrés Baudry	(agotado)	
10.—JARDIN CERRADO, por Emilio Prados	8.00	0.80
11.—JUVENTUD DE AMERICA, por Gregorio Bermann	(agotado)	
12.—COJONA DE SOMBRA, por Rodolfo Usigli (tercera edición)	15.00	1.50
13.—EUROPA-AMERICA, por Mariano Picón Salas	18.00	1.60
14.—MEDITACIONES SOBRE MEXICO, ENSAYOS Y NOTAS, por Jesús Silva Herzog	10.00	1.00
15.—DE BOLIVAR A ROOSEVELT, por Pedro de Alba	(agotado)	
16.—EL LABERINTO DE LA SOLEDAD, por Octavio Paz	(agotado)	
17.—LA APACIBLE LOCURA, por Enrique González Martínez ..	10.00	1.00
18.—LA PRISION, NOVELA, por Gustavo Valcárcel	(agotado)	
19.—ESTUDIOS SOBRE LITERATURAS HISPANOAMERICANAS, GLOSAS Y SEMBLANZAS, por Manuel Pedro González (empastado)	10.00	1.00
20.—SIGNO, por Honorato Ignacio Magaloni	12.00	1.20
21.—LLUVIA Y FUEGO, LEYENDA DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Blados	10.00	1.00
22.—LUCERO SIN ORILLAS, por Germán Pardo García	10.00	1.00
23.—LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña ..	10.00	1.00
24.—ENTRE LA LIBERTAD Y EL MIEDO, por Germán Arciniegas	(agotado)	
25.—NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, POEMAS, por Miguel Alveares Acosta	12.00	1.20
26.—MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alveares Acosta	15.00	1.50
27.—EL OTRO OLVIDO, por Dora Itella Russell	5.00	0.50
28.—DEMOCRACIA Y PANAMERICANISMO, por Luis Quintanilla ..	5.00	0.50
29.—DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Rojo ..	10.00	1.00
30.—AMERICA COMO CONCIENCIA, por Leopoldo Zea	(agotado)	
31.—DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Paz Paredes ..	10.00	1.00
32.—ACTO POETICO de Germán Pardo García	10.00	1.00
33.—NO ES CORDERO... QUE ES CORDERA. Cuento milmito. Versión castellana de León Felipe	10.00	1.00
34.—SANGRE DE LEJANIA, por José Tizabi	10.00	1.00
35.—CHINA A LA VISTA, por Fernando Benítez	12.00	1.20
36.—U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por Germán Pardo García ..	10.00	1.00
37.—ARETINO, AZOTE DE PRINCIPES, por Felipe Cosío del Pomar	18.00	1.60
38.—OTRO MUNDO, por Luis Suárez	18.00	1.60
39.—LA BATALLA DE GUATEMALA, por Guillermo Toriello ..	20.00	1.80
40.—EL HECHICERO, por Carlos Solórzano	5.00	0.50
41.—POESIA RESISTE, por Lucila Feláquez	12.00	1.20
42.—AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sáenz Pontón	18.00	1.60
43.—LA REVOLUCION GUATEMALTECA, por Luis Cardona y Aragón	(agotado)	
44.—RAZON DE SER, por Juan Larrea	18.00	1.60
45.—CEMENTERIO DE PAJAROS, por Griselda Alveares	9.00	0.90
46.—EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Alegria ..	7.00	0.70
47.—LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea	35.00	3.50
48.—ETERNIDAD DEL RUISEÑOR, por Germán Pardo García ..	15.00	1.50
49.—ASCENSION A LA TIERRA, por Vicente Magdaleno	9.00	0.90
50.—INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce ..	15.00	1.50
51.—VIDA Y SENTIDO por Luis Abad Carretero	35.00	3.50
52.—PACTO CON LOS ASTROS, Galaxia y otros poemas, por Luis Sánchez Pontón	15.00	1.50
53.—LA EXPOSICION, Divertimiento en tres actos, por Rodolfo Usigli	15.00	1.50
54.—EL MEXICANO Y SU MORADA Y OTROS ENSAYOS por Jesús Silva Herzog	15.00	1.50
55.—BARRO Y VIENTO, por Mauricio de la Serna	(agotado)	
56.—LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE 1900-1950, por Frederic Harold Young ..	15.00	1.50

O T R A S P U B L I C A C I O N E S

PASTORAL, por Sara de Ibáñez	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por José Coas	5.00	0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por José C. Zuno	6.00	0.60
INDICES "CUADERNOS AMERICANOS" Núm. 1 al 100, por Angel Flores	30.00	3.00
UNA REVOLUCION AUTENTICA EN NUESTRA AMERICA, por Alfredo L. Palacios	5.00	0.50

REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL PARA 1962 (6 números)	
MEXICO	100.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	9.00
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	10.50

PRECIO DEL EJEMPLAR

MEXICO	20.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	1.60
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	2.00

Ejemplares atrasados, precio convencional

N U E S T R O T I E M P O

Arturo Usler-Pietri.

La imagen del hombre en el arte contemporáneo.

Robert G. Mead Jr.

Hacia una mejor comprensión intercultural en las Américas.

Julio Alvarez del Vayo.

La fuerza de la Unión Soviética tal como se revela en un viaje por el interior del país.

Nota, por MANUEL PEDRO GONZÁLEZ.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Francisco Larroyo.

Filosofía *sub specie americanae*.

Alfredo Galletti.

Una etapa del liberalismo positivista en Argentina.

Victor Flores Olea.

La crisis del stalinismo.

Nota, por ARTURO ARDAO.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

Segundo Serrano Poncela.

Aldonza la andaluza lozana en Roma.

Ricardo Rodríguez Molas.

Condición social de los últimos descendientes de los esclavos rioplatenses (1852-1900).

Sol Ferrer Guardia.

Las concepciones político-sociales de F. Ferrer Guardia.

Agustín Yáñez.

A cien años de la victoria sobre la intervención francesa en México.

Dos cartas proféticas del Gral. Juan Prim, Conde de Reus.

D I M E N S I Ó N I M A G I N A R I A

Giuseppe Valentini.

Corrido color azafrán.

Guillermo de Torre.

Góngora entre dos centenarios: 1927-1961.

Guillermo Ara.

Lo mítico y lo místico en Güiraldes.

Cruz Costa.

Evolución de la intelectualidad brasileña en la primera fase del siglo XX.

Carmen Iglesias.

El "devenir" y la acción en la obra de Pío Baroja.